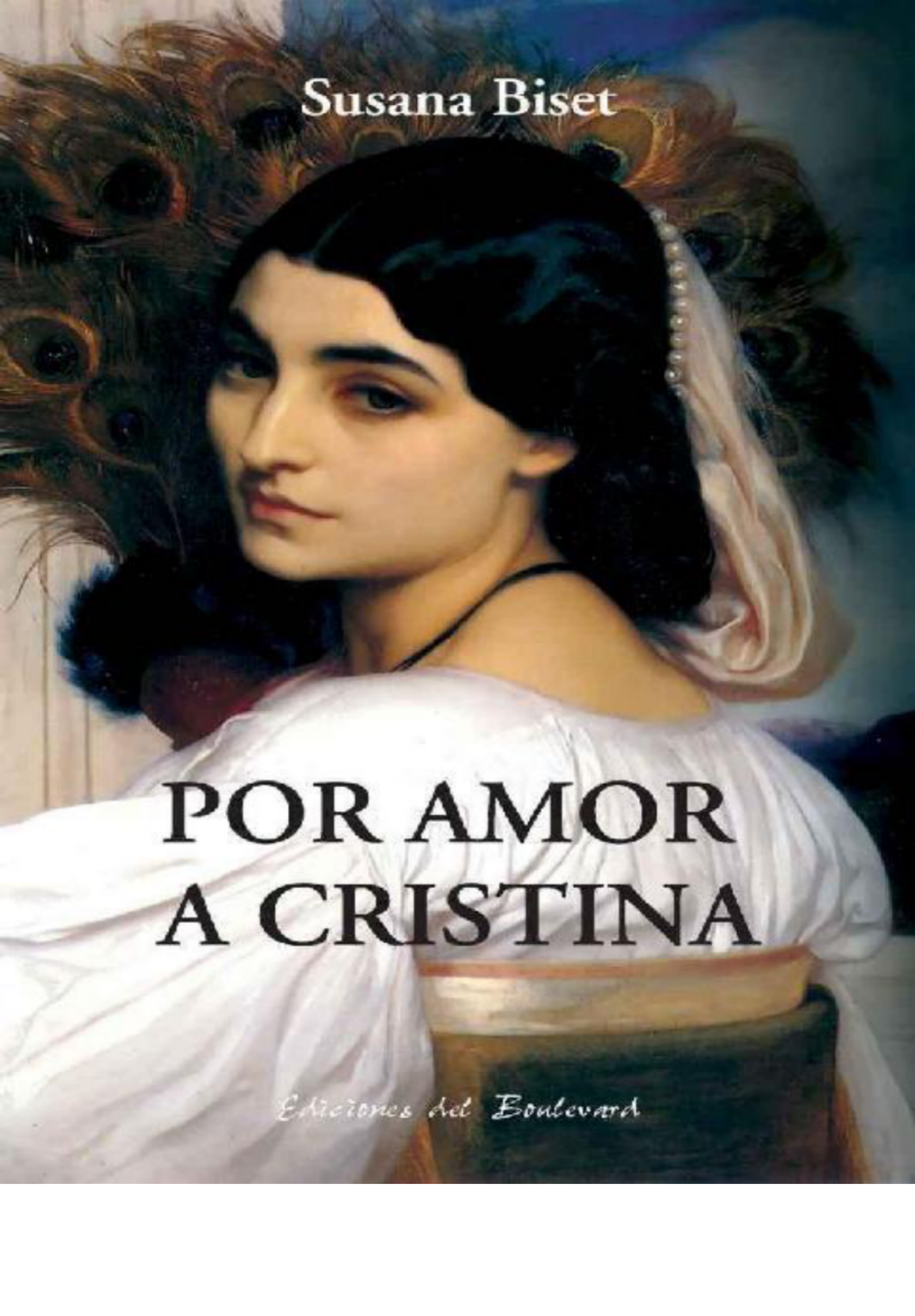

Susana Biset
POR AMOR
A CRISTINA
Ediciones del Boulevard

POR AMOR A CRISTINA
de Susana Biset

Éste es un mensaje de amor a mi hermana Cristina, quien jamás pudo manifestarse en plenitud. Pero, de haber podido, no me cabe duda alguna que su vida habría sido aún más increíble que la de mi protagonista. Mucho, mucho más.

Este libro es pura ficción, sólo ciertos hechos históricos son verdaderos. Algunos los he inventado para darle mejor paisaje a la historia, y a otros, los he cambiado de fecha para poder acomodarlos a las circunstancias que describo en ella.

Sí son auténticas las identidades de ciertos personajes. Copiadas con minuciosa exactitud de aquéllos que, como una bendición o una maldición, influyeron activamente en mi vida.

Siempre digo que a los buenos momentos hay que disfrutarlos, incorporándolos en la pasión que recorre nuestras arterias; y a los malos, capitalizarlos en nuestro balance cotidiano.

Ya que, debo reconocer, sin ellos no hubiese sido capaz de escribir esta novela.

Prólogo

¿Por qué finalmente hoy había decidido comenzar a escribir mi vida? ¿qué sentido tenía? ¿Por qué hoy, 10 de julio de 1816?

¿No era acaso demasiado tarde ya? Ahora cuando nada me quedaba, cuando había perdido lo mucho que tenía, ahora que me abrumaba el presente, y sólo podía asociar tantos resultados erróneos como la conclusión de un sinfín de actos equivocados; sintiendo frustración por el enorme caudal de riqueza —espiritual y material— que una vez tuve y no supe conservar.

Llegada a este punto me he enfurecido, mi paciencia era tan corta como la distancia entre las patas de un ciempiés; ¿por qué nacemos alumnos y no avezados maestros? La experiencia se paga con juventud, y a mí me parecía un precio demasiado alto.

Una vez tuve —y no hace tanto de ello— belleza, padres maravillosos, un esposo, hijo, amistades, y hasta un amante… ya nada quedaba de todo eso.

¿Por qué escribir ahora? cuando tenía cuatro muertes manchando mis manos, era el hazmerreír del pueblo y las lenguas flojas andaban diciendo que estaba loca, ahora que el tránsito de las innumerables preocupaciones me había ajado prematuramente, ahora que esta pierna…, bajé mis ojos hasta ella; la tremenda impotencia me obligó a callar mis mudas quejas. Era demasiado.

Quizás este atardecer gris, helado, solitario y tan silencioso volviera aún más pesimistas mis pensamientos. O también, como cualquier ser humano medianamente racional, simplemente quería justificar mis acciones.

No, debía dejar de engañarme, ésas no eran las razones de mi urgencia. Hoy, por más que el dolor del recuerdo se volviera insoportable, era tiempo de ser sincera. De otro modo ¿cómo podría escribir la verdad?

Quizás así, sólo quizás, consiguiera aliviar mi atormentado espíritu. La conciencia intranquila es un peso excesivo para cargar.

Además, mi corazón aún conservaba algunos atisbos de mi enérgica juventud y quería rebelarse ante lo que él consideraba una inútil obsesión por la tristeza.

Durante mucho tiempo me había resultado muy cómodo apagar la luz y cerrar las cajas donde conservaba los recuerdos, con la inocencia del recién nacido, sin nada para repasar ni limpiar; sin errores, sin historias arrepentidas, sin decisiones que desequilibraban la balanza de la voluntad por continuar insistiendo.

Las hojas estaban esperando; mi mano temblorosa sostenía la pluma cargada con tinta. ¡Ay!, ¡cuánto asustaba la verdad desnuda y objetiva!

Pasé mi pañuelo delicadamente bajo mi ojo lastimado, empecinado en lagrimear.

Finalmente, con un largo, largo suspiro, decidí cortar las amarras que me ataban al presente y me adentré en la bruma de mi pasado. Abrí todas las cajas de una vez y dejé entrar la luz en ellas.

Primera parte
Ricardo

Capítulo 1

Buenos Aires, diciembre de 1808

Corrí apresuradamente al escuchar la orden. El capitán acababa de informarnos que en unos minutos más llegaríamos a Buenos Aires, una de las ciudades más importantes de las provincias del Río de la Plata, bajo la corona del rey Fernando VII de España.

¡Buenos Aires!

Me paré frente a un espejo que colgaba en popa y mis manos temblaban cuando me acomodé mejor una horquilla. Luego fruncí el ceño. Como solía sucederme, no estaba satisfecha con mi apariencia.

Hacía años que no veía a mi familia y quería lucir igual que una verdadera dama, exactamente como mis padres deseaban verme.

Ellos me habían enviado a España a estudiar historia, canto, y primordialmente: cómo comportarme con corrección. Que es, ni más ni menos, lo que se esperaba de una señora.

Sabía que me amaban tal como era, pero preferían pulir un poco mis modales, eso les daría más tranquilidad. La alta sociedad de las provincias, medio en donde se suponía que debería desenvolverme, era muy estructurada y cerrada, repleta de códigos y reglamentos, y ellos no querían que su hija, a causa de sus modales algo torpes y bruscos —adquiridos al fin y al cabo gracias a una crianza casi en completa libertad— se viera apartada de las innumerables reuniones y demás actividades cotidianas.

Hacia España fue una jovencita alocada, extrovertida e impulsiva. En tres años ¿se vería el resultado de lo que ellos esperaban de mí?

Papá era un hombre importante. Cerca de la ciudad teníamos una estancia con mucho ganado en ella y extensas praderas cubiertas con pastos naturales; además, estaba nuestra hermosa casa en Buenos Aires, y sus oficinas cerca del río. Sí, haciendo un rápido cálculo de sus bienes, se podía decir con cierta seguridad que papá era un hombre de dinero.

Ambicioso, siempre había anhelado lo mejor para su prole, un futuro brillante diría él en sus cavilaciones nocturnas en el lecho, recostado junto a mi madre; y justamente por ello estaba convencido de que nosotras necesitábamos una educación mejor a aquella que pudiéramos recibir en Buenos Aires. Dije nosotras porque, lamentablemente para el ego de mi padre, mamá sólo había tenido dos hijas. A pesar de su frustración por no tener un descendiente varón, él decidió que sus hijas recibirían la mejor instrucción que existiera a su

alcance, y pretendía hacer de mí —y más tarde de mi pequeña hermana— toda una dama.

¡Ay!, ¡qué diferentes suelen ser las ilusiones cuando se las termina comparando con la realidad!

Aquella tarde, esa bendita —o maldita— tarde, acababa de entrar corriendo a la sala principal de nuestra casa. Llevaba mi cabello enredado, el largo vestido algo manchado en su ruedo, y olía fuerte pues había acompañado a los peones del campo a llevar unos cueros vacunos a la barraca que estaba cerca del Río de la Plata. Aunque, el solo hecho de haberme acercado hasta su orilla había sido suficiente para estar en el estado en que me encontraba; con el viento húmedo soplando insistente y anudando mi salvaje cabello, la suciedad de sus barrancas, siempre repletas de desperdicios causados por la continua entrada y salida de mercadería, y a lo que había que agregarle el eterno barro de los charcos acumulado en las calles.

Allí fue cuando me enteré de la novedad, necesaria al fin, a juzgar por mi aspecto tan poco femenino.

—¡Es tan lejos, mamá! —me había quejado cuando papá nos informó de su decisión.

—No te preocupes, querida, estarás en casa de mi hermana —dijo ella, intentando calmarme.

—¿No hay rumores de guerra en España? —inventé, buscando cualquier excusa para evitar lo inminente.

Papá pareció impacientarse, no estaba acostumbrado a que cuestionaran sus órdenes.

—Hija, si supiéramos que en ese país hay algún atisbo de conflicto, sabes que no te enviaríamos. Además, estarás viviendo en una de las ciudades más alejadas de la capital. No debes temer.

Pero él sabía que yo no temía; sólo intentaba aferrarme a cualquier motivo para no tener que ir. Estaba tan cómoda, era tan feliz así, y en mi apurada y exultante juventud eso era suficiente. El futuro no me desvelaba, sabía que, alguna vez, simplemente y sin pedir permiso, llegaría. ¿Para qué distraer mis actuales alegrías pensando en él?

—Allí cultivarás las buenas costumbres y los modales de una dama. Estas tierras todavía son casi salvajes, y junto a nuestra Madre Real podrás aprender todo lo que he olvidado —se disculpó mamá—, recuerda que hace ya más de treinta años que no estoy en España —entonces miró a papá—. Me parece que ya ni siquiera sé cómo se hace una reverencia ante el rey.

Él sonrió comprensivo. Sabía que ella extrañaba la vida que había llevado en Europa. El lujo y las comodidades frívolas, aunque casi innecesarias, no eran fáciles de olvidar. Él siempre le agradeció en silencio que ella jamás se quejara de su nuevo destino.

—Mamá, ahora puedes venir conmigo —expresé ilusionada. Estar con ella a mi lado le daría un toque hogareño a mi nueva residencia.

Ella negó con la cabeza.

—Es demasiado tiempo, tres años es mucho; quizás alguna vez vayamos con tu padre a visitarte.

Nunca fueron.

La guerra no llegó hasta donde nosotros estábamos, pero estuvo muy, muy cerca. No valía la pena que ellos se arriesgaran sólo por un capricho mío, para avivar los recuerdos de la infancia de mamá o porque papá deseara conocer las raíces de su querida esposa.

Ahora yo estaba allí, frente al bamboleante espejo, observando con enojo mi cabello lacio y pesado, como siempre obstinado por desprenderse de las horquillas que intentaban aprisionarlo.

Me alisé el vestido, y mientras lo hacía recordé lo que tía María me había dicho cuando elegí la tela para confeccionarlo.

—Ese tono es muy apagado, Cristina; recuerda que sólo tienes dieciocho años —entonces suspiró, pero su exhalación era casi mecánica, al cabo de treinta y seis largos meses ya había perdido las esperanzas—. ¡Nunca conseguiré que olvides el excesivo recato que te han enseñado en América! ¿Cuántas veces debo recordarte que no estás estudiando para ser monja?

Por supuesto, a pesar de sus lamentos, me había quedado con la tela. Quería usar ese vestido, con ese color y ese modelo, cuando mamá me viera por primera vez; porque si me ponía uno de los escotados —que ahora estaban tan de moda en España— seguramente le provocaría un soponcio.

No, el cambio no debía ser tan brusco.

Ellos esperaban que regresara a Buenos Aires una dama, pero olvidaron que esto significaba el paquete completo, el cual incluía las costumbres y usanzas.

Estuve a punto de colocarme el *canotier*, y decidí no hacerlo, quería que la brisa húmeda acariciara mi frente, y con ella regresaran tantos recuerdos nostálgicos de mi tierra. ¡Empaparme de mi antigua vida!, llenarme con una explosión de sensaciones. Sería como una silenciosa ola de inmenso placer.

Tomé el bolso de pana que hacía juego con mi ropa, y continué caminando por la borda.

Hacía ya varios días que habíamos dejado el enorme e inestable océano Atlántico. En Montevideo las olas se calmaron. Las aguas del Río de la Plata eran poco profundas y a medida que nos internábamos en su anchísimo cauce podíamos ver los restos de innumerables embarcaciones que habían fallado en su intento por llegar hasta la ciudad. Mástiles, pedazos de proas y hasta cajas de algún buque recientemente hundido se movían silentes, y siniestras, sobre las aguas

fangosas.

Pero parecía que aún faltaba bastante para llegar. El río era tan ancho que apenas perdimos de vista el puerto de Montevideo nada se notaba en el horizonte, y así continuábamos.

Solamente sabíamos que nos adentrábamos más y más en el amplio cauce porque sus aguas eran cada vez más opacas, marrones, tranquilas y —a quien se atreviera a probarlas— de sabor dulce.

—¡Tierra, tierra! —gritó alguien de improviso, con evidente impaciencia por pisar suelo firme.

¡Vaya vista que tenía!, porque yo nada podía distinguir.

Unos minutos después la raya gris del horizonte se fue ensanchando gradualmente y sus suaves contornos tomaron forma. Más tarde comenzaron a distinguirse las cúpulas de algunas iglesias y los mástiles de los demás barcos anclados cerca del puerto.

¡Dios, no!, entonces recordé el incómodo desastre que me estaba por suceder.

Apreté los puños y comencé a gemir en voz baja, maldiciendo a toda España como una niña caprichosa. Maldije el poco interés que el rey le dispensaba a sus colonias.

Interés que debía incluir constantes inspecciones y, de ser necesario, ocuparse de las pertinentes mejoras.

En mi inconfesable blasfemia también maldije a los americanos por no emprender, visto el nulo interés de su Majestad, un trabajo tan importante en ésta, la tierra que nos tocaba habitar.

Tarea tan útil e imprescindible como lo era la construcción de un desembarcadero; ¡Buenos Aires todavía no tenía puerto propio! En todo el vasto territorio de los dominios de su Majestad española en tierra americana no existía un solo puerto. Sí, Montevideo, pero éste poco y nada podía servirme ahora.

Los marineros comenzaron a correr por la cubierta, obedeciendo prestos a los gritos de su capitán. Tan poderoso era el tono de su voz que comenzaron a silbarme los oídos. Entonces me apresuré a refugiarme nuevamente en la bodega.

Una vez en ella repasé con la vista para cerciorarme de que nada me estaba olvidando. Cuando me agachaba a cerrar el baúl sentí que mi otrora prolijo peinado una vez más estaba flojo.

—¡Hija mía!, ¿de quién heredaste este cabello tan hermoso? —me dijo, maravillada, tía María apenas me vio, resoplé con hastío, pero ella continuó— tu padre debe ser muy buen mozo. ¿Él tiene este color?

Papá era criollo, don Tomás Alonso lo llamaban con orgullo y respeto sus peones cuando alguien les preguntaba sobre su patrón. Nacido de la unión entre una india evangelizada y un español. En sus rasgos físicos él había heredado un poco de cada uno; y el color rubio

era de su padre.

El mío era castaño claro, y al darle la luz despedía unos extraños y vivaces reflejos dorados.

—Parece con vida, como si lo hubieran encendido, —exclamó mi tía.

—No lo admires tanto —sonreí cortamente— mis principales dolores de cabeza son por su culpa; es tan lacio y sedoso que de continuo debo acomodar las horquillas que lo sujetan —hice un mohín de resignación—. Ojalá estuviese de moda el cabello suelto.

—¡Vamos!, no te quejes, combina muy bien con tus ojos, les imprime carácter. Porque así solos son tan claros que se asemejan a dos cristales transparentes.

Entonces se dedicó a observarlos y se apresuró a agregar, pensando que podía haberme ofendido:

—No, no es que carezcan de luz, pero los reflejos en tu cabello les dan fuerza. Todo lo cual hace una bella combinación —apretó los labios y sonrió con picardía—. Bella y peligrosa a la vez, con ese rostro algún día podrás manejar a los hombres —abarcó el horizonte con sus brazos—, luego al mundo entero.

—¡Tía María! —exclamé simulando enojo—, cualquiera que te escuche va a pensar que estás hablando de una princesa.

—Y lo eres, Cristina, lo eres.

Pero al ver mi expresión seria agregó:

—¡Oh!, ya sé que no con título nobiliario, y eso qué importa; te aseguro que quienes te vean van a pensar que es así.

Naturalmente, exageraba en lo de a manejar el mundo, mas sus palabras estaban en lo cierto. Siempre me sentí salvaje. No dudaba que sabría manejar mi vida a la perfección. ¿Quién podía conocerme mejor que yo misma?

Ella, como toda anciana sabia, había aprendido que se podía dar el lujo de decir lo que a su parecer era la verdad, y hasta agrandarla si se le daba la gana, al final, lo peor que la gente podía decir de ella era que se encontraban ante una vieja excéntrica.

Los jóvenes españoles —fogosos y harto expresivos para mi gusto — pronto me apodaron con todos los títulos reales que se les ocurrió: princesa, reina, duquesa, ninfa ¡ay!, su vehemencia acabó por hastiarme.

Es cierto que por el momento era demasiado joven como para asistir a fiestas de sociedad, tan joven como tímida, pero la vida estaba llena de oportunidades y los muchachos aprovechaban todos los recursos que tenían a su alcance, y si no existían, los inventaban. La motivación era un arma poderosa, volvía sagaz hasta al más tonto, resolviendo cualquier obstáculo que se interponía a su objetivo.

Continuamente andaban por ahí rondando; cuando salía de paseo

con mis demás tías, cuando íbamos a la iglesia, cuando asistíamos a alguna función en el teatro.

Su amor era ardoroso, ferviente. Sus palabras zalameras y melosas me apabullaban, su insistencia me sofocaba. Terminé por enojarme, mi débil e inestable paciencia pronto se acabó.

Luego de dos meses de sobresaltos, comentarios picarescos, amores imposibles y desdichas celestiales, decidí recluirme en los libros. Éstos, por lo menos, no hablaban. Después de todo me habían enviado a España para que estudiara historia y música; la segunda me encantaba tanto como me martirizaba la primera. Cantar siempre había formado parte de mi vida; la cocinera, al escucharme, solía decir:

—Aquí llega la calandria de la casa.

Estas dos materias completarían mi aprendizaje para ser, más adelante, una buena maestra. Aún así el aburrimiento que me producía estudiar historia era superior a cualquier aspiración por ganarme unos pesos cuando fuera una mujer adulta.

—La cultura es la base del éxito —me recalcaba tía María cada vez que podía.

Pero mi urticaria histórica era insuperable.

Me toqué el peinado. Tres años habían pasado, y creía haber cambiado bastante, mi cabello no. Me sentía más independiente, responsable, había aprendido a controlar mis impulsos, más guiados por mis caprichos que por un razonamiento lógico, y a tomar decisiones, algunas medianamente importantes. También sabía que debía sonreír en vez de reír a carcajadas, hablar en voz baja en vez de gritar y, en general, a moderar mi carácter espontáneo y a veces hasta explosivo.

Apenas volví a subir al puente, la brisa fresca me recibió de lleno en el rostro. Me llevó un momento acostumbrarme al resplandor de la mañana, recién entonces divisé a los carreteros acercándose al barco. Este ya surcaba aguas poco profundas. Casi todos los carros eran conducidos por mulatos o negros y su risa franca con sus dientes enormes y blancos contrastaba simpáticamente con su tez endrina. Al verlos se disiparon buena parte de mi enojo y ansiedad. Nuevamente estaba en mi pueblo y con mi gente ¡volvía a casa!

Me quedé sobre la cubierta del barco hasta que vi mi baúl golpear pesado sobre una pila de cajas y demás maletas que habían sido colocadas dentro de una carreta, luego me persigné y subí a otra, repleta de pasajeros.

Minutos después comenzó el lento y húmedo… mojado viaje hacia la costa.

Íbamos parados uno al lado del otro, sosteniéndonos como podíamos de las toscas maderas que servían de precaria baranda en

los costados del vehículo. Cada vez que alguna de las enormes ruedas se metía dentro de un pozo, allá abajo en el oscuro y espeso lodo, todos nos zarandeábamos como muñecos de trapo, intentado aferrarnos con fuerza, esperando el inminente brusco tirón de los caballos.

El mulato llamaba a las pobres bestias con mil nombres distintos, a veces tiernos, a veces soeces.

Cerraba los ojos resignada, rezando en voz baja y haciendo mil promesas a cambio de que la pesadilla pronto acabara; mientras, sentía cómo las horquillas se desprendían rápidamente de mi peinado. Apenas unos pocos minutos de viaje y ya me vi obligada a anudarme el largo cabello suelto con una cinta que siempre llevaba atada a mi corpiño.

—No se preocupe, señorita, pronto llegaremos —escuché que alguien me decía.

Abrí los ojos intentando sonreír y ser amable con mi interlocutor, pero cuando me di vuelta a mirarlo tuve que cerrar las aletas de mi nariz para evitar el olor a azafétida que despedía ese extraño.

El rió divertido, quién sabe por qué. ¿Podía acaso estar disfrutando de ese denigrante paseo? Por mi parte, me encontraba humillada y enfurecida mientras sentía el agua sucia metiéndose en mis nuevos zapatos, mojando la falda y a veces llegando hasta mis rodillas. Lo cual, indudablemente, cambiaría el tono neutro de la tela que yo tan meticulosamente había elegido en Europa por un color mucho menos atractivo. ¡Cómo debía encontrarse la ropa dentro del baúl!

Estaba a punto de comenzar a llorar abiertamente cuando alguien exclamó:

—Ya llegamos.

Miré hacia delante en el preciso momento en que uno de los caballos resbalaba e inundaba el aire con una lluvia de barro maloliente. ¡Sólo eso me faltaba! Saqué mi pañuelo de encaje, fresco y perfumado, para poder secar las lágrimas que caían calientes, quemando mis mejillas astrosas.

—¡Cristina! —escuché que gritaban.

Levanté la vista con ansiedad, buscando entre la multitud de personas apretujadas en la costa.; algunos esperaban la llegada de nuestra carreta, otros, removían y descargaban bultos de aquéllas que ya habían arribado a tierra firme y seca.

Entonces los vi. El corazón comenzó a latirme agitadamente.

Recién ahí me di cuenta de cuánto, cuánto los había extrañado.

—¡Manuela, mamá, papá! —grité mientras agitaba con vehemencia mi mano sucia, pensando que ellos se podrían esfumar si no me veían de inmediato.

Sabía que me estaba comportando como una chiquilla insegura. ¡Vaya conducta la mía! ¿Dónde habían quedado mi esmerada educación? ¿No había pisado suelo americano y ya lo había olvidado todo? ¡Oh! ¿Qué diría papá al verme así? actuando aún peor que antes, gritando igual que una vulgar perdularia.

Tanto esmero había puesto en arreglarme, en elegir el color adecuado y el modelo del vestido, en perfumarme, ¿y para qué? si las inmediatas circunstancias lo habían trastocado todo.

Apenas el mulato tiró de las riendas para sofrenar a los caballos salté del carromato sin siquiera esperar a que alguien cortésmente me ayudara a descender de él, y corrí a esconderme entre los brazos de mi adorada madre. Sollocé como una tonta, oprimida por mi sucio aspecto y mis atropelladas maneras, pero mucho más porque seguramente había desilusionado a mis padres. Ya no tendría una segunda oportunidad de presentarme como una dama.

Una vez pasado el mal rato, la cordura volvió a mí y recapacité sobre lo infantil que estaba siendo. Mi incómoda situación era pasajera, y sin duda todos lo sabían, incluso estaban bien familiarizados con ella. Mientras su Majestad, o algún grupo de empresarios rioplatenses emprendedores, no decidieran construir un desembarcadero, la descarga de equipaje y pasajeros solamente podía hacerse en carretas, era un trastorno inevitable.

Pero todavía no tenía deseos de charlar, y esperé a hacerlo hasta recomponerme por completo.

Mamá me dejó llorar, y cuando notó que me había calmado un poco comenzó a hablarme.

—Ya está, querida, ya terminó. Comprendo tu angustia; vamos a casa así te sacas todo eso.

Papá se acercó, me tomó de los hombros con suavidad y me condujo hacia el coche.

Unos minutos después, el caballo trotaba con acompasado ritmo, y las ruedas mordían las calles empedradas. Cerré los ojos y me recogí sobre mamá, feliz por tener un refugio donde encontrar comprensión y consuelo.

Comenzaba a anochecer. A pesar de que era verano, la brisa soplaba fresca del norte.

Ya más serena abrí los ojos y miré alrededor.

El incesante movimiento de las barracas ubicadas a la orilla del río no había mermado, digamos que, en cambio, se había incrementado ostensiblemente; las calles estaban iguales, quizás algo más iluminadas, y las casas, bajas y con techos de tejas, corrían una al lado de la otra formando manzanas bastante simétricas. Sí, mi ciudad era la de siempre, apenas había cambiado desde que me fui. La única diferencia que noté —y que me alarmó bastante— fueron los orificios

dejados por las balas en los encuentros sucedidos, no sólo durante las invasiones inglesas, sino en las corridas periódicas de los muchachos revolucionarios. Mudos agujeros testimoniando la avidez por nuestras tierras vírgenes y tan inmensamente ricas, y también por el fuego que corría en la sangre latina de la juventud rioplatense.

Mamá y Manuela siempre me habían mantenido actualizada con las noticias de este pueblo exaltado y tan apasionado, contándome sobre la valentía incondicional para luchar por sus ideales, con el pecho ancho y la frente mirando al cielo, orgullosos de su estirpe, insaciables por defender lo que ellos creían era justo; y también me relataron de las innumerables muertes que cada revolución ocasionaba entre los diferentes bandos.

«Los doctores dicen que es el clima tan húmedo de Buenos Aires, y yo no sabría si eso es verdad, pero lo cierto es que las personas fallecen por la más pequeña herida, las quebraduras no sanan, las torceduras duelen durante meses; una lastimadura, dicen por efectos del viento húmedo, se vuelve a abrir. Muchos han muerto de excoriaciones menores, y la ciudad entera los llora, sin poder acostumbrarse a su ausencia», me escribió en una oportunidad mi madre.

Después de la rendición de las tropas inglesas, uno de sus jefes, el brigadier Crawford, quiso conversar con dirigentes locales, entre quienes se encontraba Manuel Belgrano. Deslizó entonces la posibilidad que Inglaterra, habiendo fracasado en la conquista de las provincias del Río de la Plata, nos ofreciera protección a un intento de independencia. Aunque no era ése el mejor momento para cambiar de frente, claro está.

Belgrano aprovechó para refregarle la máxima: «los países no tienen amores sino sólo intereses. Pasa un año, y sin que nosotros hubiésemos trabajado para ser independientes, Dios nos presenta la ocasión con los sucesos de 1808 en España y Bayona».

Sí, algo muy importante estaba madurando en las entrañas de mi terruño.

—Llegamos —dijo papá, y tomándome de la mano me ayudó a descender del coche.

Mientras los demás salían del vehículo, observaba extasiada la fachada de nuestro hogar. Sus paredes de ladrillo blanqueado, el palenque sobado por mil riendas diferentes, la enorme puerta de madera profusa y meticulosamente tallada... suavemente la abrí y entré al oscuro zaguán.

El aroma a madera vieja y flores me inundó los pulmones. Sonreí gozosa y me dirigí a la sala. Observé detenidamente cada cuadro y cada florero, a algunos los recorrí con la punta de mis dedos, reconociéndolos a casi todos; había otros nuevos pero la mayoría

siempre habían estado allí. Cerré mis ojos permitiendo exaltar mis demás sentidos, intentando de esa manera apreciar mejor las raíces de mi cuna.

—Suponemos que estarás cansada. ¿Quieres que Paloma te caliente agua para que puedas tomar un baño? —preguntó mamá.

Asentí, había comenzado a relajarme y todo el cansancio del largo viaje caía como plomo sobre mi espalda.

Ella tocó la campanilla y de inmediato apareció una muchacha. Mamá le dio algunas órdenes y la niña partió presurosa hacia la cocina.

Salí a la galería y caminé unos pasos hasta el cuarto que compartía con mi hermana Manuela. Allí todo continuaba igual.

—¡Oh! —reí dichosa y estuve a punto de tirarme sobre mi cama.

En ese momento vi el cobertor blanco que la tapaba, y recordé las costras de barro que tenía adheridas a mi vestido.

Dejé el bolso y coloqué el pañuelo sucio que apretaba dentro de mi puño cerrado, en una canasta puesta en un rincón para tal fin. Aunque de poco serviría, sus delicados bordados no resistirían una limpieza profunda, suponía que ya no lo volvería a ver.

Luego busqué en el armario un vestido de los que había dejado cuando partí hacia Europa, y me dirigí con él al cuarto donde estaba el baño.

Pasé por la cocina y me detuve en su entrada, podía oler la gallina que estaba hirviendo en una enorme olla. Observé en silencio a la enorme negra que batía enérgicamente la mezcla que tenía dentro de un cazo profundo.

Parecía que la tarea no le quitaba fuerzas porque mientras lo hacía tarareaba una alegre canción.

Entonces me vio.

—¡Mi señorita Cristina! —y dejando todo corrió a abrazarme.

Su abrazo era tan afectuoso como sincero, su par de manazas me apretaban fuerte contra sí. Reía y lloraba a la vez; cualquier persona que la hubiese visto habría pensado que Paloma era muy farota e irrespetuosa. Y lo era; pero también era la esclava más vieja, la comadrona que nos había amamantado a Manuela y a mí, y la mujer con más energías que he visto en mi vida.

Al notar mi rostro acalorado me retiró unos centímetros.

—¡Señorita Cristina! Yo le dije a doña Rosalía: vea señora, cuando la señorita Cristina vuelva será toda una reina. ¡Y talcualito mi niña! Está preciosa —y rió abiertamente mientras apretaba y zarandeaba mis hombros.

¿Preciosa yo con todo ese lodo encima?

—¡Ah! —se dio vuelta y tomó una enorme pava que estaba silbando sobre el fogón—, ya está el agua, no se vaya a quemar.

A gritos llamó a una muchacha para que me la llevara.
—Luego le mando la fría.
Le agradecí y continué mi viaje hacia el cuarto de baño con la muchacha detrás.
—¿Eres nueva aquí? —le pregunté.
—¡Oh, no!, señorita Cristina. Hace dos años que trabajo con su familia.
—¿Cómo te llamas?
—Eduardita, señorita Cristina, pero como mi nombre es muy largo todos me dicen Dady.
Cruzamos el patio donde estaba el aljibe.
Me detuve mientras la muchacha se alejaba para vaciar la pava.
En la penumbra de la noche se podían distinguir los blancos pétalos de los azahares desprenderse y caer lentamente como nieve, balanceados por la débil brisa. Aspiré y sonreí con deleite, su perfume se confundía con el de las glicinas que cubrían casi la mitad de la pérgola. También había rosales enredados entre las rejas de las ventanas, con sus flores como enormes y quietas mariposas.
En medio de ese vergel mamá tenía un poyo que años atrás le había regalado papá y que ella rellenaba con cojines para luego sentarse y dedicarse al bordado en las cálidas siestas de verano.
Continué caminando y llegué a un patio más pequeño donde se tendía la ropa. A un costado se hallaba el baño, junto al cuarto de planchado.
Llevaba una lámpara de aceite en la mano y la deposité sobre un estante de madera. Dady ya había colocado el agua dentro de la bañera de latón.
—Ahorita regreso, señorita Cristina.
Le sonreí agradecida, era tan joven y servicial; esto último bastante característico en los negros. Por lo general eran, además, muy trabajadores y leales a sus amos.
Durante las invasiones inglesas muchos se enrolaron en los distintos ejércitos para combatir al enemigo común, y en agradecimiento a sus valerosos servicios obtuvieron la libertad.
—¿Cuántos años tienes, Dady?
—Doce, señorita Cristina.
—No hay necesidad de que me llames así todas las veces que me hablas, puedes decirme sólo señorita, o no me digas nada.
—Como usted diga..., señorita —respondió y se alejó corriendo, como si la vergüenza por lo que acababa de decir fuera insuperable.
Dejé el vestido que luego me pensaba poner sobre un banquito, esperaba que aún me anduviera. Mis medidas no habían cambiado tanto desde que partí a España, aunque ahora tenía las curvas de una señora, de niña había pasado a ser mujer. Me acerqué a oler el ramo

de flores que estaba en uno de los jarrones. Su perfume y el aroma fuerte de las pastillas que se traían desde Paraguay eran necesarios en este cuarto porque el olor del jabón era muy feo, casi pestilente, y su color oscuro no contribuía a mejorar su aspecto. Lamentablemente no había nada que lo reemplazara.

Después de que Dady llenó la tina, me bañé y lavé el cabello. Luego me puse el vestido limpio que había llevado, me apretaba pero podía servir, cuando hubiera tiempo le diría a mamá que lo hiciéramos más holgado. El sucio lo dejé dentro de otra de las tantas canastas que había en la casa especialmente puestas para ello. Peiné mi cabello, largo hasta las caderas y lo até con una cinta.

Al regresar a mi habitación Manuela ya me estaba esperando.

—Déjame que te seque el cabello —y se dedicó a frotarlo y cepillarlo—. Cuéntame todo lo que hiciste en España.

Reí divertida.

—Manuela, ya te lo conté en mis cartas, ¿qué más deseas saber?

—Todo. Cómo eran los peinados que usaban las mujeres ¿se adornan la cabeza igual que nosotras? cuéntame de la guerra, de los muchachos —y mirando hacia la puerta bajó la voz—, ¿son buenos mozos? Quiero que me expliques todo —dio un largo suspiro de chiquilla apasionada—. ¡Cómo hubiese querido viajar contigo!

Me di vuelta sorprendida.

—No sabía que querías ir. ¿Por qué no se lo dijiste a papá y mamá?

Ella apretó el cepillo contra su pecho y suspiró.

—No me atreví. Y seguramente no me hubiesen dejado ir, ellos aún creen que soy la niña atolondrada de siempre —continuó peinándome más rápido—. Bueno, olvidemos eso, no se lo digas a mamá, y mucho menos a papá. ¡No veo la hora de que abras tu baúl! ¿Cuántas cosas me trajiste? Espero que hayas traído libros, muchos libros.

—¡Manuela! —la reconvine, parecía que nunca iba a callar.

—Perdona, hermanita, pero me muero de deseos por escucharte y ver.

—Entonces, primero, déjame hablar.

—Está bien, ¿me cuentas?

Hablé y hablé, respondiendo como pude al torrente inagotable de preguntas que brotaba de sus labios.

Cuando mi cabello estuvo seco, guardó el cepillo y se quedó unos minutos en silencio. Su rostro, de pronto se puso serio, a punto de decirme algo y, sin embargo, sin atreverse a ello.

—¿Qué sucede?

—¿Prometes no hablar del asunto con nadie?

Apreté mi boca y luego exclamé riendo:

—Sellados, seré un ladrillo en la pared.

Ella continuaba seria.

—¿Juras tampoco reírte?

Ya estaba comenzando a preocuparme.

—¡Hecho! —y me quedé circunspecta yo también, haciendo mi papel de juiciosa hermana mayor.

—… estoy enamorada.

Mis ojos brillaron de felicidad.

—¡Eso es maravilloso! —y salté de la cama feliz.

—¡No hables tan fuerte!

—Perdona —me volví a sentar, esta vez era yo la interesada— a ver, dime quién es.

Ella dudó.

—Mariano.

—¿Mariano? —reí incrédula, pensando que mi hermana me estaba haciendo una broma—. ¿Nuestro Mariano González? ¿Aquel chiquillo que vivía en el campo vecino al nuestro? ¿El que tenía un remolino ensortijado en su cabeza? ¿El travieso, atolondrado…?

Ella me detuvo, casi ofendida.

—Antes era un chico, ahora es un elegante muchacho. Vive en la estancia San Sebastián de los Tilos —dijo muy seria.

—¿Y él te corresponde?

—¡Imposible saberlo! —se quejó—. Ya conoces cómo es todo; sólo nos vemos en la iglesia, o las pocas veces en que su familia nos ha venido a visitar. Pero ya sabes, en esas oportunidades mamá, papá, algún vecino, los sirvientes… todos están presentes. Apenas sí hablamos, y eso a una distancia de diez sillas, con el servicio entrando, saliendo de la sala y dando vueltas a nuestro alrededor para servirnos el café y los pasteles de rigor.

Mientras hablaba comenzó a estrujarse la falda del vestido con desesperación, parecía a punto de llorar. Ella aún era una niña, tenía poco más de quince años.

Me acerqué y la abracé.

—No te pongas así, no puede ser para tanto. ¡Vamos! —y la obligué a sentarse sobre mi cama.

Me acomodé a su lado al tiempo que pensaba velozmente.

Ella continuó con su historia de chiquilla enamorada, con la pasión sofocando sus sentidos.

—Cristina, ¿te has enamorado alguna vez? ¿Seriamente enamorada? —y sin esperar mi respuesta exclamó—: ¡Duele tanto!

—Escucha, se me acaba de ocurrir una gran idea, ¿quieres que mañana vayamos a visitarlos? ¿Están aquí en Buenos Aires?

Abrió sus enormes ojos ilusionada, como si un viento revitalizador hubiese entrado de repente en el cuarto. Saltó en su asiento y

exclamó:

—¿Harías eso por mí? ¡Sí!, claro que están aquí.

—Entonces a media tarde podemos ir, después de todo tenemos la excusa de mi larga ausencia.

Ella me miró, dos pequeñas lágrimas le brillaban en cada cuenca de sus ojos, indecisas por salir, y nuevamente repitió:

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto, Manuela, eres mi hermana, y mi más querida amiga.

—¡Qué bien!, apenas amanezca mandaremos a Dady para que les avise —se puso de pie rápidamente—. ¡Gracias!, hermana, eres maravillosa.

Callé, con tan poquito estaba tan contenta, ojalá todas las contrariedades del mundo se resolvieran así.

Nos llamaron a comer, y un par de horas después nos acostamos a dormir.

Casi no probé bocado ni conversé durante la comida, todo era demasiado diferente, y a pesar de ser ésa mi familia, aún me sentía algo inhibida como para charlar con ellos igual que antes; tres años para una muchacha eran toda una vida. Además me sentía muy cansada.

—No importa —dijo mamá comprensiva—, mañana hablaremos. Hay mucho tiempo para ello.

Apenas me acosté reconocí con alegría a mi almohada, tan suave y fresca, siempre oliendo a lavanda, ésa que tanto había extrañado en España. Mi cuerpo se deslizó manso hacia un sueño reparador, el mundo se disolvió, y sólo quedó la memoria, imaginativa, ninfa hacedora de mil sueños diferentes.

Muy temprano al día siguiente, escuché ruidos a mi lado. Miré hacia la cama de Manuela y noté que ella se estaba vistiendo.

—¿Por qué te levantas tan temprano?

—¿Temprano? Son las siete de la mañana —y continuó poniéndose la falda.

—¿Vas a alguna parte?

—Sí, tengo clases de piano con doña Ofelia.

Me incorporé un poco.

—¿Piano? ¿No lo detestabas?

—Lo detesto —recalcó ella con evidente desagrado—, pero papá dice que es lo único que puedo aprender aquí. Me dieron a elegir: historia, geografía, canto o piano. Odio todo eso, me decidí por el menos atroz, piano. No puedo estar todo el día de brazos cruzados.

Entonces me miró.

—¿Sabes que mamá dice que si no estoy ocupada puedo llegar a

ser una gran contrariedad? ella está convencida de que continuamente me meto en enredos.

Ahora se estaba peinando. Detuvo su enérgico cepillado y continuó:

—¿Puedes creer eso? ¿qué yo provoque líos?

Lo pensé.

—¿Aún eres amiga de María Rosa?

—Sí.

—En ese caso, sí lo creo.

—¿No me vas a decir que María Rosa es mala? —se puso de pie rápidamente, dispuesta a la confrontación verbal.

Reuní mi tropa interior y la mandé a retiro, no quería iniciar una insensata discusión por cosas tan banales. Y menos con una infanta inmadura.

—Disculpa, no sé lo que digo. Todavía estoy medio dormida.

Apoyando la cabeza sobre el brazo me quedé callada y la observé mientras se terminaba de vestir.

Manuela había corrido apenas las cortinas de lino que cubrían la ventana y pude notar su cuerpo como si estuviese recortado contra el marco. Era menuda y gordita, su físico era el de una niña; pero su rostro era bello, con su nariz respingada, sus labios llenos y el color indefinido de sus ojos redondos. A veces parecían pardos y cuando les daba el sol, verdes. Su cabello era largo y ondulado, de un tono algo más oscuro que el mío, y los reflejos dorados, heredados de nuestro padre, ahora con las chispas del amanecer, refulgían como hebras de plata.

Caminaba hacia la puerta, recordó algo y se volvió.

—¿Cuándo abrirás el baúl?

Ya entre sueños le respondí:

—¿Quieres que lo hagamos juntas? Apenas vuelvas de tus clases de piano.

Ella corrió a besarme.

—¡Sí, sí! —luego cerró las cortinas y se marchó.

Sonreí y me volví a dormir casi de inmediato.

Un rato después escuché que me llamaban.

—Señorita Cristina, ¡señorita Cristina!

Abrí los ojos e intenté ver quién me hablaba, pero el cuarto aún estaba a oscuras.

—La señora Rosalía manda a preguntar si está usted bien.

Reconocí la voz de Dady.

—Sí, ¿quieres abrir las celosías?

Ella corrió a obedecer y la luz entró rauda, bañando de vida la habitación.

—¿Qué hora es?

—Las diez, señorita Cristina.

Me incorporé de un salto, ahora comprendía la preocupación de mamá. En Buenos Aires todos madrugaban, hasta los niños; la ciudad entera se despertaba cuando el sol comenzaba a clarear el cielo.

Me levanté y ya ante el ropero abierto saqué un vestido marrón. Era de lana merina, quizás un poco abrigado para esa época del año, pero nadie que haya vivido durante un verano entero en esta ciudad deja de recordar que es justamente en estos días calurosos y húmedos cuando el cuerpo está más propenso a los resfriados y enfermedades pulmonares; sin contar los repentinos y tibios chubascos.

—Los poros se abren y el mal entra con facilidad, —siempre me recordaba mamá.

Había aprendido a no olvidarlo.

Este también me quedaba bastante ajustado en el busto, además de un poco corto, pero seguramente lo podría acomodar. Las mangas marcaban los brazos. Las rocé con placer, eran muy finas, con un sutil trabajo en hojas y flores. Sí, a ese vestido habría que hacerle varias reformas. Lástima, los delicados bordados tendrían que desaparecer o, por lo menos, pasar a formar parte de un adorno, nada más. Quizás con los cortes de tela que había traído de España se pudiera hacer algo para acomodarlas, porque allá lo actual era usar mangas anchas, tan anchas como poco prácticas.

—Dady. ¿Sabes coser?

—¡Oh, sí!, señorita Cristina, la señora Rosalía me enseñó bien, bien.

—¿Qué te parece, entonces, si uno de estos días nos dedicamos a revisar los vestidos del ropero? Quizás podamos arreglar y reformar algunos. Es una lástima tirarlos, están casi nuevos.

—No, señorita, tirarlos no. De dos, podríamos hacer uno.

Pensé divertida que mamá le había inculcado muy bien la conciencia del ahorro.

Toqué con fastidio mi cabello que aún tenía suelto.

—¿Te gustaría peinarme?

Ella observó con admiración mis rubios mechones y respondió afirmativamente con gran entusiasmo.

—Bueno, por esta vez no tendré que librar la batalla cotidiana, —y me senté frente al espejo para dejarla hacer a su antojo, confiada en que le habían enseñado bien esa tarea.

Cuando salí de mi cuarto pasé por el patio recién regado, y cortando una rosa blanca me la puse sobre el peinado que ella me había hecho, después seguí hacia el comedor.

Mamá estaba sentada en una silla de caña y bordaba un gigantesco mantel. Probablemente hacía más de un año que lo había comenzado.

Me saludó y un minuto después una muchacha del servicio me trajo una taza de café con un jarrito de leche.

Cuando quedamos solas mamá comenzó a hablarme de su bordado, y me preguntó sobre nuestros parientes en España.

—¿Cómo está mi madre? ¿Permanece enojada porque no regresé con ella a España?

Cuando era apenas una niña su familia había venido de paseo a estas tierras agrestes e inhóspitas. Pero, a pesar de la crudeza del país, algunos de mis tío abuelos vieron las grandes posibilidades que se encontraban en él y optaron por quedarse. Mi madre también se había enamorado del lugar y le rogó a sus padres que la dejaran aquí aunque fuera sólo por un par de meses más. Ante tanta insistencia, y muy a su pesar, ellos accedieron.

Por supuesto, como se ve, ella jamás regresó a su país natal.

—No, eso fue hace tantos años que abuela lo ha olvidado. Sólo le quedan remembranzas nostálgicas, ya sabes cómo son los ancianos.

Sonrió escéptica.

—Conozco la ascendencia de tu abuela, son demasiado obcecados, nunca olvidan. Pero no importa —dijo como descartando el asunto—, por lo menos fue cordial y atenta contigo. Y si aún está molesta, supo disimularlo.

Platicamos un rato más y de pronto ella quedó en silencio. Dejó el bordado olvidado sobre su falda y me miró adusta.

—Hija, veo que aún eres la muchacha juiciosa de siempre —nuevamente guardó silencio, parecía querer elegir bien las palabras—. Tu hermana, sin embargo, cada día que pasa está más y más ingobernable.

Eso me extrañó, porque yo había estado hablando con Manuela desde que había llegado de viaje y no noté nada diferente en ella, salvo que continuaba siendo la misma caprichosa de siempre.

Mamá continuó:

—Sabes que estamos pasando por un período muy difícil. El pueblo entero hierve en una olla tapada, y cuando una burbuja estalla, hay rebelión y muerte —meneó la cabeza—. Manuela es amiga, muy amiga, de María Rosa. ¿La recuerdas? —yo asentí—. Tengo entendido que su hermano es un revolucionario. A puertas cerradas y entre susurros, pero lo es. Suele reunirse con algunos ingleses, y éstos le llenan la cabeza de ideas en contra de nuestra corona española; blasfeman y hablan barbaridades de nuestro rey Fernando VII. Y ya tú sabes cuán comprometido puede ser eso. Ellos son jóvenes, impetuosos, arrebatados, y realmente creo que no se dan cabal cuenta de lo que están haciendo. Don Tomás siempre ha querido que nos mantengamos neutrales, aún estamos bajo el dominio de España y debemos obedecer al monarca. Pero tu hermana ¿qué beneficio puede

depararle el hecho de visitarlos? Algún día los descubrirán, si yo me he enterado cualquiera puede saberlo. Al verla frecuentando esa familia, es lógico que la relacionen a ella también, y a todos nosotros. Entonces... —con movimiento brusco dejó el bordado a un costado y sacando un pañuelo reprimió un sollozo.

Me levanté y, sentándome a su lado, le dije:

—Lo arreglaré, mamá, no te alarmes —exclamé con la suficiente vehemencia como para que mis palabras no dejaran translucir mis lógicas dudas al respecto—. Me ocuparé de que Manuela se aleje de María Rosa —y le acaricié su cabello sedoso y renegrido.

A pesar de sus cuarenta años, seguía siendo hermosa. De ascendencia morisca, con la piel cetrina y los ojos rasgados, mamá perfectamente podía pasar por mi hermana mayor. Esas mujeres eran muy bien vistas y admiradas por los extranjeros porque, además, tenían la habilidad de arreglarse exquisitamente.

Unos minutos después entró Manuela.

—¿Ya abriste la caja de Pandora?

—No, acabo de desayunar. Vamos, ¿me ayudas? —sabía que no tenía necesidad de decírselo, pero eso hacía menos evidente su curiosidad.

Mamá también nos acompañó y pronto estábamos frente al baúl.

Afortunadamente éste cerraba herméticamente y el agua no había entrado en él. Todo su contenido se hallaba en perfectas condiciones, las prendas tan sólo estaban un poco arrugadas.

Sacamos cortes de seda, terciopelo, lana; varios mantillones y rebozos. Le regalé algunos a mamá, y después Manuela comenzó a probarse todos los vestidos y adornos que encontraba a medida que metía su nariz en los objetos que íbamos extrayendo. Los colocaba sobre sus hombros y luego se miraba en el espejo ovalado que se encontraba a un costado de la sala. Parecía un chiquillo en una juguetería.

—¡Este es bello! —exclamó mientras se probaba un vestido hecho en seda colorada. A ella siempre le gustaron los tonos fuertes.

—Puedes quedártelo.

—¿Así, nada más? ¿Hablas en serio?

—Sí, en realidad ése lo eligió tía María, es un poco llamativo para mi gusto.

Ella chilló de alegría y corrió a ponérselo.

Continuamos sacando lazos, cintas, peinetones de carey, varios chalecos de seda para papá y, cerca del fondo, envueltos cuidadosamente en una manta, estaban los codiciados perfumes. Entonces fue mamá quien sonrió feliz. Abrió todos los envases y se deleitó con sus distintos aromas.

Seguí revolviendo.

—¡No, no! —dije enojada.

Ella cerró el frasco que tenía entre sus manos y observó intrigada.

—¿Qué sucede?

—Mira, la medicina que abuela me había preparado para tus jaquecas se ha derramado.

Mamá tomó la botella y en su tono práctico dijo:

—Aún le queda bastante. De todos modos, no importa. Hace algunos años ha venido a la ciudad un médico llamado Capurro, y me recetó una medicina que me ha dado buenos resultados. Y siempre conservo el recurso de las habas, por más que sé que no es muy elegante.

Sonreí al recordar la imagen, casi cómica, de mamá caminando por los pasillos con la frente alzada hacia el cielo. Cuando le dolía mucho la cabeza solía partir una chaucha y se la colocaba sobre la sien.

Ella no lo hacía, pero había algunas mujeres que salían a la calle con las habas colgando graciosamente de su sombrero.

Manuela levantó la falda del vestido que se estaba probando.

—Me queda un poco largo, Dady lo puede arreglar. Cuando vayamos esta tarde de visita quiero ponérmelo.

—¿Visita? —preguntó mamá algo alterada—. ¿A quién van a visitar?

Manuela se ruborizó y bajó la cabeza.

—A la familia González —respondí—, había olvidado decírtelo, ¿quieres venir con nosotras?

Mi hermana me lanzó una mirada furibunda que ignoré.

—Podría ser. Esta tarde no tengo mucho para hacer —entonces se tocó los labios—. ¡Sí!, ahora recuerdo que debo ayudarle a Paloma a preparar las empanadas y los bocaditos para Navidad, sólo faltan dos días.

—También puedo colaborar. ¿Por qué no los hacemos mañana? —le dije—. ¿Vienes con nosotras entonces?

Ella lo pensó. No era costumbre que mamá saliera a hacer visitas sociales, no sin papá acompañándola; y por esa época él estaba bastante ocupado con su trabajo.

—En ese caso sí, iremos las tres.

Mi hermana se dio vuelta amoscada y corrió fuera de la sala. Sus estados de ánimo variaban con suma facilidad y no le importaba exteriorizarlos. Manuela era… Manuela.

Almorzamos huevos revueltos y carne asada. Todo estaba muy rico pero todavía recordaba los vaivenes del barco, razón por la cual no comí demasiado.

Después de la siesta nos vestimos para la reunión.

Manuela se puso el nuevo vestido colorado que le acababa de

regalar, y yo uno color canela que Paloma me entregó tibio aún por la plancha.

Mi hermana ya había olvidado su mal humor y cascabeleaba de continuo, plena de excitación.

Paco, el cochero y guardaespaldas italiano que teníamos, preparó el coche, y cuando todas estuvimos listas partimos hacia la casa de los González.

El trecho era bastante corto, apenas cinco cuadras de la nuestra.

Cuando llegamos, Manuela bajó de un salto y esperó junto a la puerta para que mamá hiciera sonar el enorme llamador de bronce. Sus mejillas estaban sonrosadas y sus ojitos verdes chispeaban inquietos. Mamá la reconvino con una mirada de hielo pero ella no acusó recibo de la silenciosa reprimenda. Ciertamente era indisciplinada.

Un portero elegantemente vestido nos atendió —los González tenían lujos extravagantes— y cortésmente nos condujo hasta la sala.

En el centro, contra la pared más ancha, se encontraba el acostumbrado sofá con cinco regordetas damas sonriéndonos afectuosamente, cada cual más vieja y vocinglera que la otra.

Saludé a todas ellas y me senté en una de las sillas que se encontraban en fila, una al lado de la otra, formando un semicírculo en el centro y mirando hacia el gran sillón. Como era verano, las alfombras de lana habían sido reemplazadas por esteras de la India. Éstas, al ser pisadas, emitían ruido a pasto seco y olían como si estuviéramos en un granero, lo cual le daba una apariencia más fresca a la habitación.

Unas sillas más allá estaba Florencia, la hermana menor de Mariano, y junto a ella tres muchachas a quienes yo no conocía. Del otro lado de Florencia estaba la secreta razón de nuestra visita, Mariano, con su rostro sonriente e infantil de siempre, ése que yo recordaba. Debía tener alrededor de veinte años, aunque no aparentaba más de dieciséis. En verdad no creía que hubiera cambiado tanto como decía Manuela. Pero, allá ella. No era a mí a quien debía agradar el muchacho.

La conversación fue monótona, y los temas, previsibles, giraban en torno a mi largo viaje. Con docenas de preguntas dirigidas como lanzas hacia mí. Las González del sofá parecían querer exprimir mis retentivas sobre Europa, y todavía más. Intentaba ser agradable, pero me resultaba muy difícil mantener la sonrisa, ¡y la paciencia!

Observé varias veces a Manuela, siempre tan temperamental y extrovertida, se la notaba recatada y, casi en exceso, tímida. En apariencia tenía perfectamente controlada la inquietud que la había llevado a improvisar esa reunión.

Ella estaba a mi lado, y cuatro sillas más allá Mariano.

Este, de vez en cuando, movía su torso hacia delante y nos clavaba la vista.

De pronto, el picaflor domesticado de nuestra anfitriona, la señora González, comenzó a aletear y salió del tibio nido ubicado entre sus exuberantes pechos.

La primera vez que vi a este adorable pajarillo me asombré muchísimo, con su agitado aleteo y su pico tan delgado y largo. Su dueña, haciendo de gigante mamá, lo tenía desde pichón y lo llevaba siempre consigo.

En ese momento ella tomó una diminuta taza de porcelana que contenía jarabe, y la levantó mientras llamaba al animalito.

—¡Pit, Pit!, aquí está tu comida.

Pit se acercó velozmente y metió su pico dentro del líquido dulce, después se dedicó a volar, recorriendo reiteradamente las flores que estaban en los jarrones de la sala.

No era común en todas las familias de la alta sociedad bonaerense, pero sí bastante usual que tuvieran un picaflor domesticado. Para ello, la rama donde estaba el diminuto nido con los pichones se cubría con una jaula en cuyo costado se dejaba una abertura, así los padres podían entrar y salir libremente para alimentar a sus crías. Cuando éstas crecían —generalmente eran una o dos— y comenzaban a alimentarse por sí solas, entonces su dueña lo acostumbraba a tomar jarabe. Tienen un agudo olfato y podían olerlo desde bastante lejos. Hasta volaban entre las flores del jardín para luego regresar a su nido, que había cambiado de lugar.

Las mujeres los lucían sobre su pecho, orgullosas de poseer una exótica joya viviente.

¿Qué sensación le produciría al pájaro vivir dentro de esa mullida, suave y cálida concavidad que palpitaba continuamente? nunca lo sabría.

Varias esclavas sirvieron té negro a los presentes, otro lujo excéntrico, ya que, por lo general, el té era dorado. Los acompañamos con olorosas tortitas de Morón, pasteles y bocados dulces.

Mamá hablaba poco, a esa hora se estaría preguntando qué me llevó a elegir el padecimiento de semejante inquisición. Manuela callaba; la mayor parte de la conversación giró entre las agotadoras preguntas proferidas por la anfitriona y sus risueñas amigas, mis respuestas casi escuetas, y la larga apreciación de cada una de ellas —o la de todas al mismo tiempo— al respecto.

Cuando el sol comenzó a descender mamá amablemente recordó que era hora de regresar. Manuela emitió una suave elegía y se levantó.

Nos despedimos y emprendimos el corto camino a casa.

—Mamá —preguntó Manuela cuando llegamos y antes de

descender del coche—, ¿te importaría si Cristina y yo hacemos otra corta visita?

Mi madre observó a su hija con desconfianza y se puso seria. Sabía adonde iríamos. Luego me miró con rostro suplicante.

—Sólo será por unos pocos minutos —agregó mi hermana.

—¿A quién verán?

Manuela dudó, pero no quería mentir. Por lo menos en eso era virtuosa, respetando la inteligencia de nuestra madre.

—A María Rosa.

Entonces mamá me miró nuevamente, intentando que su desazón no fuera percibida, los años le habían enseñado que era mejor no discutir con ella. Un innecesario gasto de energía, energía que Manuela tenía de sobra.

Le sonreí conciliadora. Diciéndonos un breve adiós entró en la casa.

Apenas el caballo comenzó a trotar nuevamente le pregunté a Manuela:

—¿No prefieres ir a lo de la señorita Ofelia, así me tocas algo en el piano?

Ella puso sus ojos caliginosos.

—¿Mamá ya te habló sobre la familia de María Rosa?

—Creo que no hay necesidad de que me hable de ellos —me apresuré a responder—, los conozco. Recuerda que las tres fuimos muy amigas hasta que partí.

—¡Te aseguro que todo lo que se comenta no es verdad!, patrañas que inventa la gente —agregó con vehemencia, mostrándose como la defensora de los castigados y de las causas perdidas—. Sólo porque no son iguales a los demás.

—¿No, cómo son? —le pregunté dudando de su afirmación.

—Es que ellos hacen lo que se les viene en gana.

La miré asombrada.

—¡Manuela!, ésas no son palabras de una señorita cultivada.

—¡Pero es la verdad!; visten, hablan y se comportan como quieren, sesgando las opiniones del resto de la ciudad.

—No les afecta —repliqué—, y a ti ¿te importa? Además, esa rara actitud, por decirlo de alguna manera, ¿a qué resultados positivos los conduce?

—¿Si me importa qué cosa?

—Lo que digan los demás de ti.

—Sí.

—Entonces, te va a interesar si a Mariano no le gusta que frecuentes a esa familia. Disculpa que te aclare algo, hermanita, pero lamentablemente vivimos en sociedad, y cada acto que realizamos es juzgado por quienes nos rodean. Si deseas ser aceptada, respetada, y

mantener una convivencia armoniosa con tu entorno, entonces debes controlar tus… ímpetus de «hago lo que se me da la gana» e imponerte ciertos condicionamientos en tu proceder. ¿Crees que a Mariano le va simpatizar?

Por la repentina transformación de su rostro supe que había conseguido lo que quería.

—¿Te parece? —inquirió ella algo aprensiva—. ¿Crees que él puede molestarse por mi amistad con María Rosa?

Tardé en responder, hice como que lo estaba pensando pero, la verdad, es que había decidido decir una mentira necesaria.

—Creo que sí.

—¡Oh! —gimió ella con desconsuelo, atrapada entre la elección de perder a su amiga o al amor de su vida.

—La tarde aún está cálida —exclamé sonriendo—, mejor le decimos a Paco que nos lleve en un paseo por el parque, vamos a disfrutar del verde, luego regresamos a casa. En una hora oscurecerá.

Suspiró con desánimo.

—Como quieras.

Sonreí disimuladamente y me recosté contra el respaldo del asiento. Esta vez había ganado. ¡Cuán alentadores son los triunfos en la batalla cotidiana!

Mientras avanzábamos vi las casas de Buenos Aires, con sus ventanas enrejadas y sus enredaderas rebasando los tapiales y cayendo fuera, las puertas altas y angostas, las tejas despintadas por el sol y la humedad; había varias iglesias de diferentes religiones —tan pocos éramos y ya estábamos en desacuerdo con la anatomía espiritual de Dios—, floridas plazas, la recova, el cabildo, las barracas y depósitos a la orilla del río. Allí se guardaba la mercadería para exportar, o aquélla que había sido recién importada. Era una zona de mucho movimiento, donde se encontraban los hombres de más musculatura, y temperamento, con el sudor brotando por cada uno de sus poros, desenvolviéndose plenos de energía vital. Todo actividad, corridas, gritos, peleas, encuentros, transacciones.

Aparte de la recova existían otros mercados más pequeños donde se vendían frutas, verduras y carne. Había muchos extranjeros; una mezcla compuesta de franceses, portugueses, italianos, españoles, ingleses, alemanes y negros. La ciudad vibraba en una constante actividad, tanto, que se podía decir que quien quería ser rico sólo tenía que trabajar un poco; ya que la comida —elemento vital para subsistir— se conseguía en abundancia y barata.

El paseo me reconfortó y me di cuenta de que en mi ausencia Buenos Aires había crecido. A pesar de ser la misma de antes tenía más negocios, más gente, y más calles adoquinadas; lo cual era imprescindible ya que en los días de lluvia los carros ablandaban el

suelo mojado con su permanente tránsito y muchas veces se atascaban en el barro, y tanto era así que los pobres bueyes que los estaban tirando quedaban allí pegados, al final eran desenganchados de sus carros y obligados a permanecer, semienterrados, hasta acabar muriendo. Era muy desagradable y pestilente. Por no nombrar la cantidad de enfermedades que ello podía acarrearle a la ciudad, comenzando con el terrible y tan temido cólera.

Apenas amaneció, al día siguiente, hice un esfuerzo por levantarme al mismo horario que los demás habitantes de la casa.

Ya frente al ropero elegí el vestido más viejo que tenía, de franela algo descolorida, me puse un delantal y me arremangué.

Estaba lista para el trabajo de esa jornada.

Fui a la cocina, no sin antes pasar por el patio y satisfacer una veta inocente de mi vanidad, cortar un ramito de jazmines silvestres que colgué detrás de mi oreja.

Mamá estaba amasando y Paloma revolvía enérgicamente azúcar quemada.

—¡Buenos días, señorita! Ya le llevo al comedor una bandeja con el desayuno, no había necesidad de que usted viniera, podía habérselo pedido a Dady.

—No, gracias, quise ayudarlas, y si no les molesta voy a tomar algo aquí.

—Pues ya mismito le preparo una taza de café ¿con leche?

Miré el roncador que estaba apoyado contra el fogón.

—¿Podría... podría tomar algunos mates?

Paloma me miró boquiabierta y mamá frunció el ceño.

—Pues... ¡cómo no, señorita Cristina! Pensé que tantos años de ausencia le habrían quitado la buena costumbre.

Tomó el porongo presta y lo acomodó un poco, cambiándole parte de la yerba.

Le agregó un puñado de yuyos misteriosos y aromáticos, de esos que ella misma recogía cuando íbamos a la estancia y luego ponía a secar colgados de la pared más oscura de la cocina.

El último paso fue llenar nuevamente la pava con un poco más de agua para luego colocarla sobre las brasas.

Minutos después yo estaba sentada sobre un tocón que alguien había dejado junto al fuego, saboreando un anhelado y delicioso mate con azúcar quemada, igual a los que ella me cebaba cuando aún era su niñita mimada.

Estuvimos todo el día preparando empanadas, pasteles, panqueques, tortas, y aderezando el pavo que Paloma sacrificara esa mañana después de una semana con dieta de nueces.

Solamente descansamos para comer, y al anochecer las dos estábamos agotadas, Paloma desplegaba el mismo brío de siempre. Mamá fue a darse un baño, me quedé terminando de enharinar algunas tortitas. Tenía el rostro tirante y áspero con harina. Varios mechones —los rebeldes de siempre— caían desordenadamente sobre mis hombros, y los jazmines que me pusiera detrás de la oreja esa mañana estaban mustios, y colgaban laxos sobre mi mejilla.

Alguien hizo sonar el llamador de la puerta principal.

—¡No! —exclamé angustiada.

Mamá se estaba bañando aún, Manuela, por las dudas, no había aparecido en todo el día, Dady había ido hasta el almacén, las otras dos sirvientas estaban al fondo, lavando ropa, y era imposible que escucharan nuestros llamados, y Paloma...

—¿Puedes atender, Paloma?

Ella detuvo su trajín y me miró.

—Creo que usted está más presentable que yo; míreme un poquito.

En efecto, ella estaba cargando carbón y tenía las manos y la ropa más negros incluso, si eso era posible, que su misma piel.

Suspirando con resignación tomé una lámpara y me dirigí al zaguán.

Cuando abrí la puerta vi una enorme silueta parada frente a mí. La luz del farol de la vereda le daba en la espalda y no podía distinguir su rostro, pero él —porque era un hombre— sí me podía ver gracias al reflejo de la lámpara que traía en mi mano.

—Estoy buscando al señor Tomás Alonso. Dígale que vengo de parte del comandante Saavedra.

Me quedé en silencio, su voz tan potente me turbó; no era zafia ni descortés, pero sí autoritaria. Tenía el poder y la seguridad de una persona con temple firme, de alguien que sabe exactamente qué hacer en el momento preciso.

—¡Oh, mil disculpas! —exclamó él de pronto—, olvidé presentarme. Mi nombre es Ricardo Durán.

Permanecí inmóvil, recordando que en España había aprendido cómo atender correcta y cortésmente a una visita; pero algo en mí colapsaba. Estaba como hipnotizada, hasta podía contar mis palpitaciones, casi violentas, agitada, respirando entrecortado. En mi pecho cien baguales galopaban al mismo tiempo.

Tragué saliva, me estaba comportando como una tonta, ¡tus modales tan pulidos, chiquilla hueca!, incapaz de atender a un desconocido que sencillamente tocaba a la puerta.

—No, papá... el señor Tomás Alonso no está en este momento.

Bien, por lo menos algo me había salido.

Se quedó mirándome por lo que me pareció una eternidad,

aunque no podía ver sus ojos los adivinaba clavados en mí. Y yo allí parada, sucia, despeinada, transpirada, con la boca abierta por el asombro. Al darme cuenta de ello la apreté con fuerza, entrechocando mis dientes ruidosa y graciosamente

¿Asombro, por qué? porque la fuerza viril que emanaba de él me había trastornado, como si repentinamente estuviera en un sueño, comprendiendo que la mujer sí pertenecía al sexo débil. Ciertamente el señor Durán poseía algo de lo cual carecían todos los jóvenes españoles que conocí, hombría.

Él parecía impasible a mis atropellados pensamientos.

—¿Cuándo puedo volver?

No sabía qué responderle. Por un lado esperaba que se fuera rápidamente para poder recomponerme, cambiando esa actitud tan tonta y hasta infantil que se había apoderado de mí y no me permitía actuar como una mujer educada, y por el otro, deseaba que se quedara a mi lado para siempre.

—... si usted quiere hablar con él ahora, puede ir hasta su oficina. Está en la calle Balcarce, esquina con Tucumán.

Permaneció quieto un segundo, hizo una reverencia, me dijo «buenas noches» y se marchó.

Tardé varios minutos en recomponerme y volver a moverme, cerré suavemente la puerta, como si el hecho de mantenerla abierta pudiera prolongar el sentimiento de su presencia. Me sentía embriagada, en un chispazo mi vida había cambiado completamente, de repente, como una explosión de impresiones, tuve más conciencia de lo que me rodeaba que en los dos días que había pasado en mi ciudad. Los olores se intensificaron, los objetos se volvieron más etéreos, y los ruidos de sus botas alejándose en la calle pedregosa sonaron a melodía en mis oídos. Si acaso eso era amor, pues entonces el mundo entero estaba loco, porque yo me acababa de enamorar de alguien a quien ni siquiera había podido ver bien.

Pasamos una Navidad feliz. Estuvieron presentes los familiares de papá. Parientes de mamá no había ninguno aquí, todos estaban en Europa o ya habían fallecido sin dejar descendientes.

Canté y bailé con mis primos a quienes casi no conocía, y pude probar por primera vez el excelente vino de Burdeos que papá había comprado algunos meses atrás. Manuela suspiraba con cada nuevo respiro y sus pupilas recorrían soñadoras los ojos de sus primos buscando en vano la mirada de su amado. Papá no había permitido que se invitara a ningún extraño fuera de la familia.

Al verla así, casi sufriendo, me decía que el amor no podía ser una enfermedad sino una sublime bendición.

Al respecto de la orden de papá él decía:

—Éstos son tiempos muy difíciles, se pone en duda la lealtad del virrey Liniers, a causa de su origen francés, y tiene demasiados enemigos. Elio, el gobernador de Montevideo, está continuamente en discusión con él, y desde un principio quiso destituirlo; a ello se le suma la corte portuguesa en Río de Janeiro y las intrigas británicas. No recibe apoyo de España, y mucho menos de nuestro pueblo. No quiero que se piense que aprovechamos esta festividad para reunirnos en secreto y conspirar contra su gobierno. Desde siempre hemos sido neutrales, y a no ser que la situación nos obligue a inclinarnos por uno u otro bando, continuaremos así.

Creo que exageraba, era demasiado cuidadoso, pero él era el jefe de esta familia y nadie se hubiese atrevido a contradecirlo, por lo menos no en cuestiones tan delicadas.

Después de todo, quizás tuviese razón. ¿Qué podía opinar yo con mis apenas dieciocho años sobre la revolución o la guerra?

El comienzo del año nuevo llegó, y los días se volvieron cada vez más húmedos y calurosos. El viento norte soplaba, enardeciendo los espíritus inquietos y alterando los pacíficos. Mamá se paseaba todo el día como una sonámbula. Si no estaba tumbada en su cuarto a oscuras, caminaba bajo la sombra de los árboles frutales que había en los dos patios. Mientras, sostenía unas habas partidas sobre su cabello. Papá suspendió sus negocios hasta que el clima mejorara; él decía que el viento norte le hacía tomar decisiones apresuradas. Y Manuela ¡chiquilla inestable!, lloraba de continuo por cualquier tontería.

Una mañana especialmente calurosa, cuando fui a desayunar, encontré a mamá y papá aún sentados a la mesa. Papá leía el diario y mamá acomodaba las tazas. Los saludé con un beso y me dediqué a desayunar. Apenas entró Manuela papá dejó la publicación y carraspeó varias veces, se frotó el bigote gris y nos miró a las dos. Estaba por decirnos algo importante, se notaba en sus ademanes tensos.

—Me parece que debo comenzar sin rodeos. Hace mucho que no vamos a Los Naranjos y últimamente Rosalía no se ha sentido muy bien; saben que el clima cálido y húmedo de la ciudad no la beneficia. El médico le ha dado algunos remedios y, aunque ha mejorado un poco, no puede vivir medicada todo el verano; y menos teniendo la solución natural a nuestro alcance —nos miró serio, y terminó su corto discurso—. Mañana a primera hora partimos hacia el campo.

Sonreí feliz, encantada con la noticia que nos acababa de dar.

—¡Eso es maravilloso!, ¡hace tanto que no veo la pampa! ¿Está mi yegüita?

Papá sonrió.

—Creo que te llevarás una agradable sorpresa.

—¡Me cuentas, me cuentas!

Se mantuvo en su secreto.

—Entonces dejaría de ser una sorpresa, ya te vas a enterar.

—Manuela, ¿sucede algo? ¿No estás contenta por el viaje? —le preguntó mamá al ver que mi hermana agachaba la cabeza y comenzaba con su gesto tan característico de frotarse las manos nerviosamente.

—No, no es eso, es que la noticia me ha tomado por sorpresa. Tenía otros planes para este verano.

Adiviné su angustia, y sin embargo, nada podía hacer para aliviar su pesar, por ahora. Quizás, más adelante se me ocurriría alguna estrategia así ella podía ver nuevamente a Mariano.

Desayunamos rápidamente, comentando las tareas que aún le quedaban pendientes a cada miembro de la familia. Después nos dedicaríamos a la complicada labor de preparar nuestros baúles.

Apenas llegamos a nuestro cuarto, Manuela se tiró sobre su cama y comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Ya no lo volveré a ver! ¡Pasarán meses y no lo veré! Seguramente cuando vuelva él ya estará casado.

—No seas tan fatalista; si te ama continuará haciéndolo por más que estén alejados uno del otro. Además ¿quién te dice que cualquier día de éstos no aparece por allá? Los Tilos está muy cerca de nuestro campo.

No sabía que mis palabras serían casi ciertas, casi. Porque la vida, o mejor dicho: el destino, suele jugar partidas tramposas. Como un intrincado rompecabezas, acomodaba las piezas de manera muy diferente a nuestra solicitud; divirtiéndose con los enredos que ocasionaba su intromisión.

—¿Tú crees? —y un brillo de esperanza cruzó el rostro angustiado de Manuela.

—¡Pues claro!, ya verás cómo lo encontraremos por allá. Vamos, llenemos los maletones que se pasa el día.

Dedicamos el resto de las horas a arreglar el equipaje. Guardando algunos vestidos y desechando otros.

El caos en que se encontraba nuestro cuarto a media mañana fue gradualmente desapareciendo. Cintas, mantos, faldas, blusas, vestidos, zapatos, botas y algunos abrigos quedaron encerrados en tres baúles.

Dos no fueron suficientes, parecía como si nos fuéramos para toda una eternidad.

Cuando partimos muy temprano a la mañana siguiente éramos una caravana. En el primer coche, manejado por nuestro fiel Paco, íbamos nosotros cuatro, en el de atrás iban Paloma —de quien mamá no se separaría por nada en el mundo—, Dady y dos sirvientes más; luego había una carreta repleta de equipaje, y detrás de ésta otra más,

cargada con herramientas y provisiones que faltaban en Los Naranjos y papá había comprado el día anterior.

Cuando todo estuvo listo, él se despidió del sirviente que quedaría a cargo de la casa en nuestra ausencia, no sin antes escuchar por décima vez las repetidas recomendaciones de mamá.

Dio la orden de partir, y allí comenzó nuestro lento viaje hacia el campo.

El trayecto duraba cuatro horas aproximadamente, si todo salía bien y no nos detenía ningún incidente, como una rueda rota, el equipaje que cada tanto se desacomodaba o algún transeúnte que nos cruzaba y, conociéndonos, se detenía a platicar.

Absorbí y disfruté cada segundo, como si la vida recién se abriese ante mis ojos. Varios años hacía que no veía las interminables praderas de nuestra América; desierto limpio, manchado por matas de pasto enroscadas entre sí, arbustos espinosos y algunos cardos asnales, de vez en cuando encontrábamos cerradas arboledas de algarrobos, chañares, espinillos y diferentes variedades típicas de la zona. Desierto que, sin embargo, guardaba la riqueza dormida de su tierra, esperando paciente a que la mano del hombre la apretara con cariño, haciéndole brotar de su seno fecundo las semillas de la vida.

Cruzamos el arroyo Maldonado, a varios kilómetros de Buenos Aires. Tenía un rústico puente de madera y él, tiempo atrás, había sido partícipe de un milagro; que en realidad, para quienes conocían la verdad de la historia, no era tal.

Contaban que en cierta oportunidad unos soldados realistas lo iban cruzando, cuando vieron a una india lavando ropa y juntando agua en su orilla.

Lúbricos, saboreando por anticipado cuanto se solazarían con ella, bajaron a la ribera y llevaron a cabo su vil juego hasta cansarse. La pobre muchacha quedó allí, vejada y lastimada, asqueada de tanta humillación repetida.

Tiempo después, los mismos soldados volvieron a pasar por allí, quizás movidos por el agradable recuerdo más que por obligación.

Buscaron un poco, y nuevamente se encontraron con la muchacha. Pero esta vez les esperaba una mortal sorpresa; cuando quisieron abusar nuevamente de ella una leona apareció, y sin misericordia los mató a los cuatro.

Sí, todos creían que había sido un milagro el que semejante animal estuviera por allí cerca, y que, además, hubiera ayudado tan encarnizadamente a la india.

La verdad fue que la leona, tiempo atrás, había quedado preñada. La india la había encontrado en el momento del difícil parto ya que la hembra no podía tener a su cría, y la ayudó a parir con éxito.

Desde ese día, ambas eran inseparables. Fue así como, tiempo

después, la leona respondió con furia, defendiendo a su querida salvadora.

Me sentía exaltada, liviana. En ese momento recordé a Ricardo. Sin conocerlo y ya lo llamaba por su nombre, ¿qué extraña afinidad existía entre ese hombre y yo?

Le comenté a papá sobre su visita, hablé de él intentando que mi voz sonara indiferente, temerosa de que adivinara mis pensamientos, reflexiones que ni yo misma podía entender.

—El teniente Ricardo Durán, sí, fue a verme. ¿No lo recuerdas?

—No.

—Sí, es probable que no te acuerdes, desde muy pequeño lo enviaron a España para que continuara la carrera militar. No, ahora que lo pienso mejor no debes haberlo conocido, —me miró, recordando más detalles—. Su padre tiene una estancia relativamente cerca de Los Naranjos, a media hora de trote a caballo hacia el norte, Caoba. ¿Recuerdas ese campo?

El nombre me parecía conocido, sí, me había llamado la atención y quedó grabado en mis recuerdos de pequeña. Caoba, me parecía tan austero, frío e imponente a la vez, ciertamente no creía que fuera adecuado para una estancia.

Cuando papá calló volví mi vista hacia la tranquila campiña, esperando a que mi desboque interior cesara.

De improviso, el viaje hacia el campo se había convertido en algo doblemente excitante. Sonreí con placer; todos mis amores se conjugaban en Los Naranjos; mi yegua, mi espíritu salvaje que anhelaba poder brincar a su gusto, el hombre que quería... Cada arbusto adquirió un tono más dorado, y las ondulaciones de la paja brava se parecieron a las algas movidas por las aguas en el río, todo tenía un matiz más intenso.

Observé el horizonte hacia el cual nos dirigíamos y mi futuro se llenó de expectativas. La vida parecía sonreírme, todo hacía presagiar un verano esplendoroso.

¡Corazón inocente!, te cobijo en mi puño y seco tus mil lágrimas con ternura, en tus más aterradoras pesadillas, ¿sospechaste siquiera que todo saldría al revés?

Capítulo 2

Los Naranjos, enero de 1809

Ya instalados en Los Naranjos, contrario a lo que estaba sucediendo en Santa María del Buen Ayre (o Buenos Aires), donde se sospechaba que el virrey Liniers en cualquier momento sería derrocado, los días se deslizaban tranquilos, rítmicamente uno detrás del otro, como las olas en el mar.

Demasiado apacibles a mi inquieto espíritu. No había nacido para estar sentada con un bordado o un libro en la mano, como mamá, ni corriendo de una estancia a la otra, de reunión social en reunión

social, como Manuela. Yo quería algo más; quería conocer las diferentes tierras, aprender las costumbres de los animales que habitaban la pampa, saborear el gusto salino del viento cuando cruzaba los médanos, tocar las diferentes superficies de las hojas, reconocer las especies avícolas, descubrir los secretos del clima, abrazar con mi entendimiento las razones de los indios, surcar los ríos… y más, mucho más.

La pampa se movía, gritaba, cantaba y enseñaba, siendo pródiga en sus criaturas. Todo lo poseía; aves y reptiles, insectos de maravillosa sutilidad o bestias voraces y repulsivas. Su fauna era variada en un acertado equilibrio. Encontraba en ella tesoros de observación, raudales de enseñanza.

La pampa así, dejaba de ser un misterio para mí y pasaba a transformarse en un magnífico ser vivo, la perfecta compañera de mis inquietudes.

Allí en el campo también hacía mucho calor, aunque no tanto como en la ciudad. La casa estaba construida en un claro y el viento soplaba franco. Luego de atravesar, y refrescarse, en una enorme arboleda que existía cientos de metros antes, entraba por las ventanas que daban al norte y salía por las que estaban al sur.

Los primeros días habíamos tenido mucho que hacer. Debimos abrir y ventilar los veinte cuartos que componían la casa, contando el comedor, la sala de visitas —que era la más amplia y soleada— el cuarto de costura, la cocina, las habitaciones de descanso, la oscura despensa, el baño y la pieza de planchado. Además estaban las dependencias que pocas veces se usaban y servían para alojar a los invitados. Los sirvientes descansaban en unas casitas contiguas a la casa mayor. Un poco más lejos había una imponente caballeriza y a su lado el galpón que usábamos de cochera, con una pieza a su costado para que durmiera Paco, algunos cobertizos, varios galpones, barracas y la casa del mayordomo.

Todo olía a moho por haber estado cerrado durante varios meses, haciendo que la humedad se acumulara en el ambiente. Las frazadas estaban frías y casi mojadas, las sábanas también. Debimos sacarlas al sol y golpearlas, algunas pasaron derecho a la lavandería. ¡Cuán poco acogedora puede llegar a ser una casa deshabitada!

Todos los vericuetos tenían montículos de tierra extraída por las hormigas. En los rincones se acumulaban los excrementos de los murciélagos que ocupaban el encofrado superior. Sacamos enormes arañas de entre los pliegues de los pesados cortinados. Manuela ni se animaba a sentarse en los sillones, intuyendo que algún ser repugnante saldría a recibirla. Paloma se encargó de sacudir muy bien todos los almohadones de la sala, y luego de su minuciosa labor si acaso quedaba algún bicho, éste probablemente estaría lisiado o

agonizando por los vigorosos golpes que le había dado con la paleta de sacudir.

Lo primero que hice cuando llegué fue correr a la caballeriza.

En su centro, arriba, papá había hecho instalar una pajarera. Las aves salieron volando asustadas cuando abrí la puerta con rudeza.

Mi petisa Cristy no estaba allí. Recorrí los cobertizos, los galpones con herramientas, y los que almacenaban el grano para la próxima siembra, nada. Miré detrás de las cinco casas que había dispersas por el parque de la estancia. Entonces fui a buscar al caballerizo.

Me saludó con evidente entusiasmo.

—¡Señorita Cristina! ¿Cuánto hace que no la veíamos por aquí? —y su sonrisa era tan amplia que pude notar su dentadura incompleta.

Aquí y allá algún diente todavía permanecía enhiesto, haciendo aún más graciosa la sonrisa del hombre.

Pero yo no tenía tiempo para saludos. Cristy era el animal que más amaba, y el que me había acompañado durante todos los veranos de mi infancia.

Estaba comenzando a impacientarme.

—¿Dónde está Cristy, Alfonso, dónde está?

Abrió enorme sus ojos negros.

—No se alarme, señorita Cristina, ¿no está usted bien, le ha hecho mal el viaje? le puedo decir a mi mujer que le prepare un té de yuyos, ya verá usted lo bien que se siente en un ratito nomás.

Me calmé un poco, estaba asustando al pobre hombre, poco acostumbrado a tratar con las mujeres, y criado para tomarlas como objetos delicados y de mucho cuidado.

—Estoy bien, Alfonso, pero quiero saber dónde está la yegua. ¿Dónde está Cristy?

—¡Por San Nicolás!, señorita Cristina, hubiera comenzado por ahí. Ya pensaba yo que quería una poción de las de mi patrona —estiró un brazo hacia el corral—. Allá está, amamantando a la potranca.

Fruncí el ceño, al principio no comprendí lo que me estaba diciendo. Reaccioné rápidamente y comencé a correr veloz hacia ella.

—¡Una potranca!, Cristy tuvo cría.

—Vaya y véala usted misma, desde aquí las puede distinguir. ¿O quiere que yo se las traiga?

—¡No! —exclamé ya en carrera.

Olvidándome de él grité fuerte:

—¡Cristy, Cristy!

La yegua levantó su cabeza, amujando; atenta a los repentinos gritos, dispuesta a huir en busca de salvaguarda para su cría. La potranca también dejó de mordisquear el pasto y trotó grácil al lado de su madre.

Entonces Cristy me reconoció.

Relinchó afectuosa y galopó presta a mi encuentro. El caballo no olvida.

Apenas la tuve a mi alcance, rodeé con mis brazos su robusto cogote, y mientras le hablaba me dediqué a pellizcarla con cariño. Tenía el pelaje bayo con un tinte anaranjado, huevo de pato, le decían en el campo, y la potranca, nerviosa y asustadiza, era rosilla.

Olvidé la esmerada educación que recibiera en España, olvidé que las damas cabalgaban de costado, con una montura especial, que siempre había alguien cerca para ayudarlas a montar, y haciendo dos pasos hacia atrás me levanté la falda y salté sobre su lomo.

Ahora Cristy y yo nuevamente éramos un solo cuerpo, un centauro con alas de viento.

Trotamos por el campo abierto, recorriendo sus vastos límites, devorando distancias. Allí no había historia, pasado ni presente, el campo siempre permanecía igual. ¿Cómo podían los hombres preferir la ciudad? con sus intrigas, sus guerras y mentiras. En la ciudad se es esclavo de la civilización y sus rigurosas costumbres, en Los Naranjos se podía alcanzar el cielo, tan inmensa era la libertad.

Nuestra estancia abarcaba diez mil cuadras, la mayoría de ellas estaban cubiertas con pastos naturales. Papá solía sembrar algunas con maíz en verano, y trigo en invierno. Aquí y allá había talas, macizos algarrobos de diferentes variedades, plantas de quinua con sus hojas duras y espinosas, espinillos por doquier y, cerca de los bañados, lánguidos sauces. Casi todo era llanura, con muy pocas lomas suaves pero agrestes. Las que, muchas veces y para martirio de los yeguarizos y vacunos, estaban cubiertas con cantos rodados.

Era fácil recorrer la pampa, siempre que sus valles no tuvieran cuevas de vizcachas. Peligrosamente disimuladas entre los pajonales, se podía saber cuándo estaban activas, aún antes de ver los agujeros, porque el pasto que rodeaba su boca de entrada estaba ralo. A esos roedores les encantaba juntar a la entrada de sus madrigueras ramas medianamente gruesas para morder, lo cual hacía más dificultoso encontrar el lugar exacto donde estaban.

Cuando se divisaba un vizcacheral era mejor detener el flete y andar con cuidado, ya que si éste metía una pata en algún agujero podía quebrarse, o tropezar y tirar al jinete de su montura.

Hacia el norte, como papá había dicho, se encontraba Caoba, y hacia el noroeste San Sebastián de Los Tilos. Al sur se extendía la inmensidad de nuestro campo, y ésta era la zona menos visitada por la peonada a causa de su ancho horizonte; el gaucho era adicto al trabajo fácil y de poco esfuerzo. Además, le tenía un justificado terror a los indios.

Vagué durante toda la tarde, deleitándome con la tranquila compañía de mi yegua y su potranca, ésta retozaba feliz, corcoveando

inquieta alrededor de su madre, siempre cerca. Cuando comenzó a anochecer escuché a lo lejos la campana de la casa llamando a descanso. La comida estaba lista.

El aroma de los ambientes había cambiado radicalmente. A nuestra llegada habíamos entrado a un panteón, y ahora, apenas pocas horas después, y gracias a la actividad de media docena de personas, podíamos decir que teníamos un hogar.

Durante los días siguientes ordenamos la ropa que habíamos traído desde Buenos Aires en los baúles, y luego, como toda buena ama de casa, nos dedicamos a bordar y confeccionar los manteles, carpetas y sábanas que hacían falta.

Pero ese trabajo me aburría terriblemente. Estar horas enteras sentada clavando la aguja una y otra vez, hablando del tiempo, de los vecinos o de nada. Callando bajo un silencio que oprimía.

Comencé a escaparme y deambular, recorriendo el inmenso parque y la quinta. Tanta quietud había adentro de la casa como bullicio afuera. El canto de las cientos de diferentes variedades de pájaros, el relincho de los yeguarizos, el mugido de la hacienda vacuna, los gritos de la peonada cambiándola de un lugar a otro, las ovejas balando, el ruido agudo de la maza golpeando rítmicamente contra el yunque al acomodar algún hierro, el viento limpiando las plantas para luego volver a ensuciarlas con otra tierra parecida, revolviendo el guadal de los senderos, llevando las semillas a nuevos parajes, llenando el aire de diferentes aromas...

El tórrido clima a veces me sofocaba.

Una tarde caminé bajo los naranjos, conté cerca de doscientos. Ese día el perfume de sus miles de flores se mantenía suspendido en el aire, no circulaba brisa alguna y garuaban pétalos blancos. Se podía oír el zumbido monótono de las abejas, mis pies raspando suavemente la alfombra de hierba, mi falda arrastrando las hojas caídas, y en mi lenta caminata cada una de mis respiraciones se volvía más profunda y larga que la anterior.

A pesar de tanta quietud y belleza, a pesar del completo sosiego que me embargaba desde que había llegado al campo, sentí que me faltaba algo, no sabía bien qué era, aunque podía intuirlo, y esa sensación lentamente fue invadiendo mi cuerpo hasta transformar mi complacencia en desasosiego y hacer que mi pecho ardiera inquieto.

¿Cuál era la palabra exacta? La que completaba todas las frases, la única, la perfecta… ¡compartir!

Había un tiempo para todo. Los ciclos se cerraban e iban dando lugar a los nuevos. Cada etapa tenía su momento de comenzar, y también para terminar. El destino, hábil jugador a los naipes, sabía cómo manejar las cartas. Yo estaba dejando la adolescencia y entrando

en la próxima etapa, la más hermosa de todas, aquella por la cual suspirábamos desde que poseíamos entendimiento, la razón de la existencia misma. Ya estaba lista a iniciar una nueva y maravillosa sociedad, aquella donde sus componentes marchaban con un objetivo en común, transcurrir la vida.

Hasta que estuviera lista, hasta que mi nuevo sentimiento fuera asimilado plenamente por mi corazón, era menester distraer mis pensamientos. Algo debía hacer porque, me sentía inquieta, sí, pero aún no entendía bien la razón de mi inquietud.

Jamás había sido amiga de la desazón, por ello era necesario que me ocupara en algo entretenido, que agotara mis energías, que llenara las largas horas de los días de verano.

Esa noche le pedí a papá que me dejara acompañarlo en sus paseos diarios.

—¡Cristina! —exclamó mamá espantada—, afuera el calor es insoportable, te vas a enfermar.

—No lo creo. Aquí dentro me aburro.

—¿Aburrirte? puedes bordar, tejer, coser, tocar el piano, cocinar, leer, practicar canto, estudiar.

Manuela dejó el tenedor que tenía en la mano. Desde que habíamos llegado parecía ajena a todo, callada, vacía. Se conformaba con cualquier trabajo y, raro en ella, nunca se quejaba.

Pero apenas podía le pedía a Paco que la llevara a pasear por ahí. Eso a papá lo molestaba porque los trayectos solían ser largos, y perdía a su cochero por el día entero, además del peligro que esos viajes en soledad significaban para un solo hombre, y una mujer. Y no es que él lo necesitara a Paco para conducir, sino que quería tenerlo siempre cerca de la casa, como vigilante de nuestra seguridad.

Al final optó por obligarla a quedarse en la estancia a cambio de que trajera un par de amigas para hacerle compañía y mantenerla entretenida.

Su herida interna la estaba consumiendo rápidamente. Su corazón de niña era pura pasión, todavía no había aprendido que es más sensato, y mucho menos acerbo, aplacar y controlar los sentimientos con un poco de cordura y raciocinio.

Ella amaba a ciegas a Mariano, y no entendía ni le importaba nada más. Y lo único que anhelaba era estar cerca de él, más allá de cualquier opción sensata.

Por las largas miradas que mamá le dedicaba, me daba cuenta de que ella había notado que algo diferente estaba sucediendo con su hija, pero esperaba paciente a que Manuela estuviera lista a contarle la razón de su brusco cambio. Las cuestiones difíciles suelen tratarse mejor si surgen por propia elección que bajo presión.

Continué con mi diálogo, pidiéndole a papá que me dejara acompañarlo.

—Supongo que tienes razón, mamá, aunque todas esas tareas me hastían, ¿por qué no puedo cabalgar?

Entonces fue papá quien estalló:

—¡Porque en cualquier momento llegará el pampero!

La discusión terminó allí esa noche. Pero yo era muy persistente y había heredado de mi abuela materna la obcecación asnal y continué con el tema al día siguiente.

—¿No crees papá que hay varios caballos que necesitan ejercicio? —le pregunté en tono casual.

Mamá me lanzó una mirada furibunda.

Él se secó los labios con la servilleta y lenta, muy lentamente la depositó sobre la mesa.

Casi dejo de respirar.

—No me agrada discutir, Cristina, y tú lo sabes muy bien. Anoche me preguntaste si podías cabalgar conmigo y me negué —luego me miró—. No puedes haberlo olvidado.

Hizo una larga pausa, yo ni siquiera tragaba, temía que si movía algún cabello se desataría un ciclón.

—En contra de lo que tu madre opina, y de lo que yo sostengo, te dejaré venir. Puedes insolarte, puedes tostarte la piel hasta parecer una negra, —la piel blanca era sinónimo de alcurnia—, puedes enfermarte o llenarte de picaduras de insectos, luego no me digas que no te lo advertí.

—¡Gracias! —exclamé feliz.

Lo abracé y besé cien veces, y sin esperar más corrí a cambiarme. Así fue como se iniciaron mis cabalgatas junto a él y a Mulato. Este último era nuestro capataz, encargado de toda la hacienda, yeguarizos, vacunos y lanares de la estancia. Nadie conocía su verdadero nombre, tanto hacía que lo llamábamos por ese apodo.

Unas veces montaba en un caballo negro, viejo y tranquilo; otras, en Periquita, la yegua blanca de Manuela. Mamá me obligaba a usar vestidos de lanilla y sombreros enormes que me cubrían casi todo el rostro. El calor era terrible, volvía deshidratada y oliendo a sudor de caballo, aún así, me sentía feliz.

Revisábamos las reses controlando que ninguna vaca cruzara los límites de nuestra estancia, ni que hubiera animales pertenecientes a algún vecino. Tampoco era conveniente que se alejaran mucho porque corríamos el riesgo de que se lo robaran los indios en sus continuas maloqueadas. Atendíamos a las ovejas, Mulato controlaba la esquila mientras yo me metía en medio de los gauchos para observar su trabajo con mucho interés. ¡Todo era tan nuevo para mí! Galopábamos a través de los sembrados de maíz y medíamos atentamente las crecidas de los arroyos. Cuando el calor era opresivo nos sentábamos a descansar sobre el suave musgo bajo los sauces, o los nogales añejos que teníamos dispersos alrededor del casco de la estancia. Mulato y los demás gauchos saboreaban unos exquisitos mates. Con papá tomábamos limonada que Paloma nos había preparado esa mañana y dejábamos refrescándose en alguna acequia cercana.

A veces, por pura malicia, papá apuraba a su indomable potro en un galope desenfrenado, y cada tanto se daba vuelta a ver si yo aún estaba cerca de él. Y estaba. Que me llevara el diablo luego por haber forzado a mi leal flete, pero ni todos los infiernos podrían obligarme a claudicar.

Unos minutos después papá se tiraba agotado sobre el pasto, y yo reía divertida, con mi cabello suelto y el aliento entrecortado, intentando no demostrar que también estaba desfalleciendo de cansancio.

Al principio, antes de partir a Europa, me había molestado que él me regalara una montura especial de mujer, ya que, como se esperaba de mí, alguna vez debía comenzar a usarla. Pero en Europa terminé por acostumbrarme a ella. Aún así, siempre miraba con envidia las cómodas monturas de los hombres, añorando que con el tiempo ya no tendría prejuicios y podría usarla. Me prometí a mí misma que así sería, como regalo a mi madurez, ésa que iba más allá de los ridículos «no se puede», pues mi lógico razonamiento me decía que nada de malo había en el hecho que una mujer montara sobre ellas.

El padrillo de papá era hermoso, le había puesto de nombre Pampero pues era un oscuro tapado, alto y estilizado, con una cabeza perfecta; muy distinto al caballito criollo que usaban los gauchos, fornido y algo retacón. Al verlo, todos le habían augurado un pésimo futuro, ese caballo no podía servir para nuestras tierras, tan repleta de irregularidades inesperadas, del duro laboreo con la hacienda, con sus rayadas y sus bruscas vueltas sobre las patas, y de largos trayectos a recorrer.

Pero papá simplemente replicó que afortunadamente no era quien debía hacer el trabajo duro, y se quedó con el redomón.

Cuando estaba en la estancia él usaba sombrero, corralera, faja, bombachas y botas de auténtico cuero de potro.

Sin decirlo, me daba cuenta de que él, igual yo, prefería el campo a la ciudad. No debía lidiar con quienes hacía negocios a diario. No debía responder a preguntas que muchas veces lo podían comprometer, en Los Naranjos él era él, sin cuestionamientos ni dudas, era el patrón. Su palabra no se discutía, no existía más ley que la suya ni más castigo que su rabia.

Como también era un hombre flexible, su autoridad pronto se adaptó a mi asidua compañía.

Un día tuvimos una visita esperada.

Hacía dos semanas que estábamos en la estancia, Manuela se iba consumiendo de a poco. Ya casi no comía, daba vueltas toda la noche en su cama en vez de dormir, y cuando la invitaba a algo tan simple como caminar, sus pasos eran los de una enferma, lentos, cansinos.

Conociendo la causa de su tristeza ¿qué podía hacer para ayudarla? Mi adorada, e inmadura, hermanita se deterioraba anhelando a Mariano.

Sus amigas, hartas ya de sus interminables soliloquios, que giraban siempre sobre el mismo tema, dejaron de venir a visitarla.

Hacía rato que también mamá se había enterado, por boca de los sirvientes, lo que estaba causando la desazón de su hija menor. Pero tampoco tenía los medios, ni quería, hacer algo al respecto. Consideraba que Manuela era muy joven aún como para andar noviando, y estaba segura de que muy pronto tanto fervor sucumbiría.

Por mi parte, yo pensaba muy diferente. El amor con amor se cura, o con olvido. Pero parecía que Manuela moriría antes de negar.

Ese día tuvimos una visita. Estábamos las dos caminando por el jardín cuando escuchamos a los perros ladrar. Unos minutos después vimos que alguien se acercaba hacia nosotras.

—¡Mariano! —exclamó Manuela, saltando con loca felicidad mientras corría a su encuentro.

Pero él... él… ¡San Benito, aleja de mí este cáliz! ¡Cuánta tristeza sentí! Esta vez estaba segura que era lucifer quien había tirado los dados.

Un instante atrás el mundo era maravilloso, el cielo era el más limpio y puro que mirar se pudiera, amaba cuanto me rodeaba, y estaba en paz con mis congéneres y en armonía total con el cosmos. Ahora, como si me hubieran clavado una navaja en el pecho, había quedado completamente atontada. Todo se me había vuelto confuso e incierto.

Mariano me miraba a mí.

¡Dios!, no quería que mi hermana percibiera lo que sucedía. Mi reacción inmediata fue saludarlo fríamente y retirarme de la escena lo más rápido que pude sin quedar como una grosera. Con la excusa que

debía avisar de su llegada a mis padres, partí hacia la casa. De esa manera le daba a Manuela la oportunidad de estar con él a solas.

Mientras caminaba frenética, taconeando con fuerza sobre el piso de la galería, ansié con toda mi alma ser un hombre. Así habría evitado esta situación tan turbadora. De haber tenido una huasca entre mis manos habría dado fustazos en el aire, descargando mi rabia en un vano intento por tumbar al destino traicionero que, una vez más, jugaba las partidas sólo para su entera diversión.

Papá aprovechó la circunstancia de su visita y lo invitó a comer, feliz de tener un hombre con quien conversar. En el campo las costumbres no eran tan estrictas y el protocolo muchas veces era obviado.

Ya en nuestro cuarto Manuela exultaba de contenta. Hablaba sin parar mientras elegía el vestido que se pondría esa noche.

—¡El más llamativo!, ¡el más hermoso!

Por mi parte me prometí que me pondría el más feo y apagado que tuviera. ¿Y si me iba a comer con la servidumbre? Tan bellaca me sentía que bien sería capaz de hacerlo.

Cuando entramos al comedor ella usaba un conjunto amarillo, tan fuerte y refulgente como el mismo sol. Yo había elegido una falda gris y una blusa blanca, ni siquiera me perfumé.

Aunque ello seguramente no se notó porque la habitación estaba repleta de flores, y no sólo en los jarrones. Mamá también había hecho entrar algunas macetas cuyas plantas estaban florecidas. Parecía que el jardín entero había cambiado de lugar.

Papá se puso un traje de levita y moño, mamá llevaba un vestido nuevo.

Todos parecían estar de fiesta. Mis padres reían y atendían solícitos el más ínfimo requerimiento de Mariano, Manuela sólo tenía ojos para él. Y él… ignoré lo que estaba viendo, preferí pasar por una atrabiliaria y me disculpé arguyendo que tenía una repentina jaqueca.

Mi madre me miró asombrada. Sabía lo que estaría pensando ¿Jaquecas yo? ¿desde cuándo?

—Hija, ¿por qué no vas a la cocina y le pides a Paloma algunas chauchas? Si el dolor continúa te puedo dar mi jarabe.

Lamenté en silencio para haberla preocupado tan innecesariamente, pero todo era por el bien de mi hermana.

—Sí, mamá, justamente voy hacia allá.

Regresé junto a Dady, trayendo algunas fuentes llenas con comida. Nuevamente me senté a la mesa, sobre mi cabeza llevaba un ramo de frescas chauchas bien envueltas en un pañuelo. Más ridícula no podía estar, pero no se me ocurrió una mejor manera de ahuyentar al lobo que me acechaba del otro lado de la mesa.

Mamá desvió la mirada, Manuela reprimió la risa y papá… ¡pobre

padre! agachó su cabeza revolvió sus pies bajo la mesa y suspiró resignado.

Para cambiar la atención comenzó preguntándole a Mariano:

—¿Cómo está Buenos Aires? ¿Aún no ha ardido?

Mariano sonrió.

—Todavía no, aunque a los rioplatenses les han crecido alas después de las invasiones inglesas; cada día aumentan los motines y tiroteos. Ya no es como antes, se pensaría que las calles están tranquilas y uno puede circular en ellas sin temor alguno, pero hay rencillas en cada barrio, especialmente a la orilla del río; la palabra patria brota a cada instante de los labios del pueblo.

—¿Cómo está el virrey?

Mariano meneó la cabeza con desánimo.

—Presionado, muy presionado. Ya nadie lo quiere.

Manuela parecía que absorbería al muchacho con la mirada, no hablaba, no comía, solamente disfrutaba.

—¿Y Fernando VII?

—Las noticias que llegan de él no son buenas, algunos dicen que lo han destronado y se refugió en una isla, otros, que está prisionero; lo cierto de todo ello es que el virrey es quien ha salido más perjudicado, ya no recibe ayuda de España, ni cooperación ni apoyo ni dinero.

Mamá intervino. Se la notaba bastante inquieta por las noticias, y trató de aligerar el condimento de la conversación.

—¿Cómo está nuestro poeta Vicente López?

Esta vez Mariano sonrió.

—¿Sabía usted que ha compuesto una canción con motivo de nuestras victorias frente a los ingleses?

—No, no lo sabía.

—Se llama Triunfo Argentino.

—¿Y ustedes los jóvenes la andan cantando por ahí? —preguntó alarmada.

Él levantó las cejas y nada respondió.

Comimos pollo, asado, verduras y revuelto de cebolla, de postre Paloma había hecho panqueques con melaza.

Cada vez que la conversación disminuía un poco Mariano me observaba. Había tanta vehemencia en sus ojos que a veces me causaba gracia, en verdad se parecía a mi hermana. Inmediatamente recordaba que la felicidad de ella dependía de mí y se me desaparecían las ganas de divertirme con la escena que se desarrollaba en el comedor.

Apenas sirvieron el postre me dispuse a retirarme, alegando que el dolor de cabeza no disminuía, y desaparecí con mamá siguiéndome preocupada. Esa noche era de Manuela y no quería ni debía

interponerme.

Un rato después ella llegó al cuarto. Bailaba y cantaba despacito mientras se desvestía. Su corazón estaba en éxtasis. La observé con disimulo, era mi hermana, la persona que yo más quería en este mundo, sangre como mi sangre, mi familia.

Me propuse que jamás se enteraría de la verdad.

Los días posteriores fueron un paraíso continuo para Manuela y un suplicio para mí.

Mariano parecía haber anidado en Los Naranjos. Por supuesto que dormía en su campo pero, fuera de eso, nuestra estancia se había convertido en su lugar de trabajo. Cada vez que levantaba la vista él estaba ahí, si me daba vuelta me chocaba con su cuerpo, cuando comíamos era el agregado cotidiano, cuando salía a cabalgar con papá o Mulato era casi seguro que Mariano se sumaba al grupo como por casualidad. Lo más molesto era que me acosaba con su parloteo, sus inquisiciones y chistes indirectamente iban dirigidos sólo a mí.

Tenía un precioso alazán adornado con un lujoso emprendado de plata, y se pavoneaba con él como si estuviese en una exhibición, equivocando de plano la razón que unía al hombre con el caballo.

Lo encontraba en la esquila, en el corral, paseándose entre nuestro ganado…

—¿Tu padre jamás necesita ayuda? —le pregunté en una ocasión cuando se había sentado a mi lado en el patio trasero mientras yo desgranaba algunos maíces.

—Creo que prefiere que esté aquí, —respondió regalándome una de sus mejores sonrisas.

—¿Ah, sí? ¿por qué? —le pregunté amoscada.

—¡Cristina! —exclamó él confundido—, somos amigos, aunque últimamente creo lo contrario. ¿Por qué me tratas así?

Tiré el marlo dentro del canasto, al aire salieron disparadas varias semillas. Me dispuse a levantarme.

—Por favor, Cristina, debo decirte algo. Tenemos que hablar.

¡No!, no iba a permitir que me lo dijera nunca. Jamás consentiría que nuestra relación fuera más allá de una tirante, y ahora obligada amistad.

Corrí hacia las caballerizas y ensillando el caballo negro salí a cabalgar. No me sentía con deseos de ir hasta la casa, y no quería que mamá anduviera haciendo averiguaciones sobre lo que me podía estar sucediendo. Mi exasperación era demasiado evidente.

Di una larga vuelta alrededor del parque, pasé por los corrales y me quedé charlando y observando la tarea de los peones. Busqué un pedazo de rama espinosa que pudiera hacer las veces de peine y le cepillé la crin al caballo, nos habíamos ocupado tan poco de él que ni

siquiera tenía nombre.

—¡Pobre viejo y fiel animal!

Tenía toda la cola anudada con abrojos y agresivos garabatos; pedí una cuchilla y le corté las cerdas enredadas. En un gesto de cariño le prometí encontrarle un nombre.

Durante los días siguientes Mariano estuvo taciturno, pero sus ojos cargados de sentimiento aún lo delataban.

Por las noches casi siempre se quedaba de sobremesa durante un par de horas, para gran placer de Manuela. Ella vivía en las nubes, ciega a las palabras y miradas que Mariano tenía hacia mí.

Cuando estábamos en nuestro cuarto, y al hacer algún comentario respecto a su ceguera sentimental, ella me decía, disculpándolo:

—Ya sabes cómo son los hombres, tan distraídos. Ya vas a ver que pronto va a reaccionar, y se dará cuenta de que estamos hechos el uno para el otro.

Ojalá todos los ángeles la estuvieran escuchando. ¿Cuánto tiempo más podía durar esta situación?

Entre Mariano rondando alrededor de mí, como un molesto abejorro y el agobiante calor, estaba totalmente crispada, y explotaba ante la más mínima palabra.

Comencé a manejar mi vida con descuido, se acabó mi entusiasmo, ya no había sonrisas ni anhelos floreciendo, harta de todo. Galopaba el día entero buscando imperiosamente soledad, por huir nada más, como una sombra inquieta o un fantasma que no encuentra solaz alguno en el purgatorio.

Una noche, antes de acostarnos, papá dijo que al día siguiente tenía que separar cien terneros para entregárselos a un vecino.

—Quiero incursionar en la cría de chanchos. Cristina, ¿nos juntamos mañana en el corral?

Asentí, feliz al pensar que él estaba comenzando a confiar en mí y a disfrutar de mi compañía. Las dudas que él tenía al principio, acerca de mis cabalgatas a su lado, ya se le habían disipado. No era una mujer delicada y quejumbrosa como la mayoría, y como él creía. Pues, junto a los peones, me comportaba como uno más.

Eso me encantaba, porque no me hacía sentir discriminada.

Aún antes de amanecer los dos estábamos de pie, mateando en voz baja junto al fogón de la cocina mientras masticábamos un trozo de carne cocida y pan con chicharrón.

Después partimos hacia el corral donde los terneros ya habían sido encerrados la noche anterior.

Los gritos y silbidos de los gauchos hacían eco en cada gota de rocío, y el aire pronto nomás se cubrió de un fino polvo que poco dejaba ver.

La ternerada iba y venía, pasando por la manga una y otra vez para que papá pudiera inspeccionarlos en detalle y seleccionar cuál se iba y cuál quedaba.

—¡Saquen el overo aporotado!

Se daba vuelta y me explicaba la razón de su elección.

—¡Aquel rengo pásenlo a la carnicería!

Los animales mugían alterados, corriendo de un lado al otro del corral. Algunos peones enlazaban o separaban a latigazo limpio a los que mi padre acababa de elegir.

Aquéllos que quedaban eran regresados al campo. Daba gusto verlos corcovear y revolver las guampas al viento, libres nuevamente.

De esa manera los encerrados fueron siendo cada vez menos, hasta que llegó el mediodía y sólo quedaban un par de ellos.

—¡Denle puerta! Aún están muy chicos como para entregarlos.

Regresamos a la casa, riendo felices y agotados. Nuestra apariencia era de un solo color: beige. Desde la punta del sombrero hasta la última uña del pie, estábamos cubiertos por fino guadal. ¡Pero cuánto lo disfrutaba!

Una tarde iba caminando con mi padre a paso lento mientras los fletes tascaban distraídos, él me pidió que nos echáramos a descansar bajo un gigantesco nogal que había sobre una loma, en la orilla opuesta del río.

Se acercó a mi lado y me pasó el brazo sobre los hombros.

—Hija, debes aprender a aceptar las cosas como son, por lo menos aquellas que no está en ti cambiar.

Alcé mi vista para mirarlo mejor, sin entender qué me estaba por decir.

—Eres muy joven y tu corazón está repleto de vitalidad, ésa es la razón por la que te rebelas con tanto ahínco.

¿Adónde quería llegar?

—La vida es un acertijo, y nunca resulta de acuerdo a como nosotros la hemos planeado. ¡Qué fácil sería de esa manera!, ¿no te parece?

—Pero si las cosas no han salido como queríamos podemos luchar. Luchar hasta conseguirlo o hasta el agotamiento.

—No todo es blanco o negro, la mayoría de las situaciones están en tonos grises. Tienes dieciocho años, por eso hablas así.

—¡No!, estoy segura de que cuando tenga mil años continuaré peleando por conseguir aquello que quiero, y librando terribles lidias contra lo que detesto.

—Coincido con tu disposición de pensamiento, en su mayor parte, pero tanta bronca no es buena, te estás volviendo descortés y hasta insolente. No seas tan fatalista, y no hay de qué alarmarse, tu

hermana, felizmente ignora lo que está aconteciendo.

—¿Tú ya lo sabes? —le pregunté con asombro.

¡Vaya!, papá era mucho más perspicaz, y mejor histrión de lo que yo creía.

—Cualquiera que no esté ciego, como Manuela, debe haberlo notado, Mariano está enamorado de ti.

Corté el tallo de un hinojo y lo mastiqué pensativa.

—No sé como evitar que Manuela sufra.

—Ya te he dicho que ella lo ignora, además, no depende de ti.

—¡Sí depende de mí! —exclamé, y dando un salto me puse de pie con brusquedad—. ¡Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para que ese redomado no la lastime!

—Cristina, Mariano no es ningún sinvergüenza —comenzó a decir él con voz cansada.

Ya no tenía deseos de continuar la charla y el calor me sofocaba. Me disculpé y fui hasta Periquita. Cuando me disponía a montarla escuché el grito de papá.

—¡El pampero!

Miré asustada al padrillo, pero éste pastaba tranquilo a unos pasos de mí. Intrigada me volví a mirar a mi padre. Él me señalaba con el dedo algo que estaba más allá de mí, en el horizonte.

Comencé a ladear la cabeza lentamente, muda de terror, acababa de comprender lo que él intentaba decirme.

—¡Viene el pampero!

Allá a lo lejos, creciendo como un río desbocado, se alzaba la negrura impenetrable del huracán. En sus entrañas se revolvía, loca de furia, una masa de polvo, agua y viento.

Papá corrió hasta los caballos y los tomó de las riendas.

—¡Vamos a refugiarnos detrás del árbol! —y al ver que no me movía me empujó—. ¡Apresúrate, Cristina!, toma las riendas de la yegua y cuida que no se desboque.

Ambos nos apuramos hasta quedar agachados de reata al inmenso tronco, recostándonos contra él. Papá sostenía fuertemente el freno del padrillo porque éste olisqueaba el aire y había comenzado a ponerse muy nervioso. Golpeaba insistentemente con sus cascos mientras bufaba y resoplaba, moviendo la cabeza, como queriendo sacudirse de encima una molestia invisible. Periquita, en cambio, estaba tranquila.

Me asomé apenas para poder observar dónde estaba la nube de polvo, papá me tiró de la falda y me atrajo hacia su pecho, el viento había llegado.

Todo se volvió negro. Escuchaba los relinchos y las patadas de Pampero y notaba los denodados esfuerzos que hacía papá para resistir los tirones en las riendas, el potro estaba trastornado y quería

escapar. El huracán comenzó a silbar fortísimo y, por más que tenía el rostro protegido contra mi pecho, sentía la arena lastimándome. Mi sombrero salió volando, y mi cabello, libre ya, me golpeaba las mejillas igual a un chicote.

Entonces escuché apenas un ruido seco, y las manos de papá quedaron flojas, Pampero había cortado las bridas.

—¡Pampero! —grité y me dispuse a seguirlo.

Papá me apretó la pierna.

—¡No puedes ir, es imposible encontrarlo!

—¡Déjame, papá! ¡Se va a desbarrancar!

—¡No!, él va a estar bien. ¡Cristina, siéntate!

Vacilé, sabía que sus palabras no eran ciertas y las había dicho para sosegarme. Evalué las circunstancias y decidí obedecerlo. ¿Qué experiencia tenía sobre semejante fenómeno? me tiré a su lado nuevamente.

¿Qué podíamos decirnos? además el rugido del viento nos obligaba a gritar para hacernos entender; abrumados por la velocidad con que se había producido el fenómeno, y bastante pávidos.

Apreté nuevamente los correajes de Periquita, y al notarlos flojos estiré alarmada la mano, intentando esclarecer qué podía haber sucedido.

Todo estaba en orden, la yegua se encontraba mansamente echada a mi lado.

Cinco minutos después comenzaron los relámpagos, nada se podía distinguir a través de la densa nube de polvo que permanecía en suspensión. Periquita relinchó y le acaricié con dulzura el pescuezo.

Apenas un poco más tarde llegó la lluvia. Caía a torrentes, ensuciando de barro nuestros cuerpos y nuestra ropa. Miré a la yegua, su pelaje se había vuelto pardo.

Papá tenía los ojos fuertemente cerrados, su rostro contraído. Sabía que estaba afligido por la suerte que podía haber corrido Pampero. Le apreté la mano con cariño, se relajó un poco y me sonrió.

Unos minutos después nos levantamos.

—Vamos a casa —dijo, y tomó las riendas de la yegua.

Se había vuelto peligroso cabalgar, porque el suelo estaba muy resbaladizo. Me tomé de su brazo, y bajo la persistente llovizna comenzamos el lento regreso.

Ninguno hablaba, estábamos ateridos y nos sentíamos incómodos, nuestra ropa era una masa pegajosa adherida a nuestro helado cuerpo.

—Es tiempo de que te confiese algo —me dijo papá de improviso —: no tengo necesidad de advertirte que cuanto voy a decirte no debe salir de tus labios jamás, tú misma te darás cuenta del por qué.

Levantó la vista y entrecerrando los ojos escudriñó a través de la cortina de agua.

—Tú sabes que hace algunas semanas fue a verme el teniente Ricardo Durán.

Mi corazón casi se detuvo.

—Bien, te diré sin rodeos, así como me gusta, que hace unos meses he comenzado a efectuar donaciones para nuestro ejército.

¿Al realista? estuve a punto de preguntar, pero adiviné que no. Sin embargo me costaba creerle, papá había siempre tan imparcial.

—Creo que ha llegado la hora de que las provincias del Río de la Plata actúen y decidan por sí solas, únicas autoras de sus aciertos o errores. No espero que comprendas mis razones, mi intención al decirte esto es para que estés alerta; si me descubren, podremos tener serios aprietos. No es un juego, estoy apostándole a la vida. A mamá no se lo puedo confesar porque la lastimaría profundamente, sabes cuánto ama a su patria natal. Y Manuela... esa muchacha todavía es una niña.

No estaba muy de acuerdo con esto último, pero no era momento de ponerme a discutir por cosas menores.

—Aunque no me gusta que cargues con toda la responsabilidad, creo que es inevitable, no queda nadie más en nuestra familia.

¿Acaso estaría lamentándose por el hijo varón que jamás pudo tener?

Sonrió

—Dicen que la responsabilidad nos hace crecer —había sarcasmo en su voz.

Quedó en silencio largo rato, tanto que pensé que ya había terminado.

Entonces me dijo:

—Mañana comenzarás a practicar tiro con la pistola.

Sólo hubiesen bastado esas únicas palabras para vislumbrar la gravedad de la situación.

Continuamos la lenta y fatigosa marcha, y recién cuando anochecía avistamos la casa.

Mamá estaba esperándonos en la puerta y salió corriendo a recibirnos.

—¡Oh, Dios!, estábamos tan preocupados.

Abrazó a papá con fuerza, así sucio y mojado como estaba.

Sentí algo de envidia, no sospechaba que lo amara tanto.

—Cuando vimos llegar a Pampero solo, una docena de accidentes se nos ocurrieron; y lo peor es que no podíamos enviar gente a buscarlos.

—¿Pampero? —exclamó papá—. ¿Está bien?

—Sí —dijo ella sonriente—, ahora debemos ocuparnos de ustedes, él ha comido, y ya debe estar tranquilamente durmiendo. Vamos adentro —me tomó del brazo y juntos entramos a la tibia sala.

Nos bañamos, cambiamos, nos dieron de comer y nos mimaron y atendieron como a reyes.

¡Qué bueno es sentirse querido!

Afortunadamente al día siguiente no apareció Mariano.

—¡Ay! —suspiraba Manuela—, los ríos deben haber crecido, por eso no puede llegar.

¡Felicidad!, pensé yo, por fin paz.

Cuatro días después vino a visitarnos nuevamente.

Mamá estaba en el jardín cortando flores, papá en las caballerizas. Yo andaba cerca de la casa porque en el chubasco había pescado un resfriado, Manuela en la cocina preparando bocaditos para su amado porque intuía que pronto aparecería.

Con varios pañuelos sobre la falda y una ristra de estornudos mocosos, leía un libro en la galería.

Apenas lo vi salté de mi asiento. Al suelo fueron a parar mis adminículos ayuda influenza.

—¡Qué grata sorpresa!, voy a buscar a Manuela.

Él me detuvo, estaba con más bríos, parecía que la ausencia lo había llenado de energías. O quizás finalmente había juntado valor.

—¿Sinceramente crees que es grato para ti que haya venido?

Nada respondí pero imaginé lo que seguiría.

—Es hora de que hablemos, Cristina.

Aún me apretaba el brazo y me solté. Él bajó la cabeza.

—Sabes que estoy enamorado de ti —hizo una pausa—, y sé también que no soy correspondido… todavía —levantó hacia mí sus ojos de niño, dudando—. ¿Me permitirías que te corteje?

—Mariano... —buscaba en vano palabras que no lo hirieran, después de todo papá tenía razón, no era un mal muchacho, sólo que no congeniábamos. Para mí el era casi como un hermano menor, nada más—. Yo no te amo.

Él, aparentemente sordo a mis palabras, me tomó las manos con vehemencia para besarlas, pero las retiré con brusquedad.

Escuchamos carraspeos.

Me di vuelta asustada. Era lo único que me faltaba. Además de la rabia que sentía por lo que consideraba un tremendo atropello, y hasta una ofensa hacia mi hermana, ahora también me invadía el temor ¿Quién nos había visto?

Miré detrás de mí, pensando encontrarme con alguien de la familia, eso casi casi salvaría tan incómoda situación.

Al reconocer a nuestra nueva visita ahogué un grito de impotencia.

—¡Nooo, Ricardo! —y ahí nomás agregué su apellido—. Durán…

Sabía que mi aparente compostura nada podía arreglar. Lo hecho,

hecho estaba, y a luces vista.

Él me estaba mirando y sonrió con ironía, aparentemente mi fastidio lo divertía.

¡Ay!, sólo con su sonrisa sentí que me desmayaba. ¿Qué pensaría de mí? la primera vez que me vio estaba desaliñada y ahora traveseando al amor con este chiquillo.

—Sí —inclinó su cabeza levemente—, Ricardo Durán para servirla. ¿Está su padre, señorita? —imperturbable, sus ojos azules continuaban observándome con insistencia; en ese instante Mariano no existía.

Si sin verlo me había enamorado de él, ahora que estaba frente a mí, con su imponente presencia, su tupida barba rodeando esa sonrisa tan dulce, su nariz recta, su voz atenta y autoritaria a la vez, sus ojos burlones, y esos rizos castaños cayendo displicentes sobre su frente. ¡Ay!, estaba segura de que en cualquier momento me desmayaría… ¿Por qué sentía ese ardor tan intenso en mi pecho si apenas lo conocía?

—Papá…. está en la caballeriza.

Él hizo una reverencia y se marchó.

Mariano estaba serio, y aproveché su momentáneo estupor para alejarme rápidamente de allí, el muchacho era inmaduro, no tonto, y algo debía haber percibido en el repentino cambio de mi actitud. Era tiempo de vestirme para salir a cabalgar, y por nada en el mundo me iba a perder los pocos minutos que podía estar junto a Ricardo.

Pasé por la cocina y sin siquiera detenerme a entrar en detalles pedí que le avisaran a Manuela que Mariano estaba esperándola. Mientras entraba a mi cuarto pude escuchar su grito jubiloso.

Cuando llegué a la cuadra papá ya estaba sobre Pampero y Ricardo tenía las riendas de una hermosa yegua overa azuleja —comprada a los indios, seguramente—, porque era criolla. Periquita estaba un poco más allá ensillada y lista para que yo la montara.

Él se acercó y me ayudó a subir.

Y cuando lo hacía, con sus fuertes manos apretándome la cintura, sentí un cosquilleo en todo mi cuerpo. ¿Cómo era posible que nuestros sentidos se exaltaran tanto cuando algo nos conmovía intensamente?; como si cotidianamente estuviéramos encendidos a media luz y de pronto una chispa nos abriera todas las ventanas que miraban hacia el sol radiante.

Cabalgamos en silencio alejándonos del casco de la estancia; yo iba tan erguida que comenzaba a dolerme la espalda. Cruzamos los maizales y nos dirigimos a los prados desiertos cubiertos de guadal y pasto salvaje que se encontraban en la parte más al sur.

Entonces papá rompió el largo silencio.

—No se preocupe por la presencia de mi hija, teniente; ella lo sabe

todo. Más aún, es la única que lo sabe.

Ricardo torció su rostro para observarme, al principio estaba serio, como meditando, luego se distendió. Esta vez noté en él asombro y un inicio de respeto. Comenzó a hablar.

Yo escuchaba sin hacer comentarios; la política de nuestro pueblo había pasado por mi mente como algo inherente a unos pocos especialistas en el tema, sin importancia para la masa común, y ahora que comenzaba a conocer los detalles, que me enteraba de la preparación del ejército, la cantidad de gente reclutada que tenía, cómo actuaban nuestros personajes más importantes, los estragos de la guerra en España... comprendía. Todo lo cual hacía que me rebelara conmigo misma por no haberme sentido curiosa al respecto. El siguiente sentimiento fue el susto, estaba horripilada por lo que acababa de escuchar. Ciertamente la ignorancia sobre ciertos temas nos libera del temor.

Papá conversaba animadamente, y me di cuenta de que sabía mucho más de lo que nos había dado a entender a mamá y a nosotras, sus hijas. Estaba al tanto de todo, y quería más detalles.

Nuestra patria era un león dormido que había comenzado su lento despertar, que mostrara o no sus colmillos, dependía del tiempo.

Transcurrieron las horas rápidamente, regresamos a casa, y ambos se encerraron en el estudio de papá a continuar la charla.

Fui a mi cuarto para lavarme y cambiarme, y cuando estuve lista me dirigí a la sala. Allí encontré a mi padre solo, tomando una copa, mirando al vacío muy pensativo.

—¿Se ha ido el teniente?

Él regresó de sus reflexiones y me respondió afirmativamente.

Bajé los ojos desilusionada, por ahora todo había terminado. El primer capítulo de mi vida amorosa se había abierto y cerrado. ¿Cuándo lo volvería a ver?

—¿No lo invitaste a comer?

—Sí, aunque debía volver a su estancia.

—¿Tan pronto? ¿Hizo algún otro comentario importante? —me atreví a preguntar a sabiendas de que podía recibir un severo rapapolvo por entrometida.

Papá tardó en responder, ni ganas de amonestarme sentía. Tan grave parecía ser el asunto. Pero contestó simplemente:

—Quería hablar sobre algunos de nuestros novillos que se han cruzado a su campo. Vino a avisarme que dentro de un par de días sus peones los traerán.

—¿Tanto tiempo para decirte eso? —odiaba que me mintieran.

Él me miró con severidad y opté por callar. Ahora sí que había sobrepasado el límite de la discreción.

Mamá entró a la sala.

—¿Ya se fue el teniente Durán? Lástima, he sido muy descortés —y se disculpó—. Es que aquí olvido las reglas de urbanidad —gimió ella, enojada consigo misma—. Ni siquiera le ofrecí té cuando llegó.

Esa noche no estaba Mariano presente, y la velada transcurrió silenciosa y tranquila, los cuatro inmersos en nuestros pensamientos.

Pero a la mañana siguiente todo era caos en la casa.

—¡Mariano acaba de enviar una nota invitándonos a la fiesta que darían en San Sebastián de los Tilos para festejar el cumpleaños de su hermana! Estamos todos invitados —exclamó Manuela y me abrazó con fuerza mientras me arrastraba bailando por la sala—. ¡Estoy tan contenta!

Yo no lo estaba tanto y, pensando con optimismo: ¿quiénes serían los invitados? Quizás... las estancias eran casi vecinas, y me constaba que se conocían, porque aquel día que se cruzaron en la galería se habían saludado.

Llena de esperanzas caminé apresuradamente a desayunar.

La tarde transcurrió en un revuelo continuo. Mi hermana iba y venía del comedor a la cocina, y de su habitación al cuarto de planchar. Mamá estaba muy silenciosa y observaba con reprobación sus idas y vueltas. ¿Por qué esa severidad en su rostro? ¿Por qué esa falta de fervor? ¿Acaso no quería compartir con su hija la alegría que ésta sentía?

Los días eran un poco más frescos y, aunque el sol calentaba implacable, había desaparecido el viento húmedo del norte. Papá comenzó a mirar el coche, quería regresar a Buenos Aires. Le dijo a Paco que lo limpiara y preparara a viajar, pronto le avisaría cuándo partirían.

En el colmo de su ansiedad, esa noche nos informó que viajaría a la ciudad.

—¡Papá!, no estarás para el cumpleaños de Florencia —se quejó Manuela.

Él no comprendió.

—¡El cumpleaños de la hermana de Mariano! —le recordó ella.

Mamá lanzaba miradas agudas a ambos.

—Sí, Manuela, estaré. La fiesta será dentro de algunos días, y pienso estar de regreso en ese entonces.

Papá miró de reojo a su mujer, comprendiendo lo que ella trataba de decirle.

—Manuela, ¿no te parece que aún eres muy joven para asistir a fiestas? —dijo él, interviniendo en su auxilio.

Mi hermana soltó el tenedor que tenía en la mano.

—¿Muy joven?, si dentro de unas semanas cumpliré dieciséis.

Finalmente mamá decidió hablar.

—Hija, son sólo dieciséis. No creo que esté bien que vayas.

—¡Mamá, por favor!, olvida las costumbres de la ciudad, recuerda que estamos en el campo. Aquí cada cual hace lo que quiere.

Nuestro padre la miró enojado.

—¿Insinúas acaso que debemos vivir sin reglas de conducta? ¿Por qué nadie nos ve? ¿Dónde está la crianza que te hemos dado? Al hablar así tú misma nos demuestras que todavía eres una chiquilla.

Dejé los cubiertos a un lado y corrí el plato, las discusiones siempre quitan el apetito. Manuela parecía estar a punto de llorar, visiblemente asustada ante los retos de papá y entristecida porque le estaban cortando la posibilidad de pasar unas horas junto a Mariano. Lo que, por supuesto, a ella le era primordial. En realidad, lo único que le importaba a su joven y descocada cabecita.

—Pero ¡no es justo! ¿Por qué ha de ir Cristina si sólo tiene tres años más?

Papá suspiró y se recostó en el respaldo de su silla.

—Manuela... —replicó él, harto ya de tan infructuosa conversación.

Pero ella no lo dejó continuar, empujó la suya hacia atrás, haciendo que ésta se tumbara y golpeara bruscamente contra el suelo.

Se fue corriendo a su cuarto mientras lloraba desconsolada.

—La revolución no ha llegado solamente a los rebeldes, también a nuestros hijos —comentó él, intentando poner una nota graciosa en tan ríspida situación.

—¡No hables de revolución, te lo ruego! —le pidió mamá.

Él volvió a suspirar.

—Tienes razón, Rosalía, tienes razón —y levantándose de la mesa salió de la casa.

La comida había quedado definitivamente arruinada, todos nos sentíamos mal.

¡Noches largas son aquéllas que están llenas de preocupaciones!

A pesar de la negativa expresada por papá y mamá, mi hermana se salió con la suya y asistió a la fiesta. ¿Cómo?, porque le ganó con su inagotable vehemencia; papá tenía demasiados problemas, y no le cabía ni uno más.

Ruidos de cascos me despertaron a la mañana siguiente, él ya se iba a Buenos Aires.

Me apresuré a vestirme para llegar con tiempo y despedirme. Cuando me ponía la falda escuché que hablaba con otra persona. Corrí la celosía de mi ventana y miré hacia fuera. Manuela se hallaba junto a papá.

—¿Cuándo volverás? —expresó ella con voz atiplada.

—Estaré un par de días, no más. Tengo que arreglar dos o tres asuntos. ¿Por qué? ¿Deseas que te traiga algo de la ciudad?

Ella bajó la cabeza e hizo un gesto negativo. Papá le tomó suavemente la barbilla.

—Vamos, hija, no estés triste.

Entonces ella se abrazó con fuerza a él y comenzó a llorar. ¡Papá era tan alto y ella tan bajita!

—Manuela, ¿tantos deseos tienes de ir a esa fiesta? —preguntó él mientras le acariciaba el cabello—. Bien, bien, creo que esta vez has ganado tú. Ya deja de llorar. Puedes ir a decirle a Dady que te planche el vestido. Todos vamos a ir.

Manuela continuaba llorando, incapaz de hablar y agradecerle, un nudo en la garganta y las lágrimas cayendo como río crecido se lo impedían.

Un instante después estaba corriendo y gritando por la casa.

—¡Cristina, Cristina, ¡papá me deja ir!

Continué observando a papá hasta que ella entró al cuarto. Su rostro denotaba cansancio, y también alivio. Amaba a Manuela como cualquier padre ama a su hija, incluso si ésta le trae desazones. Justo rigor y justo cariño.

Durante los tres días siguientes salí a cabalgar sola.

A veces, a pedido mío, me acompañaba Mulato, lo cual no sabía si sumaba o restaba. A su lado me encontraba un poco perdida, sin mi padre como mediador, nuestra relación se hacía enrevesada.

Él parecía haberse tomado muy en serio eso de ser mayordomo de estancia, y su comportamiento era correcto en extremo, distante y casi cortante. Se mantenía en silencio, hosco, respondiendo apenas con un murmullo a mis preguntas.

Si alguna mañana me agregaba al grupo de trabajo, él no me tenía en cuenta para nada; galopaba, hacía sus tareas y decidía como si no estuviese presente. Me sentía fastidiada porque sabía que no le terminaba de agradar. Callaba por deferencia hacia sus patrones, pero se notaba que mi presencia lo ponía nervioso, ¿qué andaba haciendo una falda entre los hombres? ¿qué clase de dama era ésa? ¿por qué no se quedaba en la casa cosiendo y leyendo como las demás señoras? O mejor aún, bordando, como las mujeres de alcurnia.

Los demás peones me observaban desconcertados cuando pasaba a su lado, y más si —como sucedía a menudo— mi rubia cabellera se desataba y caía suelta sobre mis hombros. Probablemente nunca llegasen a entender que una mujer también podía hacer tareas que, según ellos, eran exclusivas de los hombres.

El día en que papá regresó de Buenos Aires fue un alivio para mí, juntos salimos a cabalgar y como si nos hubiésemos puesto de acuerdo fuimos directamente hasta el añejo nogal. Allí, una vez más, dejamos nuestros caballos pastando mientras nos sentábamos a descansar bajo

su enorme fronda.

Él forcejeó un momento con su faja y sacó lo que supuse era una pistola de avancarga.

—Hace unos días hubo una rebelión en contra del virrey Liniers. Los españoles se presentaron en el fuerte, dispuestos a derrocarlo, pero como el comandante Saavedra se puso de su parte y le ofreció ayuda, los insurrectos decidieron abandonar la plaza. Buenos Aires está cada día más conmocionada, ya nadie vive tranquilo, —entonces miró hacia el cielo como buscando una respuesta que no encontraba—. ¿Puedes creer que el frente de nuestra casa tiene agujeros de bala?

Me apreté la boca reprimiendo un grito de angustia.

—No se lo digas a mamá, le va causar mucha tristeza saberlo —cambió la pistola de mano y se puso de pie—. Nuestro ejército sólo está esperando la oportunidad para rebelarse.

Caminó unos pasos.

—Ahora vamos, te voy a enseñar a usar el arma.

Estuve toda la tarde practicando como cargarla y luego disparar, y al anochecer ya no lo hacía tan mal. Me dolía todo el brazo, y en mis oídos aún repercutía el eco de los disparos. Pero obedecí sin negarme ni quejarme, porque estaba segura de que papá sabía lo que estaba haciendo.

Dos noches después era la fiesta en el campo vecino. Nos encontrábamos en la sala, listos a partir hacia Los Tilos, sólo faltaba Manuela.

Me había puesto un vestido de seda color durazno, las mangas anchas hasta el codo, y muy apretado al cuerpo. Tenía poco encaje, apenas en los bordes de los puños y en el escote.

El escote... buen tema para comidilla de entrecasa, mamá casi se desmaya al verme.

—¡Cristina!, hija mía ¡ese vestido!

Sabía que era muy atrevido, aunque ésa era la usanza en Europa. Lo medité y me di cuenta que ella tenía bastante razón. Sí, estaba de moda… sin embargo ¡ese continente era un mundo aparte y muy lejano!

—Así se usa, mamá. Recuerda que todos los vestidos me los hizo confeccionar tu hermana María.

—Sí, María —y quedó pensativa, con rostro dubitativo—. ¿No usarás peineta?

—Ya sabes que en mi cabello no puedo sostener ni una horquilla, a los cinco minutos la tendría en la espalda.

Dady me había hecho varias trenzas para terminar recogiéndolas sobre mi nuca. Encima, y como toque final, yo había agregado un jazmín. Me complacía colorear mi rostro con flores.

—Nada en la cabeza, nada en el cuello... ¡ya sé!, puedes usar mi topacio.

Fue hasta su cuarto a buscarlo.

Después de ponérmelo me miré al espejo. La alhaja era preciosa, la enorme joya colgaba de una cadena de oro. Completaba mi atuendo dándole un toque de distinción.

Mamá estaba hermosa; tenía un vestido de terciopelo gris que contrastaba con su cabello renegrido, y le sentaba muy bien.

Entonces entró Manuela.

Esta vez fui yo quien dejó de respirar. Tenía un traje de seda plateado, y cada movimiento realzaba su extraordinaria iridiscencia, despidiendo reflejos de mil colores. Era majestuoso, y justamente eso fue lo que me molestó, Manuela tenía tan sólo quince años, no necesitaba de tanto fanal —si parecía una llama encendida— para hacer resaltar su natural belleza. El cuadro viviente hablaba del carácter impetuoso de su dueña. Todo el conjunto, el vestido, el intenso perfume a violetas, la enorme peineta, el ramillete de flores en variados tonos subidos prendido del cabello... Manuela parecía una reina, exactamente como ella deseaba estar.

No cabía duda alguna, esa noche Mariano se iba a fijar en mi hermana.

Nos subimos al coche y partimos hacia San Sebastián de los Tilos. Una hora de viaje a los saltos y por el polvo, ¿cómo quedaríamos al cabo de él?

Cuando llegamos la casa ya estaba repleta de invitados, las puertas del enorme salón se encontraban abiertas de par en par, y como la noche era calurosa las personas entraban y salían continuamente. Paseaban por el jardín, bello, perfecto, preparado con esmero hasta en sus mínimos detalles, todo iluminado con farolas cuya llama serpenteaba con la brisa.

Le pedimos permiso a la anfitriona para pasar al vestidor antes de aparecer por la fiesta.

Una vez allí nos retocamos los peinados, alisamos un poco nuestros ahora arrugados vestidos y nos lavamos la cara. Manuela encontró un frasco con un perfume que, según su parecer, era muy exótico, y sin pedir permiso se roció con él. Chiquilla atrevida, yo jamás me hubiera animado a tocar los objetos de otra persona, y menos aún sin conocerla.

Bien, salió del cuarto oliendo a violetas y ahora, además, a incienso.

Tenía las mejillas sonrosadas de excitación, se mojaba los labios con gesto nervioso y se revolvía dando vueltas siempre en el mismo lugar. Finalmente se decidió a entrar.

Allí estaba Mariano esperándonos. Me saludó con suma

cordialidad y luego se detuvo asombrado a mirar a mi hermana, Manuela había conseguido lo que buscaba, él estaba absolutamente impactado. Finalmente se había percatado de que Manuela era una mujer. Me alejé complacida y fui a felicitar a Florencia.

Estaba radiante, era bastante parecida a su hermano, ambos rubios, con rostro infantil e inocente. Su aspecto general la hacía parecer un ángel.

Alguien me sirvió una taza, y mientras hablábamos con Florencia me dediqué a observar a los invitados que estaban en la enorme habitación. Buscaba al único que me interesaba encontrar. Con desilusión pronto comprendí que él no estaba allí.

Se nos acabaron los temas de conversación y Florencia se fue a atender a los invitados que continuaban llegando, me quedé sola, prácticamente ningún rostro me era familiar. Claro, hacía varios años que no estaba en la ciudad. Además, a quienes podía conocer eran jóvenes de mi edad, y ellos, cuando me fui a Europa, estaban entrando a la adolescencia, ahora debían ser muchachos, y señoritas. En ese corto período los rostros cambian ostensiblemente.

Papá charlaba frente a una ventana abierta con el padre de Mariano, y mamá estaba sentada en un inmenso sofá con varias mujeres de su edad, entre ellas se encontraba la dueña de casa, risueña, vistiendo un conjunto colorado. El picaflor entraba y salía de su pecho, inquieto ante tanta bulla.

Dejé la taza intacta sobre una mesa y fui al jardín. En el salón, sola, parecía una niña desamparada, afuera, por lo menos mi presencia pasaría desapercibida.

Caminé hacia un poyo que había bajo un rosal florecido con exquisitos pimpollos rosas, y cuando estaba por sentarme noté que ya estaba ocupado por alguien.

Entonces lo vi. Él se dio vuelta, al reconocerme sus ojos azules brillaron como los de un gato en la oscuridad y se puso de pie.

No hubo necesidad de saludarnos, ni siquiera necesitamos hablar. Con lentitud, me senté donde él había estado.

El tiempo se detuvo, y sentí como si del aire brotaba un sabor dulzón, mezcla de miel y arrope.

Las estrellas palpitaban trémulas, algún sirirí pasó volando en lo alto, el boyerito lanzó su dulce tonada. Mi corazón reía, ligero, volviendo la ocasión inolvidable.

Él se sentó a mi lado y con gesto natural, repleto de ternura, me tomó la mano y comenzó a hablar.

Conversamos sobre el campo, los sembrados, los animales, y finalmente cada cual habló de sí.

—Apenas llegué de España me enrolé en el Batallón de Patricios, comandado por Cornelio Saavedra.

—Lo conozco, papá me ha comentado de él.

Nuevamente noté asombro en su rostro.

—¿Tu padre siempre acostumbra hablar contigo sobre política?

—Siempre no, desde poco después de que regresé de Europa.

—¿Tú también estudiaste allá?

Continuamos así, y un rato después escuchamos el piano.

—¿Quién estará tocándolo?

Nos pusimos de pie y fuimos al salón.

La señora de González se acercó sonriente a nosotros.

—¿Querrías cantar algo para todos los presentes, Cristina? Tu madre nos ha dicho que tienes una voz preciosa.

Bajé el rostro ruborizada.

—¡Vamos, muchacha! —y dándome un suave empujón me tomó del brazo y me condujo junto al piano.

Doña Ofelia, la maestra de Manuela, estaba sentada frente a él.

La señora de González hizo gestos a los invitados para que guardaran silencio, mientras les anunciaba que iba a deleitarlos con mi dulce voz.

Todos hicieron comentarios de oreja a oreja e intuí que mi nombre, mi condición social, edad, mis estudios, mi presente, pasado y futuro estaban atravesando como un tren veloz todo el salón. Las mujeres que encontraron dónde, se sentaron para así estar más cómodas. La mayoría de los hombres permaneció de pie.

Estaba aterrada, no era la primera vez que cantaba en público, pero sí en mi tierra, y eso me ponía nerviosa. Me incliné hacia la señorita Ofelia y le nombré las canciones que sabía, ella asintió con la cabeza y comenzó a tocar. Miré a Ricardo, su rostro estaba serio, los labios inmóviles. Entonces, en un movimiento casi imperceptible, me sonrió dándome aliento.

Cerré los ojos para absorber ese exquisito instante previo, cargado de silencio y expectativa, y comencé a cantarle sólo a él. Recorría con la mirada a todos los presentes pero siempre terminaba descansando en la suya. Había doscientas personas separándonos, y aún así mi alma se hallaba junto a la de él, y mi voz le platicaba a su oído.

Entoné cuatro canciones al cabo de las cuales alguien gritó:

—¡Que cante Triunfo Argentino!

Esta vez no busqué el apoyo de Ricardo, la necesitaba a mamá.

Un poco más allá la encontré, tenía el rostro pálido y me observaba sugestionada.

Una docena más de voces repitió el pedido.

—¡Triunfo Argentino!

—¡Que lo cante!

Las mujeres cuchicheaban escandalizadas, sus peinetones se balanceaban de un lado a otro, y los abanicos parecían a punto de

remontar vuelo, tan insistentes y veloces eran sus vaivenes.

Mamá continuaba petrificada.

Abrí la boca para hablar, todos hicieron silencio.

—Lo lamento, pero no lo sé —y sin esperar el resultado de mis palabras me alejé de allí.

Corrí a sentarme donde media hora antes había sido tan feliz, y comencé a sollozar. En realidad, ya no me interesaba lo que pensaran de mí, estaba humillada, sentía que acababan de avasallar mis principios sin siquiera preguntarme cuáles tenía.

Una mano se posó suavemente sobre mi hombro.

—No hay necesidad de llorar —dijo Ricardo—. ¿Por qué te asustaste tanto? Toma, aquí tienes mi pañuelo.

Me sequé las lágrimas y él permaneció a mi lado inmóvil, esperando que mi desconsuelo pasara.

—Hay algo que debes saber, aunque sé que éste no es el momento más adecuado, pero ahora, después de lo sucedido, comprenderás que es verdad lo que voy a decir. Tu padre ha intentado decírtelo cuando te hablaba sobre la situación en el país. Por más que la idea te produzca inquietud, debes entender que pronto habrá revolución, y lamentablemente todos pelearemos contra todos. Los habitantes de nuestro pueblo han descubierto que tienen fuerzas para enfrentar a quienes los subordinaron durante años, y que es posible ser independientes. Están decididos a utilizar todas las armas que tengan a su alcance. Repito, por más desagradable que sea lo que te estoy diciendo debes aceptarlo, y mientras más rápido lo hagas, mejor. Así podrás prepararte. Sucederá sin previo aviso. Esta exteriorización que acabas de vivir sobre sus anhelos de libertad al pedirte con tanta insistencia —insistencia que casi rayaba en la grosería— a que cantes esa canción tan revolucionaria, es un ejemplo de lo que te estoy diciendo. Ya no se preocupan por ocultar sus ideologías, se están haciendo cada vez más fuertes, es la voz del pueblo entero. Entenderás que no se puede encarcelar a todos.

Lo miré angustiada, hipando. Sí, esos gritos enfervorizados ahí adentro me habían demostrado que él tenía razón.

—Vamos, bailemos un poco, eres demasiado hermosa como para estar arruinando tu rostro con el llanto.

Con desgana volví al salón tomada de su brazo.

Apenas terminó la primera pieza Mariano se acercó a nosotros.

—¿Quieres bailar conmigo?

¡Sólo eso me faltaba!, por supuesto que no pude negarme.

—¡Estás preciosa! —comentó cuando Ricardo se alejó.

En labios de mi amado esas palabras me habían parecido tan bellas, en él, se tornaron incordiosas, y hasta sentí un profundo hastío, nada más.

—¡Cristina!, ¡tengo tanto que decirte!

¡Era insistente el muchacho!, y hasta contumaz. Levanté mis ojos cansados hacia los suyos.

—¿Por qué estás triste? eres la más hermosa de la fiesta, has cantado maravillosamente, y todos los muchachos solteros me preguntaron quién eres —dejó de bailar y me llevó junto a un sillón—. Cristina, alguien nos interrumpió hace unos días cuando estábamos hablando, ¿podemos continuar?

—¡Hoy no, Mariano!, déjame bailar y conversar con los demás invitados, otro día, ya encontraremos otra oportunidad en que estemos más tranquilos —insistí—, hoy no, por favor.

Me odié a mí misma por dilatar el momento de aclarar el baturrillo, porque él sólo podía estar confundido con sus sentimientos, me decía y repetía a mí misma que no podía ser verdad lo que él creía sentir por mí. Pero ése ciertamente no era lugar donde ponernos a discutir.

—Como tú lo desees —exclamó él desilusionado—; me acabas de decir que quieres bailar, entonces vamos a la pista.

Estuvimos cinco, diez minutos juntos, luego llegó un amigo de papá a reemplazarlo. Para mí fue un alivio, aunque no sé si salí ganando. Era el conde Antoine Balsac de Rengines, francés, industrial y acaudalado como el que más, por lo menos eso era lo que él se encargaba de mostrar y cantarle a los cuatro horizontes.

—Buenas noches, *mon cherie,* ¿bailamos? —y estiró galante su brazo para que lo tomara.

Mientras caminábamos para ubicarnos detrás de la línea de baile busqué con la mirada a Ricardo, y lo vi cerca de la puerta, hablando con mi padre. Casi pude adivinar cuál sería el tema, y un espeluzno me recorrió el cuerpo.

—¿Tienes frío, mi pequeña *mademoiselle*?

Negué con la cabeza, era un hombre algo mayor que papá, quizás de cincuenta años, muy atento. Era bien evidente que sabía cómo tratar a una mujer, y hacerla sentir una dama.

Durante el baile permanecí en silencio, lo que Ricardo me había dicho me tenía confundida y aún no lo asimilaba muy bien. Él decía que la guerra estaba muy cerca. Me preguntaba cómo iba a iniciarse.

Las batallas para mí eran cuentos de fantasía, con enormes fusiles y bayonetas traspasando al enemigo, y campos repletos de hombres muertos. Jamás me había tocado de cerca, y esperaba que continuara siendo así. Que mi familia, y todos aquellos que formaban parte de mi vida cotidiana, jamás se vieran involucrados directamente. Mentalmente hice la señal de la cruz y recé fervientemente por ello.

Cortaron la torta y brindamos por Florencia. Sonreí apenas cuando todos levantaron sus copas.

El conde parecía no querer dejarme ir, su incansable charla repleta de cumplidos, y de comentarios sobre el éxito de sus negocios personales, me abrumaba.

Más tarde las visitas comenzaron a retirarse. Ricardo se acercó a despedirse y me besó la mano. Balsac actuaba como si fuera mi perro guardián, ni siquiera tuvo la delicadeza de alejarse un poco, y ya no hubo oportunidad de conversar con mi amado. Ricardo se marchó.

Enojada por su actitud tan absorbente decidí vengarme. Con un poco de malicia me dediqué a observar al conde con mirada crítica, ¿qué mal podía implicar mi actitud casi chiquillezca si él no se enteraría de mis pensamientos abiertamente crueles hacia su persona?

Era algo más bajo que yo, con prominente barriga que no se preocupaba por ocultar, voz fuerte y un carácter dominante. Su perfume era espeso, olía fuertemente a yuyos, y si uno era bien zafio con él hasta se podría creer que, más que a hierbas aromáticas, él olía a tierra recién arada. Sus frases no permitían ninguna réplica, su palabra era la ley, el punto final.

Me agradaban las personas con orgullo, porque el orgullo medido es una valoración de nuestras virtudes; también me gustaba la dignidad, como una cualidad inherente al amor que nosotros mismos nos tenemos, pero la soberbia... detestaba, y hasta despreciaba, a quienes la ostentaban. Los barría de plano de mi vida, porque tácitamente estaban mostrando su vaciedad, tanto por fuera como por dentro. Obsesionarse con algo demostraba justamente la carencia de ello.

Sonreí con malicia, ¡cuánto lo estaba disfrutando! Y después de todo eran sólo pensamientos, él no podía leérmelos.

¡Ay!, el tiempo se ocuparía de enseñarme que con el conde no se jugaba, ni siquiera con los conceptos internos. ¡A veces las lecciones de la vida duelen demasiado!

Papá vino hacia nosotros.

—¡Mi querido amigo! —y apretó afectuosamente la mano de Balsac de Rengines— veo que ha atendido muy bien a mi hija.

Charlaron durante algunos minutos y después, afortunadamente, nos despedimos.

Nada deseaba más en el mundo que alejarme de todo para poder estar a solas con mis recuerdos. Quería organizarlos, quería comprender. Las razones de mi pueblo por independizarse las entendía claramente, lo que no llegaba a adivinar era los pasos que nos llevarían a esa consecuencia.

Durante el viaje de vuelta mamá se quedó dormida, Manuela cantaba alegremente, y papá miraba sombrío hacia delante. M e dediqué a soñar despierta, o quizás me haya adormecido ligeramente. Volé hasta ese lugar donde todos los anhelos se cumplen, donde todos

los seres están contentos y los problemas no existen, allí, al paraíso.

Me había enamorado del teniente Ricardo Durán, y si cualquiera me lo hubiese preguntado, sin ningún rodeo le habría respondido la verdad.

¡Qué franco y dulce se vuelve un corazón enamorado! Como un niño cuando anhela un juguete, barriendo todas las vallas para conseguirlo. Comprendí que por el amor de una sola persona se es capaz de hacer las paces con el mundo entero.

Me sentía feliz y relajada. Los cascos de los caballos golpeaban acompasadamente sobre el blando suelo y el coche se mecía al capricho de los baches del camino, nada podía borrar la tranquilidad de ese viaje; no existían los rencores ni las broncas ni los miedos.

Sí, si el hombre está en paz, el mundo entero también lo está.

El amor hace valientes y osadas a las personas, tan bien me sentía que, al cabo, ni siquiera la misma guerra me amedrentaba. Era algo incierto, apenas una nube borrascosa. Además, Buenos Aires estaba a cuatro o cinco horas de Los Naranjos, era tan lejos que quizás hasta sucediera que se diluyese en el camino. Sólo un fantasma, nada más.

Cuando soplé la lámpara que iluminaba nuestro cuarto para apagar su mecha, Manuela aún continuaba cantando y comentando los pormenores de la fiesta.

—¿Notaste que bailó casi toda la noche conmigo?

—Sí —mentí, porque en realidad jamás les había prestado atención.

—¡Es tan hermosa y dulce su mirada! Hemos hablado de tantos temas diferentes. ¿Sabías que le encanta el piano? Apenas regresemos a Buenos Aires comenzaré a tomar clases en serio, voy a estar mañana y tarde con doña Ofelia. Aunque quizás... —y calló.

—¿Quizás qué? —le pregunté medio dormida.

—Quizás nos casemos antes.

Casi salto fuera de la cama.

—¿Él te lo ha propuesto!

—Aún no, pero lo adivino.

Continuó hablando y hablando. Minutos después ya no la escuché más. Me había metido en mis propios pensamientos, y mientras llegaba la inconsciencia me prometí una y otra vez que apenas se presentase la oportunidad arreglaría las cosas. Manuela no se merecía esta engañosa situación. ¡Cuán humillada se sentiría si se enteraba de cómo eran las posturas en realidad! Ellos parecían y se comportaban igual que dos párvulos, y a su lado me sentía como una anciana, tanto había cambiado mi vida y mi forma de pensar luego de las últimas y dramáticas noticias, una vieja entrometida y aguafiestas. Bien, justamente por ello me tocaba aclarar la situación. De ser posible, y si se me presentaba la oportunidad, al día siguiente.

Mientras me dormía, lo último que recordé fueron las palabras de papá con respecto a la responsabilidad. Sí, él tenía razón: los compromisos nos hacen madurar.

Apenas me desperté entró Dady con una nota en la mano y me la entregó.

—Disculpe que la haya molestado, señorita Cristina —aparentemente no podía aprender a llamarme simplemente «señorita»—, hay un señor esperando en la sala.

Abrí el papel.

> *«Espero no ser inoportuno, ¿desearías cabalgar conmigo esta mañana? Ricardo».*

Reí feliz y salté fuera de las sábanas.

—¿Qué le digo al caballero, señorita Cristina?

—Dile que me espere, ya voy. Mientras, puedes servirle una taza de té.

Me levanté rápidamente y me vestí todavía con más entusiasmo. Cuando salí del cuarto éste había quedado como si por él hubiese pasado un ciclón. Manuela ni se enteró, tan profundamente dormida estaba.

Cuando estuve lista y mientras me apuraba por salir, vi mi rostro en un espejo y me detuve como en una rayada, miré el cabello.

—Ahí estás tú otra vez. ¿Qué puedo hacer contigo hoy?

En un arrebato de audacia lo cepillé, me hice una larga trenza y la dejé caer suelta sobre mi espalda, con eso bastaría. Me puse el sombrero y salí.

Pasé por la cocina y comí dos pastelillos de un solo bocado.

—¡Ay, niña, niña!, así no va a vivir ochenta años —me amonestó Paloma.

Aparentemente ésa era la edad tope a la cual ella pensaba llegar.

Le sonreí y me fui a la caballeriza.

El cielo estaba radiante, y en el palomar los pájaros piaban a coro, saludando a la mañana.

Ricardo estaba vestido de gaucho, al verlo me causó algo de gracia. Él me saludó y me ayudó a montar.

Ambos salimos galopando campo abierto.

—¿Adónde iremos? —le pregunté.

—A Caoba.

—¿No está muy lejos de aquí? —inquirí extrañada.

—Ya verás que no.

Cabalgamos hacia el norte más de media hora. De vez en cuando deteníamos el paso así los fletes descansaban. El día era cálido, a la

madrugada había caído un repentino chubasco y soplaba una brisa fresca a nuestras espaldas, era perfecto para el paseo, perfecto para afianzar nuestra relación.

—En estos mojones está el límite entre Los Naranjos y Caoba, todo lo que veremos a partir de ahora será tierra de los Durán. Extensa y salvaje, y también la más bella que conozco.

Continuamos cabalgando.

A pesar de lo que él acababa de decir, no noté nada diferente a nuestro terruño; los pastos eran los mismos, el ganado igual. Sólo eran sus ojos, enamorado de sus posesiones. Esa pampa era exacta a diez pampas de Los Naranjos, aunque me cuidé muy bien de no decírselo, podía ofenderlo, y eso era lo que menos deseaba. Además, ¿para qué?

En el camino hablamos de nuestra infancia. Ésa era una de las cosas más lindas que tenía una relación que se iniciaba, ir descubriendo las razones en la vida de cada individuo. Porque, al conocer las raíces de cada persona, comprendemos mejor sus actitudes.

Llegamos a un diminuto arroyo y Ricardo se apeó, yo hice lo mismo. Muy cerca de la orilla había un sauce que mojaba sus largas hebras verdes en el agua fresca. Nos paramos cerca de su tronco y admiramos el paisaje en silencio.

La pradera que se alzaba frente al hilo de agua estaba desnuda, a no ser por algunas matas que ondeaban sus juncos, de un amarillo dorado, con la brisa. Más allá se erguía un pequeño bosque de eucaliptos cuyo perfume llegaba hasta nosotros.

Allí, junto a mí, una cascada invisible gorgoteaba juguetona bajo los yuyos, y aguas abajo, las plantitas de berro se movían delicadamente con los balanceos de la corriente.

Ricardo me tomó de la mano y me miró. Traté de ignorar sus ojos pues estaba algo cohibida, me sentía hechizada por el momento sublime, y el paisaje acompañaba mis sentimientos. Lentamente levanté los míos buscando sus pupilas azules, eran dos océanos donde me podía ahogar de placer.

Estuvimos una eternidad así, entonces él me abrazó y besó tiernamente en los labios. Los dos algo tímidos, investigando, aprendiendo de cada uno a medida que transcurrían los lapsos compartidos. En la creación otro maravilloso ciclo de amor comenzaba a cumplirse. Éramos dos enamorados buscando satisfacer los deseos de esa ardiente sensación.

Suavemente se separó de mí.

—Cristina, ¿quieres casarte conmigo?

No estaba lista para escuchar esas palabras, no todavía. Pensé que estaría jugando conmigo. Lo miré. No, él no sería capaz de semejante liviandad. Y casi ofendida conmigo misma deseché un pensamiento

tan fuera de lugar.

¡Dios!, estaba saltando la cerca, abriendo la puerta y poniendo la mesa, todo a un mismo tiempo. Era tan increíblemente pronto, demasiado, ni siquiera habíamos estado de novios, nada conocía de él aparte de lo que me había contado la noche anterior y ahora mientras cabalgábamos; además, sabía que no era lo que se estilaba, que mis padres estarían escandalizados, especialmente mamá, ya la veía quejándose, revolviéndose en su propio acezo, con un atado de habas colgando permanente sobre su cabeza.

Por otro lado, también comprendía que ésas no eran épocas normales, y que él era militar, lo cual significaba que podía alejarse de mí imprevistamente o, incluso, perderlo.

No, justamente por eso no quería lamentarme después por no haber sabido aprovechar el tiempo durante el cual podíamos haber estado juntos.

Mis pensamientos deben haber durado una eternidad, o apenas un segundo.

—Sí, Ricardo.

Él me levantó y me hizo girar mientras reíamos felices.

Luego volvimos a montar y regresamos a Los Naranjos, gozando de nuestra mutua compañía.

—¿Cuándo? —le pregunté de pronto.

Él levantó las cejas y sonrió divertido.

—¿Mañana?

—¡Mañana! —y lo dije con tanto sobresalto que Periquita bellaqueó.

—Disculpa, es que dentro de pocos días debo presentarme ante mis superiores, y no sé cuándo tendré licencia nuevamente —miró hacia el horizonte con el ceño fruncido—; ni siquiera sé si podré volver a retirarme por tantos días.

¿Tantos días? Si apenas había pasado poco más de una semana desde que me encontró conversando en el parque con Mariano…

Lo miré inquieta; me daba su amor para toda la vida y un instante después me decía que quizás nunca estuviese a mi lado.

—¿Entiendo bien? ¿Quieres decir que después de casarnos deberás volver al ejército? ¿Me estás diciendo que quizás estés meses enteros lejos de mí? —y las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos—. ¿Que voy a ser una esposa sin marido?

—Sé que no es justo, pero debemos luchar por nuestra patria, si no lo hacemos nosotros que somos quienes vivimos en ella ¿quién lo hará? Si no defendemos lo que es nuestro, entonces no merecemos poseerlo. No podemos tener todo lo que deseamos al mismo tiempo —y me miró con rostro acongojado—; aún estás a tiempo de arrepentirte, no te estoy obligando a nada.

—¡No es eso, por favor! Quiero casarme contigo.

Permanecí en silencio, pensando.

— Y de acuerdo a lo que me dices, será mejor que, mientras no estemos juntos, me quede con mi familia, algún día regresaremos a Buenos Aires. Pero, a pesar de la cantidad de kilómetros que nos estarán separando, a pesar de tus obligaciones que te mantendrán lejos de mí, a pesar del pampero… incluso a pesar de mi propio sentido común que me está diciendo que huya de tu proposición, me casaré contigo. Y la razón es muy sencilla.

Él lanzó una carcajada.

—A ver si adivino, porque me aborreces.

Reí y espoleé a Periquita así galopaba más rápido. Que el viento borrara mis lágrimas, la vida estaba compuesta de pequeños luceros, tan simples como éstos, nada más. Y era nuestra la virtud de saber aprovecharlos, disfrutándolos mientras permanecían.

Lancé un grito triunfal al viento, el mundo aún era nuestro.

Cuando llegamos al casco de Los Naranjos Ricardo se despidió y fue a hablar con mi padre.

Cabalgué sola hasta la caballeriza, tirando de las riendas a su montado.

Al llegar allí, vi el caballo de Mariano atado a un poste.

Complicaciones, pensé, y decidí que ya era tiempo de enfrentarlas abiertamente.

—Hola, Cristina, te estaba esperando. ¿Quieres dar un paseo por el parque?

Accedí y juntos comenzamos a caminar por el jardín.

Mariano se encontraba algo envarado, ¿intuiría lo que iba a decirle? ¿Adivinaría acaso que se iba a dar contra un cerco de espinos?

Nos sentamos en el banco que había bajo unos abedules plateados, el suelo era una alfombra de tonos grises, allá arriba las ramas eran movidas por la brisa, y si uno cerraba los ojos la melodía nos hacía pensar que estaba garuando. Observé las flores que mamá tan meticulosamente cultivaba.

Narcisos, amapolas... aquéllos eran... no, no podía concentrarme.

—Cristina, ¿has pensado en lo que te dije hace unos días? —y me tomó la mano cariñosamente—. Sé que he sido muy insistente con mi presencia, te he seguido y acompañado a todas partes, pero ha sido mi amor por ti el que me ha llevado a obrar de esa manera.

La rabia empezó a subirme por las mejillas. Él me hablaba a solas y me tomaba la mano con dulzura, y lo más probable fuese que Manuela nos estuviera espiando.

Solté con brusquedad mi mano y me puse de pie rápidamente.

—¡Escúchame bien, muchachito impertinente!; ¡estoy

increíblemente hastiada de tus asedios!

Abrió tan grandes los ojos cuando me oyó llamarlo «muchachito» que me pareció que se le caerían, pero estaba decidida a terminar. Apoyando mis manos en jarra continué:

—¡Estás aquí, hablándome de amor y matrimonio, como si estuvieras jugando a los naipes y cantaras tus puntos! El amor es algo que se trabaja, que se vive. Es una casa que se va construyendo desde los cimientos; no se le pone el techo primero. Fíjate sólo en esto que voy a decirte: tan poco conoces de mí que ni siquiera sabes si estoy comprometida con otro hombre; peor aún, ni siquiera sabes si me gustas un poco.

—Es que pensé que tú... —y no lo dejé seguir.

Mi sangre guerrera brotaba y supuraba por toda mi piel, tenía un caballo desbocado en el corazón que atropellaba con furia por salir.

—Además debo decirte que allí dentro —con un dedo señalé la casa, y lo hice con tanto ímpetu que, de haber tenido una pared delante, seguramente me lo hubiera quebrado—. ¡Allí dentro hay alguien que desfallece por ti! Ya es hora de que te quites la venda de chiquillo arrebatado y soñador, y mires al mundo con ojos de hombre. Y si quieres conocer la verdad sobre los sentimientos ajenos, aprende a mirar con el corazón.

Me di vuelta y comencé a desandar camino. Entonces recordé algo y me volví. Él continuaba exactamente en la misma posición, había quedado con la boca abierta, me dieron ganas de atarle un pañuelo en la barbilla para cerrársela, se lo veía casi patético. Me dio un poco de lástima y traté de suavizar el tono de mi voz.

—No era mi intención decírtelo ahora, pero creo que, dadas las circunstancias, será lo mejor. Mañana me caso con Ricardo Durán —y sin esperar su nueva, y aún más confundida reacción, me fui de allí.

Capítulo 3

Caoba, otoño de 1809

Cuando se enteró de mi próximo enlace, a mamá le dio un completo y total ataque de histeria.

—¿Cómo haremos para mandar las invitaciones? ¡No hay tiempo de preparar la comida!, no podrás comprarte el ajuar. ¡Ninguna de nosotras tiene ropa adecuada! Ni siquiera podrás hacerte un vestido de novia. Nuestras amistades, ¡la sociedad entera! ¿Qué pensará de esta familia? ¡Dios! —y se dejó caer sobre el primer sillón que encontró—. ¿Por qué me has hecho esto, Cristina? jamás lo hubiese creído de ti. Eres tan juiciosa, inteligente…

—Mamá, por favor —le rogué. Lo que menos deseaba en el mundo era martirizarla.

Manuela estaba tan fascinada con la noticia que no podía decir una frase congruente.

—Pero… ¿desde cuándo? ¿Cómo sucedió? ¿Ya lo conocías? ¿Por qué no me contaste antes!

Mamá continuaba con sus lamentos estertóreos. ¿En qué lío me acababa de meter? hasta me daban deseos de regresar y retomar el camino de los sucesos, callando la noticia y dejándola para más adelante.

—¡Ustedes los jóvenes nunca piensan en los demás! Por eso hay tanto dolor en el mundo —se detuvo apenas, yo entendía que todo

esto superaba su lógica—. No, hija— exclamó al fin—. ¡No puedo permitirlo!

Sin el más absoluto gesto de aquiescencia miró a su marido pidiendo ayuda.

—Rosalía —intervino papá—, el teniente Durán tiene razón.

Entonces ella estalló.

—¡Eso es lo peor de todo! Se casará con un militar del Batallón de Patricios, lo cual automáticamente nos pondrá a nosotros en contra de los realistas. ¡Oh!, siempre hemos intentado ser neutrales, ¿por qué tenía que sucederme esto? —sacó un pañuelo y se enjugó las lágrimas.

—¡Escúchame, Rosalía! —dijo papá en tono severo, era la primera vez que lo oía levantarle la voz—: el teniente Durán tiene razón al querer casarse de inmediato. En otras circunstancias no lo aprobaría, pero actualmente Buenos Aires, y el país entero, se encuentra muy convulsionado, y nuestras tropas deben estar preparadas. Es su deber estar allí.

—Que se casen más adelante. ¿Y para qué debe estar? ¿Para pelear contra sus propios padres, contra los españoles?

—Para luchar contra los realistas o a favor de ellos. Contra los insurgentes, sean ingleses, indios, criollos o españoles, ¡pero el ejército, del país que sea, se prepara y está siempre listo para cualquier incidente que altere el orden social!

—¡Vamos!, estás exagerando —se atrevió a amonestarlo ella.

—¿Exagero? —y los ojos de papá brillaban furiosos—. ¿Sabes lo que vi en el frente de nuestra casa cuando fui hace unos días?

Contuve el aliento, pensando que papá se extralimitaba.

Mamá lo miró asombrada.

—No me lo has dicho. ¿Cómo voy a saberlo?

—Perforaciones de bala; y no una, ¡docenas!

La verdad que durante meses papá se había preocupado por guardar tan celosamente cayó demasiado rápido sobre ella. Si sus ojos y oídos estaban ciegos y sordos, negándose a aceptar lo que sucedía en nuestro país, con las palabras recién escuchadas consiguió despertar.

Quedó sin aliento, desencajada. Él se apresuró a servirle una copita de licor.

—Disculpa, querida, no fue mi intención ser tan brusco.

—No lo lamentes, creo que he comprendido.

Eso, increíblemente, la calmó; la guerra era mucho más mortífera y definitiva que un casamiento. Un inconveniente mayor disimula a uno menor.

Con lo que teníamos a nuestro alcance, y de acuerdo a las pocas horas que nos quedaban hasta la ceremonia, comenzamos a planear los acontecimientos del día siguiente.

Elegí un vestido de raso color malva, con puntillas y encajes en el escote y los puños. Sabía que era demasiado sencillo para tan trascendental ocasión, la mayor parte de las veces, única en la vida de una persona, pero no tenía otra opción.

Manuela, como siempre, se puso un encantador conjunto de colores muy fuertes. Papá estaba de frac con hermosa faja plateada, y mamá tenía un vestido verde, luciendo varias esmeraldas en los aros y manos que hacían juego. Su piel cetrina contrastaba maravillosamente con el color que había elegido.

Mi cabello... Dady, adorable y paciente niña, lo había arreglado sobre mi nuca, y mamá me prestó un enorme mantillón de encaje español trabajado a mano color crema. Me perfumé apenas con una de las fragancias que había traído de Europa y antes de dirigirme a la capilla pasé por el jardín y corté un pimpollo de rosa blanco.

—Eso te dará suerte, muchacha —me dijo Paloma con gesto aprobador al verme colocándola en el escote, bien cerquita de mi corazón—, uno nunca sabe cuándo va a necesitarla.

Tiempo después recordaría sus palabras, fueron una premonición pues resultaron ser tan, ¡tan ciertas!

En la capilla estaban los padres de Ricardo y todos los empleados de las dos estancias; causaba placer verlos arreglados y luciendo sus mejores prendas.

La capilla de Los Naranjos se encontraba repleta.

Papá había mandado llamar al cura que venía todos los domingos a dar misa, y éste ya se encontraba parado frente al púlpito. Sus ojos observaban con un poco de asombro y gran admiración a esta muchacha que conocía de toda la vida y que de repente se había convertido en mujer.

Entré del brazo de papá, frente al altar estaba Ricardo esperándome. Las charreteras de su traje militar brillaban inmaculadas, y se había colgado la espada de la cintura. Tenía las manos en su espalda, y cuando me acerqué a él estiró la derecha para tomar la mía.

Nada podía hacerme más feliz. Éramos jóvenes, sanos, nos amábamos entrañablemente y teníamos toda la vida por delante.

Ningún oscuro presagio cruzó mi mente, estaba segura de que los días, meses y años siguientes serían exactamente iguales a éste, sólo celeste y rosa, en armonía total.

¡Ay!, si hubiese sabido que nada iba a ser así, que toda mi existencia, en pocas horas más, se transformaría en un huracán de desolación, ¿lo habría cambiado? ¿Estaría tan arrepentida como para detener la boda? No, antes o después, los acontecimientos seguramente se hubiesen sucedido de la misma manera; no estaba en nosotros cambiar el destino. Serviles muñecos de trapo, acomodándose

a los designios de aquello escrito en el cosmos; y aquí, en la tierra, apenas humildes peones de ajedrez, moviéndonos de acuerdo al capricho de las decisiones políticas, haciendo y deshaciendo a placer, manejando con ellas nuestras vidas.

El Ave María resonaba sublime golpeando con eco en la cúpula de la capilla, el cura hablaba y sonreía pero no lo escuchaba, había sido transportada al cielo y mis labios desesperaban por cantar con los demás.

A partir de allí comencé otra vida. Como si estuviera soñando y mis alas me hubiesen subido a las nubes.

Llené mis baúles y despidiéndome con lágrimas de Manuela y mamá me fui a vivir a Caoba.

La casa era más amplia y más señorial que la nuestra, aunque también, por contraste, más austera. En la sala principal sólo había un sofá y varias sillas, las flores no existían en ella. Nuestro cuarto constaba de una enorme cama matrimonial con dosel, un sillón y un ropero. Las paredes no tenían adorno alguno, apenas una cruz sobre la cama, hermosa cruz de madera.

—Mis padres están viviendo en Buenos Aires y hace meses que no vienen aquí. Puedes notarlo —y abarcó con su brazo la desnudez del comedor.

Estábamos desayunando sobre una larga mesa de caoba y a través de la ventana podía ver el sol que comenzaba a chispear sobre el campo.

—Podrás cambiarla, si quieres hasta puedes comprar muebles nuevos, estoy seguro de que a mamá no le va a molestar. De todas maneras, a ella no le gusta la vida de campo, y muy pocas veces ha venido aquí. No creo que ahora sea diferente.

¿Cambiarla? pues en eso iba a ocupar mis siguientes semanas.

Él terminó de desayunar y se levantó de la mesa.

—Voy a controlar la esquila —y cuando salía por la puerta pareció recordar algo—; mañana van a marcar el ganado nuevo, ¿querrás venir?

Me levanté de la mesa y corrí a abrazarlo.

—¡Por supuesto que iré! Ahora la casa necesita algunos arreglos, pero más adelante, ¿me dejarás que te acompañe?

Una sombra de tristeza cubrió su semblante, había dicho la palabra prohibida: «más adelante».

Me besó y me apretó fuertemente contra sí sin responderme, luego se marchó.

Los tres días siguientes a nuestro casamiento fueron maravillosos.

Cuando el ímpetu está en efervescencia todo sale bien; las historias más interesantes han sido escritas por personas apasionadas.

Nosotros comenzábamos a conocernos, y cada hora que transcurría era un milagro renovado. Nos llevábamos muy bien, éramos parecidos, y nuestras pequeñas diferencias le daban el condimento necesario para que las vivencias no se tornaran aburridas.

Nos levantábamos al amanecer. Por puro placer íbamos a ordeñar la vaca cuya leche tomaríamos luego en el desayuno, después Ricardo salía al campo a controlar el trabajo de la peonada y yo me quedaba recorriendo los jardines y juntando flores para iluminar y alegrar la lobreguez de los cuartos. Sacudía frazadas, corría las pesadas y oscuras cortinas, abría ventanas y con alegría invitaba al sol a entrar. También ocupaba las horas revisándolos y haciendo planes sobre los futuros arreglos. Solía terminar el día con largas listas de pendientes.

La cocinera era una mulata alegre y charlatana, cada vez que entraba a la cocina ella me contaba sobre la infancia de mi esposo.

—Usted no me va a creer, doña Cristina, pero cuando ese muchachito aprendió a caminar se sujetaba de cuanto mantel o tapete encontraba a su alcance. Al cabo de un tiempo no quedó cristal ni florero sano. Usted misma puede verlo, en esta casa no hay adornos. Sí, señora, ese niño era terrible. Hasta los caballos en el corral le tenían miedo, le encantaba arrojarles piedras.

Dudaba de que sus afirmaciones fuesen ciertas porque Ricardo me había dicho que su madre casi nunca venía a Caoba, pero igual me entretenía su charla ya que, además, me permitía conocer diferentes aspectos de la infancia de aquél que para mí, a pesar de ser mi adorado esposo, aún era casi un extraño.

Después de almorzar salíamos a cabalgar juntos. Ricardo conocía mucho sobre los animales salvajes y sus costumbres. Pensándolo más fríamente, quizás Josefa algo de razón tenía, ya que, de acuerdo a los amplios conocimientos de Ricardo, él debía haber pasado bastante más tiempo en esos parajes de lo que decía.

Descubría para mi regocijo los nidos de las montaraces, pequeños y perfectamente bien disimulados en la espesura.

Una vez encontramos huellas de tigre y estuvo media hora explicándome sus hábitos de vida.

¡Mira aquel nido, es precioso!, —exclamé en cierta oportunidad.

Él levantó la cabeza y sonrió.

—Es de un benteveo.

Era una bolita de plumas y lana de oveja mezclados con paja. Tenía un diminuto agujero que servía de entrada.

—Los pichones deben estar muy abrigados allí dentro.

Él me abrazó con fuerza y me besó la frente.

Siempre usaba vestimenta de gaucho, con los bombachones y las botas de cuero de potro. Al notarlo así, charlando con tanto amor sobre la pampa, al verlo acariciar el hocico afelpado de un ternerito o

cuando quedaba en silencio y admiraba con orgullo el vasto y salvaje horizonte que se ensanchaba hasta el infinito frente a nosotros, se me volvía muy difícil imaginarlo con traje militar y fusil, desenvainando su espada para matar al enemigo. Y el sólo pensarlo me hacía estremecer porque me recordaba su trabajo como soldado.

—Ésta es mi tierra, y justamente porque la amo he de defenderla.

Esos eran los hombres que la patria necesitaba, bravos en la batalla y apasionados amantes de sus orígenes.

Era tan hermosa la sensación que me causaba el mirarlo que cuando mis ojos lo descubrían en mi diario quehacer, el corazón me palpitaba apurado y un ligero temblor me recorría las entrañas. Estaba enamorada, mi espíritu se sentía ligero, y el mundo vibraba al compás de mis sentimientos.

Siempre nos deteníamos bajo el sauce y escuchábamos absortos al agua del arroyo deslizarse, como si fuese la maravilla más extraordinaria. El verano era tórrido pero allí, debajo de las hebras del sauce, la sombra refrescaba el lugar. El piso estaba cubierto con musgo húmedo, y era un deleite sentarse a la orilla del hilo de agua y sumergir los pies descalzos en él.

Cuando anochecía, comíamos algo en la galería, y luego, como dos ardientes enamorados, buscábamos el placer mutuo bajo las tibias sábanas.

Casi no había palabras entre nosotros, los amantes no necesitan hablar mucho para expresarse, estaba la comunicación de las caricias, tanto físicas como espirituales, y eso era suficiente. No existe el amor, sino los actos de amor. Además ¿cómo podíamos hablar de nuestra vida en común si el futuro era tan incierto? ¿Cómo podíamos planear nuestra realidad si el después quizás no formara parte inmediata de nosotros? Ambos habíamos aceptado que él también pertenecía a la milicia, que estábamos en tiempos de guerra y que era mucho más sano disfrutar del presente sin cuestionamientos. Que, al fin y al cabo, era lo único cierto y concreto en nuestra vida.

Al amanecer del cuarto día llegó un mensajero al galope. Saltó del sudado caballo y corrió a presentarse frente a Ricardo. Traía una nota para él, y por su vestimenta, aunque sucia y bastante desteñida, supe que era un soldado.

El rostro de mi esposo se ensombreció al leerla. Estiró su mano sobre la mesa donde estábamos desayunando y apretó con cariño la mía. Antes de que hablara supe lo que me iba a decir.

—El comandante me ordena volver —sus ojos estaban brillosos y sus labios temblaban ligeramente, buscando en vano las palabras adecuadas para no mortificarme más de lo que ya debía estar—. Sabíamos que esto sucedería pronto, pero no tanto así, debo entrar en servicio nuevamente.

—¿Puedo acompañarte a Buenos Aires?

—No tiene sentido, casi nunca podrás verme y estarás todo el día, y las noches, sola. Además, es peligroso. Aquí vivirás más segura y estarás acompañada por tu familia.

—¡Pero a mí no me importa el peligro!, sólo quiero estar contigo —gemí impotente.

Él clavó la mirada en su taza vacía.

—Creo que será mejor que regreses con tus padres.

Sabía que me estaba ocultando una parte del mensaje, había algo que no me quería decir. Aun así no se lo iba a preguntar, respetaba demasiado las razones de su silencio, incluso desconociéndolas.

Una hora después, dándome un ligero beso de despedida, se marchó. Lo observé alejarse desde la puerta. Ninguno de los dos hizo nada por prolongar su partida, no lo habríamos soportado.

Pedí que me ensillaran a Periquita. Mientras, entré a la casa para preparar y guardar mi ropa. Me detuve a tocar la cama donde él momentos antes había descansado, aún estaba arrugada. En la silla el pantalón que había usado el día anterior, lo miré detenidamente y sonreí, todavía conservaba las salpicaduras de barro del ternero que salió corriendo cuando nos acercamos a inspeccionarle el ombligo que tenía infectado.

Me parecía increíble que Ricardo ya no estuviera conmigo, había pasado por mi vida como un huracán de pasión y locura. Demasiado perfecto; de esos instantes de felicidad total que duran poco y también, me dije para mi consuelo, de ésos que casi nadie tiene el privilegio de disfrutar.

La tarea de juntar mis prendas fue rápida, había sido muy poco el tiempo que estuve alejada de Los Naranjos, y a mis pertenencias no las había desembalado.

Josefa, la cocinera, caminaba de un lado al otro detrás de mí, llorando desconsoladamente y enjugándose las lágrimas en su delantal.

—¡Ay, mi señora Cristina!, ¿por qué tuvo que sucedernos esto? ¿Por qué se nos ha ido el niño Ricardo? ¡Mandinga que anda suelto por estos lados! Ahorita mismo le voy a prender las velas a la virgencita —se quedó un instante callada y me miró, luego volvió a sollozar y gemir, igual o más que antes—. ¡Mi pobre corazoncito!, cómo debe estar sufriendo usted, y yo aquí llorando como una inútil sin poder ayudarla —y levantó su rostro hacia el cielo—. ¡Virgen santa!, San Benito, aleja al demonio de esta casa ¿por qué nos ha sucedido esta desgracia?

Al oírla quejarse parecía que alguien se hubiese muerto, su fatalismo y su histeria me irritaban.

—Josefa ¿por qué no le va a decir al cochero que prepare el carro

y cargue los baúles?

—Sí, doña Cristina, ahora mismito se lo digo —y sus gritos y quejidos se perdieron en la galería.

Terminé de empacar rápidamente y me senté sobre la cama a meditar. ¡Era tan suave y mullido el colchón! Me di vuelta lentamente y acaricié la almohada vacía, allí donde él había apoyado por tres noches su cabeza junto a la mía.

—Tienes el cabello hermoso —me había susurrado la primera noche.

Reí en silencio, a todos les encantaba, menos a mí.

Tres días, sólo habíamos compartido setenta horas, y sin embargo ahora la vida sin él se me volvía imposible de imaginar.

Entonces mi voluntad se acabó y el dique de mi entereza comenzó a desbordarse.

Me arrojé sobre la cama y hundí mi rostro en su almohada. La funda aún olía al agua de pino que él usaba después de bañarse. Lloré desconsoladamente por ese destino injusto que nos separaba; lloré de impotencia porque no podía hacer nada para estar a su lado. Porque mi vida había sido perfecta y una mano invisible y poderosa, de un certero cachetazo, había pulido mi frente y le había sacado todo lo bello que ésta tenía. Me sentía tan pequeña, tan inútil, tan a la deriva.

En Europa era muy independiente, y había aprendido a amar mi autonomía, porque tomaba mis propias decisiones, arriesgándome en cada una de ellas , eligiendo aquello que me ayudaba a crecer, descartando lo que no, y en cada uno de esos pasos descubrí que podía hacerlo bastante bien. Al cabo consideraba al temor sólo como un estado mental.

Por eso ahora me rebelaba esta nueva situación, absolutamente fuera de mi control. Cuando uno aprendía cuán completo era el placer de compartir, éste se convertía en una poderosa adicción.

Un rato después entró Josefa para avisarme que Periquita y el coche ya estaban listos.

Me lavé y sequé la cara y fui a la caballeriza. Monté en la yegua y le pedí al cochero que llevara los baúles hasta Los Naranjos.

—¿No me va a seguir, señora? Usted ya sabe que es peligroso cabalgar sola por el campo. Puede haber indios.

—Jamás he visto uno —le dije.

Además, no estaba de humor como para recibir consejos, ni la compañía, de nadie. Necesitaba estar a solas hasta calmarme, nadie es mejor cirujano, ni peor verdugo, que uno mismo. Espoleando a Periquita me alejé de allí.

Galopé hasta llegar al arroyo y me detuve un segundo para que el delicado gorgoteo me tranquilizara el espíritu, pero los recuerdos empezaron a llegar atropelladamente y no quise continuar llorando, la

vida no debía acabarse ahí. No debía concentrarme tanto en los pensamientos negativos. Me dije una y otra vez que Ricardo iba a regresar pronto, que ese momento de soledad era simplemente eso, un momento, nada más. Y, como todas las etapas en la vida, también pasaría.

En medio de mi llanto levanté la cabeza hacia el sol y reí fuerte. Todo estaría bien. Al final, mi tristeza o mi alegría sólo dependían de mí.

Enrollé mi refajo, calcé bien mis botas en los estribos, y reinicié el galope. Sentí que el peinado había comenzado a aflojarse. No importaba, me saqué el sombrero y desprendí las horquillas. Por primera vez dejé mi cabello suelto ondear en el viento, al menos que una parte de mi cuerpo gozara sin condicionamientos, en completa libertad.

Pasé el mojón que demarcaba el límite entre las dos estancias y detuve el galope, me di vuelta y lancé un sonoro beso al aire, despidiéndome temporalmente de todo aquello que dejaba atrás.

Ahora debía pensar con la cabeza, ya basta de permitir que el corazón gobernara mis sentidos pues evidentemente no estaba en condiciones de hacerlo. Mientras la yegua regresaba dócil a su antiguo hogar intenté reunir las fuerzas suficientes como para poder hablar sobre mi esposo a mi llegada, sin echarme a llorar. Muchas serían las preguntas que mamá y Manuela me harían, y tenía que responderles con una sonrisa, no con lágrimas.

Finalmente divisé el casco de Los Naranjos. Tantos recuerdos quisieron golpear la coraza con que acababa de rodearme, respiré hondo y nuevamente los relegué a un rincón.

Dejé a Periquita en la caballeriza y entré en la casa.

Mamá y Manuela vinieron felices a recibirme. Mamá observó mi rostro pálido y comprendió.

—Ricardo ha vuelto al ejército, ¿verdad?

Asentí.

—Bueno, vamos querida, si quieres hablar hazlo, si no puedes quedarte en silencio, lo comprenderé. Pero no debes afligirte tanto, él irá y vendrá continuamente. Ahora duele —y sonrió—; a la décima vez que se separen te vas a haber acostumbrado. Ya verás.

Decidimos preparar el cuarto contiguo al de Manuela para que yo durmiera en él.

En esos cortos tres días había crecido, ya no era la muchacha que llegara de Europa con tantas novedades triviales, de repente me había convertido en una mujer. Todo en mi actitud así lo delataba, y me pareció de lo más normal que me dieran una habitación especial, por más que Ricardo pocas veces estaría allí.

—Deberías traer algo de ropa de tu marido, si acaso alguna vez

llega por aquí entonces tendrá qué ponerse. No va a ser cómodo que cada vez que venga a visitarte ustedes dos se muden a Caoba.

Sus palabras me parecieron sensatas.

—Puedes ir a la estancia con Paco uno de estos días. Él te ayudará con los bultos.

—¿Podré ir contigo, Cristina? no conozco Caoba —preguntó mi hermana ansiosa.

Dedicamos el resto del día a cambiar algunos muebles de lugar y a agregar adornos y jarrones con flores, haciendo más acogedor el nuevo cuarto.

A pesar de su charla y de sus continuas idas y venidas me pareció que Manuela estaba algo seria. A veces me alcanzaba un objeto y cuando nuestras miradas se cruzaban mi sonrisa sólo recibía indiferencia. Me inquietaba, ¿era apatía o disgusto lo que veía en su rostro? Ella nunca había sido buena en ocultar su risa o su rabia.

Cuando llegó la noche pude confirmar mi sospecha, Manuela estaba amoscada conmigo, ¿por qué? por Mariano sin duda alguna ¿Qué otra razón podía existir? ya que, si continuaba siendo la chiquilla caprichosa y testaruda que dejara 4 días atrás, entonces su cabeza continuaría empecinada en mantener su concentración en Mariano, y en nada más.

—¿Has visto a Mariano últimamente? —le pregunté con tono casual cuando nos sentamos a descansar en el parque.

Estaba tejiendo al crochet unas carpetas para adornar las sillas de mi nueva habitación mientras ella revoloteaba alrededor de mí.

Cortó un clavel colorado y me miró.

—Desde aquel día en que habló contigo no lo he vuelto a ver. Ni siquiera vino a tu casamiento.

De pronto su fingida indiferencia se desplomó, y sentándose a mi lado gimió:

—¡Oh, Cristina!, ¿qué le dijiste que se enojó tanto?

—¿Yo? —le pregunté extrañada mientras hacía tiempo a pensar qué le diría.

—Sí, tus ojos echaban llamas cuando le hablabas, estoy segura de que le estabas gritando. ¿Qué pudo haberte hecho él para que le replicaras así?

Como sospechaba, ella nos había estado observando cuando discutíamos la última vez que lo vi. Ni siquiera me había dado cuenta de que no asistió a mi boda.

—¡Ahora lo recuerdo!, me había enojado con él porque dejó sueltas las riendas de su flete, y cuando yo llegué Periquita pisó una de ellas y el caballo se espantó. ¿No viste cómo señalaba hacia la caballeriza con el dedo? ese muchacho nunca aprenderá a ser responsable.

Ella dudó.

—Creía que habías señalado hacia la casa, y pensé que le estabas hablando de mí. Me moriría si tú le hubieses contado de mi pasión por él. Una cosa es que Mariano lo descubra solo, y otra muy distinta es que alguien se lo diga. ¡Estaba tan preocupada! —se puso el clavel que acababa de cortar en el escote de su vestido—, incluso así no entiendo por qué no ha vuelto a visitarme.

—Disculpa, hermanita, debe ser por eso. Quizás le hablé con demasiada rudeza y el resentimiento aún le dure.

Mientras volvíamos a entrar en la casa rogué en silencio pidiendo que Manuela nunca le preguntara a Mariano sobre la rienda suelta de su caballo.

Comenzaron a pasar los días, lo que antes era apenas un puñado de minutos ahora se había convertido en largas horas, lentas y tediosas. El aire era cada vez más fresco y las hojas de los árboles se secaron y cayeron.

Mi profunda tristeza se convirtió en nostalgia, La mente del ser humano es increíble, si le daban el tiempo suficiente, podía adaptarse a cualquier cosa. Terminé por adaptarme a la cada vez más prolongada ausencia de mi esposo.

La mayor parte del día estaba sentada bordando, ayudando a Paloma en algún plato elaborado o recorriendo los alrededores del casco. Ya no tenía la energía de meses atrás, todavía no sentía deseos de salir a cabalgar como antes.

Alrededor del jardín había un cerco de pitas, y a las vacas les encantaba comer las flores y semillas. Causaba gracia observarlas esperando ansiosas, con la mirada atenta a la más mínima brisa, hasta que la golosina cayera del árbol. Pero la semilla de la pita tenía un jugo que embriagaba, y después de haberse llenado con el suculento almuerzo las vacas se alejaban caminando con paso inseguro, para terminar un poco más allá, donde el sueño de la borrachera las detuviese. Me habían contado que en Méjico se hacía una bebida muy fuerte llamada pulque, licor exquisito para sus nativos.

Caminaba recorriendo los naranjos que le daban el nombre a la estancia y cuyos frutos ya comenzaban a madurar. Hacia el este se divisaban los durazneros, las muchachas habían recogido los frutos estivales y ahora los chanchos que papá había cambiado por hacienda vacuna limpiaban los restos de la cosecha, hozando entre los yuyos mientras engordaban su redonda estructura. Los peones hachaban las ramas que se habían quebrado y caído durante las fuertes tormentas y ponían los troncos a secar utilizándolos después como leña. Ésta era usada para hacer carne asada o para calentar agua, porque en las casas no existían las estufas hogar como sucedía en Europa. Se creía

que a través del agujero de la chimenea pasaba la humedad. Sabía que eso no era verdad por haberlo comprobado en la casa de tía María, allá en España.

Las mujeres acabaron de clasificar los envases donde guardaban los dulces que habían hecho con la fruta del verano, y las conservas con verduras de la quinta. En el campo se cosechaban los maíces, y la peonada acondicionaba los depósitos para guardar la semilla, y los corrales para guardar el ganado porcino cuando hiciera más frío.

Las hojas que aún quedaban apenas adheridas a las ramas se caían movidas por el viento otoñal, y cuando caminaba bajo las largas líneas de árboles frutales una extraña lluvia de tonos ocres me cubría el paso.

Sí, por todas partes la vida se adormecía, en los durazneros, los naranjos, en las pitas... pero una diminuta lucecita comenzaba a crecer muy dentro de mí.

Frecuentemente le escribía a mi esposo.

«Querido Ricardo:
Las horas son tan vacías y sin sentido cuando no estás conmigo...»

No sé si éstas llegaban a sus manos, porque jamás recibí una respuesta de él.

Tenía tan sólo diecinueve años y, sin embargo, mis días se encontraban desnudos; no había promesas cumplidas ni deseos saciados. Mi alma gemía buscando un consuelo inexistente, y por las noches me tendía en la inmensa cama sintiendo frío en cada uno de mis jóvenes huesos, como si fuera una anciana de cien años, con una vida marcada de resentimiento provocado por los anhelos insatisfechos. ¡Todo me parecía tan injusto!¿Qué le sucedía a Ricardo que no respondía a mis cartas? ¿Ni siquiera una nota? ¿Ni una línea? ¿Había significado tan poco para él? A esa altura obligaba a mis pensamientos a cambiar de rumbo y temblaba ante la idea de que le hubiese sucedido algo. Tanta tristeza junta cuando una ilusión tomaba forma en mi seno.

A veces me rebelaba, apretaba los dientes, pialando como un potro salvaje intentando zafar de las consecuencias surgidas de mis últimas decisiones. Sin embargo debía reconocer que, luego de hacer un balance, y de tener oportunidad, nuevamente las hubiera elegido.

Una mañana me senté frente a mamá. La observé bordando un mantel durante largo rato, no sabía cómo empezar a explicarle lo que quería decirle, cómo darle la noticia.

Ella levantó la vista de su costura.

—¿Sucede algo, Cristina, estás muy apagada —y me sonrió con dulzura.

No le respondí y ella continuó bordando. Había aprendido a tener paciencia.

Sus cabellos negros tenían muy pocas canas, los labios formaban un débil surco en su rostro color oliva, y sus ojos grises miraban la aguja con serena complacencia.

Sus pensamientos debían ser agradables, porque su estado general así lo reflejaba. No así los míos.

Me miré las manos que tenía entrelazadas sobre la falda.

—Mamá, creo que estoy embarazada.

El bordado cayó de sus dedos y me observó atentamente, sin poder hablar.

—¿Cuánta certeza tienes? ¿Quieres que llamemos al médico?

—¿Es necesario?

Ella levantó las cejas.

—Bueno, si quieres estar segura...

Entonces pareció reaccionar y darse cuenta cabal de lo que acababa de escuchar.

—¡Cristina!, ¡es maravilloso! Un niño, una criatura multiplicando la familia. ¡Cuánto se renueva la vida con la llegada de un bebé! —recorrió el cuarto con alegre sonrisa—. Tantos años hace que en la casa no se escuchan llantos ni berrinches, nos va a cambiar la vida. ¿Te imaginas todas las diabluras que hará? Pero eso es lo que menos importa; seremos una docena de mujeres para cuidarlo.

—Mamá —la calmé en su repentino entusiasmo—, ni siquiera puedo confirmarlo.

—Por eso llamaremos de inmediato al doctor, así te revisa. Si es verdad, debemos estar preparadas para cuando llegue. Planearemos todo muy bien. Tendremos que hacer pañales, bordarle batitas, tejerle ositos, incluso tú tendrás que arreglarte algunos vestidos, y coserte varios nuevos, para cuando tu embarazo esté más avanzado.

Dejó el bordado sobre una mesa y comenzó a planificar los días siguientes, basándose en la existencia de ese niño que no sabíamos aún si era real.

Conocía de antemano su reacción, toda una revolución en su rutina cotidiana. Por eso había retrasado la noticia hasta no estar bien segura, pero era el primer hijo que iba a tener y me sentía un poco aturdida, no entendía nada de bebés, y no conocía qué podía hacer y qué no.

Media hora después lo sabía todo Los Naranjos; los consejos me apabullaron, eran variados y de diferente tono. Acabé por quejarme.

—Estoy embarazada, no enferma.

Papá mandó un peón a buscar al médico, y al anochecer recibimos la visita obligada del doctor Capurro.

Él me hizo recostar y les pidió a los demás que salieran del cuarto.

Era muy amable y cuidadoso en su trato, y desde que me dirigió la palabra por primera vez, con su mirada franca y su sonrisa larga, supe que íbamos a ser buenos amigos. Y lo que era mucho mejor todavía, enalteciéndolo ante mis ojos, era que, además de médico, era sacerdote.

—Vamos a ver, muchacha —y luego de auscultarme agregó—, gozas de excelente salud, eres fuerte y saludable. ¿Últimamente has tenido algún síntoma en especial?

Le dije que no, aparte de las faltas de mi período.

Veinte minutos después la buena noticia se confirmaba, la señora Cristina Durán estaba embarazada de tres meses aproximadamente.

El doctor se iba ya cuando le rogué que volviera y cerrara la puerta nuevamente. Tuve una débil sombra de duda, pero finalmente me aventuré a confiar en él, alguien debía ayudarme, y los sacerdotes suelen ser más comprensivos que cualquier otra persona.

En pocas palabras le expliqué la situación en que me encontraba.

—Le he escrito reiteradas veces a mi marido pero no he recibido respuesta alguna. ¿Podría... podría usted…?

—Por supuesto, hija, ¿qué deseas que haga?

—No sé si mis notas llegan a él, sinceramente lo dudo, porque de otra manera ya hubiese recibido alguna carta suya como respuesta. Quizás usted... —y callé dubitativa.

—Dime —y en su rostro había tanta dulzura que toda mi vacilación desapareció.

—¿Podría usted intentar hablar con él y avisarle de mi estado?

Él me apretó la mano infundiéndome confianza.

—Te aseguro, niña, que haré todo lo posible. Cualquiera sea el resultado de mis empeños te mantendré informada —y se levantó para irse—; pronto tendrás noticias mías.

Me sentí aliviada, como si estuviese un poquito más cerca de mi marido, y luego de agradecerle profundamente su atenta actitud lo acompañé hasta la entrada.

Observé su silueta alejarse hasta que desapareció de mi vista, tenía el corazón livianito y la sonrisa fácil. Junto con mi hijo una nueva esperanza comenzó a brotar en mí.

Al día siguiente Dady partió con Paco a la ciudad. Ella iba a comprar telas, hilos, cintas, lanas y todo lo que pudiera conseguir de una extensa lista que mamá había confeccionado con mucho entusiasmo la noche anterior.

—Mamá, ¿crees que Dady sabrá hacer bien los mandados? ¿por qué no vamos nosotras? —preguntó Manuela.

Las palabras de mamá surgieron muy apuradas.

—Porque es muy peligroso, recuerda lo que dijo tu padre sobre los

orificios de bala en la pared que está en el frente de nuestra casa. ¡Dios!, el sólo pensar en ello me hiela la sangre.

Manuela insistió, no era de las que se dejaba convencer tan fácilmente.

—¿Y si le pedimos a papá que nos acompañe?

Aunque ella de sobra sabía que la presencia de papá era necesaria en la estancia, junto a su familia y para supervisar la tarea de los peones. ¿Quién los manejaría si no?

—Sabes perfectamente bien que, en caso de algún tumulto callejero, Dady pasará desapercibida, no así tú o tu padre.

—Pero… —quiso continuar mi porfiada hermana con su idea.

La mirada furibunda de nuestra madre fue suficiente para hacerla callar.

Paco tenía estrictas órdenes de acompañar a Dady como si fuera su extensión, no debía separarse de ella ni un instante. Todos estábamos seguros de que cumpliría al pie de la letra con las recomendaciones. Adoraba a la muchacha.

A pesar de su diferencia de edad, origen y color de piel —él era rubio—, Paco la consideraba como su propia hija. O quizás más, pensaba yo a veces cuando lo observaba mirar a la niña con ojos de ensoñación, aunque eso sólo se confirmaría con el tiempo, Dady tenía apenas trece años.

Desayuné rápidamente, me dirigí a la cuadra y monté al caballo negro. Le había puesto de nombre Diciembre por ser ése el mes en que conocí a Ricardo.

El caballo era tranquilo y blando de boca, obedecía al menor movimiento de mi mano. Le prometí a mamá que lo llevaría al tranco. Incluso así, ella me observó con rostro severo mientras me alejaba hacia los galpones donde se aprensaba la lana de las ovejas recién esquiladas.

La última vez que monté había sido el día en que mi esposo partiera a Buenos Aires, y después nunca volví a sentirme con suficientes ánimos como para ello. Ahora, con la novedad del niño y de las próximas noticias sobre Ricardo, nuevos bríos volvieron a recorrer mis músculos, y ansié desesperadamente gastar todas las energías acumuladas durante esos tres meses.

Me sentía eufórica, y pasé el resto de la mañana recorriendo los cobertizos y charlando con Mulato y papá. Al mediodía volvimos juntos a comer y luego reanudé el trabajo a su lado, con una sutil diferencia, yo observaba y disfrutaba, y los demás hacían todo el esfuerzo, tanto físico como mental.

Cuando regresé a la casa, entrada la noche, Dady ya estaba. La sala era un desorden de diferentes colores, repleta de telas y ovillos de lana esparcidos por doquier.

—¡Mira, Cristina!—exclamó Manuela apenas me vio.

Pero en su mano no tenía una cinta ni un corte de tela, tenía un papel.

Con exaltación fugaz pensé que era para mí, una luz estalló en mi cerebro, casi haciéndome gritar de alegría, saboreando de antemano lo que éste podía decir.

Con desánimo vi que la nota estaba abierta y la ilusión se me acabó tan pronto como se había iniciado.

—¡Mariano me ha mandado una nota!

Corrí varios metros de tul que estaban sobre el sofá y me senté en el espacio que quedó.

—¿Qué te dice en ella? —hice un gran esfuerzo por parecer interesada.

—Me pregunta si puede venir a visitarme uno de estos días.

Fruncí el ceño, extrañada.

—Si durante mucho tiempo ha venido casi diariamente y nunca ha necesitado nuestra invitación formal, ¿por qué ahora tanto protocolo?

—¡No! —gritó ella exultante—, esta vez viene por mí. Les pide permiso a papá y mamá para verme —entonces saltó a abrazarme mientras reía feliz—. ¿Sabes lo que eso significa? ¡Le importo! Ha estado pensando en mí. ¡Gracias hermana querida, gracias!

Mamá la contempló asombrada. ¿Gracias? ¿Por qué? Me miró interrogativamente y sonreí avergonzada, como un niño al que han pillado en una travesura. ¡Qué mala mentirosa era! Desde un principio mi hermana conocía cuál había sido el tema de conversación que mantuviera con Mariano. Sólo había fingido creer el invento de las riendas sueltas porque seguramente no quería tener un enfrentamiento conmigo.

Manuela era más inteligente y sagaz de lo que todos pensábamos.

Nuestra charla pasó al tema del bebé.

Esa noche, mientras yacía acostada sobre mi cama, por primera vez sentí envidia de mi hermana. Ella tenía a su amado tan cerca que podía verlo cuantas veces quisiera. Y siempre sería así, porque Mariano administraba el campo de su familia. En cambio… un nudo doloroso me cerró la garganta, y apreté los nudillos con todas mis fuerzas, rebelándome ante la imposibilidad de cambiar mi actual estado. En un ser tan liberado como yo, el hecho de no poder manejar una situación era mucho más frustrante que para aquellos dependientes.

¡Habían sido tan pocos los momentos de felicidad que había compartido con Ricardo! Nada me quedaba de él, ni su cuerpo ni sus cartas ni su voz ni sus pertenencias… ¡pertenencias!, detuve mis pensamientos. Eso sí lo tenía. Recordé que aún no había ido a buscar alguna de sus prendas para cuando me visitara. De inmediato decidí que al día siguiente iría a Caoba, como mamá me había aconsejado.

Cuando el sueño finalmente llegó, Ricardo y yo fuimos esposos nuevamente, unidos en el país del todo se puede.

Apenas me levanté, fui a darle la noticia a Manuela. Ella estaba acomodando sus alhajas mientras entonaba una canción de amor.

—¿Quieres que vayamos a buscar la ropa de Ricardo a Caoba?

—¿Hoy?

—Sí, podemos salir en cuanto terminemos de desayunar y llevaremos una canasta con el almuerzo, así Josefa no tiene que cocinar, aunque va a querer hacerlo de todos modos. Estaremos de

regreso a media tarde.

—Había pensado arreglarme algunos vestidos, —dijo, y dándose vuelta exclamó sonriendo— pero puedo dejarlo para mañana. De todos modos no veré a Mariano hasta el domingo. Papá lo invitó a asistir a misa.

Una hora después íbamos camino a Caoba.

Manuela no dejó de parlotear, planeaba su vida junto a Mariano como si su casamiento fuese algo tácito. Imaginó una boda fastuosa, hasta detalló los adornos, la comida y los vestidos que las damas llevarían. A veces decía que vivirían en Los Tilos, otras, en Los Naranjos, y las más en Buenos Aires; totalmente ajena a lo improbable de semejante idea porque Mariano trabajaba en el campo, y poco podría estar con ella en la ciudad. También hacía cálculos sobre el número de hijos que tendrían.

—Como media docena.

Y más, más.

Su existencia era una continua vibración de altibajos, cumbres luminosas de felicidad o pozos oscuros de tristeza.

Sí, ciertamente Mariano no se aburriría a su lado.

Cuando llegamos al casco de la estancia de los Durán me sentí contenta por haberla llevado conmigo, no hubiese podido afrontar las remembranzas sola; pero con su continua charla, idas y vueltas, la casa parecía otra. No era la misma en la cual Ricardo y yo habíamos pasado tres maravillosos días juntos.

Josefa estuvo encantada con nuestra visita, y se ofreció a ayudarnos en lo que fuera necesario. Por supuesto, no dejó que tocáramos la merienda que Paloma nos había preparado para almorzar, ella misma se ocuparía de hacernos un suculento guiso.

—Mire, vea, señora Cristina, están muy delgaditas ustedes dos. Ya me ocuparé de hacer que coman bien hoy.

Trajo varias valijas y se fue a la cocina.

Mientras yo guardaba algunos trajes de Ricardo, Manuela se paseaba de un lado al otro inspeccionándolo todo; era como si la hubiesen llevado a la casa de los acertijos, todo lo quería saber, todo lo quería descubrir.

Me produjo una extraña sensación el tocar pantalones y camisas que no le había visto usar a mi esposo; incluso así olían igual que él. Durante los días en que estuvimos juntos se había puesto ropa de gaucho. Busqué las fajas y los bombachones por si llegaba a necesitarlos, y cuando los iba a depositar en la valija una fuerte angustia se apoderó de mí, y quise retenerlos contra mi cuerpo. Abrazándolos con fuerza gemí en voz baja:

—¡Oh, amor!, ¿dónde estás?

Sentí que el cuarto se quedaba en absoluto silencio y casi pude

palpar su presencia junto a mí.

Manuela se encargó de romper el hechizo.

—¡Mira lo que encontré! —exclamó riendo mientras sacudía una nota entre sus dedos—. ¿A que no adivinas?

—Hermana, ¿No habrás estado abriendo armarios que no debías? —le pregunté enojada. Una cosa es revolotear por ahí, y otra muy diferente hurgar entre las pertenencias ajenas.

—¡No fue a propósito! —se defendió ella—. Estaba sentada sobre ese hermoso sofá que hay en la sala, y cuando puse mi mano en el apoya brazos, algo se movió. Son esos muebles que tienen cajones a los costados. ¡Vieras!, estaba lleno de cartas, algunas muy viejas.

—¡Manuela! —dije levantando la voz—, sabes que no debes tocar, y mucho menos leer, correspondencia de otra persona.

Ella bajó la cabeza avergonzada.

—Tienes razón, disculpa. Toma, encontré esto arriba de todo, seguramente Josefa la guardó allí, ¿o acaso fuiste tú? ¿Sabías que existían esos cajones? —me miró con picardía—. Está dirigida a Ricardo, y tiene fecha de hace muy poco tiempo.

Me miró abriendo enormes sus ojos.

—¡Ah, no!, hermanita, Claro que no la leí! Eso sí que no está bien, pero me pareció que querrías guardarla como recuerdo. Me parece que la fecha coincide con los días que ustedes pasaron acá.

Estiró la mano y me la entregó, sin esperar a que yo me decidiera a tomarla.

No le respondí, sentía un poquito de curiosidad.

—Voy a ayudarla a Josefa, veré dónde armará la mesa para el almuerzo —y cerrando la puerta se marchó.

Dejé reposar la nota sobre mi falda, furiosa con Manuela por su infantil actitud. Era demasiado entrometida, inteligente pero chiquilla al fin, y me arrepentí de haberla llevado conmigo a Caoba. Si rompía algo... bueno, lo más probable fuese que la señora Durán ni siquiera se acordara de los poquísimos adornos que tenían en la casa. Aunque meter la mano en papeles privados de otra persona... no había duda alguna de que mi hermana era una inmadura.

Luego miré el papel. Antes de abrirlo lo reconocí y supe de qué se trataba. Ricardo lo había tenido entre sus manos antes de partir hacia Buenos Aires, seguramente lo dejó olvidado sobre la mesa y Josefa lo había guardado en el cajón.

No debía hacerlo, sabía que no debía, pero quise averiguar más sobre él, algo que me indicase qué podía estarle sucediendo, las razones de su prolongada ausencia.

Lentamente lo abrí.

«Teniente Ricardo Durán:

Su traslado ya está arreglado, todo listo para su partida. Regrese lo más pronto posible.
Firmado: Comandante Cornelio Saavedra del Batallón de Patricios.»

La leí una docena de veces, hasta que las lágrimas nublaron mi vista y ya no pude hacerlo. No podía creer que lo escrito en la nota fuese cierto. No podía ser verdad. Me faltaba el aire.

Me puse de pie y caminé apresuradamente hasta la ventana que había abierto media hora antes. Treinta minutos atrás estaba completamente segura de su amor por mí, ahora tenía mis serias dudas. ¿Por qué había pedido el traslado? y sin duda lo debía haber hecho antes de casarnos. ¿Adónde había partido? ¿Por qué no me dijo la verdad?

Sabía que me ocultaba algo cuando leyó la nota, aunque no esto! ¿Por qué? ¿Por qué!

La desesperación se apoderó por completo de mí y ya no pude pensar con congruencia, toda la fortaleza que había construido basándome en nuestro mutuo amor, y de la cual me sostenía día tras día, había sido destruida. Ya nada me quedaba. Ni tan sólo el recuerdo de sus sentimientos. El mundo se nublaba ante mis ojos, no podía pensar, me negaba a hacerlo. No podía aceptar la destrucción de mis pequeñas esperanzas. ¿En qué se basa la fuerza si no es en la unión?, él me había mentido, ¡y tan descaradamente!

Pero mi interior se negaba a creerlo. ¿Podía ser? ¡No! ¡No podía, no podía aceptarlo!

—¡No! —y el grito ni siquiera hizo eco en mis oídos porque me desmayé antes.

Vagamente oí la voz asustada de Manuela y los gritos desesperados de Josefa.

Estornudé con fuerza, alguien me estaba pasando por las fosas nasales un frasco con polvos medicinales de un aroma muy picante.

—¡Cristina, Cristina!, ¿qué te sucede? ¡Respóndeme!

Comencé a llorar. Josefa y Manuela estaban a mi lado, sin comprender qué estaba sucediendo, me ayudaron a recostarme en la cama.

—¿Estás bien, Cristina? ¡Por favor!, ¡dime qué debo hacer! —gimió Manuela mientras se retorcía las manos nerviosamente.

Le sonreí tranquilizándola, mientras, las lágrimas continuaban brotando.

—Nada, hermanita, ya estoy bien. Perdona si te he asustado. Este cuarto está un poco encerrado, por eso abrí la ventana. Ya estoy mejor.

Me sequé el rostro y le pedí que terminara de juntar la ropa.

Ricardo ciertamente debía haber tenido sus razones para ocultarme su traslado y, por más que su desconocimiento me llenara de resquemores, no iba a hablar con nadie sobre ello. Mis problemas debían ser sólo míos, no era justo que los demás también cargaran con ellos. Y mucho menos esta muchacha enamorada y con tantos planes para el futuro. Por nada en el mundo iba a empañar su felicidad, ni siquiera buscando aliviar un poco mi profundo dolor. Yo era lo suficientemente fuerte como para lidiar con ello.

Anochecía ya cuando me sentí con suficiente energía para subirme al coche y regresar a Los Naranjos. Aún me dolía mucho la cabeza pero me puse un trapo mojado con agua fría sobre la frente, y luego de que Paco cargara el equipaje regresamos a la estancia.

Josefa lloraba mientras nos miraba partir, se hubiese llevado muy bien con mi hermana, puro llanto o risas.

Apenas llegamos a casa, Manuela le contó a mamá lo que me había sucedido, y me dejé conducir como si fuera una inválida hasta mi cama. Necesitaba que me atendieran, me urgían los mimos, el cariño de alguien, cualquiera, y las personas que me estaban atendiendo eran mi hermana y mi madre. Eran mi familia y debía sentirme inmensamente rica al tenerlos cerca, sería una ingrata si no lo reconocía. ¿Qué más podía pedir?

Cuando quedé sola abrí el puño en el que guardaba la nota, ya arrugada y húmeda. Me levanté y sosteniéndola sobre la llama de la lámpara la quemé, esperé hasta que quedó reducida a cenizas. Ahora, el secreto era sólo de Ricardo, mío y de quien la escribió. A Manuela ni la conté; si acaso la había leído, seguramente ya debía haber olvidado el contenido de la misma. Por lo menos eso esperaba.

Pasaron los días, la inmensa desazón que me invadía había quitado mi vitalidad, y dejé que las costumbres de lo cotidiano me abrazaran con su simpleza repetida.

Mariano comenzó a visitar a mi hermana casi a diario. Salían a cabalgar o a caminar y parecían estar felices disfrutando de su mutua compañía. Cuando él se cruzaba conmigo desviaba la vista y trataba de ignorarme o, si era inevitable, me miraba con gesto hosco e indiferente.

Él tenía razón al actuar así, lo había humillado. Esa actitud era más soportable que la anterior. Prefería su indiferencia a sus asedios amorosos.

Me dediqué a coserle ropita al bebé. Todos deseaban contribuir con alguna prenda. Dady se puso a tejer muy ensimismada un par de calcetines, y se sintió muy satisfecha cuando los hubo terminado. Se notaba que el tejido no era su fuerte, porque mi hijo recién los podría usar dentro de cinco años. Paloma tejía al crochet una mantilla de fina

lana blanca; y mamá... mamá hacía varios pantaloncitos y batitas por día, era como si tuviera diez manos.

Esperé hasta acostumbrarme a la extraña novedad del traslado de Ricardo, y un día en que estaba de mejor ánimo desempaqué su ropa. Puse casi todo en el ropero y dejé algunas prendas cerca de la cama, a la vista; así parecía que él estaba allí con nosotros, y regresaba todas las noches a recostarse en mi lecho. Junto a la puerta, puse sus botas, el agua de pino que él usaba sobre el tocador, un abrigo colgado del perchero... luego miré cómo había quedado el cuarto y, aunque fuera sólo una ilusión, me sentí menos sola.

Mamá pensaba que esa actitud no era muy sana, pero yo la necesitaba, mi matrimonio a veces me parecía una fantasía inventada por mi mente solitaria y mis anhelos de muchacha enamorada.

Continuaba escribiéndole a mi esposo, aunque jamás recibía sus respuestas.

Como no podía cabalgar porque, luego del desmayo ocurrido en Caoba, ya no me lo permitían, me acostumbré a dar largos paseos a pie. A veces visitaba a Cristy y a su potranca. En esas ocasiones les llevaba terrones de azúcar o algunas zanahorias que ellas paladeaban gustosas.

—¿No crees que ya es tiempo de ponerle nombre a tu hija? tiene más de un año —y acaricié el hocico de la potranca—. A ver... podrías llamarte Esperanza, Primavera... ¡ya sé!, te voy a llamar Señora. ¿Qué te parece?

El animal olisqueó mi bolsillo buscando otra golosina. Estaba decidido, Señora me pertenecía y aprendería a responder a ese nombre. Más adelante, después de que el bebé naciera, comenzaría a amansarla. Por ahora bastaba con los continuos mimos y dulzuras que le daba. Indirectamente, al acostumbrarla al contacto con el hombre, de esa manera, también la estaba doblegando.

Una mañana me despertaron los gritos de una Manuela eufórica. Entró corriendo a mi cuarto mientras yo dormía.

—¡Cristina, despierta!, ¡Cristina, me voy a casar!

Me senté y después de bostezar largo la miré complacida.

—¿Cuándo será la boda?

—Dentro de un mes —y se sentó al borde de mi cama—. Mariano dice que primero quiere resolver el inconveniente que tiene en el ganado. Hace un par de semanas que hay muchas muertes y desapariciones entre la ternerada; no sólo en nuestro ganado sino también en el de San Sebastián de Los Tilos. Creen que es un tigre que anda merodeando por aquí con su cría. Entre las dos estancias van a organizar una cacería. ¡Mariano intervendrá! —exclamó orgullosa—,

mientras, nosotras nos podremos dedicar a hacer los preparativos para la gran fiesta.

Guardé silencio, trataba de recordar lo que Ricardo me había dicho sobre ese felino.

Era un animal astuto y salvaje como el que más. Haría cualquier cosa por mantener su absoluta autonomía, y más feroz si estaba con cría al pie. Sí, no sería muy fácil cazarlo.

Dos días después los peones partieron hacia la gran cacería. La tarde anterior estuvimos en la cocina preparando kilos de comida, así no tenían necesidad de regresar a la noche a aprovisionarse ni perder tiempo buscando alimento. En las alforjas cada gaucho llevaba suficientes panes y jamón para varias jornadas. Paloma, siempre generosa, también les había preparado algunas tortas dulces.

Por supuesto, el compañero obligado: el cimarrón, bien protegido en la manta, con atados de yerba en cantidades suficientes como para varios meses. Podía faltar la comida pero no el mate.

Cargaban con sus pertrechos, y todos ellos tenían puestos sus ponchos, y debajo de éstos, aunque no se vieran, atravesados a la cintura, los facones. Eran enormes cuchillos afilados en los ratos de ocio, que les servían al comer, cazar, cortar tientos, remendar alguna rotura, y también para matarse entre ellos cuando habían tomado un poco y se armaba una discusión. Eran hombres acostumbrados a los imprevistos, a la agresividad, y se encolerizaban con suma facilidad.

Mulato iba también. Papá se quedó; alguien debía dirigir la estancia.

Los gauchos acuartelados se acercaron a los viajeros para despedirse de ellos y verlos partir. Envidiaban su buena suerte. El trabajo en la estancia, a pesar de tener sus diversiones, era monótono, sobre todo para jóvenes tan impulsivos como ellos.

Cuando finalmente emprendieron la marcha, el campo se llenó con sus silbidos, el restallido de los látigos, el ruido de docenas de cascos trotando, y el ladrido de los perros que acompañaban su partida. Luego la estancia quedó nuevamente en silencio.

Pasaron los días, como había menos hombres la actividad era mínima. Las vacas, al no ser alborotadas de continuo, mugían poco, no se escuchaban tantos relinchos e imprecaciones, y la pampa parecía lo que una vez fue, una llanura extensa, tranquila y virgen. Nadie cruzaba sus anchos pastizales.

Papá se quedaba en casa, y sólo salía una o dos veces a verificar que los pocos peones que quedaban hicieran bien su trabajo, que por esos días era tan sólo acomodar y arreglar los utensilios de laboreo.

Utilicé esos tiempos de sosiego en dar largas caminatas bajo los árboles frutales mientras leía algún libro de poesías.

A la semana regresaron, y todo el bullicio volvió con ellos. Los Naranjos estaba de fiesta, ¡la pucha que es feo cuando el hombre falta!

Mariano también estaba ahí, sonriente y tostado por el sol. Tenía el pantalón desgarrado pero se lo veía pleno y satisfecho. Detrás de su montura, atravesado al caballo, traía un enorme tigre de hermoso pelaje.

Manuela lo saludó y le preguntó qué le había sucedido en la pierna.

—Nada de importancia; cuando estábamos corriendo al animal me enganché el pantalón en un espinillo. ¡Pero mira! —y señaló al tigre hembra—, la hemos matado. Uno de los peones trae a la cría, muerta también —y desatando a la madre la dejó caer al suelo. Ésta golpeó en la tierra como un saco de papas.

A Manuela sólo le importaba el tajo que él tenía en su pierna.

—Déjame ver tu herida, por favor.

Él se quedó serio y no se movió. Lo estaba tratando como a un niño, y lo desacreditaba frente a la peonada.

—Te he dicho que no es de importancia —y espoleando a su flete se fue a llevarlo para que abrevara.

Mariano estaba madurando.

Me acerqué a mirar a la hembra, tenía varias heridas en el cuello, y la sangre coagulada formaba bultos gelatinosos sobre su dorada piel. A través de sus fauces pude ver los colmillos sucios, la lengua le colgaba dura hacia un costado, llena de tierra, y en sus zarpas aún había restos de algún arañazo. Me tapé la nariz, despedía un fuerte olor a animal salvaje. Un acceso de náuseas me revolvió el estómago.

Miré más allá y vi a la cría. ¡Oh, Dios!, tenía la cabeza prácticamente separada del cuerpo, y el cuello parecía una segunda boca grotescamente abierta.

Sus pupilas, enormes y opacas parecían mudos jueces, recriminándonos por su actual estado.

Apreté mi estómago con fuerza, y por primera vez sentí los golpecitos inquietos de mi hijo, él sin duda estaba compartiendo mi sufrimiento. Corrí a mi cuarto y me arrojé sobre la cama llorando desconsolada.

En mi impotencia grité el nombre de aquél que estaba ausente. ¿Dónde estaba él para contener mi angustia? ¿Dónde el hombro sobre el cual arrebujarme y aquietar mis ansias de cariño? ¿En dónde estaban los ojos cuya mirada podía esfumar mis carencias y abrazarme en afecto compartido? ¿Dónde estaba mi esposo? ¿Dónde estaba!

Me levanté tarde al día siguiente. Mamá me miró entrar al comedor, tan desganada y algo ojerosa, y me dijo preocupada:

—No se te bien, hija, últimamente estás comiendo muy poco,

¿quieres que llamemos al médico?

¿Y dónde estaba ese doctor que había prometido mandarme noticias de mi marido?

Capítulo 4

Los Naranjos, primavera de 1809

Después de su boda, Manuela se fue a vivir a San Sebastián de Los Tilos.

Con ella también se fueron sus vestidos, adornos, perfumes y, lo que para mí era más importante aún, su risa, su inagotable cháchara y su inquieta actividad.

De pronto la casa parecía haberse desinflado, como si le faltara energía y luz.

La extrañábamos. ¡Su impetuosa y tan espontánea presencia siempre se hacía notar!

Sentadas en la sala de costura, mamá y yo parecíamos dos viejas cosiéndole a un bebé que ciertamente no podía ser de ninguna; tan poco entusiasmo poníamos en nuestro trabajo. Silenciosas y adustas, permanecíamos el día entero con la cabeza agachada, ensimismadas en la tela que teníamos frente a nosotras, mascullando quién sabe qué amargos pensamientos. Ella, en España, y yo en el recuerdo de mi esposo. Recuerdo que poco a poco se iba diluyendo.

Sabía que sus ojos eran azules, pero ya no podía evocar su manera de mirarme, su cabello era castaño pero las ondas de sus rizos habían desaparecido, era alto, musculoso pero su cuerpo... ¡ya no lo rememoraba! Pronto nada quedaría, como una aguada que se seca con la falta de lluvias, en poco tiempo más sólo sabría cuál era su nombre. Las memorias se cargan y alimentan con vivencias, las historias se

hacen transcurriendo la vida, ¿qué evocaciones podía tener si con Ricardo había estado tan poco? En mi cuerpo germinaba y maduraba su semilla, era lo único que me hacía regresar una y otra vez a mi efímero pasado, la única prueba de que esa ilusión había sido real. Afortunadamente ese hilo invisible, además de demostrarme que mi matrimonio no fue una fantasía, conservaba despierta la esperanza. Débil llama en un desierto, diminuta gota en un océano, y aun así, siendo tan pequeño, no permitía que se diluyera.

Paloma me hacía comidas especiales para alimentarme, a mí, a mi bebé, y a un batallón completo de soldados hambrientos: mazamorra, chuño, guisos espesos, grandes cantidades de carne, pasteles, postres con leche, sambayón, dulces caseros...

—Si no fuera por el bebé usted ya habría desaparecido, señora Cristina, está tan delgada que no sé cómo hace para sostener al niño, si hasta los ratones de la capilla están más llenos que usted.

Y continuaba poniendo delante de mí fuentes repletas de alimento que casi siempre volvían a la cocina, intactas.

Ella meneaba la cabeza con enojo y me señalaba con la cuchara de madera.

—Agradezca usted que ya es mayorcita, señora Cristina, porque de no ser así ya le hubiese propinado una buena zurra —y sus ojos negros brillaban enfurecidos, resaltando sobre sus cuencas blanquísimas.

A pesar de sus enojos la prefería a cualquiera de los demás, sus amonestaciones me producían rabia, y eso era bueno, porque me hacía reaccionar, lo cual significaba que mi espíritu aún estaba vivo. El silencio y las miradas compasivas del resto —incluida la peonada y sus esposas— me hacían sentir como una pobre mujer.

A veces la llamaba a Dady para que se sentara con nosotras y compartiera las horas de costura o lectura. A ella le encantaba mirar los libros, yo me decía que algún día le enseñaría a leer. Con su presencia y sus continuas preguntas, aunque inocentes y algo tontas, me entretenía un poco.

Atardecía cuando nos levantábamos, abandonando hasta el día siguiente nuestra labor en la sala. Dejando a un lado la costura nos poníamos de pie, tratando de estirar nuestros músculos entumecidos. A mí solía arderme bastante la cintura, a mamá los hombros. Paloma nos friccionaba la espalda por turnos con una crema que olía a alcanfor. ¿A mí qué podía importarme andar toda olorosa si en mi cama los cobertores siempre eran sólo para mí?

A Manuela le encantaba detenerse a palpar mi abdomen, para ella la gestación de un hijo era todavía un misterio.

—¡Oh!, cuánto deseo estar embarazada yo también! —solía decirme.

—Ya lo estarás, ya verás —le respondía.

Una mañana llegó el tan esperado mensaje del médico. Lo traía un indio a caballo.

Con aspecto displicente y sin emitir palabra alguna me entregó el sobre. Le sugerí que fuera a descansar antes de emprender el regreso y le señalé el fogón donde varios gauchos se pasaban el cimarrón de mano en mano.

Por toda respuesta él, llevando de las riendas a su tordillo, caminó hasta un algarrobo, y apoyándose en su tronco se dedicó a armar un cigarro. Después de encenderlo, de un salto montó en su flete y desapareció al galope.

Su actitud hosca y distante a nadie llamó la atención; el indio, aun si era evangelizado, generalmente continuaba viviendo como un renegado. El resentimiento que sentía hacia los extranjeros y criollos por haberle arrebatado sus tierras todavía palpitaba en su sangre.

Tenían razón.

Me temblaban las manos mientras apuraba mi paso hasta el cuarto, me senté en la silla que estaba junto a la cama. La impaciencia me volvía torpe. Rasgué el sobre y rompí un costado del papel, tuve que leer la nota varias veces para poder asimilar y entender lo que estaba escrito en ella, tal era mi ansiedad.

«Mi estimada señora:
Lamento informarle que han sido infructuosos mis reiterados intentos por comunicarme con el teniente Durán.
Su seguro servidor,
Doctor Capurro.»

Arrugué el papel sintiendo un profundo desaliento y lo arrojé a un costado.

Inconscientemente me apreté la panza, como buscando la ayuda y protección de mi hijo. Si compartía mi desasosiego quizás éste se amortiguara.

Mi cuerpo y mi mente luchaban contra la cólera y el rencor, sin saber cuál de los dos sentimientos era el más apropiado. Si debía sentir enojo por la injusticia de lo que me estaba sucediendo o angustia por lo que podía haberle ocurrido a Ricardo.

De no haber sido por mi hijo la vida ya no hubiese tenido sentido para mí. Cuidar y atender a mi persona ¿para qué? ¿Para quién? ¿Con qué objeto? ¿Puede un ser humano morir de amor?

Ahora comprendía la desolación de mi hermana cuando no era correspondida por Mariano.

Comencé a alimentarme sólo lo necesario como para que mi criatura subsistiera. Paloma dejó de amonestarme, en su sabiduría simple comprendía que mi sufrimiento era mayor que el deseo de

mantenerme viva, y noté que ella había adoptado la costumbre de encenderle velas a un santo que tenía en un rincón de la cocina. Ya no tenía rabia, la había reemplazado por piedad, igual que todos los demás en la estancia.

Ni siquiera le dediqué más tiempo a la costura de las prendas que mi niño debería usar cuando naciera. Vagaba todo el día por el parque que rodeaba al jardín como un ánima. Para aplacar un poco mi martirio había decidido no pensar más, y mi mente yacía vacía de toda idea coherente, encerrada en un cofre oscuro, buscando protección ante tanto sufrimiento repetido. Caminaba con pasos cansados y no sabía qué pisaba, ni si estaba fresco o cálido. La mayor parte del día la pasaba sentada en el banco que estaba bajo los álamos. Entre sus peladas copas dibujaba con mi vista el contorno de los nidos ahora abandonados, seguía el lento caer de alguna hoja chamuscada y seca, contaba sin contar el paso de las hormigas bajo mis pies, revolvía el pasto amarillento con una ramita, y muchas veces, sin darme cuenta, me encontraba escribiendo su nombre entrelazado al mío.

Mamá, a veces se acercaba y suavemente me ponía una manta sobre los hombros. No había palabras de consuelo, sólo miradas anhelantes. ¿Qué podía ella decirme? ¿Existían acaso palabras que pudiera aliviar mi espíritu?

Una mañana de septiembre, mientras desayunábamos, papá nos dijo que se iba a Buenos Aires.

—Pienso regresar mañana por la noche, tengo que arreglar unos pocos asuntos.

En mis ojos brilló una débil lucecita de esperanza que él captó de inmediato. Me sonrió y apretó mi mano con afecto.

A media mañana, luego de un sustancioso desayuno que a todos los presentes dejó asombrado, con el buen ánimo renovado, salí al jardín a recoger algunas flores que luego acomodaría en el jarrón de mi cuarto.

Un plumón de cardo pasó flotando a mi lado y quise alcanzarlo. Al ver que se me escapaba, alejándose por el aire, con paso apurado lo seguí. Pero no pude caminar más de diez metros, el agotamiento me oprimió de inmediato y sentí calambres en las piernas.

Me detuve preocupada sentándome en un poyo para recuperar la respiración. No era por el peso del bebé, era mi abandono total. ¡Tan poco actividad había realizado en los últimos meses! Olvidando que aún era joven y que si no recuperaba a mi esposo, tenía la obligación, por respeto a mí misma y hacia mi hijo, de cuidarme.

A pesar del asombro ante mi debilidad, reí alegre. Con la energía adormilada en mis entrañas, mi cuerpo esperaba apenas un poquito de

iniciativa para correr, viento en popa, pleno de vida aletargada.

Intuía que papá conseguiría lo que nadie había podido lograr. Tenía fe, y eso era más que suficiente.

Media hora después fui a llevarle terrones de azúcar a Cristy y Señora. Pronto sería tiempo de enseñarle a la potranca a llevar una montura sobre su lomo. Algún día seríamos, como una vez con Cristy, inseparables.

Sí, me dije mientras le sobaba el pescuezo, pronto debía comenzar su entrenamiento.

Me detuve a pensar ¿y por qué no?

Decidí que ésa era una buena oportunidad como cualquier otra. Caminé rápidamente hasta la caballeriza y buscando un trapo algo pesado se lo coloqué suavemente sobre el espinazo. La yegüita no se movió. Ese era un muy buen indicio.

Le di un pedazo de manzana mientras le sobaba el cogote, sería muy fácil domarla.

Ese día, después de mucho tiempo, me animé a abrir los ojos del alma y miré más allá de mi pena. Observé el paisaje como descubriéndolo por primera vez; la naturaleza había iniciado su lento despertar, las plantas y los árboles estaban repletos de yemas, guardando celosamente los brotes a punto de explotar, en un nuevo período de fertilidad. Sólo faltaba que el sol calentara un poco más.

Entré a ver cómo iba el ajuar de mi pequeño, hacía siete meses que no me había dado cabal cuenta de que tendría un hijo, y se lo debía. El remordimiento me hizo apretar los labios, había perdido tanto tiempo metida en mi egoísmo, protegiéndome de mis propios sentimientos.

—Mamá, ¿hemos preparado la canasta que servirá de moisés?

Ella levantó sus ojos asombrados del bordado que tenía entre las manos.

—Hace un mes que está casi listo, hija. ¿Lo recuerdas? apenas faltan los detalles de los bordes.

Me indicó dónde estaba y fui presta a buscarlo. Sacándolo del ropero lo coloqué sobre la mesa de la sala.

—La llamaré a Dady para que te ayude —dijo ella.

—No, deja, mamá. Quiero hacerlo sola.

Ella se quedó algunos minutos observándome trabajar, meneó la cabeza y una sonrisa de complacencia se dibujó en su rostro otrora tan preocupado por mí.

Estuve el resto de la mañana trabajando en él, luego almorzamos. Esta vez sí tenía apetito. De postre Paloma había preparado helado, un batido de leche y azúcar, bien espesado y espumoso, al galope de caballo. Esta mezcla se colocaba dentro de bolsas de hielo y se apuraba al flete para que corriera ida y vuelta hasta la tranquera de

entrada al casco de la estancia. Era muy suave, fresco y sustancioso, pero había que saborearlo en el momento de ser servido porque, como la mayoría de las cosas hermosas, es mejor disfrutarlas mientras están en su punto de máxima perfección.

Esa tarde charlamos mucho, tanto como en ningún día anterior.

—Apenas nazca tu niño debemos comenzar a coserle al que espera Manuela.

La miré boquiabierta.

—¿Manuela... un bebé?

—¿No lo sabías?, estoy segura de habértelo dicho.

¿Qué había sucedido conmigo? ¿En qué mundo estuve viviendo todo ese tiempo?

—Disculpa, no debo haberte escuchado. ¿Para cuándo lo espera?

—Creo que nacerá en los primeros meses del año.

Mientras la escuchaba decidí que ya era tiempo de visitarla. Estaba bastante disgustada conmigo misma por mi actitud tan indiferente, jamás había ido a verla desde que ella se marchó de Los Naranjos. Siempre era Manuela quien venía hasta nosotras.

—Pasado mañana iremos a visitarla, ¿quieres, mamá?

Ella sonrió feliz.

—Sí, probablemente te acompañe. Le diremos a Paloma que prepare esas tortitas que a ella tanto le gustan —miró por la ventana abierta—. Pasado mañana iremos.

Un aire de íntima calidez nos rodeó esa tarde, y mientras cosíamos y bordábamos pensamos en todo lo que llevaríamos a San Sebastián de Los Tilos.

El día siguiente fue igual.

Cuando el sol comenzó a descender yo miraba cada vez con más insistencia hacia la tranquera de entrada al predio de la casa. Papá en cualquier momento debía hacer su aparición.

Llegó cuando anochecía y nos disponíamos a comer.

Paloma había cocinado pollo asado y de postre Dady nos sirvió fruta. Cuando terminamos el café y nos estábamos levantando de la mesa él me invitó a pasear por el jardín.

—Mira qué luna —dijo mirando hacia el cielo estrellado—, nos va a iluminar el trayecto alrededor del parque. La noche está cálida pero ¿por qué no te traes una mantilla por si refresca?

Salimos a caminar. Él comenzó a hablar sobre el estado en que se encontraba el gobierno de Buenos Aires.

—Don Baltazar Hidalgo de Cisneros ha sido enviado para ejercer el cargo de virrey. Como suponemos tampoco contará con el respaldo del pueblo. Al llegar, se encontrará con que las arcas están vacías, sin el apoyo de España tratará de gobernar un pueblo que, más que ignorarlo, lo desprecia. Los españoles lo han nombrado virrey, pero los

criollos están a favor de… ¡a favor de la independización!

Estaba expectante y ansiosa, papá hablaba de temas ajenos a lo que a mí más me interesaba. En realidad, casi de lo único que quería tener noticias. Aunque, por respeto, no lo interrumpí.

—¿Y Liniers?

—Creen que ha huido al norte.

El silencio que continuó a sus palabras fue bastante molesto. No quería preguntarle por temor a recibir malas noticias y él no sabía cómo empezar.

Se tomó las manos detrás de la espalda y miró varias veces hacia la luna, sin siquiera darse cuenta de que la blanca esfera estaba allí. Sacó un cigarro, de esos negros y olorosos traídos del Paraguay y lo encendió, extraño en él, porque casi nunca fumaba.

Su actitud, una vez más, me puso a la defensiva porque si hubiese tenido algo lindo para decirme ya lo hubiese hecho. Pero yo estaba decidida a que nada ni nadie rompería el nuevo y maravilloso lazo de esperanza que había comenzado a nacer entre mi niño y yo. Sea lo que fuere que me tenía que decir lo soportaría con entereza, mi vida ahora le pertenecía a él.

Me toqué el vientre y reí.

Papá regresó de su ensimismamiento y me miró con gesto interrogador.

—Mi hijo se está moviendo.

Eso pareció decidirlo.

—Cristina, estuve en el Batallón de Patricios haciendo averiguaciones, y también hablé con el padre de Ricardo.

Mi corazón era un potro enloquecido. Quise tragar saliva y sólo me salió un sonido gutural.

—Me costó bastante, más de lo que crees, poder conversar con alguien que tuviera noticias sobre su actual situación. Poco es lo que pude averiguar, lo enviaron en una misión secreta, nadie me ha querido decir dónde se encuentra, y me aseguraron que no está en la provincia de Buenos Aires.

—¿Y su padre? ¿Qué te dijo él?

—Me recibió y fue muy atento conmigo, aunque sabe menos que nadie. Comprende que tú estés pasando por un momento difícil… pero nada puede hacer para ayudarte. Él te manda sus más respetuosos saludos y espera que tú y el bebé estén bien.

Lo miré incrédula.

—¡Mentira!, seguro que todos saben más de lo que te quisieron decir. ¿No pudiste averiguar nada más? —y le apreté el brazo con fuerza—. ¡Es mi esposo y este hijo que llevo en mi vientre es suyo! No sé dónde está, no sé por qué no me escribe, por qué no se comunica conmigo, ¡ni siquiera sé si está vivo, papá!

Al verme tan desesperada él me abrazó con dulzura.

—No puedo hablar más ni hacer nada por aliviar tu dolor, sólo puedo decirte que confíes en mí. Eso puedes hacerlo ¿verdad? confía en mí.

Me alejó un poco y me miró a los ojos, hubo un momento de duda y finalmente dijo:

—Él está bien y te quiere, mucho más de lo que tú estás dispuesta a creer.

—¿Cómo sabes todo eso? —le pregunté ilusionada—. ¡Papá, por favor!

Él me tapó la boca con la mano para que callara.

—Confía en mí.

Me pasó el brazo por los hombros y me condujo de regreso a la casa.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano para tener tiempo de terminar los preparativos de lo que llevaríamos a San Sebastián de Los Tilos.

Paloma hizo una fuente de tortitas de Morón y buñuelos de manzana. Mamá juntó una valija con prendas que, por falta de espacio y tiempo, Manuela había dejado cuando se fue. Yo salí al jardín y corté un ramo enorme de rosas y crisantemos.

Poco después Paco nos informó que ya había cargado los bultos en el coche y estaba listo para partir.

Cuando salíamos, mamá se detuvo y me preguntó:

—Cristina, ¿estás segura de poder hacer el viaje?

—Sí, mamá, ¿por qué?

—Porque faltan nada más que dos meses, y quizás estés algo cansada.

—No te preocupes, estoy perfecta —le sonreí y la abracé cariñosamente—. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien.

El camino de Los Naranjos a San Sebastián era apenas un sendero de vacas, y la marcha se hacía lenta porque Paco elegía los lugares más parejos. Aun así, cuando él se descuidaba y alguna rueda caía en una depresión o en algún pozo oculto por la paja brava, el carruaje se sacudía ostensiblemente. Mamá entonces lo retaba enojada.

—¡Ten cuidado!, no estamos compitiendo en una carrera.

Ella no podía enterarse de la plática que había mantenido con papá la noche anterior, razón por la cual tampoco conocía las causas de mi profundo cambio interior. Con la buena noticia sobre mi marido, y el sentimiento de posesión y amor que comenzaba a sentir hacia mi hijo, yo había vuelto a despertar a la vida. Tenía la convicción que alguna vez Ricardo volvería a mi lado, ahora o más adelante, y me prometí a mí misma que mantendría siempre

encendida la llama de la ilusión. Y cuando lo hiciera, él encontraría una familia, ¡su familia!, juntos continuaríamos criando al fruto de nuestro matrimonio. Mientras tanto lo haría sola, me sobraba valor para ello.

Manuela estaba radiante. Cuando salió a recibirnos reía dichosa. Abrió los ojos de asombro al ver mi voluminoso abdomen y disfrutó a carcajadas cuando sintió en su mano los golpecitos de mi bebé.

—Se quedarán hasta mañana, ¿verdad? ¡Tengo tantas cosas para contarles!

Juntas fuimos a la sala de costura y ella nos mostró las batitas que había bordado para su futuro hijo.

Un rato después llegó la madre de Mariano.

—¡Qué grata sorpresa! —y muy pronto el cuarto se llenó con su entretenida cháchara y sus imprevistos dislates.

—He estado en la quinta intentando, una vez más, injertar cítricos, pero parece que no lo hago bien porque ya van diez años que vengo intentándolo, pregunto y estudio al respecto, y aún no he conseguido ni una sola planta. Manuela me ha dicho —y se dio vuelta a mirarla con cariño— que usted, señora, tiene varias cuadras cubiertas de naranjos. ¡Debe ser maravilloso recorrerlos cuando están florecidos! El aroma agridulce de los azahares es exquisito —luego cambió de tema—; ¿se quedarán hasta la noche?, ¿o prefieren pasarla aquí y regresar mañana a Los Naranjos? Ya vuelvo, voy a la cocina.

Sin dejarnos emitir ni una sola palabra desapareció tan rápidamente como había entrado.

Entonces Manuela nos hizo un gesto de complicidad y sacó de la caja que tenía a un costado del costurero un par de calcetines de lana. Ciertamente no eran para su hijo porque su tamaño era bien grande.

—Se los estoy haciendo a Mariano, así se los pone en las noches crudas de invierno. Se los voy a regalar para su cumpleaños —los miró con gesto crítico—, claro que no son gran cosa, pero más adelante le compraré en Buenos Aires un chaleco. En realidad se los hice porque no es fácil conseguirlos de lana gruesa, y él es bastante friolento.

—¡Son hermosos! —le dije—. ¿Me vas a enseñar a hacerlos?

—Oh, es una tontería. Ahora, cuéntame de tu embarazo, quiero que me expliques todo lo que voy a sentir en los próximos meses.

Su conversación era abundante, como siempre; vivía cada minuto con pasión, sintiendo inquietud por todo y por todos, aunque su carácter había cambiado ostensiblemente. Estaba más tranquila; es admirable cómo se sosiegan los espíritus temperamentales cuando sus afanes están satisfechos.

Ella había conseguido lo que tanto ansiara, y el verla allí sentada hablando sobre su esposo me producía algo de nostalgia por esa vida hogareña que yo nunca había podido disfrutar.

Nos mostró la casa, el invernadero, sus vestidos nuevos, la pajarera... y cuando llegó la hora de almorzar Mariano y don González también se nos unieron en el amplio comedor.

Mariano me saludó con efusividad —aparentemente su resentimiento hacia mí era cosa del pasado, lo cual agradecí—, y bajó los ojos ruborizado al chocarse con mi vientre; había madurado un poco, pero en otros aspectos continuaba siendo un niño.

La inocencia, en su justa medida, no es un defecto. Todo lo contrario, es una cualidad preciosa que nos impulsa día a día a concentrarnos solamente en aquello que es verdaderamente importante, y nos da el coraje para continuar teniendo ilusiones.

Comimos jamón y queso de Goya, después, una tarta de pescado del río, y de postre había panqueques dulces. Todo un festín, considerando el breve lapso que medió entre nuestra llegada y la hora de almorzar.

—Me encanta el pescado —exclamó Manuela con mirada golosa cuando le sirvieron un poco.

—Recuerda que puede ser indigesto —le recordó mi madre, siempre tan sobreprotectora.

—¡Mamá! —protestó ella—. ¿Sabes cómo se pescan? —le preguntó a su marido.

—Les cuento cómo atrapan a los de Buenos Aires, los de aquí es muy sencillo sacarlos.

Entonces él nos explicó que los gauchos se metían en el Río de la Plata a caballo con una gran red.

—Clavan una punta en la orilla, y con la otra dan media vuelta en redondo, hasta llegar nuevamente a la costa. La pesca es tan abundante que por lo general con una sola vez sacan suficientes pescados como para llenar el carro.

—¿Y qué suelen sacar?

—Lo que más abunda es sábalo.

Mi hermana lo miró con admiración y tardó en cortar otro bocado; se los notaba muy enamorados y estables en su relación. Tenían la seguridad de que eran correspondidos.

Miré mi cuerpo y también sonreí agradecida, yo también era rica interiormente, aunque de otra manera. ¿Si había algo de morriña en mi sonrisa? quizás un poquito.

Más tarde salimos a recorrer el jardín, el parque y la quinta. En ésta se notaba la mano experta de un jardinero, especialmente en los almácigos, acomodados con exquisito gusto y cuidado; aquí y allá, en acertado orden, había magníficas estatuas en mármol de Carrara, fuentes gorgoteando, ligustros perfectamente podados con formas diferentes, y los grupos de flores combinando sus tonos... Finalmente llegamos a los frustrados injertos de la dueña de casa. Allí sí faltaba un

toque de amor y profesionalismo, porque los cortes y las pretendidas uniones eran bastante toscos.

Cuando comenzó a refrescar, decidimos regresar a Los Naranjos.

Manuela me prestó una manta, y apenas el coche inició su marcha, mamá me obligó a cubrirme con ella

—Ahora no puedes permitirte el lujo de un resfriado.

Me mimaban, me cuidaban y hasta me consentían, incluso multiplicando las atenciones de un marido. Sin embargo… ¡A veces lo extrañaba tanto!

Pasaban las semanas en la estación más hermosa del año, la primavera. Los árboles frutales estaban florecidos; duraznero s, ciruelos, damascos... el parque parecía un vergel, me sentaba a leer extasiada bajo sus sombreadas frondas, ahogándome con el aroma de sus delicadas flores. Apenas soplaba una brisa en la cálida tarde y mi cabeza se cubría de pétalos rosados y blancos. A pesar de mi soledad tenía mucha serenidad y había aprendido a ser feliz.

En esos pocos meses había crecido, era una mujer tranquila, y mis apreciaciones sobre las cuestiones cotidianas eran escuchadas atentamente por quienes me rodeaban. El sufrimiento me había vuelto más sabia y paciente, comprendiendo las miserias humanas, tanto propias como ajenas, tomándolas como parte de la existencia del ser humano. Ya no me interesaba juzgar ni sentenciar, cada persona tiene su propio mundo, sus propias razones y, principios, los cuales podían o no coincidir con los míos.

Estaba en paz.

Mansito y a paso firme llegó el calor, las plantas se llenaron de frutos pulposos, rebosantes de vida, apretando su piel, pugnando por abrirse y brindarse, casi orgullosos por formar parte de la existencia.

Mi hijo también.

Sabía que él estaba por nacer.

—Nacerás cuando todo esté pleno a tu alrededor, nacerás cuando los prados luzcan verdes y los terneritos retocen felices en él. Tú mismo formarás parte de la gran cantidad de frutos que recogeremos este verano.

Manuela vino a pasar la Navidad con nosotros; y con ella llegó Mariano, la señora y el señor González.

Éramos apenas siete y parecíamos todo un batallón. Florencia —la hermana de Mariano— no estaba, había vuelto a Buenos Aires. A pesar de la inseguridad prefería estar en la ciudad, el serrallo del campo la aburría mortalmente, era una chica del ambiente social, siempre atenta y pendiente de lo más actual, anhelante por participar de cuanta reunión surgiera; lo cual, por supuesto, era prácticamente imposible de concretar si estaba metida en medio del campo. Se había

ido a la casa de unos parientes. Contrariamente a lo que yo hubiese sentido si un hijo mío se instalaba en el foco central de la guerra, su madre aparentaba indiferencia, nada más.

Mi hermana armó un pesebre sobre la *chiffonnier* que se encontraba en la sala, y mamá perfumó los ambientes con pastillas aromáticas de Chile. En un rapto de inspiración compuso algunas canciones, y Manuela la ayudó agregándoles música.

—¡Mamá!, no sabíamos que tuvieras semejante aptitud para la poesía. ¿Nunca has escrito? —le preguntó Manuela.

Ella pareció ruborizarse.

—En realidad no es la primera vez que rasgo hojas —expresó con humildad— pero hace años que no lo hacía.

—¿Poesías? ¿Por qué no las muestras?

—¡No!, no creo que les agraden. Son de otra época. Además, no sé dónde pueden haber quedado.

A Manuela le brillaron los ojos. Está imaginando cajones ocultos en algún sofá, pensé.

En nochebuena ella se sentó frente al piano y yo la acompañé con la voz. Pedí permiso para estar sentada mientras cantaba, y todos rieron cuando les mostré mi voluminosa razón.

Un poco más allá del parque, brillaba la inmensa fogata que había hecho la peonada, y a cuyo calor se cocinaban las diferentes carnes: lechón, cordero, vaca y chivo. En los escasos momentos en que nos quedábamos en silencio, desde donde estábamos se podía escuchar la guitarra y las voces del gauchaje entonando canciones folclóricas, a algunos ya se los notaba algo machados. Ellos también tenían su fiesta, y era toda una diversión.

—¡Esta Navidad es maravillosa! —exclamó Manuela—, llena de sorpresas. Y en la que viene seremos por lo menos un par más —me miró.

—Sí, tienes razón —me apresuré en agregar—, es maravillosa.

Las mujeres de la casa estrenábamos vestidos; el de mamá era celeste, el de Manuela violeta, y el mío verde petróleo, muy amplio.

Mamá me había amonestado el día que le pedí a Dady que me comprara, en una de las oportunidades en que fue a Buenos Aires, un corte de seda de un color tan oscuro.

—Cristina, no eres viuda ni vieja. ¿Por qué te empeñas en usar tonos tan apagados? No tienes nada que ocultar.

—No —le dije—, sólo que mi vientre de nueve meses me obliga a ser un poco discreta.

Creo que esa vez yo tenía razón.

Acabada la fiesta la familia González se quedó a dormir en Los Naranjos, lo cual hizo que, después de muchos años, los cuartos que permanecían cerrados, fueran ventilados, los muebles y espesos

cortinajes sacudidos con la vigorosa energía de las criadas más fortachonas, algunos fueron cambiados por otros más apropiados de acuerdo a los huéspedes que recibirían, y todo fue lustrado a fondo. Las camas despedían el dulzón aroma de las sábanas rociadas con agua de lavándula, y los jarrones fueron adornados con coloridas flores del parque. La casa parecía estar de reformas, en cada rincón se notaba actividad.

Había adoptado la costumbre de salir a caminar unos minutos antes de irme a acostar, y no quería que esa noche fuese una excepción, los hombres habían fumado bastante y estaba ansiosa por airear mis pulmones. Además sentía que debía aclarar mi garganta y ojos, aspirando el aire fresco y aprovechando a deleitarme con el mágico destello intermitente de las estrellas. Cuando salí, la noche estaba encendida con el resplandor de un millón de ellas. Me di vuelta y observé la casa. Había cuatro ventanas con luz: la de mamá y papá, la del señor y la señora González, la de Mariano y mi hermana... y la… mía.

Caminé apresuradamente volviendo sobre mis pasos, hacía ya mucho tiempo que me había prometido no hacer más comparaciones.

Siete días después era fin de año, fin del convulsionado 1809.

La noche anterior soñé que Ricardo se hallaba junto a mí, y en sus brazos sostenía un bebé. Pero lo más hermoso de esa evocación fueron los ojos de mi esposo, enormes y azules. Cuando me acerqué a mirar los del niño, noté con feliz complacencia que eran exactamente iguales a los de su padre.

Esa mañana me levanté con dolor de cintura. Cuando se lo comenté a mi madre, ella me miró serenamente y dijo:

—Ya es tiempo.

Sin decir más, mandó un boyero a buscar a la comadrona que estaba esperando el momento del parto, alojada en una de las casitas que rodeaban al casco de la estancia.

Tuve miedo de preguntarle qué había querido decir con eso de «ya es tiempo». Como a cualquier primeriza, me asustaba la idea del alumbramiento.

Estuve todo el día revisando la ropita del bebé. Controlé que nada faltara. Mamá, organizada como era, me había confeccionado una lista con las cosas que necesitaría inmediatamente después del nacimiento de mi hijo.

Habíamos decorado el moisés con seda y encaje blanco, arriba le cosimos un tul lo bastante amplio como para que rodease con holgura sus bordes, y de esa manera preservase a mi niño de los insectos.

Paco me trajo un poco de vellón limpio, y con él hicimos un mullido colchón. La almohada era tan pequeña que el sólo mirarla me

embargaba de ternura. Parecía una diminuta luna. Llevé el moisés a mi cuarto y acomodé la ropita en uno de los cajones de la cómoda. Después me fui al comedor.

—¿No vas a ingerir nada más que eso? —preguntó mamá.

Apenas había probado dos o tres cucharadas de una sopa espesa y sustanciosa que Paloma hacía especialmente para mí.

—No, no tengo apetito —respondí.

—Estoy pensando si alguna vez llegarás a tenerlo —meneó la cabeza—. ¿Cómo pretendes que el niño sea fuerte y sano? Si continúas...

La detuve.

—Hoy no, mamá, por favor. No me siento bien.

—¿Ya está por venir? —exclamó ella alarmada—. ¿Tienes dolores? —y corrió a tocarme el vientre.

—No, no me duele nada en especial —y levantándome de la silla me fui a caminar.

Sabía que estaba siendo descortés con los invitados, pero no podía evitarlo. Me sentía mortalmente aburrida por los temas que desarrollaban, una y otra vez.

Prácticamente de lo único que se hablaba, a pesar del malestar y la incomodidad de mamá, era de actualidad política; las convulsionadas rencillas internas que tanto devastaban, que se establecieron los primeros saladeros en Buenos Aires, sobre Napoleón y sus sucesivas invasiones en toda Europa, de la Junta Tuitiva donde se permitió la participación de los aborígenes con un representante por cada distrito, de las revoluciones en Chuquisaca y La Paz...

Todos quedaron en silencio cuando me vieron partir.

Bueno, esa noche podían pensar lo que quisieran, se me antojaba estar sola. Aunque sabía que comprendían mi actitud ausente.

Afuera soplaba una suave brisa y la luna era un débil hilo plateado. Me alejé un poco más que de costumbre, internándome entre los naranjos, y aspiré el relajante aroma de los azahares.

Entonces, como un lanzazo repentino, sentí una fuerte molestia en la cintura. La puntada me tomó por sorpresa y emití un profundo grito, luego me tapé la boca. Muy cerca de allí había un farol con su sebo encendido, y arrastrando los pies, con tremendo esfuerzo llegué hasta él para apoyarme. Unos minutos más tarde ya me sentía mejor y me enderecé.

Cuando me sentí algo recompuesta y me disponía a emprender el regreso, otra puntada, aún más fuerte que la anterior, me obligó a inclinar el cuerpo hasta casi rozar mi cabeza con el suelo. Me flaquearon las rodillas y caí sobre la gramilla.

Junto con el dolor llegó la semiinconsciencia.

Luchaba con todas mis fuerzas, teniéndome del poste, desesperada

por mantenerme lúcida y así juntar fuerzas para poder levantarme y caminar hasta la casa.

¡Tan cerca que estaba y, sin embargo, cuán lejos parecía ahora! Apenas cincuenta pasos, y si no las hacía, nadie se enteraría de mi precaria situación.

Mis extremidades no respondían.

Un líquido tibio comenzó a escurrirse y a mojarme la entre pierna, y con esa nueva sensación también noté que mi vientre se ponía tenso y duro.

¿Podía un dolor ser tan repentino y tan intenso?

Lo único que me quedaba por hacer era pedir ayuda a viva voz.

Iba a gritar cuando vi la sombra de una silueta parada frente a mí.

—¡Por favor!, ¡ayúdeme! —y ya no pude decir más.

El hombre se inclinó, acercándose, y una oleada de terror se sumó al dolor; ¡era un realista! Apreté mis dientes con tanta fuerza que pude escuchar cómo rechinaban. Las pupilas agrandadas, el dolor insoportable.

¿Habrían descubierto las donaciones de mi padre?

En medio de esa pesadilla intenté hacer coherentes mis pensamientos, ¿sabían que él cooperaba con la formación del Batallón de los Patricios? ¿Este hombre iba a vengarse en mí por lo que él estaba haciendo?

El realista se agachó aún más y me levantó. Quise golpearlo, defenderme, quise liberarme de su poderoso abrazo, pero el dolor parecía haberme quitado toda la fuerza. Sólo una cosa me quedaba por hacer.

Él, mientras tanto, me llevaba rápidamente, ¿adónde?

Aspiré hondo, conté hasta tres, y grité. Grité con la poca energía que me restaba, y también con todo el temor que sentía al pensar que quizás él me transportase hasta un lugar desolado y, convencido ya de no ser descubierto, matarnos a mí y al bebé. Alimento para los lobos, carroña de los buitres…

Después de eso ya no fui consciente de nada más. Y al desmayarme una luz cruzó por mi mente, tan fugaz y brillante como un relámpago, comprendí todo perfectamente.

Me relajé y dejé de luchar. No tenía sentido continuar defendiéndome.

Estaba segura de haber perdido.

Un débil resplandor se filtraba por las celosías cuando me desperté. Me sentía con náuseas y dolorida, sin saber dónde estaba ni qué me ocurría. El recelo se apoderó nuevamente de mí y comencé a gemir. Mi frente estaba húmeda, y cuando me toqué el vientre noté que estaba vacío, ¡no tenía a mi bebé!

Quise incorporarme pero no pude; el cuarto estaba en penumbras y todo me daba vueltas. ¿Quizás había sido sedada? en realidad eso era relativamente intrascendente, ¿dónde estaba mi hijo! entonces llegó hasta mí un sonido glorioso, como música divina.

Mi ánimo acerbo se disipó mágicamente, y supe que ese día, en vez de perder había ganado.

Escuché lloriqueos a mi lado y comprendí. ¡Ah!, la vida volvió a ser un lugar hermoso para mí.

Giré la cabeza y allí, acurrucadito junto a mi brazo, se encontraba mi pequeño.

Lágrimas de incontenible felicidad y alivio mojaron mi rostro.

—¿Lloras? —preguntó mamá con dulzura—, es muy común. Llora todo lo que quieras. Acabas de tener un precioso varón.

Miré largo rato la carita colorada y toda arrugada de mi niño.

Luego vino la curiosidad.

—¿Cómo llegué hasta aquí?

—Escuchamos tu grito y corrimos a ver qué te sucedía. Mariano te encontró en la galería y te trajo hasta aquí.

—¿En la galería? ¿Junto a la entrada? —le pregunté extrañada—. ¿Estás segura?

—Sí, lo más probable es que tú no lo recuerdes —entonces suspiró —, has tenido mucha suerte, si te hubieras alejado más, no podríamos haberte escuchado —meneó la cabeza—. Sí, tuviste mucha suerte.

Estuve a punto de preguntarle por el soldado, aunque era evidente que ellos no lo habían visto, ¡lindo alboroto se habría armado!; luego recordé sus temores hacia la guerra, y los fundamentos de papá al callar delante de su mujer, y opté por guardar silencio.

—¿Está papá?

—¿No quieres ver primero a Manuela?, está muy ansiosa por entrar y platicar contigo.

Cerré los ojos, me sentía demasiado débil aún como para discutir.

Mi hermana entró corriendo, me abrazó y el cuarto se llenó de actividad.

—¡Es maravilloso, Cristina!, ¡has tenido un precioso varoncito! Muy grande y fuerte. Te quejaste muy poco y todo fue tan rápido, ojalá a mí me vaya igual. Nosotras no teníamos nada preparado y el bebé estaba listo para nacer, imagínate. Cristina, ¡has tenido un parto tan veloz! Después te dormiste, has dormido toda la noche —hizo un impasse y miró al bebé—. ¿Qué nombre le pondrás? Espero que cuando nazca el mío sea tan precioso como el tuyo —me miró ansiosa —, ¿y?, ¿cómo lo llamarás? ¡Dime, dime!

No pude retener todo lo que me había dicho, apenas la última pregunta.

—¿Cómo se llama el padre de Ricardo?

Ella y mamá se miraron.

—Creo que José.

Sonreí, el nombre me gustaba.

—Entonces se llamará José.

Manuela continuó hablando de los niños, del parto, de la noche en vela que tuvieron que pasar, de lo que hicieron los hombres mientras tanto... me dolía la cabeza y continuaba teniendo náuseas. Su interminable monólogo, el bebé llorando, incluso los vestidos y zapatos al rozar el piso áspero...

—¿Pueden llamar a papá?

—¿Estás segura de que quieres estar con tu padre? ¿No deseas descansar o amamantar al bebé? Necesitas estar tranquila para que te baje la leche —recordó hacerme saber:

—Ya encontramos la nodriza que te va a ayudar en esa tarea.

Suspiré, y cerré los ojos estragada, ¿era tan complicado lo que estaba pidiendo?

Ellas se dieron cuenta de mi fastidio.

—Está bien —dijo mamá resignada a que yo hiciera mi voluntad —, ya lo llamo.

Un minuto después él entró, se agachó sobre la cama y me dio un suave beso en la frente.

—¿Puedo hablar contigo?

Él comprendió que quería hacerlo a solas. Se sentó a mi lado y esperó a que mamá y Manuela se retiraran del cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

—Listo, estamos solos. ¿Qué sucede, hija?

Dudé, ¿creería él en mi historia? Casi, casi que ni yo misma estaba segura de que hubiese sido cierta. ¿Y si el intenso sufrimiento me hubiera jugado una trampa?

—Anoche, cuando salí a caminar y comenzaron los dolores, no estaba frente a la casa, me encontraba junto al farol, en la plantación de naranjos.

Él arqueó las cejas, intrigado.

—¿Y cómo explicas que te encontramos en la galería? O acaso pudiste llegar sola hasta allí…

¿Me creería?, ¿y si había sido sólo una ilusión? ¿Una pesadilla causada por mi estado de ansiedad?

Traté de incorporarme y él prestamente me ayudó. Después tomé al bebé y lo puse sobre mi regazo.

—Anoche alguien me levantó y, dejó donde ustedes me encontraron.

—¿Alguien? ¿Quién? ¿Un peón de la estancia?

—Creo... no, estoy casi segura de que fue un soldado español.

Con incredulidad él repitió mis palabras.

—¿Un realista? Cristina, ¿te das cuenta cabal de lo que me estás diciendo? ¡Eso es imposible!

—¡Lo sé, papá, lo sé! Pero estaba vestido igual que un soldado del ejército enemigo.

Como continuaba mirándome en silencio, agregué:

—¡Lo vi!, no fue un sueño ni un delirio causado por las contracciones. Era alto, delgado, tenía el cabello largo y negro, atado en la nuca.

Su silencio continuó, y como el bebé había comenzado a llorar nuevamente, lo acuné con movimientos inexpertos hacia ambos lados.

Él comenzó a caminar alrededor del cuarto con las manos en su espalda, la cabeza gacha, pensando.

—¿Y qué podía estar haciendo en nuestra tierra? Si es verdad lo que dices, si realmente viste a un realista... entonces nuestra posición es mucho más delicada de lo que pensamos —se detuvo—, han llegado hasta Los Naranjos —comentó especulando.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando pareció comprender, se dio vuelta y me miró con tribulación en el rostro.

—Has sido afortunada de que no te matara, supongo que se apiadó de ti al verte en ese estado. Porque si estaba oculto en el parque, seguramente lo han mandado a ojear; y lo que menos puede desear un espía es que lo descubran.

El niño continuaba gimoteando y yo lo mecía aún más.

—¡Maldición! —no era común en él decir groserías, menos delante de una dama, debía estar muy alterado—, creo que ya han averiguado sobre mi postura.

Después, con bruscas pisadas y completamente ensimismado en sus cavilaciones, se marchó.

Mamá entró apresuradamente, y detrás de ella, por supuesto, venía Manuela.

—¡No, hija!, así no debes acunarlo. No estás batiendo huevos, además, para alimentarlo debes esperar a que tenga hambre.

Me enseñó cómo mecerlo.

Creo que José aprendió más rápidamente que yo.

—¿Lo bautizarás este domingo cuando venga el cura a dar misa? —preguntó mi hermana.

—¿Qué dices, Manuela? —exclamó mamá indignada.

Ella abrió enorme los ojos sin comprender.

—¿No sabes acaso del *mal de los siete días*?

Creí recordar algo al respecto, pero nada dije.

—No, no sé qué es eso.

—Es una enfermedad que ataca a los niños cuando tienen menos de siete días de vida. Algunos creen que es por el agua fría que utiliza el sacerdote para bautizarlo —miró al bebé y le dio un beso en la

frente—. No, querida, a José lo bautizaremos cuando haya pasado el período de riesgo. No hay ningún apuro.

Ningún apuro, me repetí mentalmente, ciertamente que no lo había. Luego del tremendo susto pasado me sentía serena y relajada. El dolor de cabeza iba cediendo gradualmente.

Me recosté sobre las almohadas de plumas y me adormecí con el bebé en brazos aún mamando.

A partir del 31 de diciembre de 1809, fecha en que nació José, mi vida ya no fue más mía exclusivamente. Todo giraba, y obedecía a los caprichos de ese diminuto tirano.

—Lo estás malcriando —me decían de continuo.

Yo asentía, sabía que era así, pero era mi única y más preciada posesión.

Le escribí a Ricardo contándole de nuestro hijo, pero no esperé respuesta alguna. Y no la hubo.

El día era una continua sucesión de cambiar y volver a cambiar pañales, intercambiándolos con períodos de amamantar y hacerlo dormir. No tenía tiempo libre, y no lo necesitaba. ¿Para qué?

Después de que el cura lo bautizó, esperé una semana más y, al cabo de ella, me propuse hacer lo que había planeado desde que naciera.

Preparé una alforja lo suficientemente segura donde transportar al bebé, y una hermosa mañana de fines de febrero cargué mi valioso tesoro en el caballo que había apodado Diciembre, y juntos partimos hacia Caoba.

Nada le dije a mamá, hubiera enloquecido de angustia. Pero le pedí a Dady que le avisara que estaríamos de regreso un par de horas más tarde.

Sin informar a nadie dónde iba, monté sobre el caballo.

A paso tranquilo me alejé de Los Naranjos.

No tenía vida privada pues casi todo lo compartía con los demás, mas ese «casi» por pequeño que fuera, no deseaba que desapareciera. Me merecía, y necesitaba, momentos que sólo me pertenecieran a mí. A mí y a José.

Mantuve a Diciembre al tranco, evitando que trotara porque sabía que el exceso de balanceo no le agradaba a José. Algunas veces me daba vuelta a mirarlo, él dormía tranquilamente.

Pasé el mojón divisorio entre los dos campos y me detuve a mirar el lugar hacia dónde íbamos. Luego, completamente convencida de lo que estaba haciendo, continué la marcha.

Llegamos hasta el arroyo, y allí detuve al jamelgo. Desaté la alforja y saqué al bebé.

El sauce y la cascada estaban en el mismo lugar de mis

evocaciones, el gorgoteo cantarino era el mismo, el musgo continuaba suave y húmedo… y la nostalgia igual, también.

Le descubrí a José la frente, y metiendo la mano en el agua fresca del arroyo, se la mojé.

—Hijo de Cristina y Ricardo eres —le susurré mirándolo con dulzura.

Después me senté a descansar sobre la alfombra de verde pasto y dejé que mi hijo pataleara con las piernitas al aire, libre de su faja y pañal.

Me sentía mucho mejor, por medio de ese acto simple y casi infantil, había unido al pequeño con su padre. Era el único íntimo y secreto entorno que compartiera con mi marido, y ahora se agregaba José. Acababa de cerrar el círculo familiar.

Varias veces lo levanté para abrazarlo con inmensa ternura mientras observaba el paisaje que nos rodeaba, casi podía sentir la presencia de Ricardo a mi lado. Aunque sólo fuese una ilusión, tuve la certeza de que los tres nos encontrábamos unidos.

Después de amamantar al bebé lo fajé nuevamente y lo devolví a su improvisado nido. Por último monté.

Cuando hice dar vuelta a Diciembre para emprender el regreso percibí una sombra fugaz en la arboleda de eucaliptos que estaba frente al arroyo, a pocos pasos de nosotros.

¿Un animal? no, era demasiado alta, ¿un indio? No me detuve a pensarlo dos veces. Tarde me daba cuenta de que había sido demasiado imprudente al salir sola, alejándome tanto de la estancia, y sin ninguna protección.

Sabía lo que esos salvajes le podían hacer a una mujer, y el sólo hecho de pensarlo me espeluznaba.

—¡Recién ahora se te viene a poner la piel de gallina!, ¡tarde reaccionas, mujer!... —me dije enojada.

Las historias que había escuchado en reiteradas oportunidades eran casi increíbles, relatadas de diferentes maneras en las comidillas que ocurrían durante las frías noches de invierno, cuando éramos pequeños y estábamos sentados alrededor del fuego.

Ahora no era momento de averiguar si eran ciertas o no.

Espoleé al caballo sin compasión y comencé a galopar velozmente.

Los llantos de José no tardaron en hacerse oír.

Al principio intenté no prestarle atención a sus quejidos, era más importante alejarme de allí que detenerme para que él dejara de bambolearse y callara sus justificados berrinches, pero pronto ya no lo pude resistir. Bajo un algarrobo solitario detuve al caballo, y rogué a Dios que nadie nos estuviera siguiendo. Desmonté y saqué al bebé de la alforja.

Lo acuné contra mi pecho y le canté suavemente hasta que se

durmió, después lo volví a su lugar y continué la marcha a paso lento. Nada sospechoso se divisaba en la inmensa pampa.

Cuando llegamos, até a Diciembre a uno de los palenques que estaban junto a las cuadras y tomando al niño me fui a la casa.

De antemano sabía que me iba a ligar un rapapolvo.

—¡Madre santa!, ¿dónde has estado? —me preguntó mamá apenas me vio.

—Caminando.

—¡Caminando!, ¿tantas horas? ¿No sabes que el calor le hace mal al niño?

—Mamá —le dije en tono laso—, sé que tú te desvelas por el bebé, pero soy su madre y tengo mis propias ideas. No te disgustes a cada instante conmigo. Por favor, acepta que podemos pensar diferente.

Ella pareció entenderlo y cambió su tono de voz.

—Disculpa, querida. Creo que a veces olvido que ya no eres una chiquilla.

Pasó un mes de sencillas alegrías cotidianas.

José crecía feliz. Era el bebé más sano, fuerte y hermoso de la tierra. Claro, era su madre y, por lo tanto, su ferviente admiradora. Tenía el cabello con mechones rubios y lacios, igual al mío, pero sus ojos, tal como una vez lo soñara, eran de un azul profundo, exactos a los de su padre.

El doctor Capurro venía a verlo y siempre decía lo mismo.

—No sé para qué lo reviso si es tan sano y vital.

Se quedaba a almorzar y charlábamos como buenos amigos, de la gente en Buenos Aires y de la vida en general.

Jamás ninguno de los dos mencionó a Ricardo. Era un acuerdo sobrentendido; él no quería, por la razón que fuera, hablar de ello, y yo prefería no saber. Además, ya me había resignado a la ausencia de mi esposo. O me acostumbraba o sucumbía. Por ser la más sana, había elegido la primera opción.

La última vez, antes de partir, el doctor me recordó:

—No olvide ponerle la vacuna antivariólica cuando tenga un año, por favor. No es común la enfermedad entre los criollos y extranjeros, pero sí lo es entre los indios.

Le prometí que se la pondría.

Era marzo, y el embarazo de Manuela había llegado a término. A pedido de ella, Mariano la trajo a casa.

—Con ustedes me siento más contenida —nos dijo apenas llegó.

Como siempre, la casa pareció cobrar vida, a su lado todos estábamos despiertos; igual a un torbellino, infundía energías a quienes se encontraban a su alrededor, y como ella estaba continuamente haciendo, entonces todos hacíamos también, lo que

fuera, era cuestión de estar en movimiento.

Cuando José me lo permitía, iba al campo para ver trabajar a los peones. Me fascinaba escuchar sus labias. Casi siempre hablaban de la indiada o de alguna aventura que habían tenido en tiempos pasados. Bien porque habían sido reseros o porque la ocasión se prestó; y también, describían fábulas de aparecidos, de la luz mala, y de misteriosos seres —mitad diablos, mitas monstruos— que perseguían, y a veces hasta mataban, a los gauchos desprevenidos que andaban solos por el campo.

Los relatos específicamente referidos a los indios eran horripilantes, y a mí me costaba pensar que fuesen realidad. Me quedaba boquiabierta, escuchando a alguno de ellos disertar. Entonces papá pasaba junto a mí y me tocaba con el brazo.

—No debes creer todo lo que dicen. Además, no pongas esa cara de espanto cuando los escuchas, terminarán inventando historias sólo para hacerte asustar. ¿No te has dado cuenta de que tuercen la sonrisa?

No, no era miedo, en realidad quedaba tan hechizada con las palabras del relator, que ni siquiera podía moverme. Habiendo sido educada en una familia de clase social medianamente alta, esas fraseadas estaban prohibidas, porque atentaban contra nuestra correcta crianza. Tanto era así que, cuando algún sirviente se desbocaba y se ponía a fantasear frente a los niños, recibía una severa reprimenda de los mayores. Sus labios se cerraban de inmediato, su fábula acababa allí, y nosotros nos quedábamos con la mitad del cuento, dándole con ello un poco más de condimento al relato trunco, y que luego completábamos de acuerdo a nuestra imaginación.

Había comenzado a visitar a Cristy y Señora, y de vez en cuando montaba en la madre. Apenas los días refrescaron un poco, pude dedicarme a amansar a la potranca. Cosa fácil era, pasaba el mayor tiempo posible a su lado, y le hablaba en tono cariñoso mientras le daba terrones de azúcar, o la pellizcaba en el cogote. Los caballos no tenían dedos, por lo menos no como los nuestros, entonces, por lógica, desconocían las caricias. Sí, en cambio, el pellizco, porque asemejaba una mordida cariñosa, algo bastante común en ellos. Especialmente entre aquéllos que estaban en celo.

Después comencé a ponerle peso sobre el lomo, y a pasarle el bozal de pabilo por la cabeza. De vez en cuando llevaba a mi pequeño en brazos y lo subía sobre Cristy. Ella era muy mansa, y se quedaba quietecita mientras sostenía con mis manos a José, como si supiera el tesoro que cargaba sobre su lomo.

Una apacible tarde, a mediados de marzo, mientras sacaba a Señora a pasear llevándola con la rienda alrededor del parque, escuché a Manuela llamarme.

Ella, con impaciencia rayana en la histeria, aún esperaba el nacimiento de su bebé.

—¡Cristina !, ven a tomar el té con nosotras.

Até las riendas de la potranca a la rama de un árbol y me acerqué donde mamá y mi hermana estaban.

Era una escena muy típica de las tardecitas campestres; las mujeres de la casa salían al parque a merendar. Bajo un frondoso nogal papá había hecho colocar una rústica mesa de mármol con bancos en la misma piedra. A mamá no le gustaba demasiado el frío que sentía al sentarse en ellos, entonces solía traer desde la sala unos enormes almohadones de pana.

Mi hermana también había acomodado varios alrededor de su cintura, para amortiguar la dureza del respaldo.

Las plantas estaban entrando en su letargo invernal y las hojas comenzaban a desprenderse de las ramas. Mientras tomábamos el té alguna que otra caía mansa, balanceándose como una hamaca, hasta posarse sobre el mantel de lino.

El aire, mezclado con la cáscara verde de las nueces, olía a alcanfor; y bajo nuestros pies cada tanto crujía algún fruto seco al ser pisado.

A mí esos momentos me gustaban especialmente, junto con el olor mentolado también aspiraba el aroma de la resina, traída desde el hacheral por la débil brisa de otoño, mientras, cerraba los ojos y escuchaba la alegre locuacidad de Manuela.

Sí esas vivencias eran inolvidables.

Manuela llenó una taza, mamá puso a José entre sus brazos, y de inmediato éste comenzó a lloriquear enojado.

—Me parece que el niño está reclamando alimento.

Lo tomé y lo acomodé en mi regazo.

Manuela me entregó la taza que dejé momentáneamente apoyada sobre la mesa.

—¿Qué haces toda la tarde con esa yegua? ¿No te cansas de mimarla y pasearla día tras día? —inquirió ella.

—¿Te refieres a Señora? —y abriéndome el vestido comencé a darle el pecho a José.

—¿Quieres que te sirva azúcar? —me preguntó mamá.

Asentí.

—¿Acaso intentas amansarla? porque creo que es bastante difícil. He visto a los peones domando un caballo, y la mayor parte de las veces terminan en el suelo —levantó la vista y me observó molesta—, lastimados, y a veces, hasta quebrados. Tullidos para siempre.

La apacigüé.

—No, no creas que voy a hacer lo mismo. Simplemente intento hacerlo a mi manera, sin agresiones.

—Bueno —y Manuela se encogió de hombros—, si llegas a tener buen resultado avísame, así dentro de un par de años te doy el potrillo que Periquita acaba de tener.

—¿Periquita tuvo un potrillo? ¿Cuándo? —exclamó mamá complacida.

—Hace unos meses, en San Sebastián hay unos padrillos hermosos.

—¿Como Pampero?

Estaba enamorada de nuestro padrillo, y ninguno me parecía tan hermoso como él.

—No, son todos criollos. Sabes bien que Pampero es un caballo de lujo, para pasear, no para trabajar.

Entonces ella se sirvió otra taza de té, cuando se la llevaba a los labios suspiró.

—¡Cuánto anhelo que mi bebé nazca pronto!

A pesar de sus nueve meses de embarazo, y de su prominente abdomen —el cual la obligaba a sentarse de costado para no chocar con el borde de la mesa—, su vitalidad no había menguado ni un ápice; gesticulaba, se ufanaba y, movía igual que antes.

Las tres sabíamos que su deseo no se iba a hacer esperar mucho más, y una tarde, algunos días después, se iniciaron los dolores.

Esta vez yo era espectadora, y la intensa actividad que se desplegó alrededor de mí, me asombró sobremanera.

—¿Ustedes hicieron todo eso en mi parto también?

—¡Pues claro, muchacha! ¿O crees que José llegó volando desde el cielo? —exclamó Paloma con su acostumbrada brusquedad.

Calentó agua, mojó trapos, llevó al cuarto de mi hermana baldes, tijeras, jabón.

Mientras, Manuela gritaba, pataleaba y vomitaba como nunca he visto a otra persona hacerlo; parecía un potro pialado bufando enloquecido.

Mariano llegó corriendo desde el campo, pero cuando quiso verla nadie lo dejó entrar.

—¿Qué le sucede? ¿Por qué grita tanto?

Paloma dio vuelta su enorme estructura y lo miró con sus pupilas dilatadas.

—¡Otro más!, ¿usted también cree que los niños llegan colgados del pico de algún pajarraco? —y se quedó mirándolo con los brazos en jarras.

Él bajó la cabeza, mosqueado y se fue a la sala a fumar.

Cuando Manuela se calmó un poco antes de dar a luz, salí del cuarto y fui a hacerle compañía al afligido padre primerizo.

La sala estaba cubierta con una densa nube de humo. Abrí la ventana para ventilar el lugar.

—¿Cómo está, Cristina? —me preguntó él afligido, apenas me vio.

Recordé la potencia de sus gritos y haciendo una comparación mental le respondí:

—Creo que bien.

Minutos después entró mamá y con rostro satisfecho nos avisó que todo había terminado. Entre sus manos traía una hermosa pelusita colorada.

—Ha tenido una niña —y abriendo apenas la manta agregó—. Miren qué grande es. ¿Quieres cargarla? —le preguntó a Mariano.

Pero él hizo un par de pasos hacia atrás y se alejó, temeroso de lastimarla. Ya se acostumbraría, pensé, tenía toda una vida para hacerlo.

Mamá volvió al cuarto de la parturienta.

La acompañé, quería saber cómo estaba mi hermana. Me asomé por la puerta y miré hacia adentro. Me acordaba de mi cansancio y dolor físico después de que José naciera, y no quería molestarla.

Pero cuando miré hacia la cama la vi sentada y sonriente. Tenía el cepillo en una mano y se peinaba el desordenado cabello.

Abrí más la puerta con evidente estupefacción.

—¡Oh, Cristina, ven! —y me hizo señas para que me sentara en la cama junto a ella —¿has visto qué preciosa es la niña? ¿Sabes cómo la llamaré?

—¿No vas a consultarlo primero con tu esposo? —preguntó mamá —, ¿o ya lo han decidido juntos?

—No, yo lo he decidido; y estoy segura de que a Mariano le encantará. La llamaré Camelia.

Y Camelia se llamó.

Al día siguiente Manuela, como cualquier otro día, se levantó y fue al comedor a desayunar.

—¿Qué estás haciendo, hija mía? —exclamó mamá escandalizada al verla, y corrió a abrazarla y así llevarla nuevamente a la cama.

—Me siento perfectamente bien, mamá. ¿Por qué no he de levantarme?

—Porque el *mal de los siete días* no es sólo una contingencia de los recién nacidos, para las madres también.

—¿Siete días!

—No —dijo mamá en tono severo—, más.

—¡Oh, no!, ¿qué haré durante quince o veinte días en la cama? ¡No podré soportarlo!

Pero ella la obligó a recostarse y le dijo a Dady que le llevara el desayuno.

Apenas nació José nuestra diligente madre había sugerido contratar una mujer que sirviera de nodriza y niñera a la vez.

—Creo que tengo suficiente leche como para amamantar sola a mi

bebé —le dije.

—Bueno, si no quieres, ella podrá cuidarlo y cambiarle la ropa.

Le agradecí.

—No, prefiero cuidar yo al pequeño, sabes que no es mucho lo que tengo que hacer durante el día. ¿Qué opinas? —pregunté, para que no sintiera que le estaba quitando autoridad o, pensara que sus opiniones eran un tanto antiguas.

—Manos inexpertas, eso tienes —sentenció ella— no sé qué puede resultar de eso, pero es tu bebé y tú decides, no puedo obligarte a nada.

Ahora, cuando nació Camelia, ella le hizo la misma sugerencia a Manuela.

—¡No, no! Será divertido jugar todo el día con la beba. Por un tiempo no quiero niñera.

—Jugar con la beba —repitió mamá, y luego de suspirar dos veces se fue a la cocina donde pensaba que, por lo menos ahí, aún era útil.

Ocho días después del parto Manuela no pudo soportar más la inactividad y, a pesar de las protestas de mamá, se levantó y salió a pasear por el jardín. Aunque, en realidad, eso de inactividad fue relativo, porque durante su reposo había ordenado el cuarto, vestido a Camelia, y cuando mamá o Paloma la reprendían y la obligaban a volver a la cama, ella tomaba un tejido o algún bordado de esos interminables, mientras soliloquiaba alegremente con la beba o con cuanta persona pasara por la puerta de su cuarto, sin detener ni un instante el veloz movimiento de las agujas.

Al octavo día la hizo bautizar con el sacerdote de nuestra capilla porque era domingo y él había venido a dar misa.

—Camelia —dijo el cura en una media sonrisa y con mirada pícara —buen nombre para una muchacha con tanta vitalidad.

Después de la misa Manuela le pidió a Paco que le preparara el coche y la llevara de nuevo a San Sebastián de Los Tilos.

En vano fueron todos los ruegos de mamá: que la niña era muy pequeña, que mi hermana se iba a enfermar, que el sol les arruinaría la cabeza... Manuela parecía no escuchar y continuaba yendo y viniendo, acomodando su ropa, la de Mariano y su hija. Pronto las valijas eran un embrollo de prendas amontonadas y apiladas por todo el cuarto.

Mi madre me miró con gesto suplicante. Como si yo pudiera hacer algo, Manuela era ingobernable.

—Está bien, por lo menos deja que Cristina te acompañe.

Manuela asintió. Entonces ella se dedicó a vaciarle los bultos a medio terminar y volver a llenarlos con la ropa en perfecto orden.

—¡Esta chiquilla! ¿Cuándo aprenderás?

Pero mi hermana ya se había ido a buscar las prendas que aún

estaban tendidas sobre la soga secándose.

El viaje transcurrió apacible. A no ser por la interminable parafraseada de mi hermana. ¿Nunca se cansaba esa muchacha? Mariano nos acompañó en su caballo, y cada tanto le preguntaba si ella y Camelia estaban bien.

Manuela le sonreía con cariño, eso a él le era suficiente.

Cuando eso sucedía yo me mordía los labios y miraba hacia otra parte, no quería que ellos vieran cuánta envidia me causaba su sencilla demostración de amor.

La señora González nos recibió afectuosamente y crispó su voz atiplada, segregando alegría al ver a su nieta. Me invitó a pasar a tomar algo, pero le dije que José me estaba esperando en Los Naranjos.

—Es muy puntual con sus comidas, y seguramente pronto volverá a tener apetito, debo apresurarme.

Entonces ella me agradeció con un fuerte abrazo por haber acompañado a Manuela hasta San Sebastián, subí al coche y emprendí el regreso.

Cuando nos estábamos alejando me di vuelta a mirarlos. Manuela le mostraba con orgullo la beba a su suegra y Mariano le había pasado un brazo sobre los hombros mientras miraba a su hija con dulzura. Era una escena tan tierna, toda una familia.

No pude soportarlo más y volví mi vista hacia el horizonte cerril que se abría delante del carro, gruesas lágrimas me empañaron la visión.

Unos días después me senté frente al escritorio de papá dispuesta a escribirle una vez más a Ricardo. Aún le contaba de mi amor por él, de mi abatimiento por su larga ausencia, de nuestro niño. Pero cada vez tenía menos intenciones de mandárselas; daba por sentado que no le llegaban.

Había puesto un papel blanco frente a mí y tenía la pluma en la mano, las palabras dispuestas a salir.

Levanté el rostro y miré hacia afuera. La tarde era gris y fría. José dormía y mamá se había recostado. Papá se encontraba revisando la carga de lana en los inmensos carretones para transportarlos a la ciudad. Hasta los perros parecían haber desaparecido.

Era tal el silencio que rodeaba a la casa que suspiré involuntariamente con morriña. ¿Para qué iba a escribir una carta que jamás llegaría a manos de quien se suponía debía leerla?

Entonces se me ocurrió una idea; podía hacer un diario, poniendo en él todo lo que sentía y lo que sucedía alrededor de mí, día a día. Y si alguna vez… alguna vez él regresaba, se lo daría para que lo leyera y conociera todas juntas mis vivencias.

¡Un diario!, comencé a abrir los cajones del escritorio buscando un cuaderno o un libro vacíos donde comenzar a escribir. En el tercero encontré uno, era muy viejo pero igual podía servir.

Cuando lo abrí comprobé con desilusión que estaba a medio llenar, desilusión que de inmediato se transformó en curiosidad, ya me estaba contagiando de Manuela.

Era la letra de mamá, y ésas debían ser las poesías que escribiera en su juventud. Abrí una hoja al azar.

FRAGANCIAS

Tu aliento tiene el sabor de mi hogar.
Hueles a fruta, a leños quemados,
al perfume de nuestra ropa,
a tortas aún tibias.

Mis pequeñas huelen a dulce,
a leche y a campo.
El mismo campo tiene el aire mezclado
con sus mil yuyos diferentes;
pero tú…

Si cierro mis ojos y abro una puerta
mi pecho se inunda
de suaves fragancias tan conocidas,
y no sé si estoy en mi casa
o frente a ti.

Sí, tus labios al abrirse,
amado mío,
exhalan los aromas
de nuestro nido.

¡Era preciosa! Cerré el cuaderno avergonzada por haber metido mis narices donde no me habían dado autorización. Las poesías de mamá estaban repletas de ternura. Amaba a papá tanto como yo a Ricardo.

Volví a dejar el cuaderno en su lugar y traté de imaginarme por qué papá lo guardaba allí, en su escritorio. Ese era su lugar de retiro, y donde le surgían las ideas y soluciones a sus problemas cotidianos, y los no tanto. ¿Quizás, de vez en cuando las leería?

Comencé a escribir mi diario en la hoja de papel donde un rato antes pensaba hacer la carta.

Me sentía vivamente conmocionada, había descubierto que mi

madre, además de ser una mujer práctica, organizada y hasta algo sargentona, era una soñadora.

Esa noche comenzó a lloviznar.

El bebé estaba inquieto, lloraba continuamente y sus lamentos me desgarraban el corazón. Le di más leche, lo cambié, lo acuné de mil maneras diferentes, él continuaba con su berrinche.

—No sé qué hacerle, mamá —exclamé al cabo agotada—, no deja de llorar.

Ella lo tomó entre sus brazos.

—Déjame ver —y levantándole la ropita le tocó el vientre—, quizás tenga dolor de barriga. Ve y pregúntale a Paloma si tiene anís estrellado.

Fui a la cocina y le dije a la negra lo que mamá me había requerido.

—¡Ja!, ¿el niño tiene dolor de panza, eh? —y buscó entre sus tarros—. Aquí está, le preparo un té de anís y de inmediato se lo damos, ya verá usted cuán prontito se calma.

Regresé junto a mamá y tomé al pequeño entre mis brazos, me parecía que si estaba junto a mí nada malo podría sobrevenirle.

Le dimos el té, y después de media hora sus quejidos cesaron casi por completo. Lo acosté en su cuna y volví al comedor.

Papá estuvo muy serio durante la comida, había algo que lo importunaba, y cuando acabamos el postre él mismo nos comentó de qué se trataba.

—No quiero que te alarmes, Rosalía, pero nos ha llegado la noticia de que, bastante cerca de aquí, unos gauchos han visto... una toldería.

—¡Indios! —gritó ella asustada—. ¿Indios salvajes y sucios? ¿En nuestro campo? ¿Cerca de casa? ¿Maloqueando?

Papá suspiró incómodo, sabía que ésa sería su exagerada reacción; lamentablemente su mujer consideraba a los aborígenes como la peor casta de la tierra, y nada la haría cambiar de opinión.

—No sé exactamente dónde están, sólo les quería avisar por si llegan a salir. Les aconsejo que por unos días no lo hagan. Tú, Rosalía, deja las flores y la quinta para después.

Ella estalló.

—¿Quieres decirme que no podré acercarme a mi jardín?, ¿ni siquiera podré salir a pasear por el parque?

—Es sólo por unos días, pronto cambiarán su toldería de lugar.

—¿Y si deciden quedarse?

—Será la primera vez. Rosalía, comprende, por favor. No te lo digo porque tenga deseos de verte aquí dentro, encerrada. Tú bien sabes que eso no es verdad, todo lo contrario; adornas muy bien la casa con tus flores.

Ella apretó los labios al tiempo que luchaba con su rabia, no le gustaba que alguien gobernara sobre su vida, y menos un indio.

—Creo que tienes razón; ¿puedes decirle a Mulato que mande algunos peones a trabajar cerca de la casa? No quiero que la familia corra peligros innecesarios. Si los rumores son ciertos, todos conocemos el salvajismo de esos... —y volvió a callar, incapaz de encontrar la palabra exacta que expresara su miedo a lo desconocido, porque justamente eso era.

Papá tampoco la dejó continuar.

—Sí, relájate, se lo diré. También voy a poner un par de hombres apostados en el techo, vigilando todo el día.

Fui a ver al bebé y después entré al estudio a terminar de escribir el diario.

Papá estaba sentado en un sillón fumando.

—Cristina, ¿hace mucho que no practicas con el rifle?

—Desde que me enseñaste a disparar, no he vuelto a hacerlo —y me senté sobre una silla de estera que estaba junto a él.

—Me parece que deberías comenzar a practicar nuevamente. Mañana iré a la ciudad y trataré de conseguir algo para ti. Reconozco que no va a ser práctico ni lindo, pero sí más seguro. Eres una muchacha virtuosa y sensata, sabrás utilizarlo cuando sea necesario... de más está decirte que guardes discreción al respecto, ni una palabra a mamá.

Después apagó el cigarro y se retiró a su aposento.

Media hora más tarde salí del escritorio y recorrí la casa apagando las lámparas, todo era quietud y silencio.

Antes de cerrar la celosía de la ventana que estaba a un costado de la sala miré hacia fuera; aún lloviznaba y el jardín estaba muy oscuro. Tuve un involuntario estremecimiento, ¿de frío? No, de temor. Ahora, a la contingencia de los realistas merodeando por la estancia se sumaba la de los aborígenes. Recordé nuevamente las acerbas historias que los gauchos contaban sobre ellos; los devastadores malones, las mujeres raptadas y cruelmente atormentadas, los niños descuartizados... ahogué un gemido. Sí, pensándolo fríamente, papá debía tener razón, ¿existe tanta maldad en el ser humano? ¿Acaso no eran personas como yo o Paloma o los criollos? A veces me producía irritación saber tan poco de ellos, y sospechaba que las leyendas transmitidas de boca en boca, con cada nuevo relato eran exageradas.

Me arropé mejor en mi chal de lana y pensé en mi marido ¡Cuánto anhelaba su presencia! que estuviera a mi lado, aunque nada más fuese para infundirme un poco de certidumbre.

Apagué todas las lámparas dejando sólo una encendida, con ella regresé a mi cuarto. La apoyé sobre el tocador y me acerqué a mirar a José. Él aún se revolvía inquieto en su camita, y cuando le toqué los

pañales comenzó a lloriquear quedo.

—Vamos, precioso, no despiertes al resto de la familia, me parece que te estás malcriando.

Tomándolo entre mis brazos lo acuné con cariño, pero él continuaba quejándose.

—¿Tienes hambre? —y me desprendí el vestido para darle el pecho.

Gruesos mechones se habían soltado de mis horquillas y me caían sobre los hombros, haciéndome cosquillas.

Entonces la habitación se iluminó, y un segundo después bramó el trueno. Levanté la vista y noté que no había cerrado la celosía de mi ventana.

Bien, cuando el bebé dejara de mamar lo haría.

Los relámpagos y los truenos continuaron cada vez más potentes. ¡Qué extraño!, las tormentas eléctricas no eran comunes en invierno. José se sobresaltaba con cada nuevo estampido y su carita comenzó a arrugarse, dispuesto a continuar con su llanto.

Bajito, bajito, le canté una canción de cuna.

Estaba cantando cuando noté algo oscuro enmarcado en la ventana. Me detuve a esperar, con la mirada fija, hasta que un nuevo rayo encendió el aire.

Entonces, por segunda vez, nos volvimos a encontrar. ¿O quizás fue la tercera? ¿Había sido él quien nos observara el día en que bauticé a mi hijo en el arroyo cercano a Caoba?

El Español estaba allí, observando inmóvil el cuadro.

Esperé el siguiente haz de luz para tratar de descubrir sus facciones, pero sólo pude ver una silueta un poco encorvada, y su negra, larga cabellera.

La canción había muerto en mis labios ahora semiabiertos, y lentamente brotó un nudo de terror desde mis entrañas. ¿Por qué me observaba? ¿Por qué nos perseguía? Acaso pretendía averiguar más sobre nosotros? ¿Por qué, entonces, no me abordaba?, limitándose en cambio a espiarnos desde las sombras. ¿Qué clase de extraño acoso era ése? Hasta pensé en encontrarle personalmente una drástica solución, cuando papá me diera el rifle, la próxima vez que lo encontrara espiándonos, sin preguntas ni palabras mediante, le daría un tiro. Tanto era mi frenesí.

Él debió haber notado mi espanto, y temiendo que gritara prefirió desaparecer. Cuando un nuevo relámpago iluminó la ventana, él ya no estaba allí.

Esperé unos minutos más y, juntando valor, corrí hasta ella y de un golpe la cerré. Me recosté contra la pared y espiré aliviada. Por lo menos por ahí no iba a entrar, no esa noche.

El sueño tardó en llegar, repleto de pesadillas y malos augurios.

A la mañana siguiente, muy temprano aún, escuché los cascos de un caballo que se detenían frente a casa.

No era común que recibiéramos visitas. Me levanté y vestí apresuradamente para ver quién era, pero al salir al parque ya no había nadie.

Fui hasta la caballeriza y encontré un caballo atado al palenque. Estaba muy sudado y su vientre se movía agitado; le chorreaba espuma de la boca y de sus flancos goteaban anchos surcos formados por la gran transpiración. Debía ser algo muy importante lo que trajera a su jinete hasta aquí para exigir de semejante manera al pobre animal.

Regresé adentro y escuché voces en el estudio de papá. No podía entrar, no porque interrumpiría su charla, sino porque era una tremenda falta de respeto, y menos viniendo de una mujer. Decepcionada no tuve más alternativa que esperar.

Fui hasta la cocina y me quedé con Paloma, saboreando los primeros mates del día, esta vez ella había preparado deliciosos buñuelos de ciruela pasa, cocinados entre las brasas del horno.

Quince minutos más tarde entró papá, estaba pálido y cetrino. Paloma había ido hasta la despensa a buscar un trozo de queso.

Le ofrecí el roncador mientras le preguntaba ansiosa:

—¿Qué ha sucedido?

Él tardó un siglo en responder, sólo se escuchaban sus cansados suspiros.

—Cristina… —me tomó las manos y me miró. Sus ojos estaban enrojecidos—. ¡Hija mía!

Me asusté, algo muy grave debía haber ocurrido.

—¡Papá, por favor, dime qué sucede!

—Tu esposo… acaba de venir un mensajero desde Buenos Aires…

Antes de que me lo dijera lo supe. Siempre sabemos cuando es lo peor.

Con voz débil e insegura le pregunté:

—¿Qué le pasó a Ricardo?

—Él… ha fallecido.

Segunda parte
José

Capítulo 5

Otoño de 1810

Todo había terminado, como una puntada acerba, el mundo entero se derrumbó alrededor de mí, y por mucho tiempo mi existencia dejó de tener una razón. Ya no tenía esposo —aunque a veces pensaba que nunca lo había tenido— no poseía casa ni dinero. Sólo la caridad de mis padres.

Aunque, todo ese bagaje fatalista quedaba disimulado comparándolo con la increíble sensación de pérdida que me sofocaba. Él había sido la persona que más amara, la única. En torno a quien había fabulado mi futuro; el motivo por el cual aún continuaba pensando, y actuando en una optimista expectativa.

Antes, no lo tenía conmigo, pero sabía que regresaría y continuaríamos con lo que una vez empezáramos. Eso era lo que mantenía alta mi fe.

Ahora, de un soplido, nada.

La fatalidad me había clavado su lanza incandescente, ¡y me costaba tanto cicatrizar la herida!

Me volví un eremita, con un futuro grotescamente incierto.

Mi corazón murió con Ricardo, la mujer que existía en mí se fue con él. Apenas subsistía la madre que José necesitaba. Y digo apenas, porque ni madre entera era; tan golpeada y conmocionada había

quedado con la noticia.

—Afortunadamente Cristina aún tiene a su bebé, si no... —escuché a mamá decir poco después.

Tenía razón, a no ser por mi pequeño José, sin duda hubiese muerto de tristeza. ¿Podía existir dolor más estragado que el perder la ilusión?, cuando nada nos motivaba y existíamos sólo por inercia. ¿Qué sentido tenía continuar escribiendo el diario si ya no poseía destinatario? ¿A quién le contaría mis infortunios, mis pequeñas alegrías —porque alguna vez las tendría—, los adelantos de mi hijo, sus travesuras?

Pasé días enteros encerrada en mi cuarto, con la vista ciega clavada en el paisaje que se dibujaba más allá de la ventana; pensando y añorando en lo que hubiésemos sido si Ricardo estuviese con nosotros.

Diecinueve años, al mes siguiente cumpliría veinte. Decían que el tesoro más grande de una persona era su juventud, porque si se era joven se lo tenía todo. Belleza, vitalidad, amor, esperanza, futuro, objetivos... yo tenía casi veinte años. ¡Gloriosa juventud! ¡Qué ironía! Estaba segura de que Paloma tenía todos esos tesoros, aun con sus cincuenta o más años; y yo, yo que realmente era joven, tenía un tremendo vacío interior, nada más.

Atendía a José, y lo mimaba y abrazaba con desesperación. Era la única débil llama de la cual podía asirme para no caer en el pozo depresivo que parecía abrirse ante mis ojos como un león insaciable.

Mamá venía a verme varias veces al día, me acariciaba el cabello y sonreía, ¡Y en su sonrisa había tanta conmiseración! Me observaba, y en su mirada el dolor se mezclaba con la angustia de no saber qué hacer para aliviar mi peso interior.

Yo tenía conciencia de que mi cuerpo nuevamente estaba cada vez más delgado, mi rostro surcado por las ojeras, mi pelo opaco, no sabía ni cómo me vestía, y mi apariencia general carecía de pulcritud... y, lo que era peor todavía, al verme así, mamá envejecía a la par mía, como una flor cortada de su tallo.

Con ello, la pertinacia en mi padecimiento se me volvía doblemente insoportable.

Un día no pude tolerarlo más. Ella entró en mi cuarto con paso cansino, su debilidad era como la mía, su pesar, el mismo. Al verla así, tan encogida y casi destruida, me rebelé conmigo misma. Era el ser que más amaba, aparte de mi hijo, y la estaba destruyendo. Podía hacer de mi vida lo que quisiera, pero no tenía derecho de lastimar a los demás.

Haciendo un gran esfuerzo le sonreí.

—¡Mamá, hace tanto que no pruebo los pasteles de Paloma!

—¡Oh!, querida —y se arrojó en mis brazos.

Juntas lloramos largo rato, descargando en el llanto toda nuestra frustración, y también el amor que cada una sentía por la otra.

Una vez más la vida continuaba.

Bien, me dije, algo debía hacer al respecto. Porque el pichón de abatimiento que había anidado sobre mis hombros, como comensal que no fue invitado a la mesa, de cachorro ya estaba convirtiéndose en adulto. Era menester sacudírmelo de inmediato.

Decidida a cambiar radicalmente de actitud —para beneficio mío o no— relegué mis labores delicadas por aquellas pesadas, ésas que cansaran mi cuerpo y distrajeran mi mente.

Además, el amor me había lastimado demasiado, y por un largo tiempo no deseaba volver a experimentarlo.

A la mañana siguiente me vestí con las prendas que un rato antes le había pedido a Paco que me consiguiera; una camisa ancha, pañuelo, bombachas y una faja. El talle era fácil, todo bien holgado, lo más difícil fue encontrar botas a mi medida.

Paco me había escuchado con asombro, él siempre me había considerado una mujer demasiado rara para su estrecho entendimiento, pero era la hija del amo, por eso obedeció.

Me até el cabello en una gruesa trenza y me coloqué un sombrero de ala ancha y copa alta y redonda, corazón de buey lo llamaban.

Al principio sentí recelo y hasta un poco de asco por esas prendas que olían a sudor y humo, siendo además, muy ásperas. Aún así continué vistiéndome sin permitirme una sola queja, estaba determinada a no dejarle espacio al arrepentimiento, si pretendía agotar mis fuerzas físicas, si quería trabajar como los peones de nuestra estancia, entonces era menester disimular mi feminidad.

Los primeros días serían los más engorrosos, pero confiaba en que, ante la presencia repetida, más adelante todos se acostumbrarían a mi peculiar aspecto.

A mamá se le soltó la taza de las manos cuando me vio. Tartamudeó un poco y luego calló. Debió haber pensado en cuán inútil había sido tanto esfuerzo por templar mis modales, enviarme a Europa, aquietar mi espíritu huracanado, tanta insistencia en pulirme…

Y papá quizás se dijo:

—Esta hija tendría que haber sido varón.

Aunque bien se callaron de ello. Ahora tenía el privilegio de poder permitirme cualquier desborde. Yo también había pasado a ser la consentida de la familia.

Desayuné con buen apetito y después me fui al corral. Algunos peones no me reconocieron de inmediato, mas al notar la trenza quedaron anonadados, y aquéllos más atrevidos codearon a su vecino.

Llamé a Cristy, y Señora vino con ella.

—Bueno, pequeña —le dije a la potranca—, creo que ha llegado la hora de que tú y yo hablemos muy seriamente.

Le até el bozal de pabilo y le puse una manta sobre el lomo.

Al principio pareció inquietarse, pero después recordó nuestro juego de meses atrás y buscó entre mis manos el terrón de azúcar.

—Disculpa, esta vez lo he olvidado —y abriendo la tranquera la saqué de allí y la llevé hasta la caballeriza.

Ella obedeció mansamente a mis tirones. La até al palenque y entré al cobertizo para buscar una montura.

Sobre un largo caballete había varios aperos, monturas demasiado chicas —las que seguramente usáramos cuando con mi hermana éramos dos críos—, mi montura de mujer... me detuve a mirarla, luego me toqué el chiripá, eso había quedado relegado al pasado, nunca volvería a usarla; pronto mi delicada piel se adaptaría a la aspereza de la tela con que estaba confeccionada la bombacha que tenía puesta y ya no me molestaría.

Continué mirando las demás. Finalmente encontré la que quería, una que no era muy grande ni pesada. La cargué en mi hombro y volví junto a Señora.

—Vamos a ver qué te parece esto —suavemente se la puse sobre la manta y esperé.

Ella continuaba impertérrita.

Después, lentamente, le ajusté la cincha. Esta vez Señora relinchó y piafó.

—Por hoy basta de novedad.

Regresamos al corral y estuve largo rato haciéndola caminar con la montura puesta.

Al día siguiente hice lo mismo y le puse un poco más de peso, y como se quedó quieta probé a colocarle el freno en la boca. Señora apretó los dientes, bufó disgustada y quiso zafarse.

—¿Por qué no le da unos buenos rebencazos? —me gritó alguien desde un galpón cercano.

Justamente eso era lo que más temía, la falta de respeto y las chanzas que mi inusual apariencia podían provocar entre la peonada.

Até la yegua a la tranquera y me acerqué al cobertizo, debía poner las cosas en su lugar pronto, porque, de otra manera, si lo permitía, más adelante sería imposible manejarlos.

Tomé un látigo que había enroscado en un hierro junto a la entrada y caminé hacia ellos. El aire olía a grasa rancia, colgados a los costados estaban los cueros a medio sobar, y por todas partes aún quedaban restos de lana de oveja que los criollos estaban terminando de acomodar en diferentes pilas.

Bien entrado el invierno, las mujeres más expertas dedicarían su tiempo a desenredarla y prepararla con el huso, así quedaban listas

para ser tejidas en los varios telares que teníamos. Esos que luego serían nuestros abrigos. A veces tejían tan bellos ponchos que, al ser lucidos, eran el orgullo de aquél que los usaba.

Pero en ese momento yo no estaba de humor como para pensar en las habilidades de nuestras mujeres gauchas, tenía algo muy importante que dejar en claro. Junto con mi padre, yo también era la patrona del campo.

Me detuve en medio del galpón. El suelo estaba endurecido y encerado con años de pisadas engrasadas.

Con voz fuerte y firme —firmeza que estaba muy lejos de sentir— dije:

—¿Quién fue? —nadie respondió. Había cinco hombres mirándome con una media sonrisa, entre burlona y embarazosa.

Algunos apoyados con displicencia en los bultos de lana, y dos más parados de brazos cruzados.

No quise recordar que todo ellos tenían cuchillos bajo la faja, largos, afilados y asesinos facones, tampoco quise pensar que papá se encontraba muy lejos y, en caso de ser necesario, no podría ayudarme.

Lo que había ido a hacer debía hacerlo sola, y de inmediato.

—Les he preguntado quién acaba de decir eso. ¿O es que son tan gallinas que ni siquiera se atreven a enfrentar a una mujer?

Lentamente uno se separó del grupo y caminó hacia mí. Abrió sus piernas y se detuvo, en tono ronco espetó:

—Yo fui, ¿por?

Sospeché que debía estar algo chumado para atreverse a semejante descaro, lo cual no lo disculpaba. Lo miré con encono, cargado con disimulado temor; pero me dije, es ahora o nunca.

Levantando el látigo le crucé el cuerpo con un rápido movimiento de brazo. Era un juego que había practicado de pequeña, y parecía que no había perdido la puntería.

El chicotazo sonó seco al golpear en su charretera, cortándole la tela en línea recta.

—Oiga, señora —dijo alguien—, no es para tanto.

—¡Para mí lo es! Les agradecería que no lo vuelvan a intentar —y dándome vuelta me fui al corral.

Con ello creí que había sido suficiente, esperaba que con pocas palabras hubiera dejado bien clara mi situación. De todos modos, aunque hubiera querido, no hubiera podido decir nada más. Estaba terriblemente asustada por mi osadía.

Tomé las riendas del bozal y acaricié a Señora, y en ese abrazo busqué calmar los nervios que aún me hacían temblar las rodillas.

Esa noche, después de comer, papá se reunió conmigo en la sala.

Sorbía mi té en silencio, él se sentó con su taza de café.

—Veo que te has cambiado —me dijo mientras observaba mi vestido azul.

Sonreí.

—Me comentaron lo que hiciste hoy. No de la boca de quien recibió el castigo, por supuesto, jamás alguien se atrevería a quejarse porque le ha pegado una mujer, la humillación sería extrema —me miró con seriedad—, pero si vas a continuar usando ropa de hombre creo que has hecho bien. Tu método parece haber dado buenos resultados, porque por primera vez he notado que comienzan a respetarte —sorbió un poco de café y agregó—; mañana mismo iré a Buenos Aires, la pistola que te iba a regalar lo necesitarás más que nunca.

Esta vez mi sonrisa tuvo un dejo de amargura. ¡Cuántos enemigos invisibles me rondaban!; el Español, los indios, y ahora también los gauchos. Aunque esperaba haber arreglado las diferencias con estos últimos.

Terminé el té y fui a mi cuarto.

A pesar de los escabrosos acontecimientos del día, después de largas noches de insomnio dormí maravillosamente bien.

Pronto José comenzó con su papilla. Desde la mañana hasta la hora de su siesta él no me necesitaba, lo cual me dejaba más tiempo libre.

Una mañana, le puse el freno y la montura a la yegua, y después de ubicarla en el centro del corral monté sobre su lomo.

Ella se quedó inmóvil por unos segundos, hasta que comprendió lo que acababa de sucederle. Pero no le di tiempo a su enojo. La acaricié, la pellizqué y le hablé con dulzura a su oído. Ella cabeceó inquieta durante varios minutos, y finalmente empezó a caminar. Sus pasos eran inciertos, como si estuviera pisando lodo.

—¡Bien, Señora, lo estamos logrando!

No muy lejos de nosotras percibí varias sombras fugaces que nos espiaban curiosas. Afortunadamente había salido airosa de la prueba.

Media hora después galopaba alrededor del corral.

Llevada por mi entusiasmo me acerqué a la tranquera, la abrí y salimos al campo.

Corrimos atravesando pasturas, con la loca felicidad de un águila que ha sido liberada en pos de conquistar el mundo. Éramos tan ágiles y fuertes como para emprender la misión más arriesgada, aventurarnos en lo desconocido.

Galopamos y galopamos, con el viento azotando nuestro atrevido coraje.

—¡Señora Cristina!, ¡señora Cristina! —escuché que alguien gritaba detrás de mí.

Me di vuelta a mirar al jinete que se acercaba rápidamente.

Era Mulato.

—¡Señora Cristina! ¿Ya olvidó lo que su padre nos ha ordenado? —y se puso a mi lado—; no debe alejarse sola del casco; recuerde a los indios.

Lo miré entre enojada y asombrada.

—¿Indios? ¿Continúa la historia, aún no se han ido?

Él meneó la cabeza, estaba transpirado y respiraba con dificultad por la ardua carrera que había tenido que realizar hasta alcanzarme; debía parecerle una chiquilla malcriada.

—Historias no. No sabemos si han cambiado de lugar, y nadie quiere arriesgarse a recibir un lanzazo para averiguarlo.

—¿Dónde están, según dicen?

Él bajó la vista.

—No lo sé, señora. Nadie lo sabe exactamente, pero le aseguro que es muy cerca de aquí, por el lado sur.

Una vez más dudé de sus palabras; nadie sabía quién los había visto ni si aún estaban allí.

—Está bien, no se preocupe, no lo olvidaré nuevamente. La próxima vez usted me acompañará.

Él asintió resignado, más por obediencia que por propia voluntad.

—Si usted quiere, señora.

Regresamos a paso tranquilo, y yo saboreé el placer de sentirme dueña de Señora. Era una preciosa yegüita de tres años, obediente y ligera. ¿Qué más podía pedir?

Poca elección me quedaba, mamá Cristy estaba mansamente esperando, otra vez preñada, Diciembre ya era muy viejo y Periquita se había marchado con su dueña. Sí, de ahora en adelante Señora y yo formaríamos pareja.

¡Qué vanagloria la mía! Como si se pudiera ser dueña del viento o del río; Señora sólo le pertenecía a la Creación.

Papá había regresado de Buenos Aires con alarmantes noticias sobre los revolucionarios.

—El puerto ha sido cerrado y nadie puede exportar sus productos; las bodegas están repletas de frutos que se echan a perder. Cisneros es presionado de todas partes. El pueblo exige que el puerto sea reabierto, pero España desea ser la única exportadora e importadora de nuestros productos. Uno de los principales cabecillas de nuestro justo petitorio es un señor llamado Mariano Moreno, quien, a raíz de estos hechos, redactó su *representación de los hacendados*, argumentando la necesidad de abrir la economía de las provincias al mundo. Las calles de la gran ciudad vibran de actividad.

Me mostró el arma que me había comprado. Era una pistola.

—No es tan pequeña como lo que pensaba conseguir, aunque creo

que servirá. Mañana mismo la probaremos. ¿Aún recuerdas el viejo nogal?

—Sí.

¿Cómo no recordarlo si allí había sido donde él comenzara a confiar en mí? Papá también pensaba en lo mismo porque dijo:

—Todos nos hemos inclinado sobre tu hombro. Mamá se nutre de tu felicidad, Manuela acude a ti cada vez que necesita ayuda, José… José existe gracias a tus atentos cuidados; y yo, a falta de un hijo varón he delegado en ti la responsabilidad de, si llega a ser necesario, defender con un arma a los residentes de esta casa.

Reí.

—¿Y qué han conseguido todos ustedes? Convertirme en un muchacho.

El rió también. Estaba acabando por acostumbrarse a mi aspecto varonil.

Suspiré con calma, lentamente nuestra casa volvía a ser un hogar.

Algunas semanas después del nacimiento de Camelia decidí ir a San Sebastián a visitar a mi hermana.

—¿Quieres acompañarme? —le pregunté a mamá.

—No, te lo agradezco. Estoy bastante resfriada y Paloma ha prometido hacerme vapores con yuyos medicinales. ¿Irás acompañada?

—Sí, Paco manejará el coche.

—¿Por qué vas en el coche, llevarás a José contigo?

—Sí.

Ella meneó la cabeza.

—Muchacha inconsciente, parece que has olvidado los peligros del campo abierto.

¿Jamás dejarían de temerle a los indios fantasmas? esos que no aparecían ni se escuchaban.

—Te dije que Paco me acompañará.

—Sí, Paco, le diré a tu padre que le haga llevar un rifle.

Suspiré, aunque no creí que fuera mala idea. Todos se sentirían más tranquilos.

Salimos temprano, y como el día estaba muy frío arropé al bebé con varias frazadas, yo también me envolví en una gruesa manta.

Cuando comenzamos la marcha el aire helado me lastimaba el rostro haciéndome lagrimear, aun así disfruté del viaje porque la mañana estaba despejada y luminosa.

Manuela corrió alborozada a recibirnos.

—¡Cristina, es maravilloso que hayas venido!

Apenas entramos, con orgullo me mostró a su hija.

—Te aseguro que pronto va a ser más grande que José, sólo debes

ver cómo se alimenta. Apenas tiene dos meses y ya el pecho no le es suficiente. También toma leche de chiva.

Acostamos a los niños en la cuna que Manuela había hecho preparar para cuando Camelia fuese más grande, y nos fuimos a la sala de costura a charlar.

Hacía un mes que no nos veíamos, pero para Manuela eso era equivalente a un siglo, tanto era lo que tenía que contarme.

—¡Son tan hermosos los niños! Ya desearía tener tres o cuatro, y mamá Chana dice que...

—¿Mamá Chana? —pregunté.

—Sí, la madre de Mariano, ella dice que en su familia hay varios mellizos, así es que quizás, si tenemos suerte —y sus ojos se iluminaron—, puede que nosotros también los tengamos.

Después me preguntó si sabía qué podía hacer cuando la beba tenía dolor de barriga.

—Hace unos días nos mantuvo levantados toda la noche. Mamá Chana me dijo que le pusiera un trapo tibio sobre la panza, y no la alivió.

Le expliqué cómo era el té que Paloma le había hecho a José, en ese momento recordé al extraño en mi ventana. ¡Qué curioso!, desde la muerte de Ricardo no había vuelto a pensar en él, tan ocupada estaba con mi tristeza. El misterioso español parecía haber sido reemplazado por la amenaza de los indios.

—¿Cristina? ¡Despierta! Dime en quién estás pensando —y rió divertida, como si me hubiese pescado en una travesura—, no sabía que ya te habías vuelto a enamorar.

—¿Enamorar? —exclamé sintiéndome casi insultada.

¿De un español? Claro que no se trataba de su nacionalidad, sino de que se habían convertido en nuestros enemigos. ¡Sólo eso me faltaba!, ir en contra de mis principios de patriotismo.

—Sí —insistió ella—, te quedaste en silencio y tus ojos parecían dos bolitas de cristal flotando en miel.

Su comparación me causó mucha gracia.

—¡Oh!, disculpa, ni siquiera te he ofrecido una taza de té.

—No te alteres, ¿dónde está la señora González?

—¿Mamá Chana? peleando con sus injertos.

—¿Sola?

—Sí, ¿por qué?

—¡Oh!, es que en casa todos están asustados con la presencia de los indios.

—¿Indios? —y movió la mano con indiferencia— nunca los hemos visto maloqueando por estos lados, y por ahora no nos quitan el sueño ni mucho menos. Aquí tenemos algunos trabajando en las labores de campo, pero de los indómitos nada sabemos.

Continuó conversando sobre las diferentes cruzas en el ganado vacuno que estaba realizando don González. Hizo traer una bandeja con té y panecillos dulces; luego habló del picaflor de mamá Chana, nuevamente de Camelia, de su nuevo hogar… pasé un día muy entretenido, y cuando comenzó a atardecer me costó bastante decirle adiós.

—¿Volverás, verdad? —me preguntó ella con ansiedad, tanto dependía de sus relaciones sociales—. ¡No!, la próxima vez iré yo a Los naranjos —y se quedó pensando—, quizás dentro de quince días.

Antes de subir al coche nos abrazamos con ternura y prometimos mantenernos en contacto.

En el viaje de regreso recordé que Manuela había tenido la delicadeza de no mencionar a Ricardo, tan curiosa ella, y ni siquiera una vez tocó directamente el tema de su muerte. En realidad no habría sabido qué responderle, yo misma no conocía aquellas circunstancias.

—En batalla —explicó papá, y no dijo más.

Además, como el solo hecho de mencionar su nombre me acongojaba sobremanera, no me ocupé en absoluto por averiguarlo. Ricardo nunca más estaría a mi lado, y eso era lo único que me importaba.

Luego mis pensamientos pasaron a lo que ella comentara sobre mi nuevo enamoramiento.

¿Tan parecida es la mirada del temor a la del amor? ¿Podía ella haberlas confundido? Absoluta y definitivamente no. ¿Qué había interpretado entonces?, o quizás fue porque, al recordar la sombra del Español asomada a mi ventana, también asocié la felicidad y ternura que brotaban en mí al estar acunando a mi bebé… sí, eso debía ser. No había otra explicación lógica a su confusión.

Por la mañana me vestí con las bombachas y el chiripá, y me reuní con papá frente a la caballeriza.

—¿Puedo acompañarte?

—Eso mismo estaba por preguntarte —y corriendo su coleto me mostró la pistola que llevaba bajo la faja—, iremos a practicar.

Cuando me disponía a montar sobre Señora él me miró las manos.

—Si vas a continuar con esta forma de vida creo que al menos deberías cuidártelas un poco. Ponte guantes —y llamó a Mulato para que me alcanzara un par—; puedes vestirte como te plazca, ya eres mayor de edad, pero no por ello debes arruinar tu cuerpo. Continúa siendo una dama, no te conviertas en un zafio peón.

Bajé la cabeza avergonzada porque era eso exactamente lo que yo pretendía. Él tenía razón, no había necesidad alguna de arruinarme; además, y por sobre todo, mi familia —tanto hacia arriba como hacia

abajo— debía continuar sintiendo orgullo de mí.

Apenas Mulato me entregó los guantes me los puse, y partí al galope detrás de papá.

—¡Vamos! —le grité cuando lo alcancé, sintiéndome cargada con una repentina vitalidad.

Él montaba a Pampero, y al verlo tomar carrera supe que me vencería, el potro era más grande y, por lo tanto, más veloz que Señora.

Cuando nos detuvimos agotados y felices exclamé, simulando enojo:

—Eso no es justo, Pampero corre más rápido.

—Yo no fui el que tuvo la idea.

Llegamos al nogal y él marcó una rama.

Disparé diez veces, al cabo de las cuales papá se acercó a ver los resultados.

—¡Vaya, vaya!, lo has hecho muy bien. Creo que no será necesario que continúes practicando.

Pasó a enseñarme cómo debía disimular la pistola bajo mi chiripá.

—Tenemos un solo problema, ¿cómo harás para guardarla cuando lleves un vestido?

Pensé un momento.

—Puedo hacerle un bolsillo más grande.

—No —dijo él—, incluso así se va a notar; y no puedes andar por todas partes mostrando un arma semioculta entre tus faldas —meneó la cabeza con pesar—; me hubiese gustado haber podido conseguir una más chica.

Un rato más tarde emprendimos el regreso al galope corto. Me había colocado el arma tal como él me indicara.

Me sentía tan relajada y tan cerca de mi padre que me pareció tiempo de pedir disculpas. Quise justificar mi proceder tan indiferente hasta poco atrás.

—Sé que he estado descortés y distante en lo que respecta a los temas políticos —callé un minuto—, y a todos los temas en general… —tardé bastante en continuar, quería que los sentimientos no afloraran en mis palabras porque no podría continuar hablando—. Pero comprendes que tenía cosas más importantes dándome vueltas en la cabeza.

Lo miré y le sonreí.

—Ahora estoy más calmada, y he vuelto a ser la de siempre. ¿Dónde se están reuniendo en la ciudad?

Él también me sonrió, comprendía perfectamente por el duelo que estaba pasando. Estaba más que justificada.

Miró hacia el cielo y comenzó a explicarme:

—Los patriotas tienen varios lugares de reunión, en la casa de los

Rodríguez Peña, en la jabonera administrada por Vieytes, en muchas residencias particulares. Ahí predomina el grupo influido por ideas modernas, y ya se están comunicando con los más tradicionalistas como Cornelio Saavedra y Martín Rodríguez. ¿Sabes? Saavedra dice: «las brevas ya están maduras», y entre los dos bandos quieren provocar un cambio radical en la política y la administración de las provincias del Río de la Plata.

—¿Hierve Europa?

—Las tropas napoleónicas han dejado sólo la isla de León libre de su ocupación —meneó la cabeza—; el barco está a la deriva, parece que el capitán está gritando: «sálvese quien pueda».

Guardamos silencio, cada cual con sus inquietudes rondando y ocupando los pensamientos.

Cuando detuvimos los caballos para que abrevaran le pregunté si podía trabajar con él.

—Sé que no es costumbre que una mujer realice las labores de un hombre, sólo que no me agrada estar dentro de casa, me aburro terriblemente. ¿Me vas a dejar?

—Suponía que ibas a hacerme semejante pregunta. Si así lo quieres puedes quedarte a mi lado mientras recorro los galpones y reviso los sembrados y la hacienda, pero no andes sola por los cobertizos dándole latigazos a cuanto gaucho se te subleve, ¿entendido?

—Sí —reí y cambié de tema, a nadie le agrada ser amonestado, aun si la amonestación es justa. Por otro lado, estaba contenta porque había conseguido lo que quería, entretenerme, así no habría lugar, ni tiempo, para los recuerdos—. ¿Quieres hablarme de los indios? he escuchado tantas historias fantásticas sobre su insensibilidad y salvajismo que no puedo creerlas. Espero que me cuentes la verdad. ¿Por qué les temen tanto?

—Porque ellos son los dueños de esta tierra y, por lógica, de todo lo que hay en ella. Recuerda que ya estaban aquí cuando nosotros llegamos a «conquistar» estos páramos, ¡y cuánto hacía de ello! Entonces, cuando se les ocurre, entran a un pueblo o a una estancia —y recalcó la última palabra mientras me miraba fijamente—; suelen hacer pactos muy deshonestos con sus habitantes —porque no respetan lo acordado— o matan a cuanto hombre se les pone delante con intenciones agresivas, y se llevan a las mujeres y las niñas.

—¿Para qué? —exclamé espantada.

—Tengo mi propia versión al respecto. Creo que las utilizan como madres.

—¿Qué, acaso no tienen mujeres?

—Sí, pero cuando un indio quiere a una mujer por esposa debe pagar por ella, en bienes o en lo que tenga, y algunos no pueden. Hay

padres que tienen muchos hijos varones y no tienen suficiente como para comprarle una mujer a cada uno, entonces, lo único que les queda por hacer es raptarlas o maloquear. Y, como comprenderás, no pueden robar a las de su propia tribu. ¿Ves?, de esa manera les sale más barato. ¿No te parece?

Temblé involuntariamente y ya no quise hablar más, con lo que me había relatado era suficiente. Él había corroborado mi idea sobre los indios: no eran ni tan salvajes ni tan desalmados como se rumoreaba por ahí.

Apenas llegamos le pedí a Paloma que calentara agua, y luego de controlar cómo estaba mi hijo me fui a bañar.

José era una preciosura, con sus gorjeos y morisquetas tan graciosas era el deleite de toda la servidumbre, las criadas se peleaban por cargarlo, y mimarlo. Cuando hacía un rato largo que no lo tenía conmigo, debía salir a buscarlo por toda la casa, y fuera también. Podía estar en brazos de Dady, de Paloma o de cualquier otro habitante de Los Naranjos ¡Recibía amor de tanta gente! Sin duda sería un niño feliz.

Al desnudarme noté con angustia que ya no tenía la pistola, la busqué entre los recovecos de mi falda y nada. Debía haberla perdido cuando galopamos en el trayecto de regreso. Seguramente, en mi inexperiencia no la había ajustado bien, y se deslizó al suelo. ¡Lástima!, tanto esmero que había puesto papá en conseguírmela, sabía que se molestaría.

Mi cansancio se trocó en ansiedad.

Rápidamente y sin pensarlo mucho me puse la ropa que había usado esa tarde, estaba decidida a recuperarla. Quizás, sólo quizás… si volviese a recorrer el mismo camino, pudiera ser que la encontrara donde la perdí. ¿Entre las matas altas y tupidas de paja brava? ¿Caminando sola en la semipenumbra? Caminé unos pasos y luego me detuve, no, ya era de noche. Estaba delirando, sería muy difícil encontrarla. Además no era sensato adentrarme sola en la oscuridad del campo abierto.

Terminé de bañarme, y regresé a mi cuarto algo deprimida.

Me senté sobre la cama mientras me desenredaba el cabello, tarea lenta y engorrosa, agradeciendo infinitamente a Dady cuando ella quería hacerlo. Mientras, pensaría cómo se lo iba a decir a papá.

Entonces noté que tenía algo duro bajo mi bata de baño.

Me levanté despacio… ¡y allí, sobre el cobertor de mi cama estaba el arma perdida!

¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿Acaso papá la vio caer y la alzó para luego depositarla sobre mi cama? no, era imposible, en ningún momento lo vi detenerse durante nuestra marcha de regreso.

Lo más extraño de toda la situación era el pimpollo de rosa que se hallaba sobre el arma. Era una rosa colorada perfecta, elegida meticulosamente entre tantas flores parecidas, y por manos expertas.

Con lentitud y algo de resquemor me di vuelta para mirar hacia la ventana. ¿Cómo podía haber sucedido? las cortinas se movían delicadamente, recién ahora me percataba de que estaba abierta de par en par. Cautelosamente me asomé a mirar hacia fuera. No vi a nadie, el parque estaba silencioso y despejado.

Con un brusco movimiento procedí a cerrarla de inmediato.

Tomé la flor entre mis manos, cerré los ojos y aspiré su delicado perfume.

Mientras sonreía con placer imaginando al autor de dicho hallazgo comprendí que probablemente Manuela tuviera razón.

Sacudí la cabeza y deseché semejante ocurrencia. No quería, ¡no podía siquiera pensar en ello!

Porque, por más que fuese verdad, era absolutamente absurdo aceptar la idea de que me podía estar enamorando de un desconocido.

Volví a aspirar la fragancia de la flor.

Sin embargo, ya debía acabar con la costumbre de esquivar y postergar para más adelante mis pensamientos. Era una mujer adulta, y había llegado el tiempo de enfrentar y analizar lo hechos que me estaban aconteciendo.

Basta de soñar con Ricardo, por más que el evocarlo me entristecía enormemente, debía adaptarme a la idea, aunque cruel, de que él había muerto y nunca regresaría. Tenía sus recuerdos, algo que nadie jamás podría robarme, y con eso me debía alcanzar.

Retrocedí en mi memoria y reviví los escasos instantes en que había estado con el soldado que me salvara la vida, a mí y a mi hijo.

Me encontré suspirando complacida. Algo asombrada por mi actitud, pues ésta era una faceta desconocida de mí misma.

Al cabo de mi análisis interno llegué a la conclusión de que, tal como opinaba Manuela, me estaba enamorando de otro hombre.

¡Qué ironía!, nunca había visto su rostro, desconocía su voz y su nombre. ¿Cómo, entonces, era posible sentir amor hacia una sombra? Porque, simplificando, eso era, nada más.

Encima de tanta incongruencia, y superando por sí sola tantas elucubraciones sin sentido, estaba el hecho de que… ¡él era mi mortal enemigo!, y no solamente mío sino el de mi familia, y la patria entera.

¡Ay!, ¡El corazón maneja nuestras preferencias y desagrados con más precisión y tenacidad que la mente! Dentro, muy dentro de mí, sabía que el realista no me deseaba ningún mal, al contrario, cada vez que nos habíamos cruzado, y estaba en un aprieto, él me había ayudado.

Primero con el parto, hasta alcanzarme a la galería donde podía

recibir la atención de mi familia, después ¿había sido él quien estaba escondido detrás de los eucaliptos el día que bauticé a José en el arroyo de Caoba? probablemente.

Ahora esto.

Coloqué la flor dentro de un jarrón, ya repleto de rosas blancas, y luego tomé la pistola. La guardé bien escondida entre mi ropa, donde fuese difícil encontrarla por casualidad.

Sí, todo era un tremendo lío. El asunto, por donde lo mirara, era complicado. Aun así me sentía tremendamente bien. Era joven, sana, y lo que me estaba sucediendo era normal.

Bueno, casi.

Llegó el tiempo de seleccionar a los nuevos terneros, y ese trabajo era todo un acontecimiento en las estancias. Se reunía la peonada en pleno, y había fiesta y asado con cuero.

Era tan importante porque, además, se aprovechaba la boleada para revisar al ganado completo por si algún animal estaba lastimado, castrar los machos, destetar las crías más grandes, descornar y separar los animales que quedarían para el consumo de la estancia. De paso, se hacía una selección del ganado ajeno mezclado con el propio.

Esta vez llegó un payador y prometió contar historias para la cena, ésa que se prolongaba hasta bien entrada la noche.

Los rechifles y corridas comenzaron muy temprano esa madrugada, la carne hacía rato que estaba sobre las brasas. Los gauchos habían desayunado, noche aún, y estaban impacientes por iniciar las labores, mostrando su destreza frente a las mozas que se acercaban al lugar.

La yerra en sí era un procedimiento bastante salvaje que se lleva a cabo para identificar los animales, pero era el único método que conocíamos.

Los terneros habían sido encerrados la tarde anterior y, apenas papá se unió al grupo que calentaba los hierros con que marcar, comenzaron a soltarlos de a poco.

Un peón tiraba el lazo y cuando atrapaba algún animal éste se veía obligado a frenar su corrida y rodaba por el suelo levantando nubes de polvo. Mientras, varios hombres más se ponían alrededor de él y lo sostenían de la cabeza y el rabo para inmovilizarlo, lo marcaban con el hierro candente que tenía la señal de Los Naranjos y, si era macho, con un certero corte lo castraban. La costumbre de marcar a los animales no estaba muy difundida, cada ganadero conocía sus animales por las señas que el mismo tenía. Además, no eran tantos.

El corral pronto se llenó con los silbidos, mugidos y el golpe de los cascos retumbando en la tierra. Todo era actividad y corridas; los

peones se divertían haciendo demostraciones de su destreza a acertar con el lazo, y cada uno de ellos estaba bien dispuesto para colaborar en lo que fuera necesario. Algunos incluso montaban en el anca de algún torito y revoleaban sus sombreros al compás de los corcoveos del cimarrón.

Un poco más allá, donde la densa nube de polvo no llegaba, el más ducho de la estancia cocinaba un ternero completo con cuero.

Era ésta una labor meticulosa y lenta, de casi dos jornadas de atención frente al fuego, pero estábamos confiados, sabíamos que él era el mejor de la zona. Había puesto el animal a cocinar el día anterior, y montaba guardia a su lado como si fuese un tesoro irremplazable y, a juzgar por la voracidad con que todos dieron cuenta de él más tarde, en realidad lo era.

Cuando llegó la hora de comer vi cómo la carne, lista ya, se desprendía sola del cuero. Para mí era pura magia, y me hubiera quedado a compartirla con los peones, pero hubiese sido demasiado. Ya era suficiente desvergüenza que me vieran rondando, y peor aún, participando, de los trabajos en el rodeo, no quería que pensaran que era una descocada, ya debían considerarme excéntrica.

Discretamente me retiré a la casa, me bañé, cambié de atuendo por uno más femenino, y almorcé con mamá.

Esa noche, apenas el payador comenzó a recitar sus versos, a pedido mío, papá me mandó llamar. Corrí a sentarme junto al fuego en silencio, y disfruté con deleite cada palabra que el cantor pronunciaba.

Hablaba de los indios, del campo, del pueblo, de los animales... todo extraído de vivencias que él había tenido o escuchado a lo largo de sus innumerables viajes. Adornaba cada frase con rimas, y lo consideré un verdadero artista.

Con mi padre regresamos a casa casi a la madrugada. En la galería me detuve, lo miré y le dije con ternura:

—Padre ¡soy tan feliz! —y lo abracé.

Después entramos riendo y comentando lo que acabábamos de escuchar.

Mamá aún estaba despierta y me miró con ojos severos.

—Si no fuera por la trenza, perfectamente te podrían confundir con un varón.

Papá optó por guardar silencio, imparcial.

—Mamá, así es como me gusta. No podría montar a caballo ni sentarme frente al fuego con mis vestidos.

—Tienes una silla de montar especial para que cabalgue una dama, y no hay ninguna necesidad de que te andes mezclando con los empleados de tu padre.

No me sentí disgustada, quizás mamá estaba un poco celosa por el

día maravilloso que habíamos pasado, mientras ella permanecía aquí sola, cosiendo y cuidando a José. Aparte de la costura y la cocina, eran muy pocas sus diversiones en el campo, a decir verdad casi ninguna. Se limitaban al jardín y la quinta, las cuales ahora también le estaban vedadas a causa de los posibles malones.

Recordé algo.

—Hace mucho que no comemos martinetas —dije, y la miré de reojo.

Sabía que le encantaban, sobre todo porque ella misma las preparaba de una manera exquisita.

—Puedo sugerirle a papá que me lleve uno de estos días a cazar algunas. ¿Qué te parece?

Tal como sospechaba, su rostro salió de la apatía y se iluminó un poco.

—Tienes razón, hace varios meses que no comemos martinetas. Puedo preparar mis conservas —y se detuvo, pensativa—; tendré que preguntarle a Paloma si hay en la quinta suficientes pimientos y cebollas.

La miré con picardía.

—Creo que tendré que volver a ponerme esta ropa. Digo, si es que quieres que te traiga algunas; ¿me ves enlazando con falda y silla de montar femenina?

Su alma guerrera estuvo a punto de explotar, me miró con dureza y replicó:

—¿Y por qué tendrías que ser tú quien atrape las martinetas? Habiendo tantos peones expertos y bien dispuestos para semejante tarea.

Continué mirándola con una sonrisa en los labios, había comenzado a practicar la virtud de la paciencia.

Esperé sin responder.

Ella también guardó silencio, sacudió la cabeza y finalmente sonrió, yo había ganado la batalla. O ella simplemente había decidido ceder.

—Cristina, te aseguro que eres la muchacha más testaruda que he visto en mi larga vida.

—No exageres, mamá, ni que fueras tan vieja; sigues siendo la mujer más hermosa de la tierra, y la más amorosa.

Nos abrazamos y se fue hacia la cocina para hablar con Paloma.

Mientras se alejaba me senté en una reposera, acuné a mi hijo en mi regazo pensando que me acababa de meter en un interesante embrollo, jamás había usado el lazo y ni siquiera sabía cómo se cazaban las martinetas. Sonreí contenta, aun así estaba complacida, sería una aventura interesante, casi una travesura, ya que lo peor que podía pasar sería que no cazáramos ningún ave o que me enredara en

la soga.

Tendría que hablar con Mulato.

—No, señora Cristina, no se atrapan con los lazos que usamos para los vacunos, es un palo largo con una soga en la punta hecha de crin, ésta se anuda en un pequeño lazo. No es muy difícil, pero se debe tener práctica. Aquí hay unos pocos que lo hacen bien.

—¿Y usted sabe? ¿Le gustaría que salgamos uno de estos días a intentarlo? —le pregunté entusiasmada.

Sus facciones, oscuras de por sí, se ensombrecieron aún más y comenzó a mirar hacia otro lado. Se levantó el sombrero y comenzó a rascarse con ahínco detrás de la oreja.

—No sé, señora Cristina, usted bien sabe que los indios andan por ahí.

Suspiré hondo. Él continuó:

—Las martinetas son aves ariscas, y suelen estar bastante alejadas del casco, no les gusta el ruido... no sé.

—¡Vamos, Mulato!, a usted se lo conoce por su valentía —no hay nada más eficaz para conseguir resultados como alimentarle el ego a una persona—; llevaremos a algunos peones que colaboren. Podemos quedarnos por aquí cerca, no iremos a la pampa abierta.

Él se volvió a rascar la cabeza. Si no lo conociera pensaría que andaba con piojos, solamente era una maña. Estaba buscando la manera de esquivar la tarea.

—Bueno, si usted lo dice. Aunque, debo pedirle permiso a don Tomás, por estos días andamos muy, muy ocupados aprensando la lana. Si él nos da permiso con todo gusto lo haremos.

Ese «con todo gusto» me pareció exagerado. Él me acompañaría si papá lo dejaba —lo cual ya daba por sentado—, pero por considerarlo su obligación y porque lo respetaba, no porque le agradara la idea.

Importante también era la cuestión del honor, ¿cómo justificaría después que no salió a cazar martinetas a causa de su miedo?

El temor podía existir, adentro, aunque siempre sacando pecho y demostrando lo contrario.

Le agradecí y me fui a ensillar a Señora.

Estaba segura de que mientras me alejaba, el pobre hombre aún se rascaba, pensando en qué maldita hora se me ocurrió ponerme pantalones.

Por supuesto, papá nos permitió salir a cazar.

—No debes olvidar el arma.

¡Si él conociera la historia de su pérdida y posterior recupero…!

Dije que lo recordaría, y dos días después, una hermosa tardecita, con la siesta haciendo adormecer hasta a las moscas, salimos rumbo a las suaves colinas que estaban al oeste.

Éramos una cuadrilla, y causaba gracia ver a Mulato dándose

vuelta de continuo para no perder de vista el casco de la estancia, como si el hecho de tenerlo a un tiro de carabina lo reconfortara.

—Hasta aquí llegamos, no nos vamos a alejar más.

Lo dijo con tal certeza que ni una yunta de bueyes conseguiría moverlo.

Acto seguido todos comenzamos a buscar las requeridas coloradas.

Los temores de nuestro capataz una vez más fueron infundados pero, como decía él cuando regresábamos:

—La toldería ha sido vista más al sur, esa humareda que avistamos no auguraba nada bueno. Hemos tenido suerte.

Callé, era un hombre sabio en muchas cosas y no debía menospreciarlo frente a sus subordinados.

La martineta es un ave del tamaño de una gallina chica, vuela poco y en trechos cortos, le encanta los matorrales altos, anda metida entre los espinillos, talas, chañares, cardos rusos… y cuando se siente perseguida agacha su cabeza y se queda inmóvil, absolutamente mimetizada y confundida con el pasto llorón que la cubre.

Sin embargo los gauchos se habían criado en ese entorno y, con el hambre motivándolos y aguzando su destreza, habían acabado por ser bien duchos en descubrir los dormideros. Después era cuestión de esperar quietecitos y con la vista atenta.

Al anochecer teníamos ochenta hermosas presas. Los peones habían hecho muy bien su trabajo; parecía que el ave se hipnotizaba con los continuos giros del caballo en espiral, y cuando estaban lo suficientemente cerca, estiraban el palo y le metían el lazo por la cabeza sin que ellas amagaran a huir.

Todos andábamos en caballitos criollos, no muy altos pero sí prácticos con los senderos angostos y, cerros pedregosos, tenían un galope corto, mucha resistencia y podían dar vuelta en sí mismos en un espacio no mayor a su cuerpo.

Mamá se puso muy contenta con el producto de la caza y corrió a avisarle a Paloma que pusiera agua a calentar y de esa manera poder comenzar con la cocción.

Me disponía a tomar una taza de té cuando escuché gritos que venían de la caballeriza.

—¡Fuego, fuego!

No me detuve a pensarlo ni un segundo, me gustaba la acción, es más la buscaba. Me volví a calzar la bota que me acababa de sacar y corrí hacia allá. Ahí dentro solían guardar los caballos que se utilizaban para tirar los coches, también estaban Pampero, y el animal que hacía de nochero.

Si el galpón se estaba incendiando, ellos debían estar aterrorizados y podían lastimarse.

Pero al mirar hacia delante vi que no era la caballeriza la que se

estaba quemando sino la barraca donde se aprensaba la lana de la esquila. Varios hombres ya se encontraban cargando baldes con agua del arroyo y que luego arrojaban a las llamas.

Todos estábamos bastante preocupados porque en invierno los pastos se secaban y eran perfecto combustible para que el fuego se propague por toda la pampa. Si eso llegaba a ocurrir muchas cabezas de ganado morirían quemadas y otro tanto asfixiadas.

Corrí a buscar un balde a la cocina y lo único que encontré fue un caldero, era bastante pesado pero serviría. Fui hasta el arroyo y lo llené, igual que hacían los demás.

Una, dos, tres, cincuenta veces fuimos y vinimos del galpón al agua y del agua al galpón. Nuestros rostros eran máscaras coloradas al resplandor de las llamas, el caos era impresionante. Había hombres intentando rescatar algunos paquetes de lana, otros alejaban los animales que había por allí cerca, y los más acarreaban agua de un lado a otro.

Las mujeres golpeaban con las huascas las chispas que caían en los alrededores y encendían los pajonales.

Todos silbaban, gritaban, blasfemaban y escupían con indignación.

Un par de horas después el fuego amainó y pudimos caminar más lentamente, estábamos agotados pero no podíamos dejar ni la más ligera ascua encendida porque, con esa sola, el incendio podría iniciarse nuevamente.

Me acerqué al galpón a descargar el milésimo contenido de mi caldero cuando sentí algo tibio en mi pierna. Miré hacia abajo y noté que el chiripá se me había prendido fuego.

Me saqué el sombrero y con él comencé a golpear con fuerza el lugar de donde salía el humo, el calor era cada vez más intenso y ya comenzaba a quemarme la piel.

Dando un certero y veloz tirón desprendí la prenda de la faja y arrojé el chiripá lejos, después lo pisoteé para terminar de apagarle las llamas que habían comenzado a desparramarse por el pasto seco.

Unos minutos más tarde me detuve, agitada y asustada aún, mientras recobraba el aliento.

Me pasé el brazo por la frente para despejarla del cabello suelto que me quitaba un poco la visión, mientras, miraba hacia la barraca. Con alivio vi que el fuego estaba casi extinguido, apenas dos o tres peones permanecían apagando los últimos focos.

Entonces me volví y comencé a caminar hacia el arroyo, ahora podía ir más despacio, ya no me necesitaban. Iba rengueando porque me dolía bastante la pierna y quería refrescar la herida en el arroyo. Además, me lavaría un poco antes de ir a la casa, si mamá me veía en ese lamentable estado se desmayaría del susto.

La trenza se me había soltado completamente, y al tocar mi cabello noté que estaba áspero y tenía algunos mechones chamuscados.

¡Dios!, que feliz sería cuando me metiera en la bañera repleta con agua tibia y limpia. Ya me imaginaba enjabonándome, empapando mi cabello resquebrajado…

Quise buscar un sendero que me llevara a un lugar medianamente oculto de la vista, pero el aire aún estaba cargado con humo y, junto a la escasa visibilidad, se hacía difícil respirar.

Escuché el agua corriendo entre los yuyos, y cuando me disponía a hacer el último paso tropecé con un tronco, me hubiese caído a no ser por unos brazos que se estiraron en la oscuridad sosteniéndome.

Instintivamente alargué los míos y me así con fuerza al cuerpo que se encontraba frente a mí. Me acababa de torcer la pierna lastimada y emití un quejido al intentar apoyarla nuevamente.

Quise sostenerme mejor, y al tomarme del hombro de la persona que se encontraba a mi lado mis dedos se enredaron en una larga cabellera. Ciertamente no era la mía, el cabello que estaba tocando era más grueso y, enrulado.

Esta vez mi grito fue más fuerte.

¡El Español! Sabía que era él, ¡sabía que era él! tenía que serlo.

Una vez más me estaba ayudando, y una vez más no sabía por qué.

Intenté alejarme, luchando con sentimientos tan encontrados como el miedo que me producía y la morbosa atracción que sentía hacia él.

Lejos de permitir que me soltara, él continuó abrazándome hasta que acomodé mejor mis pies.

Los dos nos quedamos inmóviles. Sentía su aliento atravesando mis mechones enredados, y su pulso apurado contra mi pecho.

Me dejé llevar por esa sensación tan placentera que sentía, había un imán invisible en él que me atraía más allá de lo comprensible, como la pita atraía a las vacas, a pesar de que luego, inevitablemente, debían sufrir las consecuencias de su vicio. Sí, tal como me estaba sucediendo con él.

El misterioso español se me estaba volviendo una adicción, dulce y sensual droga para mis apasionados, y postergados, sentimientos. Hubiese querido retenerlo para siempre a mi lado. No quería que ese instante terminara jamás.

Algo reía y hacía cosquillas dentro de mí, cálidos temblores me recorrieron el cuerpo, recordándome con cada nuevo espasmo que era mujer. Comprendiendo también cuán pocas veces había tenido la oportunidad de disfrutar de mi sensualidad. Me sentí enloquecer de felicidad. ¡Mujer!, renegando de mi belleza y femineidad, y aún así

haciendo vibrar a un hombre, volviéndolo tan pendiente de mí.

Entonces él se inclinó y me besó la frente, después aflojó sus brazos. No quería soltarme de su cuerpo, no quería dejarlo ir. Levanté mi rostro hacia esos labios que adivinaba estaban muy cerca, estirándome hasta quedar en puntas de pie. Él pareció dudar y finalmente me besó en la boca. El beso duró una eternidad, o quizás fue apenas un instante, descargando y transmitiendo todos nuestros anhelos contenidos durante meses, intercambiando secretos compartidos, respirando el mismo deseo.

Después soltó mis manos que aún permanecían apretando su camisa y las besó.

—¡Dulce mujer! —susurró apenas.

Un momento más tarde había desaparecido.

Permanecí allí parada unos minutos, sin poder asimilar cabalmente lo que me acababa de suceder, sin poder acostumbrarme a la idea de que me había enamorado del enemigo. Y él, ¿podía alguien enamorarse de mí? ¿De su oponente? ¿Con mi aspecto tan varonil? ¿Por qué? ¿Cómo había sucedido?

Cuando el corazón está ligero las respuestas se vuelven simples, había sido, así, nada más.

Los días continuaron más apacibles, más agradables, multiplicándose uno detrás del otro con imperturbable exactitud.

Ahora se habían vuelto multicolores, como si el arco iris hubiese puesto sus pinceles en cada acto. Potenciando las sensaciones, eliminando todos los no por «se puede».

¿Cuál era la magia del amor? ¿Qué era ese lazo que unía en armonía a dos seres, y les permitía convivir y desarrollarse juntos?, haciendo que aquello que antes para uno solo era imposible, de repente se volviera realizable.

Mis pensamientos se habían vuelto livianitos y mi risa fácil. Atendía a mi hijo como el tesoro más grande, y le agradecía a Dios por haberlo puesto en mis manos; mi capacidad de amar, a partir de la revelación de este nuevo hombre, parecía haberse magnificado.

Mamá cortó y arregló mi cabello chamuscado mientras reprendía mi irresponsabilidad.

—¡Muchacha loca!, ¿dónde están tus límites? Mira en qué estado se encuentra tu otrora hermosa cabellera —y bajaba la vista—. ¡Y mira nomás tu pierna!, si parece que la hubieras pasado por un brasero.

Exageraba, como siempre, pero ni siquiera la escuchaba.

Había entrado en un mundo nuevo, y cada segundo que pasaba me hacía suspirar de complacencia.

Fui a la cocina y dejé que Paloma curara mi herida con uno de sus

olorosos ungüentos. Luego cortó varias tiras de trapo limpio y la vendó.

Al principio mamá no se dio cuenta del cambio en mi carácter, después de algunos días comenzó a mirarme con recelo.

—Cristina —dijo al fin—, cualquiera que te viese caminar pensaría que estás enferma... o enamorada —entonces frunció el ceño ante la idea que se le acababa de ocurrir—; ¿no estarás fijándote demasiado en uno de nuestros empleados?

Como no le estaba escuchando no le pude responder, estaba mirando por la ventana mientras soñaba con unos cabellos largos y una cabeza inclinada sobre mi rostro. Con un «dulce mujer» susurrado sólo para mí.

—¡Cristina!, me vas a enloquecer. Te acabo de preguntar si no se te habrá ocurrido la terrible idea de enamorarte de uno de los peones

No, mamá, de alguien peor; del hombre que está persiguiendo a papá.

—¿No me respondes? —volvió a insistir.

Ya noté un incipiente temor en sus palabras.

—No, no te preocupes, mamá, aparte de Mulato y Paco ni siquiera llego a identificar a los demás. Es sólo que... José está tan lindo y avanza tan rápidamente, que me siento inmensamente complacida —y pedí perdón en silencio por la mentira piadosa que estaba diciéndole —. Es tan pequeño y ya se da vuelta solito en la cuna. Vas a tener que verlo cuando lo haga —me levanté de la silla y, rengueando un poco, me dispuse a salir del cuarto.

Lo pensé, y con mucha suavidad me animé a decirle:

—Además… los recuerdos… finalmente están desapareciendo —lo cual era verdad.

Me fui a caminar por el parque. Quería estar a solas con mis sentimientos.

Nuevamente comencé a ponerme vestidos, me perfumaba y arreglaba, pero me resultaban tan cómodas las bombachas y la camisa que, por las mañanas, cuando salía a acompañar a mi padre en sus cotidianas inspecciones por los galpones, y cuando salía a cabalgar, continuaba usándolas.

Estaba acollarada a papá en su trabajo diario. Juntos también revisábamos el ganado y supervisábamos el mantenimiento de la infraestructura de la estancia. Había pircas que acondicionar, postes quebrados en el corral, la siembra y la cosecha debían ser manejados con tiempos precisos, así como la esquila y posterior aprensado de la lana; y en invierno, cuando poco había que hacer, concentrarnos especialmente en que los gauchos no estuvieran ociosos , de lo contrario prontito nomás comenzaban las grescas. Para ello papá los hacía trenzar lazos, confeccionar bozales y riendas; aquél más hábil,

un freno con adornos de plata o un emprendado que luego luciría con un oscuro tapado, sillas de montar, aperos, y cualquier otra tarea que requiriera trabajo manual sin salir del galpón o de las inmediaciones del casco.

—Durante la yerra, Mulato me dijo que cuando contaron los terneros había treinta menos que la vez anterior.

—¿Los habían contado antes? ¿Cuándo?

—Él lleva un registro de los nacimientos.

—Faltaban treinta... —dije pensativa, y no podía creer en lo que se me estaba ocurriendo. Lo miré—; ¿tú crees...?

—Sí —respondió él de inmediato—, creemos que han sido los indios, no un animal, no hay huellas de felinos. Los indios matan a nuestro ganado para comer, y no hemos encontrado más que huesos. Las alimañas y, aves rapaces se encargan de limpiar lo que ellos van dejando en su huida. Y faltan ovejas, varias.

—¿Has hecho algo al respecto?

—Sí, ordené que cambiaran de lugar el ganado. Antes estaban pastando en el sur, y ahora los han llevado al norte. Espero que allí estén seguros. Ahora, lo que más me preocupa es que si esos salvajes no tienen qué comer, puede que uno de estos días se asomen por aquí.

Lo miré incrédula, buscando la evidencia de una broma. Él estaba serio.

—Nunca te olvides del arma —me dijo.

Sentí cómo mi estómago se estrujaba, y me costó tragar. Sacudí mi cabeza para quitarme el miedo irracional que estaba sintiendo, pero éste se alimentaba de mi desconocimiento sobre el tema, y comenzaba a carcomerme por dentro.

Unos días atrás mamá había reiniciado sus trabajos en el jardín.

—¡Mira!, los rosales están inmensos, tardaré años en darles la forma debida —caminó un poco y se plantó frente a una Santa Rita. Alzó la vista molesta—. ¡Cómo ha crecido!

Llamó a Dady y le dijo que fuera a buscar a Paco para que la ayudara a tender unos hilos con que sostener sus ramas.

—¡El suelo está repleto de hojas secas!

A pesar de sus quejas sabíamos que estaba contenta de tener tareas importantes que hacer, la quietud del cuarto de costura a ella también había terminado por hastiarla.

¿Le comentaría papá que faltaban animales? lo dudaba. Sus arreglos en el jardín —recién reanudados— terminarían allí.

Una tarde, salí con Mulato a buscar una vaca con su cría extraviadas. No hubiese sido tan importante a no ser porque era una de las lecheras, la más dócil y productiva.

Ya habíamos mirado por la parte norte y oeste, ahora él observaba

con recelo hacia el sur.

—Deben haber vuelto a los pastos del sur.

Hacia allá nos dirigimos.

Esa parte de la estancia era la que tenía pampas más desiertas, con apenas unas aguadas, y la que estaba más descampada. Los pastos altos se inclinaban, rozando con sus barbas la tierra, sin siquiera un atisbo de arbustos. De ese lado soplaba el pampero con toda su furia, acelerando su bravío ímpetu a cada metro, nada había para detener su fuerza arrolladora. Allí levantaba aún más polvo, para luego golpearlo contra el casco de Los Naranjos.

El jardín de mamá se encontraba del otro lado de la casa, hacia el norte, donde el viento pegaba con menos fuerza, y protegido por su alta estructura. Estratégicamente emplazado para que los tibios rayos solares del invierno regaran de luz sus almácigos.

A cada instante Mulato chasqueaba la lengua con disgusto y detenía un poco más su caballo.

—Creo... creo que va a ser mejor que los dejemos —dijo mientras se rascaba detrás de la oreja.

—¿Por qué? —pregunté—, no se ve un alma en todo el campo. ¡Vamos!, ¿aún le tiene miedo al fantasma de los indios?

Mientras se lo decía me mordí la lengua, yo también tenía el susto atravesado.

—No, pero... —y una vez más se dio vuelta a mirar hacia la protectora estancia.

Entonces gritó:

—¡Hay humo!, parece que sale de la casa; volvamos, señora Cristina, probablemente necesiten nuestra ayuda.

Miré hacia donde él me indicaba y noté que el humo era negro y espeso, seguramente Paloma estaba quemando basura. Ya la había visto hacerlo en otras oportunidades.

Mulato ya había emprendido el regreso.

—¡Vamos, señora!, ¡apure la yegua! —me gritó impaciente.

—Déjela descansar, hemos galopado demasiado.

No era verdad, no deseaba regresar todavía.

—¡Señora Cristina! —repitió él.

—¡Ya lo alcanzo, Mulato!, vaya usted primero. Estaré ahí bien pronto.

El negro maldijo por lo bajo y escupió sonoramente, luchando con su deber.

Al final, el miedo acabó venciéndolo y se marchó.

Al verlo alejarse me sentí más sola, y también más tranquila, no me gustaba que estuvieran irritando la poca entereza que me quedaba. Habíamos ido a buscar una vaca con su cría y me propuse encontrarlas, nadie me convencería de regresar sin ellas.

Continué caminando hacia el sur, internándome cada vez más en terreno desconocido, tanto para mí como para casi todos los peones de la estancia.

Apenas unas imperceptibles lomas se sucedían interminables, ocupando el paisaje cerril de tonos amarillos que me rodeaba. Ninguna casa ni rancho; pensé que ningún payador se adentraría en esa zona, ¿a quién iba a recitarle sus cuitas?

Media hora después vi una columna de humo en el horizonte.

Algo dentro de mí me alertó, intentando detenerme y regresar a la seguridad del casco, pero sentía curiosidad. Apuré a Señora y continué avanzando hacia la humareda.

Estaba tan obsesionada por descubrir la verdad, era tal la necesidad de sacarme el cuco de un tema tan comentado y sin embargo tan desconocido. Quería, en mi renovada y reforzada independencia, demostrarme que también podía manejar eso.

Sí, el hecho de ser artífices de nuestras vidas y de tomar decisiones a diario, nos fortalece, volviéndonos intrépidos y, a veces, como ésta, hasta insensatos.

O quizás me guiaba por el proverbio chino que decía: «el miedo tocó a la puerta y cuando el coraje salió a recibirlo no encontró a nadie».

No, me faltó cordura, si lo hubiese pensado con la cabeza y no con la adicción a la adrenalina me habría dado cuenta de que, de haber tenido un enfrentamiento, era imposible que yo sola hubiese podido lidiar con semejantes titanes. Reyes de esta tierra, amos de cuanto abarcaba mi vista, y mucho, mucho más.

Culminando con mi locura, tampoco pensé —porque no se me ocurrió recordarlo— que para ellos yo era el enemigo. Y ni qué decir de, además, una apetecible mujer.

Marchando despacio me adentré en un grupo de arbustos.

Algunas ramas de espinillos tironearon mi ropa, sintiendo a mi paso sus desgarros. Aun así continué la marcha.

Estaba en un lugar donde había enormes rocas y piedras superpuestas, dejando agujeros lo suficientemente grandes como para ser usados de cuevas.

Unos cien metros más allá encontré lo que debía ser —según las descripciones de los gauchos— un asentamiento indio. Aunque, aparentemente, estaba abandonado.

Señora avanzaba con paso indiferente y mirada aburrida, de vez en cuando estornudaba a causa del humo que le hacía cosquillas en sus ollares. Si ella no tenía miedo, yo tampoco lo tendría —me dije— y no la detuve.

Ramas secas amontonadas desordenadamente entre piedra y piedra hacían de precario techo, vi estacas clavadas en la tierra

utilizadas quién sabe con qué objeto, varios restos de hogueras —algunas todavía humeando—, trapos sucios y destrozados ondeando con la brisa..., basura por doquier, y en medio de ésta un perro sarnoso rascándose con insistencia las llagas.

Entonces escuché un gemido.

Miré de donde éste venía, y ahogando una exclamación de espanto desmonté rápidamente. Me acerqué a una mujer que se encontraba tendida sobre una manta.

Su vestido en otra época debió ser rosa o amarillo, ahora era de un tono incierto. Tenía los pies desnudos y sus plantas llenas de callos sangrantes, su cabello apelmazado era un completo desorden. Pero lo que más me llamó la atención, y que eran, sin duda alguna, las causantes de sus gemidos, fueron las pústulas que le cubrían el rostro y la parte de su cuerpo que alcanzaba a ver.

¡Viruela!, esa pobre criatura tenía viruela. Me agaché para hablarle y le quité los mechones pegoteados por la transpiración que le cubrían la cara. Debía ser muy joven.

Cuando me disponía a abrir la boca escuché un ruido frente a mí.

Levanté la vista aterrada, con todos los músculos tensos, preparados para la huida, y vi a un hombre parado a pocos metros de nosotras.

Su cuerpo era muy extraño, con su porte estevado, tenía las piernas tan dobladas hacia fuera que pisaba con el costado exterior de sus pies —papá me había dicho que eso sucedía a veces porque los indios estaban sobre el caballo casi toda su vida—, su cara surcada por las arrugas, aunque más que arrugas parecían cicatrices; sus ojos eran como los de un águila, rasgados, agostados de tanto viento y polvo, y su cabello asemejaba una mata de pastos quemados.

Tenía en la mano una lanza de cuya punta colgaban plumas y otros adornos que no quise mirar para no asustarme más, ya que, de suceder, perdería el poco dominio de mí que me quedaba.

Sabía que el indio estaba dispuesto a matarme o quizás raptarme; podría ser la reemplazante de esta enferma, y ahora inútil, mujer; su manceba. Todas esas horrorosas historias que les escuchaba a los peones se precipitaron como lava explotando en mi mente, volviéndose crudamente reales.

Entonces una débil esperanza cruzó mi mente; ¿se daría cuenta de que era una mujer? Levanté mi mano lentamente y comprobé que mi sombrero ya no se encontraba sobre mi cabeza, y mi trenza, al agacharme, se había caído sobre mi busto hasta tocar el cuerpo de la muchacha. Un terror ciego se apoderó de mí.

Él se quedó inmóvil, mirándome largamente, y sus ojos como dos líneas diminutas parecían empeñados en traspasar mi frente y adivinar lo que estaba pensando.

Después, muy lentamente, inclinó su rostro y miró a la joven que yacía sobre el suelo.

Sus puños cerrados se relajaron y la lanza descansó floja hacia un costado de su cuerpo, su respiración casi se detuvo, su mirada de ave rapaz se dulcificó, y sus labios, hasta momentos antes un surco profundo atravesándole el rostro de oreja a oreja, se abrieron apenas buscando decir algo, nada brotó de su garganta. Su aspecto rocín y zafio contrastaba notablemente con esa repentina transformación.

Comprendí. ¡Ese viejo sentía tanta ternura hacia la joven moribunda!, aun con su repugnante y azafétida apariencia.

Finalmente su cuerpo se contrajo en una mueca de dolor. Dándose vuelta saltó sobre un hermoso overo azulejo que estaba cerca de él, y desapareció al galope.

Permanecí como hipnotizada, mirando hacia donde un minuto atrás estaba el indio y ahora sólo quedaba una polvareda.

La mujer gimió nuevamente y eso me hizo volver a la realidad.

La observé detenidamente mientras pensaba qué haría. Después tomé una arriesgada decisión, la llevaría a casa.

Sabía que la viruela era extremadamente contagiosa para quienes no se habían vacunado, incluido mi hijo, aunque no podía dejarla morir.

Corté y pelé dos gruesas ramas —había aprendido, tal como hacían los gauchos, a llevar un facón siempre conmigo—, corrí su cuerpo dejando la manta libre y así poder atarla a sus extremos, y usarla como camilla, pero al ver el lamentable estado en que se encontraba la deseché, no resistiría ni el peso ni el largo viaje.

Me saqué el poncho, y estirándolo sobre el suelo lo até de las cuatro puntas a los palos. Después, coloqué la improvisada camilla junto a la joven y la hice rodar hasta colocarla sobre ella.

Ahora venía la parte más dificultosa. Traje a Señora y la puse delante. Con mucho esfuerzo y apoyándome sobre el anca de la yegua, logré levantar los palos y atarlos a ambos lados de la silla de montar. Después me saqué la faja y sujeté a la muchacha a la camilla para evitar que cayera.

El viaje de regreso fue lento, las ramas se doblaban como si en cualquier momento se fueran a quebrar.

Estábamos llegando al casco de la estancia cuando vi a varios peones galopar hacia nuestro encuentro. Les hice señas que no se acercaran.

—¡Llevo un enfermo de viruela!, ¿alguno de ustedes ha sido vacunado?

Ellos se miraron con asombro, las bocas abiertas, los ojos saltones. Negaron con la cabeza insistentemente y comenzaron a recular.

—¡Entonces no se acerquen!, vayan a buscar a don Tomás.

Díganle que venga solo.

No había necesidad de decirlo, nadie se atrevería a acompañarlo, le tenían terror a la viruela.

No se lo hicieron pedir dos veces, volvieron como si estuvieran huyendo del mismo diablo.

Papá llegó más pronto de lo que esperaba. Estaba consternado, pero no lo dejé acercarse a nosotras hasta no haberme cerciorado de que efectivamente estaba vacunado.

—¡Dile a mamá que puede haber más enfermos en los alrededores! José aún no tiene la vacuna y se puede contagiar. Debemos llevarlo a un lugar seguro —le dije en voz alta.

Él reflexionó.

—No es la primera vez que los indios se contagian de viruela... lo mejor será llevarlo a Buenos Aires, aquí no lo podemos dejar. ¿Qué harás tú?

Le expliqué el lamentable estado en que se encontraba la mujer.

—¿La vas a cuidar?

—No veo quién más, papá, no son muchos los que están vacunados, y es un trabajo muy agotador y lento. No se va a curar en dos días, y no podemos dejarla morir.

De haber sido cualquier otra persona, quizás se hubiera molestado conmigo, pero él era un buen cristiano y aceptó.

—Te haré preparar uno de los cuartos que están cerca de la casa principal —y regresó presto hacia los galpones.

Continué mi lenta marcha hasta llegar al corral. Cuando me apeaba él regresó, juntos desatamos a la mujer:

—Te hice desocupar las piezas donde guardamos las monturas y demás equipos para cabalgar; es una casita bastante completa, no es amplia pero tiene dos cuartos, servirá. Está junto a la caballeriza, eso te beneficia porque queda cerca de la casa principal. Cualquier cosa que necesites con premura simplemente tienes que hacer sonar la campana o gritar y te podremos escuchar.

—Además, no será por mucho tiempo —le dije consolándome.

Los arneses, monturas y demás herramientas fueron llevados provisoriamente, y en el lugar fueron colocadas dos camas.

Allí permaneceríamos hasta que pasaran las posibilidades de contagio.

Papá se disculpó por la precariedad del lugar.

—En pocos minutos no se puede hacer mucho, hija.

—No te perturbes, como te dije, serán apenas unos días.

Alguien, en una demostración de cariño, había colocado mis libros y perfumes sobre la chimenea.

Al descubrirla me sentí complacida, era bueno saber que no pasaríamos frío, porque la casita, aunque muy precaria, tenía un hogar

a leña. Probablemente construida para cocinar y que, sin duda alguna, yo utilizaría como estufa.

Apenas nos acomodamos confeccioné una larga lista con las cosas que necesitaría en los próximos días; una cómoda, mesa y sillas, fuentones, trapos limpios en cantidades importantes, velas, lámparas de aceite, jabón, leña para la estufa y varias mudas de ropa. Pedí especialmente que las mismas fueran de las más gastadas, no quería andar con precauciones por temor a arruinarlas, o sentirme incómoda al estar bien vestida. No podía olvidar que iba a tener que manejar a la muchacha como si fuera un bebé, alzándola, dándola vuelta, cambiándole la ropa y lavándola. Sí, un bebé, pero de cuarenta y cinco kilos.

La primera fue la peor noche; se retorció inquieta horas enteras, y a veces gritaba frases incoherentes y que para mí no tenían sentido alguno. Intenté tranquilizarla con palabras susurradas con delicadeza, ya que si la sostenía con fuerza buscando impedir que se moviera, lo único que conseguiría con ello sería aumentar su dolor.

—¡Epuñe, Epuñe! —decía continuamente.

Parecía ser el nombre de una persona, quizás así se llamara el indio que estaba junto a ella, su compañero, aquél que la protegió y permaneció a su lado hasta el final.

Por la mañana hice una fogata afuera de la casa y quemé la camilla donde la trajera junto con sus raídas prendas de vestir.

Nos encontrábamos solas y aisladas de los demás, los peones no se veían por ninguna parte. Bien, con esto aprenderían que era mejor el pinchazo de la vacuna a contraer la mortal enfermedad.

Cuando necesitaba que me trajeran algo hacía sonar una campanilla colocada a tal efecto en la parte exterior del marco de nuestra puerta, y dejaba un papel escrito que luego debían llevárselo a papá, así lo leía y daba las órdenes pertinentes. Si era urgente simplemente gritaba.

Fueron horas de mucho silencio, aunque tenía tanto para hacer que nunca me sentí aburrida ni con necesidad de charlar. De todos modos, cualquier tiempo libre lo empleaba en la lectura.

Herví las ropas que usábamos, le preparaba la comida y lavaba su cuerpo lastimado con paciencia y cuidado.

Sí, mis días eran muy ocupados y mis noches, agotadoras.

Poco después la muchacha comenzó a presentar leves mejorías. Su restablecimiento fue tardo, aunque era joven y la vida al aire libre le había dado una fortaleza superior. Las heridas dejaron de supurar y su sueño era más quieto.

Papá iba cotidianamente, cuando acababa con su tarea de campo. Por consideración hacia la muchacha no entraba, se paraba frente a la

ventana para intercambiar novedades conmigo.

—Envié de inmediato a Rosalía y el pequeño José a Buenos Aires —me dijo un día—. Gran parte de nuestra servidumbre partió con ellos —y al notar mi rostro tenso agregó—. Los revolucionarios parecen estar más sosegados, no tienes de qué desvelarte. Estamos a punto de conseguir la independencia que tanto anhelamos durante años. Nuestros sueños se harán realidad.

No sabía si lo que decía era la verdad, o sólo lo hacía para apaciguarme.

Prefería cambiar de tema.

—Papá, ¿por qué la abandonaron?

—Ellos no tienen posibilidades de combatir la enfermedad y, llegado el caso, de atender a los enfermos, la única solución a su alcance es abandonarlos. Por lo menos, así minorizan las chances de que se contagien más personas.

Varias veces estuve a punto de contarle sobre el indio que había visto, pero siempre me detenía, no había necesidad de salir a buscarlo, rememoraba el profundo dolor reflejado en su rostro y, por experiencia propia, sabía que el pobre hombre, con eso, tenía más que suficiente.

Estábamos bien adentrados en el otoño y los días eran muy fríos. Había comenzado a lloviznar, con ese débil chispeo suave e interminable, cubriendo todo con una cortina de niebla mojada.

A veces, por las noches, no podía dormir. Aún no estaba acostumbrada a mi nuevo habitáculo, y extrañaba las voces y la presencia de mi familia, las risas y los berrinches de mi hijo, sus travesuras. Además, el olor ácido y persistente de los cueros sudados —y que aún permanecía en los cuartos impregnados— era lo suficientemente fuerte como para provocarme náuseas.

Solía levantarme a mirar por la ventana hacia el parque, aunque ahora lo que se percibía era apenas una densa cortina de agua.

Un día después la lluvia paró.

La muchacha dormía plácida, ya no se revolvía en la cama ni transpiraba las sábanas con que la envolvía.

Sus rasgos eran netamente europeos. Su piel estaba curtida por largas horas a la intemperie, pero continuaba siendo blanca, sus ojos eran marrones y su cabello castaño claro, ondulado y largo. Tenía una linda nariz, y el conjunto era armónico.

Su cuerpo aparentaba ser el de una mujer de veintidós a veinticinco años.

Esa noche, harta de silencio y soledad me levanté, como en otras oportunidades, a matizar mi nostalgia mirando por la ventana.

Afuera el cielo estaba limpio, helaba, regresé a buscar una manta y me la coloqué sobre los hombros.

Cada estrella, límpida, refulgente, parecía un cristal de hielo, la luna una bola de nieve.

Los perros comenzaron a aullar, y creí ver una sombra deslizarse sigilosamente atravesando el prado.

Agucé mis ojos y permanecí estática; la silueta volvió a cruzar velozmente, de arbusto a arbusto.

Mi respiración casi se detuvo, y mi cabeza comenzó a trabajar apurada.

Papá había apostado un peón frente a nuestra puerta.

Acostumbrados al frío, el hombre de turno permanecía estoico y sin quejarse durante todo el tiempo que le tocara vigilar, lloviera, nevara o helara.

Al principio, se quedaba despierto toda la noche, pero, en un acto de misericordia —más por el clima gélido que por lo que ellos realmente estuvieran sintiendo—, le pedí a papá que hiciera atravesar una cama junto al marco de entrada a la casita. Así, el vigía podía dormir; y si alguien quería entrar tendría que pasar sobre él.

Me asomé por la puerta para comprobar si el peón también la había notado.

El hombre dormía, roncando con ritmo desacompasado, hundida su nariz bajo media docena de gruesas frazadas. Me dio lástima y preferí no despertarlo.

Decidí regresar al calor de nuestro precario hogar. Puse más leños en el fuego, trabé la puerta con la mesa y me acerqué el arma, por si acaso.

Luego, como aún no tenía sueño, regresé a la álgida ventana.

Al apoyar mis dedos en el vidrio sentía como si se estuvieran quemando. Los perros continuaban aullando, y el paisaje era un juego de luces blancas y sombras largas.

Sobre el vidrio empañado con el dedo dibujé una letra y de mi pecho brotó un gemido involuntario:

—¡Ricardo!

Me asombró la R en la ventana y la palabra que acababa de pronunciar. Querido esposo, ¿acaso no había quedado en el olvido? ¿No lo había relegado al cajón de los recuerdos? ¿Por qué pensaba en mi marido cuando otro hombre estaba reemplazándolo?

El frío comenzó a helarme las piernas y pronto subió hasta mi pecho, apreté mis brazos alrededor de mi estómago pero no funcionó, y decidí que mi trébede era el lugar más acogedor en donde estar.

Poco a poco papá convenció a los gauchos de que la enfermedad de la muchacha ya no era contagiosa, y se animaron a pasar frente a nuestra puerta. Quizás más por curiosidad que por necesidad.

A veces, yo salía a quemar trapos o, cuando la joven dormía la

siesta, me escapaba a cortar flores al jardín. Entonces, ellos se asomaban por la ventana a espiar.

Otros solían venir a jugar a la taba para entretener al que hacía las veces de vigía, o se sentaban a su lado y dedicaban sus ratos de ocio a trenzar tientos. Mientras, comentaban narraciones traídas de la ciudad o escuchadas en algún fogón. Siempre eran casi increíbles, como si el ponerles condimento de aventura las volviera más interesantes. Por cierto que así era.

Quise aprender a trenzar, pero había que tener mucha fuerza y práctica, y al cabo de un par de horas me dolían todos los dedos, acostumbrados a tareas más livianas, como bordar, coser o, lo más áspero que podía llegar a hacer, tirar de las riendas de un caballo. Me di por vencida rápidamente.

Cuando la niña descansaba solía dedicarme a intentar adivinar cuál podía ser su nombre y cómo debía haber sido su vida antes de conocerla, incluso antes de los indios.

Diez días después la joven comenzó a despertar; a medida que la enfermedad cedía ella estaba cada vez más lúcida.

Llena de ansiedad, me sentaba a su lado y le preguntaba cómo se llamaba, de dónde venía, un dato, cualquiera, lo que fuera que me indicase a quién dirigirme para devolverla a su familia original, ¿dónde estaban sus raíces? Mas ella, reiteradamente meneaba la cabeza y me observaba con mirada perdida.

Aprendió a caminar otra vez, y a sentarse con corrección; sí aprendió, porque cada instante que pasaba me convencía más y más de que su mente estaba deteriorada. También le enseñé a comer con los cubiertos, pero ella se cansaba muy pronto y los dejaba a un costado, usando algo mucho más fácil y más práctico, los dedos.

—Así no —le repetía y volvía a tomar el tenedor—. Así.

Ella me miraba con sus ojos pardos y tomaba el cubierto de mi mano, lo volvía a dejar a un lado y continuaba con su desaforada ingestión de alimentos. Era como si quisiera recuperar el tiempo perdido durante esos días transcurridos sin casi probar comida.

Cuando ya estaba completamente restablecida la senté frente a mí y, al no poder descubrir cuál era su nombre, pacientemente le enseñé el más simple que pude encontrar.

—Ana, tú te llamas Ana —y la señalaba.

Ella me miraba con esas pupilas siempre ausentes.

—Repite: «a-n-a».

Después de trabajar horas, conseguí que lo pronunciara de manera bastante similar.

—Ammma —decía.

—Sí, querida, si a ti te es más fácil, así te llamarás.

Un par de semanas más tarde regresé con Ama a Buenos Aires. No

conocía a sus parientes ni sabía dónde vivía antes de que fuese raptada por los indios —porque eso era probablemente lo que aconteció—, entonces no me quedaba otra solución más que dejarla viviendo conmigo.

Desde que salimos de la casita para preparar las cosas y partir hacia la ciudad, Ama no se separó de mí. Apenas alguien se acercaba a nosotras, ella se encogía y se ponía junto a mi cuerpo.

Papá la miró comportarse de esa manera y meneó la cabeza.

—Otra persona más que se cobija bajo tu ala.

Volvimos en coche con Paco. El viaje se me hizo largo y tedioso, cada tanto miraba el horizonte con añoranza. No sólo me alejaba de las pampas que tanto amaba, si no de mi Español.

—Estoy ansioso por regresar —dijo papá.

—¿Por qué?

—Creo que ésta va a ser una semana de grandes decisiones para el virreinato. Cisneros finalmente accedió a abrir el puerto, pero el pueblo aún no está satisfecho. Ese hombre está en graves problemas; cuando estuve en Buenos Aires hace un par de días me dijeron que el capitán de una fragata acababa de llegar con noticias de España.

Me di vuelta para poder escuchar atentamente sus palabras; había vivido allí y me interesaba todo lo que podía estar sucediendo.

—Dijo que los franceses continúan tomando casi todas las ciudades, y el país ha quedado prácticamente sin gobierno. Eso puede tener importantes repercusiones acá, y te aseguro que no serán a favor del virrey. No quisiera estar en su coleto. Todos los ciudadanos se están movilizando, de reunión en reunión —hizo un breve silencio—. Sí. hija, la independencia está lista.

Volví a mirar hacia fuera, íbamos a llegar en el peor momento, o en el mejor.

Bien, el destino lo había dictado así.

Entonces observé a Ama para ver si su rostro denotaba algún cambio por lo que mi padre acababa de decir. Ella continuaba mirando el paisaje con ojos imperturbables. Recorrí detenidamente cada una de las cicatrices de su rostro, y sentí mucha lástima por ella.

Capítulo 6

Buenos Aires, mayo de 1810

Era el mediodía y aún la niebla no se había disipado; la ciudad parecía flotar en ella, los ruidos de los cascos y las voces hacían eco en cada gota de humedad, y se oían más potentes. Si un pregonero cantaba las noticias a dos cuadras, tenía la sensación de que estaba a mi lado.

Era Buenos Aires, pero con esa apariencia tan diferente se asemejaba a un pueblo antiguo de los que había conocido en Europa.

A medida que avanzábamos con nuestro carruaje, y nos internábamos más en la capa de niebla, me imaginaba rodeada de castillos medievales con sus altas torres vigilando la campiña. El caballo trotaba, y de vez en cuando se resbalaba en la piedra mojada, Paco emitía un chiflido agudo y la marcha continuaba.

Las calles estaban desiertas, y los pocos transeúntes que circulaban eran vendedores ambulantes ofreciendo a gritos su mercadería, y los esclavos haciendo mandados.

Mamá nos recibió calurosamente.

—¡Oh! Cristina, hija mía, estaba tan inquieta por ti —entonces miró a Ama—. ¿Ésta es la muchacha que salvaste?

—Sí —respondí.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Ama, por supuesto, no le contestó.

—Mamá... tenemos que hablar sobre ella —me apresuré a decirle.

Ella me miró intrigada.

—¿Hablar? ¿Qué le ha sucedido? ¿Acaso esos salvajes le cortaron la lengua?

No era momento para la historia larga.

—Vamos adentro, más tarde te contaré.

Ama me seguía, apretando sus puños en mi falda, miraba todo con mucho susto, y cada nueva persona que se nos acercaba era motivo para que ella chillara de angustia.

No hubo manera de hacerle entender que se quedara en la cocina con Paloma y Dady.

Le sonreí, le hablé con palabras dulces, intentando persuadirla en una docena de maneras diferentes, ella sólo quería estar junto a mí. Aparentemente el resto de los seres humanos la aterrorizaba.

—No tardaré. Por favor, Ama, debes quedarte aquí.

Por toda respuesta ella se aferraba a mi falda con desesperación.

Me di por vencida.

—Bien, vendrás conmigo, sólo por esta vez —recalqué claramente.

Aunque no sabía cómo iba a hacer para convencerla la próxima.

Mamá me estaba esperando en la sala, había levantado a José de su cuna y lo tenía en brazos.

Lo tomé, y luego de sentarme, lo acomodé en mi regazo con ternura. ¡Cuánto, cuánto lo había extrañado! Hacía varios días que no lo veía, y el niño estaba más grande. Él me escudriñaba con rostro serio, casi, casi con pucheros.

Lo besé, le canté y le hice mil monerías, y cuando ya estaba a punto de desfallecer de desesperación, finalmente me reconoció. Abrió sus regordetas manitos, intentando atrapar mechones sueltos de mi cabello mientras reía alegremente.

—¡Mi precioso varoncito!, ¡qué lindo estás!

Entonces vi el dedo de Ama estirarse hacia él, lo miraba como hechizada. No lo perdía de vista ni un segundo.

Quizás el pequeño le había hecho despertar algún recuerdo dormido.

—¡Ba... bá! —dijo Ama con dificultad—. Babá.

Ésa parecía ser su forma de decir: bebé.

Estiré mis brazos y le hice ademán de lo tomara, pero Ama se retiró un paso, y negó con la cabeza. Entonces lo dejé a mi lado, y ella se dedicó a mirarlo y estudiarlo con insistencia.

Mamá observaba boquiabierta la escena.

—¿Es tonta? —me preguntó en voz baja.

—Creo que sí.

—¿Ha sido así siempre?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, desde que está conmigo ha avanzado muy poco. No podemos culpar a los indios por su estado tan... tan —no encontraba la palabra exacta para definirla— tan precario, quizás fue la enfermedad la que destruyó su cerebro.

Mamá chasqueó la lengua escéptica.

—Fueron esos... indios, te lo afirmo.

Lo dudaba; ningún hombre que amara tanto a una mujer como aquel indio parecía amar a Ama podía haberle hecho tanto daño.

Mamá continuó mirando con recelo los movimientos de la muchacha cerca de Babá.

—¿Estás segura de que no le hará nada a José? ¿Y si lo lastima?

—Creo que no.

—¡Pues yo la voy a vigilar muy bien! —dijo en un arranque de madre sobreprotectora—. No dejaré que ninguna de tus locuras dañe al bebé. ¿Por qué no la dejaste en Los Naranjos?

—¡Mamá!, aún no sabe vestirse sola. Además, tú pretendías que la dejara entre cincuenta hombres que hubiesen podido hacer con ella lo que se les antojara. ¡Es igual que un niño!

—¡Precisamente por eso te lo estoy diciendo! Nunca se sabe lo que un infante celoso puede llegar a hacer, y mucho menos uno de este tamaño.

Suspiré y callé, quizás tenía razón. Últimamente mis actitudes eran bastante impetuosas; no medía sus resultados.

A la hora de comer, Ama se sentó conmigo a la mesa y, como era de esperar, no comió muy elegantemente. Mamá echaba chispas por los ojos y apretaba los labios en una fina línea de crispación, estaba a punto de estallar. Se mantuvo en silencio durante toda la comida, sin casi probar bocado. No sucediendo lo mismo con Ama que devoraba lo que se le ponía en el plato. Casi sentía cómo mamá quería fulminarla con la mirada cada vez que ella se comportaba groseramente, lo cual sucedió con apretada periodicidad.

Sabía que tendría que encontrarle alguna solución a tan espinosa cuestión, pero no ahora, estaba cansada, y no podía pensar claramente.

Cuando nos levantamos de la mesa y cada cual se dirigía a su cuarto, escuché a mamá comentar en voz audible:

—¡Esto es intolerable!

Claro que lo era, ella tenía razón, ¿cómo haría para resolverlo? Apuré la marcha y me encerré en mi habitación.

Tampoco hubo manera de convencer a Ama de que no debía dormir conmigo. Durante diez días habíamos convivido, alimentándonos y durmiendo en el mismo lugar, era lógico que ahora

pretendiera hacerlo igual.

Mañana sería otro día, pensé, y esperaba que con tiempo y suma paciencia ella aprendiera.

Afortunadamente, la solución llegó por sí sola.

A veces los problemas más desesperantes se arreglan sin la intervención de nadie, y cuando ello sucede todos pensamos que ha sido un milagro concedido por el Supremo.

Tan simple y claro como el agua de manantial, el primer día comprendimos que Ama prefería a Babá.

Entonces, cuando yo tenía que almorzar, hablar con mis padres o realizar cualquier otra diligencia sola, dejábamos a José en la cocina con Paloma, quien se encargaba de vigilar a Ama, por si acaso. Con sus blancas y enormes pupilas clavadas en la muchacha, y sus gruesos labios apretados como sorbiendo la bombilla de un mate, parecía decirle:

—Atrévete a hacerle algo, muchacha india, ¡sólo atrévete nomás, y me vas a encontrar! ¡Ah, sí! ¡Te lo juro, me vas a encontrar!

Ama seguía cada movimiento de José mientras pronunciaba con dulzura:

—¡Babá, Babá!

Lo cual nos inquietaba un poco; ¿qué estaba rememorando su cabecita? No podía entender por qué se comportaba con el niño como si éste fuera una deidad. ¿Había tenido ella también un hijo alguna vez? Si era así, cabía la posibilidad de que su amor se transformara en rabia, rabia hacia ese niño que yo tenía y ella había perdido.

Por otro lado, ¿distinguiría ella que ése no era su hijo?

Esperaba que mis temores fueran infundados, no quería desprenderme de ella. La sentía como mi gran logro, mi pequeña victoria. Sin falsa humildad, reconocía que gracias a mí ella vivía, y eso me llenaba de orgullo.

Además, si la llevaba a otro lugar y la cambiaba de hogar, sufriría más de lo que ya había padecido, y yo creía que su cuota de dolor en esta vida había sido ampliamente superada.

Arreglamos el cuarto contiguo al mío para que ella durmiera, y coloqué una cuna junto a su cama. Cuando Ama se dormía iba a buscar a José y lo acostaba conmigo.

Arreglado el inconveniente de la muchacha, ahora me quedaba poco por hacer.

La ciudad no era como el campo; en él tenía el día ocupado acompañando a papá o recorriendo a caballo la pampa. Pero aquí… me levantaba con las manos vacías y me acostaba con la cabeza hastiada de tanto ocio acumulado.

Las calles estaban llenas de vida y agitación, y tal como papá me dijera, casi no había tiros ni escaramuzas. Nuestro pueblo había

iniciado su campaña hacia la emancipación. Había gente repartiendo panfletos, discutiendo acaloradamente, formando grupos entusiasmados que entonaban canciones patrias; la ciudad entera parecía estar de fiesta. Nunca presenciamos una riña ni un tiroteo.

Sí, el país había cambiado mucho desde las invasiones inglesas a este tiempo.

Aun así papá nos aconsejó que no saliéramos si no era absolutamente necesario, no por ahora. Cuestiones muy importantes estaban a punto de definirse, y nadie sabía cuáles serían sus repercusiones.

Nosotras, por supuesto, acatábamos su palabra como si fuera una orden.

A veces me sentaba a mirar por la ventana de mi cuarto o la de la sala, sólo para ver la fachada gris tiza de la casa de enfrente. Ni campo ni árboles ni libertad, una pared fría y aburrida. Ni siquiera tenía la esperanza del beso robado a la oscuridad o de la rosa abandonada sobre la cama, tedio y nada más.

Tal como papá presentía, las noticias que traía de la calle eran algo alarmantes.

—Le han pedido a Cisneros que permita un cabildo abierto donde todo el pueblo pueda opinar.

Mamá, siempre fiel a su patria, fruncía el ceño con disgusto.

—Estos tiempos evidentemente no son como los de antes, cuando era joven se escuchaba al rey, y nadie en sus cabales se hubiese atrevido a abrir la boca para contradecir sus sabias órdenes.

—Rosalía, ya no existe el rey, y la Junta que lo reemplaza está refugiada en la pequeña isla de Cádiz. El único gobierno es el caos, las tropas de Napoleón han arrasado todo el país.

Luego solía arrepentirse de sus palabras; mamá amaba España y sufría como si todo eso estuviese aconteciendo en su propia familia.

El 24 de mayo de 1810 amaneció frío y neblinoso. Típico clima invernal porteño.

Ese día los cabildantes habían votado y finalmente elegido una Junta que gobernaría provisoriamente a las provincias del Río de la Plata, mas sucedió que, al enterarse el pueblo de quiénes eran sus integrantes, estallaron enfurecidos y con manifestaciones en grupos muy numerosos, a los gritos, exigieron otra votación.

Papá nos informó que la Fuerza Pública se había sublevado, y las tropas también. El virrey ya no tenía quién lo apoyara, se encontraba solo y su vida corría serio peligro, y no sólo la de él si no también la de sus simpatizantes.

No hacíamos más que estar atentos a cada noticia que nos llegaba de afuera, algo muy, muy importante estaba a punto de suceder; hasta

el mismo aire parecía una sola llama encendida, a punto de explotar en cualquier instante.

—¿Quiénes componen la Junta elegida ?

—Cisneros, dos españoles y dos criollos.

Ella sonrió satisfecha.

Pero el pueblo la había rechazado de plano, y ahora se reunirían nuevamente a deliberar una, dos, diez horas de ser necesario, sobre la elección de una nueva lista con integrantes argentinos en su mayoría. Eso era lo que el pueblo estaba esperando, y exigiendo.

Nadie durmió esa noche, pensando y elucubrando sobre qué se estaría gestando dentro del Cabildo, y cuáles serían los resultados de tan larga reunión. El té y el café negro circulaban por la casa como agua de cascada, cuchicheábamos expectantes porque, de tener éxito la voz de la calle, iba a ser la primera vez que el virreinato era gobernado por patriotas. Y, lógico era pensar, que de esa elección a la independencia como colonia española, había apenas un paso.

Esa mañana en especial despertamos con los ojos muy abiertos y el corazón agitado; afuera no se veía un alma transitando por las calles mojadas.

Mamá se sentó frente a la ventana de la sala y no se movió en todo el día de allí, quieta, llena de amargura. Fiel a su país, no podía ni quería aceptar que ella era más criolla que española.

Pero a medida que el día transcurría vimos cada vez más personas caminando hacia la plaza mayor.

Ya no pude contener mi ansiedad, la pasividad no era mi fuerte, y en un acto de coraje corrí a mi cuarto y me vestí con mi traje de campo, bombachas, chiripá, faja y botas de cuero, en la cabeza un enorme sombrero de jipijapa. Como sabía que nadie en casa aprobaría mi nueva locura, me escurrí a la calle por el portón de la cochera.

Paloma y el resto de la servidumbre estaban espiando por ese lado.

Antes de partir corriendo le pedí a la fiel cocinera que cuidara de Ama y el bebé.

—¡Mamita santa! —exclamó ella con un agudo silbido cuando me vio—. ¿A usted también se le dio vuelta la cabeza, señorita Cristina? —parece que no podía aprender que había crecido—. Si la descubren así… —y buscó la palabra menos graciosa— trajeada, su familia será el hazmerreír del pueblo.

—Entonces mírame bien, negra sensata, y asegúrate de que soy un hombre.

Ella me hizo girar varias veces mientras murmuraba palabras en quién sabe qué idioma exclusivamente personal, tomó varios mechones rubios y los apretó fuertemente dentro de mi sombrero.

—¿A quién se le ocurre usar una jipijapa en Buenos Aires?

Pues era un sombrero del litoral, tan grande como práctico.

Volvió a repetir la pregunta, ¡Ay!, cuando se lo proponía ella podía llegar a ser tanto o más testaruda que Ama.

—¿Está usted segura de la chifladura que pretende hacer?

Al ver que yo asentía nuevamente con la cabeza, me dio un cariñoso empujón, se persignó y cerró el portón detrás de mí.

Apenas salí a la vereda una fina garúa me mojó la cara y las manos. Con el frío atravesando mi vestimenta, apreté los puños bajo mis axilas y corrí hacia la plaza.

Lo que vi me asombró; no había demasiadas personas agrupadas, pero las que estaban, a pesar del frío, la lluvia y las largas horas sin respuestas concretas, permanecían estáticas, esperando frente al cabildo.

Algunos hombres cada tanto golpeaban la enorme puerta de entrada gritando:

—¡El pueblo quiere saber de qué se trata!

Algunos repartían cintas de color blanco y colorado, otros, los más pícaros, vendían ponchos. Pocas mujeres y niños estaban presentes. Algunos señores tenían colgado el retrato de Fernando VII, y otros llevaban una rama de olivo atravesando el sombrero.

Luego de esperar cerca de media hora, un grupo de hombres finalmente salió al balcón del primer piso, anunciando que la nueva Junta había sido aceptada y Saavedra, el jefe del Batallón de Patricios, era su presidente.

La buena nueva se propagó por el aire, pronto todas las campanas estaban repicando, así como las trompetas haciendo sonar sus dianas. El pueblo había triunfado.

¡Qué gran día de fiesta!

Ahora sí las personas, niños, mujeres y hombres comenzaron a llegar desde todos los puntos de la ciudad, congregándose en la ahora pequeña plaza. En el barullo de la gente arribando y las carrozas acampadas alrededor del cabildo, se me hizo bastante complicado regresar a casa.

Una vez en mi cuarto me apresuré a mudarme de ropa.

Mamá continuaba frente a la ventana, ni siquiera se había dado cuenta de mi ausencia.

Me senté a bordar en silencio, el corazón agitado y la sonrisa haciéndome cosquillas en la garganta.

Callé las buenas nuevas, eso me habría delatado. Aunque, con los campanazos y las corridas de la multitud hacia el centro de la ciudad, ella se debía haber dado cuenta.

Un rato después llegó papá, y a pesar del amor que sentía hacia su mujer, no pudo reprimir una amplia sonrisa de satisfacción. Sus

sueños, y los de muchos otros, se habían hecho realidad.

No hubo necesidad de palabras, mamá se levantó de su puesto de vigilancia y comenzó a caminar hacia su cuarto. Papá la detuvo y la abrazó, luego corrió hasta donde yo estaba y exclamó feliz:

—¡Cristina, hemos triunfado!

—Ya lo sé, papá, estuve allí.

—¿Cómo? —preguntó él con mirada divertida.

—¿Crees que me lo hubiera perdido?

Mamá regresó a la sala y se sentó en el sofá, dio un largo suspiro.

—Creo que ha llegado el tiempo de aceptar mi nueva patria. Después de todo, le debo mi familia —alzó hacia nosotros sus ojos llenos de lágrimas—, que es mucho más de lo que había imaginado para mí.

Me acerqué a ella y también la abracé con ternura. Esas palabras, viniendo de una persona tan remisa a decirnos cosas agradables, eran más que un halago.

Después volvió a ser la de siempre.

—¿Que estuviste en la plaza?, ¿con el tumulto? ¿Cómo?

—Vestida de hombre.

Meneó la cabeza pero nada dijo, ya estaba comenzando a aceptar que su hija era… diferente a las demás mujeres.

—Cristina, no me va a parecer increíble si un día de éstos te veo esgrimir una espada.

Papá comenzó a contarnos los sucesos del día mientras se paseaba de un lado al otro de la sala. Había estado participando en las reuniones secretas que hacían los patriotas antes de pedir el cabildo abierto.

—Tenemos hombres extraordinarios, desean ver su patria libre del yugo de cualquier otro país, pero también quieren que no haya derramamientos de sangre. En las guerras todos pierden, incluso aquellos que ganan las batallas, por ello su revolución es pacífica. Son hombres que, ante todo, aman a su patria y respetan profundamente a quienes habitan en ella. Y esto es algo que, quienes vienen con la intención de conquistarla, ávidos por más tierras y más poder, deberían aprender. ¿Saben lo que le dijo Castelli a Cisneros cuando fue un grupo de hombres a verlo para pedirle que cesara en el mando del virreinato?

Su rostro exultaba satisfacción.

—Cisneros le preguntó, con algo de recelo, qué pensaban de él y su familia, y Castelli le respondió que estaba entre americanos, y eso debía tranquilizarlo.

Lo observé con admiración, él era un vívido ejemplo de lo que acababa de decir.

Dos días después le pedí permiso a papá para salir a la calle.

—¿Adónde irás?

—Quiero hacerle una visita a la señorita Ofelia, así me da clases de canto y piano; hace tanto que no practico que dentro de poco ya ni siquiera voy a identificar las notas musicales.

—Sal si quieres, pero que Paco te acompañe adonde sea que vayas, siempre. No debes desconocer que todavía existe peligro —me miró sonriendo y agregó—: Sé que eres autosuficiente, y que el riesgo no te asusta ni te inmoviliza. Tú eres la que elige.

Decidí salir.

La señorita Ofelia estuvo encantada de tenerme como su alumna, recordaba aquella noche en la cual entretuvimos a los invitados en la fiesta celebrada para festejar el cumpleaños de la hermana de Mariano.

Reía alegremente al recordarlo, con su risa casi infantil y tan contagiosa.

—Lo hicimos muy bien, ¿no te parece?

Yo también recordaba claramente esa noche, allí había intimado con mi esposo, allí, tácitamente, nos habíamos comprometido el uno con el otro.

—Aunque lamento decirte que solamente podrán ser dos clases a la semana, el resto del tiempo lo tengo ocupado con otros alumnos.

Bueno, cuatro horas era algo para llenar mi largo tiempo de inactividad.

¿Y todas las demás horas? ¿Qué podría hacer? No era mujer de permanecer quieta, terminaría enloqueciéndome.

Ésa misma tarde lo hablé con papá.

Él se quedó pensando largo rato, y cada vez que creía haber encontrado algo, meneaba la cabeza y se arrepentía.

—Hija, no hay muchos trabajos que pueda ofrecerte, mis oficinas están en las barracas, y ciertamente es el lugar menos indicado para una dama. Además, no tengo tareas que puedan ser realizadas por una mujer… —y me miró alzando una ceja—, aunque sé que eres capaz de cualquier cosa. ¿Sabes? se me está ocurriendo que en el ejército siempre necesitan mujeres que colaboren con la costura. Lamentablemente continuamos en guerra con varios países limítrofes, además acá continúan las rencillas, y cada vez son más los hombres que se enrolan. Y necesitan uniformes, por supuesto. ¿Te agradaría cooperar con ellos? puedo arreglarlo, pero tengo que advertirte que el trabajo no está exento de vicisitudes.

Iba a hablar, cuando él me detuvo.

—Vuelvo a repetir, porque sé lo que me vas a decir. Eres muy valiente y te animarías a casi cualquier cosa —se levantó de su asiento —. ¡Qué bien!, yo colaboro con donaciones clandestinas y tú

cosiéndoles a nuestros soldados, en lindo lío nos estamos metiendo. Y continúo insistiendo que nuestro pueblo debe tener un ejército bien armado, las sorpresivas invasiones inglesas así lo han demostrado.

De esa manera comencé a trabajar para el ejército; confeccionaba los uniformes a los soldados del Batallón de Patricios, justo allí donde había pertenecido mi marido, él colaboró hasta con su vida, y yo quería ayudar —aunque sólo fuera mínimamente— continuando con su meritoria labor.

El invierno siguió con sus bajas temperaturas. Cuando no estaba en clases de piano solía sentarme con mamá en la sala de costura, haciendo ropa hasta el anochecer. Había dos braseros siempre encendidos dentro del cuarto que contrarrestaban el frío.

Mamá observaba las telas que pacientemente unía, me veía ponerle los botones, hacerle los bolsillos con meticulosa prolijidad. Lentamente aceptaba la idea de que las provincias del virreinato se estaban emancipando de España. Y de a poco, muy de a poco, comenzó a ayudarme. En un detalle, en algún consejo sobre cómo colocar las charreteras, o simplemente con su cálida compañía.

Por su lado Ama también estaba haciendo méritos en la familia; su pertinaz presencia y sus palabras suaves habían conquistado el corazón de José. Siempre estaba a su lado, reía cuando él era feliz y salía corriendo a buscarme cuando tenía el menor berrinche. Si no me encontraba recurría a Paloma, a Dady, mamá, e incluso, de ser necesario, a papá.

Era incapaz de tolerar su sufrimiento. Apenas me encontraba, tiraba de mi falda y repetía su nombre.

—¡Babá, Babá!

Pronto aprendí lo que eso significaba, y debíamos atenderlo de inmediato si no ella continuaba insistiendo hasta la exasperación.

Aún no lo tocaba, le hacía morisquetas y le hablaba en su idioma incomprensible. Si José se ponía de panza ella hacía lo mismo, si él tiraba un juguete ella arrojaba uno parecido. La pelota de trapo iba y venía de una mano a la otra y José se entretenía horas enteras mirándola y jugando con las cosillas que Ama le alcanzaba.

José amaba a Ama tanto como ella amaba a José.

Paloma había comenzado a enseñarle a la muchacha algunos trabajos simples en la cocina, aunque ella se distraía y continuamente abandonaba lo que estaba haciendo y regresaba junto al bebé, Paloma jamás la retaba.

Sólo exclamaba:

—¡Mija, mija!, de los dos no hacemos ni uno.

Sí, era una mujer regañona y, a su manera, también bondadosa y tierna. Su principal defecto era que en su diccionario mental las

palabras dulces no existían.

Todavía no me animaba a dejarlos solos, la muchacha era muy insegura en su comportamiento, además, sólo sabía hacer cosas muy simples. Ni siquiera podía ponerle un abrigo al niño. Yo tampoco había aprendido a comprender sus extrañas reacciones.

A veces se sentaba en un rincón del cuarto, y permanecía allí largo rato entonando tristísimas canciones en un idioma desconocido; sus ojos castaños estaban muy abiertos, pero permanecía completamente abstraída con su canto, ausente, no sabía quién se encontraba junto a ella ni reaccionaba ante estímulo alguno.

Además de sus largas melodías, cada tanto repetía la palabra de siempre:

—¡Epuñe! —una y otra vez.

—Está cantando como los indios, —dijo Paloma en una oportunidad que pasaba y la escuchó —y ése, debe ser el nombre de su compañero. Ya antes escuché que algún indio se llamaba así.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—¡Muchacha! —y me señaló con su dedo índice—, sé muchas cosas más que usted, señorita Cristina. Recuerde que ya soy una vieja.

Reí.

—Y no se ría, porque sea una vieja no quiere decir que no tenga ojos y cabeza bien en su puesto. Antes de venir a esta familia le pertenecía a unos patrones que tenían un sirviente indio. Sí, señor, y cuando se sentía solo entonaba la mismita canción que esa niña está entonando ahora.

Se empeñaba en llamar «niña» a Ama. Sí, era joven, debía tener alrededor de veinticinco años, pero ciertamente había dejado de ser una pequeña hacía mucho tiempo; sólo su mente continuaba estancada en la infancia.

Con el paso de los días la ciudad fue calmándose y nuestras vidas comenzaron a tomar el ritmo de las tareas cotidianas.

Una vez más estábamos en la civilización, y nuestras respectivas responsabilidades se movían en torno a los códigos de educación y estrictas reglas sociales, y éstas no eran tan relajadas como cuando estábamos en el campo.

Papá se iba temprano a trabajar a su escritorio, o se encerraba en la biblioteca a estudiar sus papeles y facturas o a leer el periódico. A veces salía por la tarde, nunca nos decía dónde se dirigía. Reuniones secretas, pensaba, y temblaba ante el albur que eso pudiera significar. Aunque, como él mismo lo había dicho, toda la familia corría riesgos en caso de ser descubiertos. No debía olvidar que yo cosía para el ejército patrio.

No, era mejor que pensara en positivo; él se cuidaba en exceso. La

situación del país, a partir de la elección de la nueva Junta, había cambiado radicalmente. En realidad ya no había qué temer, éramos discretos más por costumbre que por precaución a ser descubiertos; si no, a esta altura, la mayoría de los ciudadanos estarían presos.

La voz del pueblo era la voz de Dios.

Mamá visitaba con regularidad a sus amistades o se quedaba colaborando con el jardinero en el arreglo de los tres patios que teníamos en la casa. Yo asistía a mis clases de canto, jugaba con mi pequeño, trabajaba en la costura o miraba con anhelo hacia el cielo, buscando en vano dentro de su inmensidad azul algún recuerdo que me transportara, aunque sólo fuera en ilusiones, al campo.

El conde Antoine Balsac de Rengines había adoptado la urticante costumbre de visitarnos casi diariamente. Iba por las noches a jugar con papá a los naipes, el chaquete, a las damas o los dados. Le gustaba apostar grandes sumas de dinero, aunque la mayoría de las veces papá no se lo permitía.

—No, señor conde, si jugamos por plata el juego dejará de ser diversión.

—¡*Monsieur* Alonso! —exclamaba él con su tono de voz tan alto—; ¡todo lo contrario!, lo hace más interesante.

Papá no se dejaba convencer.

Al principio venía exclusivamente a jugar, y juntos pasaban varias horas entretenidos. Después, comenzó a llegar más temprano y se reunía con nosotros para tomar una taza de té.

Papá lo apreciaba bastante y charlaba con él sobre mil temas diferentes, el conde era un hombre que había recorrido gran parte del mundo y tenía bases sólidas con que opinar, aunque sus ideas fueran siempre muy personales. También sabía mucho sobre caballos, en realidad eran su *hobby*, lo cual les daba más motivos para discutir sobre pelos, estética, cualidades físicas de cada raza, árboles genealógicos... Balsac se daba el lujo de tomar a la vida como si ésta fuera una continua diversión. A él nada le era lo suficientemente importante como para quitarle el sueño, ni las guerras ni enfermedades, ni la miseria; claro, el suyo era mérito de aquéllos que lo tienen todo. Poseía dinero, título, una de las quintas más hermosas de Buenos Aires —*Ilusion* se llamaba— era dueño de una industria dedicaba a la importación y venta de artículos decorativos, tales como pisapapeles, alfombras, ceniceros, tinteros, floreros... Y a causa de su poder e inmensa fortunas era respetado, y temido, por las personas más importantes de la ciudad.

Sin embargo mi intuición femenina, ésa que raramente se equivoca, me decía que todavía deseaba más.

Había algo en él que me inquietaba sobremanera, la forma en que me observaba cuando nuestras miradas se cruzaban. En sus ojos —por

más que al principio me negara a aceptarlo— se reflejaban la codicia y la lubricidad.

¿Hacia qué o hacia quién? ¡Vamos, mujer! Me dije un día sin rodeos,

—Hacia ti, lógicamente.

Me había acostumbrado a usar los vestidos que trajera de España, con mangas cortas y muy escotados. Pero cuando su vista comenzó a deslizarse de mi rostro hacia mi escote decidí que no debía permitir que continuara descendiendo. Opté por ponerme un vestido con volados hasta el cuello.

Bien, eso lo detendría por ahora.

A veces me dirigía la palabra, simulaba no escucharlo o sólo le respondía con monosílabos.

—Creo que estás siendo muy descortés con el conde —me dijo papá en una oportunidad, cuando nos encontrábamos comiendo.

Continué masticando con la vista clavada en el plato.

Existen temas que son imposibles de tratar con nuestros padres, y ése era uno de ellos. ¿Cómo podía decirle que el conde Balsac de Rengines, su gran, gran amigo, me deseaba?

Solamente intentaba evadirlo con los medios que encontraba a mi alcance, y sin ser grosera. ¿Cómo podía papá entender lo que estaba sintiendo si no podía meterse en mi piel?

Sí, todo hubiese sido diferente si el conde me agradara, en cambio sentía todo lo contrario, lo detestaba.

El verdadero valor de las personas se encuentra en sus virtudes interiores, no exteriores, y Antoine carecía de las primeras.

—Espero que esta noche lo atiendas con un poco más de amabilidad —continuó papá.

Tragué el bocado casi entero y dejé los cubiertos, ya no me apetecía comer. Ésa era una de las pocas veces en que deseaba ser más independiente, en las que me hubiese gustado vivir lejos de mis padres, o por lo menos en otra casa. Ya era mayor, bien adulta, y siempre me había desagradado recibir órdenes.

Más tarde llegó el conde, me acerqué a él y le ofrecí una taza de café. No lo miré ni una sola vez, si mis padres así lo querían sería atenta con él, cortés y, al mismo tiempo, fría y cortante como facón. Ellos no me podían obligar a ser amorosa, ni a soportar su mirada ni sus asedios encubiertos.

Una tarde la señorita Ofelia me recibió con evidente ansiedad.

—¡Señora Cristina!, con los alumnos que asisten a mi clase hemos organizado una fiesta, y quiero pedirle a usted que nos acompañe y cante para nosotros.

¿Una fiesta? la última a la que asistí fue cuando ella y yo

cantamos en la casa de campo de Mariano. La vez que bailé con... ¡oh!, su recuerdo aún me producía tanto desasosiego.

—Será muy íntimo. Ya verá que se divierte —y guardó silencio, esperando impaciente mi respuesta afirmativa.

—No sé... no sé si podré asistir, tengo que dejar a mi pequeño hijo durante muchas horas, y ello puede ser demasiada carga para mamá. Está todo el personal de servicio ayudándola pero no es lo mismo.

—¡No, no!, sólo estaremos un par de horas cuando más. Algunos tocarán el piano, otros bailarán el minué, un muchacho ha prometido enseñarles a los demás compañeros un baile nuevo que se está poniendo de moda en Europa, usted cantará...

Mientras hablaba me transmitía su entusiasmo.

—Bien, ¿cuándo será?

—¡Oh, qué hermoso va a ser contar con su participación!, dentro de cinco días.

¿Cinco días? no tendría tiempo para hacerme un vestido nuevo, me lo tendría que comprar.

¡Ay, las cosas nunca se dan como las hemos planeado!

—Acostúmbrate a los cambios bruscos del destino —me decía papá cuando algo me sorprendía.

A veces dejaba delirar mis pensamientos y me decía:

—Un día de éstos voy a llamar al destino, juntos competiremos en algún juego en el que yo sea ducha. Así podré ganarle, y de ahí en más decidir mi futuro.

¡Ja!, cuánto delirio inocente, como si éste no fuera experto en todas las lides.

Esa noche, como las noches anteriores, el conde vino a visitarnos.

—Buenas noches, querida, ¿cómo está mi pequeña hoy?

Sonreí y le contesté que bien. Estaba un poco cansada porque había cosido desde que llegara de la casa de la señorita Ofelia hasta la hora de comer, y como la luz de las lámparas era muy débil tenía los ojos enrojecidos y me dolía la cintura.

Esta vez su sola presencia se me hizo intolerable.

Me detuve a hacer un análisis de su aspecto; su perfume francés era tan persistente como empalagoso, luego del beso de saludo, permanecía en mi mejilla hasta el día siguiente, su pelo tan meticulosamente engrasado permitiría a un ciervo clavar sus pezuñas y aun así resbalarse, su ropa tan llamativa, bordada con dibujos de flores, todas sus prendas con sus iniciales grabadas en el frente, donde todos las pudieran ver... parecía que no le avergonzaba su gordura, pues lucía ropa de color rosa, celeste o colorado, la camisa ajustada y adherida al cuerpo, elegida entre quinientas confeccionadas en Europa para él —sí, él no olvidaba comentarlo cada tanto—, y que luego enviaría nuevamente a su lugar de origen a ser limpiada, sus zapatos

vistosos, y su boca con algunos dientes menos, producto de las grandes comilonas a las que asistía de continuo.

Él, completamente ajeno a mis pensamientos casi insolentes, ya había comenzado a rociarme con sus palabras empalagosas, sin siquiera preguntar si estaba en el mercado de las mujeres libres. Tan especial se creía. Acosando y presionando su ataque, táctica que quizás, alguna vez le diera resultados.

Ciertamente no estaba dispuesta a ceder a sus veladas insinuaciones; aún no había perdido mis esperanzas puestas en el Español, sabía que nos volveríamos a encontrar.

—¿Bien? ¿*Cherie*, dices que estás bien y se te cierran los ojos?, creo que me estás mintiendo —y con su mano me levantó el mentón así lo miraba.

Como me quedé callada mamá prestamente intervino por mí.

—Es que hoy ha tenido clase de canto, y seguramente practicó de más porque se están preparando para una reunión.

—¿Una fiesta? —y se dio vuelta a mirarme nuevamente.

Entonces ella pasó a explicarle en detalle lo que le había confiado esa tarde.

No me molestaba que mamá hablara de la reunión, sino a quién iban dirigidos sus comentarios, excesivamente minuciosos, por cierto. Aborrecía al conde y no quería darle pie para continuar con sus melares, y menos aún anoticiarlo sobre una fiesta casi pública. A la cual, no cabía duda alguna, haría uso y abuso de sus influencias buscando estar presente.

Me levanté, y pidiendo disculpas me dispuse a retirarme de la sala.

Él me hizo una pregunta que, sistemáticamente, me negué a escuchar y continué mi marcha. Lo lamentaba por mis padres, pero tenía los oídos sordos.

—¡Cristina! —exclamó mamá—, el conde te ha preguntado si te agradaría recibir de regalo un vestido nuevo.

Volví a pedir disculpas por mi distracción, ya parecía una tonta, y cuando le estaba por responder cortésmente que sí comprendí a lo que me estaba exponiendo; el precio del regalo, sin duda, luego tendría que pagarlo demasiado caro.

—¿Un vestido! —casi grité con disgusto.

—¡Cristina! —me reprendió mamá con tono severo.

—No importa, *mon cherie*, mañana hablaremos. Creo que será mejor que vayas a reclinar tu adorable cabecita sobre la almohada.

¡Cabecita adorable sobre la almohada!, si supiera la de barbaridades que pensaba sobre él, seguramente no me diría tales cosas. ¿O las sabía y —como él siempre decía— no le importaban? ¿O acaso era tan mórbido que hasta le agradaban? Entre cuchicheo y

chismorreo, hacía mucho ya escuché que no existía nada que motivara más a los hombres que el rechazo de una mujer hermosa. ¿Acaso yo había pasado a ser parte de una cacería? quería probar que todo lo podía, incluso doblegar mi carácter indómito, ¿pretendía convertirme en su trofeo? Ahí detuve mis pasos, en el pasillo había un espejo, a la débil luz de la lámpara me miré en él. ¿Era hermosa? Al cabo de mi análisis sonreí satisfecha, ciertamente lo era.

Como papá estaba resfriado, a la mañana siguiente fue a verlo al doctor Capurro.

Regresó cuando nos disponíamos a almorzar.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó mamá.

Él suspiró y respondió escuetamente:

—Había muchos pacientes que necesitaban ser atendidos antes que yo.

—¿Estaban enfermos?

—No, heridos.

Eso fue suficiente para hacer callar a mamá.

Después de comer ella se retiró a descansar y junto con mi padre salimos al patio. Nos acomodamos en el poyo bajo un ciruelo.

—Me tomé la libertad de ofrecerle tus servicios al doctor —dijo él apenas se sentó en el banco—, creo que te necesita.

—¿Necesitarme?

No me molestaba mirar una herida abierta, y me consideraba más eficaz y ordenada que cualquier otra mujer que él pudiera contratar para el trabajo de enfermera, pero me sentí un poco acobardada.

—Nada sé de medicina, ni siquiera colocar una venda correctamente.

Él sacó una pipa de su chaleco y se dedicó a frotarla con indiferencia, concentrado en sus pensamientos.

—Cuando lo veas trabajar sin duda aprenderás rápidamente, además, no lo suplantarás en su labor. Solamente debes estar atenta, y ayudarlo cada vez que él te lo requiera, no te subestimes, debes acordarte que fuiste capaz de salvar a Ama de la viruela.

Levantándose del asiento puso un ligero beso en mi frente y dio por terminada la conversación.

Escuché cómo cerraba la puerta que daba a la calle.

Me quedé allí sentada, en el mismo banco donde momentos antes también había estado él. Intentando adivinar qué ocultaba detrás de sus escuetas palabras. Apenas un comentario, y sin embargo algo estaba sucediendo que no quería contarme, ni siquiera a mí. Bien, decidí que quizás lo averiguaría cuando fuera a ver al doctor.

Me retiré a mi cuarto y me arreglé el peinado frente al espejo, y cuando me disponía a salir rumbo al consultorio de Capurro, apareció

Dady trayendo un enorme paquete entre sus brazos.

—Es para usted, señora Cristina.

A pesar de mi insistencia, ella aún no había aprendido a llamarme sólo «señora».

Lo dejó sobre la cama, y una vez que se fue lo abrí con curiosidad.

Tuve que reprimir una exclamación de alegría al descubrir lo que había en su interior; era un vestido de terciopelo rosa. Lo levanté de los hombros y lo miré mejor. Tenía una larga cinta de raso en el mismo color ajustando el pecho, sus mangas eran cortas y apenas sueltas, el escote era cuadrado, dejando ver un recatado rectángulo del cuello.

Aun detestando al conde, debí reconocer que el vestido era digno de una condesa.

Con una sonrisa en los labios tomé la tarjeta que lo acompañaba, a toda mujer le gusta que le hagan regalos, especialmente si son tan hermosos como ése. Reconocí la letra cursiva y algo improlija del conde.

«Para que mi adorado pimpollo luzca como una rosa.

Balsac».

«Mi adorado pimpollo», ¡vaya que se estaba tomando atribuciones ese hombre!, ¡y qué cursi!

No me lo pondría; por más que el vestido fuera el más bello que nunca jamás haya visto, no lo usaría. Sería como dar pie a más, ¡y cuánto más! Conocía la laya del emisor.

Al darme vuelta para mirarlo nuevamente, desplegado cuan largo era sobre la cama, una honda pena me comprimió el pecho. Quizás, después de todo, podría ponérmelo sin que él se enterara, sólo por esta vez. Le diría a la señorita Ofelia que no lo invitara. Luego lo guardaría y me olvidaría de él; o mejor, lo podía regalar.

Por una noche ¿por qué no? podía darme el lujo de usar algo procedente de ese odioso hombrecillo.

Después, lo haría lavar y podría decirle que se lo guardara, que no me lo podía poner, que no podía aceptar tamaño obsequio de un hombre.

Lo colgué en mi ropero y salí rumbo al consultorio del doctor Capurro.

Tuve que esperar un par de horas hasta que él se desocupó; y mientras estaba allí sentada, ante mi vista desfilaron varios pacientes

con heridas de variado tipo. Casi todos eran hombres, entraban al consultorio en silencio y se marchaban, callados también.

Finalmente el doctor me hizo pasar y se aseguró de que nadie quedaba en la sala de espera.

—Bueno, debemos apresurarnos porque probablemente pronto llegue otro enfermo. ¡Señor! —se quejó al tiempo que se sacaba las gafas y se frotaba la vista—, este nuevo gobierno ha conseguido encolerizar a los españoles y acentuar la enemistad que ya existía entre patriotas y realistas. Se suceden encuentros, casuales o forzados. Ahí tiene el resultado —y señaló hacia fuera—, usted lo acaba de ver, heridos y más heridos, cuando no muertos.

Con evidente fatiga se tiró sobre un sillón que estaba cerca.

—Bien, Cristina, tu padre me ha dicho que quieres ayudarme, es un gesto muy loable de tu parte, especialmente si continúas pensando lo mismo después de estar dos horas presenciando lo que sucede aquí dentro.

Lo detuve.

—En realidad mi padre habló con usted antes de consultarme. Sin embargo, estaría complacida, y agradecida por ocupar mi tiempo en algo tan importante, —y lo miré— pero lamento informarle que ni siquiera sé darle correctamente los medicamentos a mi pequeño hijo.

Él sonrió.

—Eso no importa, conmigo aprenderás. Aunque no es por eso que te necesito, aún puedo arreglármelas —se inclinó hacia delante y continuó—, es para que me ayudes en una campaña que he emprendido con mi sola iniciativa, y la cual a veces me cuesta llevar adelante: la lucha contra la viruela.

Esta vez fui yo quien se enderezó atenta, escuchando lo que él decía, personalmente interesada.

—Estoy intentando que todas las personas se inoculen la vacuna. Suelo fallar; las familias con dinero y educación me obedecen porque comprenden los enormes riesgos que así se evitan. Incluso, a muchos ni siquiera tengo que decirles que se vacunen, lo hacen por propia iniciativa, pero con las personas de clase baja, la cosa es muy diferente. Tienen sus propias creencias al respecto, y suelen preferir consultar a un curandero antes que al doctor.

Le relaté lo que me había sucedido con Ama. Él me escuchó fascinado, y cuando acabé, había admiración en sus ojos.

—Cristina —exclamó, meneando la cabeza con admiración—, ¡eres una muchacha increíble! Ahí tienes un ejemplo claro de lo que estoy diciéndote, mi ambiciosa campaña todavía no puede llegar hasta los gauchos en el campo, y mucho menos hasta las tolderías de los indios. A un criollo lo puedo convencer, a un indio es casi imposible.

—¿Y cómo puedo colaborar?

—Con tu presencia quizás podamos persuadir a los más rebeldes, después de todo tú eres una dama y te has vacunado, además está tu experiencia con la niña abandonada, eso puede ayudarnos enormemente.

Continuamos debatiendo con interés nuestros puntos de vista coincidentes al respecto.

Al cabo de la conversación ambos quedamos complacidos el uno con el otro.

Cuando me retiraba de su consultorio tuve la sensación que me llevaría muy bien con ese amable hombrecito.

Unos días más tarde fue la fiesta en casa de la señorita Ofelia.

Esa tarde me arreglé con sumo esmero. Dady peinó y recogió mis cabellos como sólo ella sabía hacerlo; le encantaba tocarme los largos mechones y me peinaba con mucha lentitud, retrasando el final de su labor.

—¿Te gustan? —solía preguntarle intrigada.

—¡Oh, sí!, señora Cristina, ojalá yo tuviera esa suavidad.

Esa noche no había tiempo que perder.

—Dady, si no te apresuras, llegaré cuando los demás invitados se estén yendo. Aún debo vestirme.

Ya me había probado el vestido rosa y me quedaba perfecto, no cabía duda de que el conde poseía buen ojo, conocía muy bien mis medidas.

Ella se disculpó y me colocó las últimas horquillas, luego abrió el armario para sacarlo.

Cuando me lo ponía sus ojos enormes lo devoraban, extasiados ante lo que veían, y su bocaza permanecía tan abierta que hubiera permitido una pelea de toros en su interior.

—Dady, ¿qué sucede?

—¡Es precioso, señora Cristina! —y se quedó allí, sin atreverse a tocarlo.

—¡Vamos, ayúdame!, no se va a deshacer si lo tocas.

Mamá me prestó un collar de perlas y un abanico con delicados adornos de flores rosas.

—¡Querida, estás maravillosa!, pareces una princesa —y me besó en la mejilla.

Me sentía muy excitada, hacía más de un año que no asistía a acontecimiento social alguno, más de un año en que ni siquiera me había arreglado con cuidado para asistir a una reunión.

Paco me llevó hasta la casa de la señorita Ofelia y no se movió de mi lado hasta que el portero abrió la puerta.

Era día de fiesta y la anfitriona había contratado un hombre para tales servicios.

Crucé el zaguán con el corazón latiéndome agitado, y cuando entré a la sala iluminada donde se encontraban los invitados reunidos, un murmullo de comentarios recorrió rápidamente el salón.

Me detuve sin saber qué hacer.

La misma señorita Ofelia fue quien vino a rescatarme.

—¡Señora Cristina!, ¡mi querida alumna! —exclamó sonriente y bastante nerviosilla— estábamos esperándola con ansiedad. Todos han preguntado por usted, desean disfrutar de sus dotes de cantante —pareció recordar—, pero ¡qué grosera estoy siendo!, primero hagamos las presentaciones.

Seguidamente saludé a los diez alumnos que se encontraban presentes; había seis muchachas y cuatro varones, mal número, pensé divertida, alguien se quedaría sin bailar.

Un rato después ella se sentó frente al piano y todos hicieron silencio para escucharnos.

La señorita Ofelia comenzó a tocar las notas del himno nacional cuya letra compusiera poco tiempo atrás Vicente López, y Blas Parera le puso música. El himno nuestro era la canción más gloriosa que había escuchado. Cada vez que lo oía, mis labios luchaban por seguir las palabras, y cuando lo hacía, una profunda emoción me embargaba y de mis ojos brotaban lágrimas. ¿Podía una canción expresar el gran sentimiento patriota de nuestro pueblo? ciertamente sí.

Después entoné varias canciones más, y al cabo de ellas los muchachos formaron pareja con las chicas y comenzaron a bailar el minué. Me senté a descansar mientras tomaba una taza de té y observaba los delicados movimientos de los bailarines. Algunos sirvientes servían bocaditos dulces y volvían a llenar las tazas con té.

Pasé una tarde agradable y me quedé mucho más de lo que tenía pensado en un principio, al final comencé a extrañar a mi bebé, y me puse inquieta pensando en los líos en que se estaría metiendo con Ama.

¿Del conde? ni noticias, pude disfrutar tranquila y sin remordimientos de su hermoso regalo.

Me disculpé ante la anfitriona y le agradecí por la tarde.

—¡No, no, Cristina!, has estado perfecta, todos nos sentimos halagados de que nos hayas obsequiado con tu exquisita voz. ¿Vendrás mañana a la clase? ¿Cómo de costumbre?

Le prometí que iría, y apenas vino Paco con el coche me marché.

Era noche ya cuando llegamos a casa, probablemente estarían comiendo.

Cuando nos acercábamos a la puerta vi el lujoso carro del conde estacionado enfrente.

Gemí en voz alta con desconsuelo. Maldije mi ingenuidad. ¿Pensaba acaso que él desaprovecharía la ocasión de lucirse ante los

demás con el vestido que me regalara? Pero por sobre todo, y muy especialmente, me sentí angustiada porque él iba a disfrutar la satisfacción de descubrir mi punto débil: vanidad. Ésa que le hablaba bien clarito, y sin lugar a ninguna duda, que era capaz de sobreponerme a la aversión que sentía hacia él con tal de exhibirme en una fiesta con un regalo suyo.

¿Qué podía hacer?

—¿Le sucede algo señora? —me preguntó Paco al ver que no descendía.

Entonces se me ocurrió una idea.

—Entraremos por la puerta de la cochera. Vamos, ¡rápido Paco!

Él volvió a chasquear el látigo asombrado y nada dijo.

Después de cerrar el portón tras de nosotros me dirigí silenciosa y apresuradamente, cruzando los patios en sombras lo más rápido que pude, hasta llegar a mi cuarto. Si era lo suficientemente veloz conseguiría cambiarme de ropa antes de que nadie se diera cuenta.

Cuando iba atravesando uno de los patios, noté un destello bajo el ciruelo donde días antes estuviera sentada con papá.

Me detuve en seco, y ese segundo de duda fue fatal.

—Buenas noches, *mon cherie* —exclamó el conde con voz melosa mientras exhalaba el humo del puro que acababa de encender—, veo que ya has regresado —entonces miró hacia la cochera—. Extraña forma de entrar la tuya. ¿Acaso tienes miedo de que tus padres te reprendan por haber llegado tan tarde? —mientras sonreía estiró su mano y me acarició la mejilla—. No temas, puedo interceder por ti.

Lo miré lanzando llamas por los ojos y sin decir palabra entré a mi cuarto. Dando una patada cerré la puerta tras de mí. ¡Excelentes modales para una dama!, ¡Bah!, ¿qué tanto podía importarme?

Mientras me sacaba el vestido dándole fuertes tirones maldije al conde de tantas maneras diferentes como mi vocabulario me lo permitió.

—¿Te gusta el vestido, Dady? —le pregunté a la mañana siguiente.

—¡Sí, señora Cristina! —y se animó a tocarlo con suavidad.

—Entonces te lo regalo.

Ella saltó hacia atrás.

—¿Usted se está burlando de mí?

—No, Dady, te lo digo muy seria. Tengo mis razones para no querer volver a ver ese vestido dentro de mi ropero. Te lo regalo.

Ella lo miró extasiada. Casi, casi era más de lo que ella podía anhelar en toda su vida.

—¿Y puedo usarlo cuando quiera? —por primera vez había olvidado su «señora Cristina».

—¡Por supuesto!, ahora es tuyo y puedes hacer con él lo que más te guste.

—Entonces creo que lo usaré… —sonrió y dejó la frase inconclusa.

La miré sin entender y levanté las cejas intrigada; ¿me había perdido de algo?

Con el doctor Capurro habíamos comenzado la lenta, minuciosa y a veces hasta desmoralizadora campaña contra la viruela. Visitábamos los barrios más pobres de la ciudad y entrábamos en todas las casuchas donde se nos permitía hacerlo. Allí el doctor iniciaba con paciencia y amor su charla sobre el mal, los contagios, y luego pasaba a demostrar los beneficios que se podían conseguir con la vacuna.

Algunos —los más blandos— sonreían con sus dientes blancos reluciendo bajo la tez oscura y decían que sí, otros, nos miraban con desconfianza, se cerraban negándose a recibir el pinchazo. Tal era el miedo que tenían, que ante la sola mención de la enfermedad muchos se aterrorizaban y no querían hablar más del asunto. También había otros pocos que desaparecían de nuestra vista y nos dejaban hablando solos, y por último estaban aquéllos a quienes el doctor debía entregar una suma en efectivo y así poder vacunarlos.

Cada vez que salíamos, él vaciaba las arcas de su consultorio, y utilizaba casi todo el dinero que ganaba dándoselo a las personas que aún no habían decidido vacunarse.

Lo observaba entregar aquello que le podía servir más adelante, cuando fuera demasiado viejo como para continuar ejerciendo la profesión y se viese obligado a mantenerse con lo ahorrado durante sus años laborales.

A veces así se lo decía, y él siempre me respondía lo mismo:

—¿De qué me sirve vivir mucho si no estoy en paz con mi conciencia? —me palmeaba la espalda tranquilizándome—. Muchacha, no temas, Dios proveerá.

Era un hombre con firmes convicciones, de principios. Eran la motivación de su vida, sin ellos, él prefería morir.

Entonces mi familia también comenzó a aportar dinero, dinero que papá gustosamente me entregaba.

—¿Sabes, papá? nunca te podré agradecer suficiente lo que has hecho por mí —le dije una vez.

Él sonrió apenas y me miró con simulado asombro.

—¿Hacer, yo?

—¿Cómo podías saber que este trabajo me gustaría? Si ni siquiera yo me tenía fe.

—Porque eres mi hija, y creo conocerte.

Ahora mi día entero estaba ocupado, y me hubiese gustado que éste tuviese treinta horas y así poder estar más tiempo junto al doctor.

Su trabajo me fascinaba, cada momento a su lado era una sucesión de milagros.

En una oportunidad él me comentó:

—Si continúas así te voy a nombrar mi ayudante principal; luego te ascenderé a doctora, pronto tus manos van a ser imprescindibles aquí. Mira cuántos hombres estamos atendiendo día a día —y meneaba la cabeza, desalentado—, nuestro virreinato se quedará sin varones. He escuchado que ha sido organizada una expedición al Alto Perú, la dirige el coronel Ocampo. Muchos jóvenes ya se han enrolado para participar en ella.

—Doctor —lo interrumpí—, la lucha contra la dependencia realista es justa.

—¡Lo sé, muchacha, lo sé! Aun así no te parece que es una picardía desperdiciar tantas vidas jóvenes por el poder, la libertad, más tierras o más dinero… —se interrumpió para pensarlo mejor—. ¡Por lo que sea!, nada puede reemplazar una vida. ¿Y qué haremos luego con un país sin hombres?

Él hablaba de esa manera porque era sacerdote, pacifista por sobre todas las cosas, y también un hombre sensato. Yo callaba respetando su opinión, conociendo y entendiendo que nuestros puntos de vista, aunque coincidieran, en nada contribuían a evitar las guerras.

Días más tarde nos enteramos que el coronel Ocampo se había negado a fusilar a Liniers quien se encontraba en Córdoba. Ocampo, entonces, fue reemplazado por Balcarce, y Juan José Castelli fue el encargado de hacer cumplir la sentencia dictada contra Liniers y sus compañeros.

Vencido dicho obstáculo, la expedición continuó su marcha hacia el norte.

Sí, como el doctor lo predijera, habría muchas muertes.

Casi todos los heridos que atendíamos en su consultorio se habían lastimado en distintos enfrentamientos entre españoles y americanos.

Como toda respuesta a la apertura del puerto y a la elección de un gobierno dirigido por patriotas, España había ordenado una salvaje represalia contra los activistas.

Había heridos con bala, cuchillo, bayoneta, golpeados, quebrados... miraba al doctor trabajar y trabajar sin descanso.

Comencé a ayudarlo en lo más simple, alcanzarle los implementos necesarios, vendar heridas pequeñas, desinfectar, redactar las recetas por él, y a veces correr a la botica más cercana en busca de un remedio que necesitábamos con urgencia.

Pasaron los meses, nuestras vidas continuaban con su rutina y, quizás por inercia o porque estábamos cómodos, porque nos sentíamos

útiles o simplemente porque no teníamos razón de peso para regresar a Los Naranjos, pero nuestra corta visita a Buenos Aires se fue dilatando más y más, y sin darnos cuenta volvimos a formar parte de sus habitantes. Mamá tampoco se quejaba, se sentía segura aquí, y siempre le había gustado más la vida en sociedad a la soledad de las pampas.

La ciudad parecía estancada en su eterna revolución nacional contra los realistas y entre distinto bandos.

Cuando cierta vez me detuve a hacer un cálculo mental, comprendí asustada que ya había pasado más de un año desde nuestra partida.

¿Cómo estaría el campo? cuando pensaba en él me daba cuenta de cuánto lo extrañaba. ¿Qué había sido del Español? tan frágil y tenue se había vuelto su recuerdo.

Una mañana vino a visitarnos la señora González. Traía una carta para mí de Manuela.

Mientras ella se quedaba en la sala tomando té con mamá y charlando sobre los temas que tenían en común, yo me encerré en mi cuarto para leerla.

Su letra era redonda y con algunos errores de ortografía, causados más por su apuro que por su ignorancia.

«Mi querida hermana:

Estamos entrando en una nueva estación, los pimpollos han comenzado a abrirse nuevamente, iniciando otro ciclo primaveral. Cada pedacito de tierra renace, y yo también llevo en mi seno una semilla que crece día a día.

¡Soy tan feliz!, estoy embarazada por segunda vez y mi corazón se llena de alegría.

Camelia es muy traviesa, sonríe a cuantos se acercan a mirarla, y está todo el tiempo haciendo morisquetas. Su rostro regordete se parece mucho al de Mariano, tiene los mismos ojos marrones, y su cabello es una mata dorada y salvaje. ¡Vieras! Casi no podemos peinarla!

Estoy aprendiendo a trabajar en la quinta con mamá Chana, y entre las dos nos arreglamos bastante bien, aunque sus ya famosos injertos aún no han prendido. Supongo que ella es poco práctica para cortar la rama y hacer la unión, y yo soy torpe al darle las atenciones posteriores para que sobreviva.

Unos días después de que ustedes se marcharon, Mariano llegó a Los Naranjos con el propósito de visitarlos, grande fue su sorpresa cuando se enteró de tu increíble odisea con la muchacha enferma de viruela. Mi querida hermanita, ¿en qué estabas pensando? ¿Estás segura de haber obrado bien? ¿Nunca pensaste que tu hijo se podía contagiar? ¡Ay!, además, cada vez que pienso en el susto que debes haber sentido cuando

encontraste a esa mujer, me tiembla todo el cuerpo; estoy segura de que yo no hubiese podido hacer lo mismo, no tengo tanto valor.

¿Cuándo volverás al campo? ¡Quiero mostrarte y contarte tantas cosas! Las cruzas entre distintas razas de vacunos están dando buenos resultados, aunque, según mi esposo aún falta mucho por hacer. Pero todo eso te lo explicaré cuando volvamos a reunirnos. No voy a visitarlos a Buenos Aires porque las noticias que nos llegan son demasiado inquietantes.

¡Ah!, casi me olvido de decirte que hace unos días Mulato le ha dicho a Mariano que, salvo lo que te contaré más abajo, el peligro de la indiada parece haber pasado. Después de que tú te fuiste salieron a inspeccionar la zona y encontraron algunos cadáveres, probablemente infectados, y los quemaron de inmediato. Y ya no han vuelto a ver indios ni a saber de otra persona que se haya contagiado. Eso significa que pueden regresar al campo cuando quieran; díselo a papá, que él es quien decide.

Ahora paso a contarte una historia inverosímil; Mulato le comentó a Mariano que uno de sus peones, a su parecer, ha enloquecido. Porque desde que ustedes faltan de Los Naranjos el pobre anda con un pavor tremendo cargado a su espalda, y cada vez que toma unos vinos de más, entre copa y copa, cuenta que el ánima de un indio está rondando la casita donde tú cuidaste de la muchacha enferma. Dice que lo ha visto varias veces, el supuesto fantasma, todo repleto de cicatrices, se desliza con dificultad, como si cada pisada le produjera mucho dolor, casi medio monstruoso lo describe. Según cuenta, el ánima llega hasta la puerta y comienza a gemir. Aterroriza escucharlo, y todos los perros de la zona le responden a coro, lo que hace imposible volver a conciliar el sueño.

¡Qué historia espeluznante!, ¿verdad? El peón anda divagando de tanto susto acumulado. Ya ni puede trabajar, merodea por el campo todo el día, pero Mulato no lo quiere despedir, le da lástima el pobre infeliz.

Bueno, voy a acabar ésta, mis tareas me reclaman en el jardín. Tendría tanto más para contarte, pero esperaré a que vengas, si no ya volverás a saber de mí.

Muchos cariños para ti y todos los de casa. No olvides escribirme o, lo que sería mucho mejor, y reiterando mi reclamo familiar, venir a visitarme, Manuela».

Dejé la carta sobre mi falda mientras pensaba en lo que acababa de leer.

No, bien sabía que no eran cuentos lo del aparecido, el indio era real, aquél que yo sospechaba debía llamarse Epuñe. Aun así, no me asusté, intuía que era completamente inofensivo, sólo estaba llorando la ausencia de su mujer.

¡Cuánto entendía su dolor!

A partir de ese momento comencé a mirar hacia el oeste con

ansiedad. La carta había despertado antiguas satisfacciones, imaginaba los extensos y dorados campos, el sonido de los caballos galopando, el ruido que hacía la peonada cuando arreaba el ganado, sus estridentes rechifles y huascazos chicoteando en el aire, hasta creí sentir el aroma de los azahares en verano.

Sí, quizás el tiempo de partir hacia lugares más queridos estaba cerca.

Cuando le comenté a papá la parte de la carta que iba dirigida a él quedó en silencio reflexionando.

—¿No crees que ya es tiempo de volver? —agregué, intentando que mi ansiedad no se notara en las palabras.

—No sé —dejó el libro que tenía en sus manos y me miró —aquí estamos muy bien; tú tienes tu trabajo y tus clases, mamá se entretiene visitando a sus amigas, yo tengo mi oficina. Me parece que lo dejaremos para más adelante.

No me atreví a preguntar cuánto tiempo significaba ese «más adelante» porque temía lo que él pudiera decir.

Suspiré hondo, el tenaz motor de mi esperanza continuaría marchando.

Él debió notar mi desilusión porque nuevamente dejó la lectura.

—De todos modos, si tanto deseas viajar, puedes preguntarle a Rosalía. Quizás tu madre quiera cambiar de aires, y esté equivocado con respecto a su opinión.

Mamá pensaba igual que él.

—¿Al campo? No, aquí no he visto mayor peligro —sin duda no salía mucho de casa—, además ¿qué haríamos allá?

Por supuesto se refería a su sola persona. Era un comentario normal en una persona que decide por el resto de la familia, como si fuera la voz de todos.

Me sentía bastante molesta, y no tenía ganas de continuar discutiendo, aparentemente el concepto que ella tenía de mí era que aún continuaba en la adolescencia. Sin un hombre que me protegiera e intercediera por mí, debía inclinarme hacia donde soplaran los vientos de los patrones de la familia. Y callé, de sobra sabía que sería casi imposible, y descocado, separarme de ellos.

Al final, me dije con resignación, en Buenos Aires no se estaba tan mal.

Un mes más tarde arribaron las corrientes cálidas y húmedas del norte. Mamá se vio obligada a cancelar sus escasas visitas sociales, y cuando debía salir llevaba la acostumbrada chaucha partida y abierta sobre su cabeza.

No sé qué le dirían sus amigas al respecto, seguramente estarían muy divertidas al verla con tan ridículo adorno. Aunque, no creo que

a ella le importara mayormente, sus jaquecas eran magnas.

—¿Aún no han descubierto algo nuevo para el dolor de cabeza? —le pregunté al doctor.

—No, Cristina, los remedios que puedo recetar no son lo suficientemente eficaces como para detenerlo. La influencia del viento es más fuerte que nuestros adelantos médicos.

Los pacientes que eran atendidos por una herida menor empezaron a repetir sus visitas, porque esa misma herida, casi imperceptible al principio, se volvía a abrir y ya no cerraba. Al contrario, se agrandaba e infectaba.

—Ésta es la época más difícil de Buenos Aires. La humedad no deja que cicatricen las lastimaduras, y hasta una simple torcedura duele durante meses.

Eso ya lo había escuchado, sólo que nunca creí que fuese tan así. Los argentinos, en general, eran muy saludables y resistentes, pero en esa época, sus defensas decaían ostensiblemente y su fortaleza se desvanecía.

Incluso papá estaba más parco e iba menos a su oficina a orillas del río. En cambio, se encerraba en la biblioteca y revisaba sus libros de contabilidad meticulosamente o salía a tomar una copa a algún bar cercano mientras charlaba con sus amigos.

La mayoría de las personas, sin razón alguna, iniciaban discusiones originadas, más por su mal humor que por una razón de peso. El aire parecía traer consigo ráfagas de salvajismo.

Una tarde, pasé por la cocina rumbo al cuarto de planchar, llevando entre mis manos la ropita de José. Escuché a Paloma gritando, y su voz no era canto de ninfas.

—¡Muchacha desobediente!, ¡ya te he dicho mil veces que no vayas a la cochera! ¡Fuera de mi vista, a trabajar en los cuartos como se le ha ordenado!

Al segundo, Dady salía de allí con rostro compungido.

Me extrañaba que la muchacha se portara incorrectamente, por eso entré a la cocina para averiguar qué estaba sucediendo con ella.

Paloma, con el rostro colorado y las manos crispadas, señaló hacia la puerta con la cuchilla llena de julianas de cebolla a medio picar.

—¡Es esa mocosa impertinente, señorita Cristina!, ¡esa chiquilla! Está todo el día charlando con Paco y desatendiendo sus obligaciones. Y cuando la llamo, obedece con demasiada lentitud. Su cabeza vuela y vuela cada vez más. ¡Algún día de éstos le daré una zurra con mis propias manos, ya no volverá a distraerse!, verá usted. Que la Virgen me asiste, por eso no lo he hecho aún.

El tiempo finalmente lo había aclarado: Paco no quería y protegía a Dady como si fuera su hija, lo hacía como a su mujer.

Sí, todos estábamos nerviosos y en la casa flotaba una invisible

tensión. No había necesidad de tantos gritos. Paloma no podía ignorar lo que estaba sucediendo, simplemente era amor. La muchacha actuaba así porque estaba enamorada, y ya vemos las cosas que puede hacer la pasión cuando está en efervescencia. Bien lo experimentara yo cuando me dejé llevar por mis deseos, y permití que el Español me besara en la oscuridad. Muchas veces me había preguntado cómo había sido capaz de hacerlo, y la respuesta siempre era la misma; porque me gustaba. Todos cedemos ante una demostración de cariño, somos débiles marionetas, adictas al amor.

Acto seguido recordé al hombrecillo insoportable, el conde Balsac de Rengines.

Bueno, me dije, ésa era una excepción.

Aún venía casi todas las noches a visitarnos. ¡Era tan insoportablemente perseverante!, con razón había hecho tanto dinero.

A veces llegaba tan temprano que papá lo invitaba a comer. En esas oportunidades debía soportar su mirada fija en mí. Parecía divertirse provocando mi enojo. Cuando yo enfurecía sus ojos brillaban más. ¿Qué clase de mente pervertida tenía ese hombre? ¿Cuál era el objetivo de su obcecación asnal?

Una noche llegó un mensajero trayendo una nota para mí. Paco salió a recibirlo.

El hombre, luego de finalizada su misión, volvió a montar en el sudoroso caballo, y desapareció al galope en la calle oscura.

Paco fue hasta la cocina, se la dio a Dady.

Yendo al comedor donde todos estábamos cenando ella se acercó a mí y me la entregó. Junto con el sobre traía un pimpollo de rosa colorado, tal como el que una vez el Español me dejara sobra la cama.

Mi corazón casi se detuvo, la hoja aún permanecía cerrada entre mis manos, después comenzó a palpitar con tanta fuerza que sentí agitación. ¡Qué momento!, ¿qué maravillosas palabras escondería la nota?

El conde se reclinó en su silla y apretó los labios con evidente disgusto; bueno, ésta era la primera vez que los papeles se invertían.

Pedí permiso y me retiré a mi cuarto.

Mi espíritu era una gacela en huida y me hacía cosquillas dentro del pecho. Cerré la puerta tras de mí y me senté sobre la cama, abrí el sobre con manos temblorosas. Disfrutando ese instante tan especial.

«La vida de su padre está en serio peligro, intentarán asesinarlo.

Su amigo, el Español».

Cerré el puño y apreté con fuerza el papel. Ciertamente no era la clase de nota que esperaba pero, viniendo de él, cualquier cosa podía

suceder.

Puse el papel sobre la llama de la lámpara y esperé hasta que se convirtió en cenizas.

Permanecí en el cuarto, casi en tinieblas, largo rato. Mis pensamientos saltaban del miedo al amor, y de la aceptación ciega hacia la advertencia que esas líneas expresaban, o a la total indiferencia por ellas. ¿Qué debía hacer? ¿Advertirle a papá que se cuidara? Que fuera más discreto en las charlas con sus amigos… obligarlo, con la excusa que fuera, a que regresáramos al campo donde pensaba que él estaría más seguro, o simplemente dejar pasar la nota y callar…

Aún no sabía bien qué debía hacer, y cuando regresé a la mesa estaba muy pálida y alterada. ¡Sentía tanta impotencia cuando no podía manejar una situación y ésta me conducía a mí! De ser cierto ¿quién podría querer asesinar a mi padre? De inmediato me dije que ésa era una pregunta tonta, en estos tiempos de intrigas y continuas peleas muchos podrían desear su muerte.

—*Bon*, parece que la nota ha molestado a Cristina.

Estaba sin ánimos para tolerar sus burlas e hice oídos sordos a su comentario.

—Papá... ¿puedo hablar contigo a solas?

Él me observó con el ceño fruncido. Era extremadamente descortés que el dueño de casa se retirara de la mesa antes de haber terminado, especialmente si había visitas, y más todavía si ese convidado era el conde.

—¿Es muy importante lo que tienes que decirme?

Vacilé, no quería hablar delante del conde.

—Sí —y bajé la cabeza, compungida por lo que le estaba obligando a hacer.

Él se pasó la servilleta por los labios y después de excusarse se levantó.

—¡Espero que sea muy, muy importante!, porque de otra manera... ¡nada te disculpará! —exclamó exasperado apenas entramos a la biblioteca.

—Papá, he recibido una nota... anónima, donde me informan que intentarán asesinarte.

Él sonrió con gesto despectivo, sin darle mayor importancia a la noticia.

—¿Y?, ¿sólo eso? me has hecho levantar de la mesa y ser muy grosero con Balsac, ¿sólo por esa tontería?

—¡No es una tontería, papá! —me defendí.

—¡Pues claro que lo es! ¿Sabes cuántos anónimos reciben los patriotas en estos días?

Lo miré con desaliento, no podía decirle de quién venía la nota.

Estaba segura que las razones al escribirla eran fundadas, el Español siempre me había ayudado cuando estaba en aprietos, ¿por qué habría de ser diferente esta vez?

Pero papá continuaba furioso, caminando alrededor de la biblioteca como un león atrapado. Nada lo haría cambiar de parecer.

—¡Cientos de personas querrían verme muerto! —dijo él levantando la voz—. Ahora, si no tienes más estupideces para decirme, te ordeno que me acompañes y juntos regresemos a la mesa de inmediato —y sin esperar mi obediencia se alejó con fuertes pisadas hacia el comedor.

Temblaba de ira y frustración, había fallado. Si era cierto o no lo que la nota decía, lo sabríamos más adelante. Una vez más éramos esclavos del tiempo, ni antes ni después, sólo cuando él así lo decidiera.

Di vueltas y vueltas, sin encontrar otra manera de averiguarlo.

Sólo esperaba que, al final, cuando los resultados se vieran, no tuviéramos que llorar.

Al día siguiente, apenas llegué al consultorio, el doctor me avisó que saldríamos a visitar una lavandera de condición muy humilde. Aunque todas lo eran.

Vivía en un barrio pobre, habitado por carreteros, changadores, demás mujeres de su mismo oficio, y otras personas menesterosas. La mayoría eran mulatos, negros y chinos. Y, había que reconocerlo, todos ellos muy trabajadores.

La lavandera tenía diez chiquillos, retozando como pichones en su nido por el diminuto patio que había detrás del cuarto que les servía de precaria vivienda. La calle no tenía vereda, y era de tierra guadalosa, la que ahora se había convertido en lodo a causa de las frecuentes lluvias de primavera. Había docenas de mocosos jugando, y los transeúntes caminaban, hundiéndose hasta las rodillas, como la cosa más natural. El aire era denso y olía a animal en descomposición. Probablemente algún buey con su carreta había quedado atascado en un pantano cercano. Aunque en ese barrio el hedor podía originarse por docenas de causas distintas, comenzando por la ausencia de sanitarios.

Con voz quejumbrosa la mujer nos contó que se le habían muerto otros tres niños.

—¿No existe cura para el *mal de los siete días*? —le preguntó al doctor.

—¡Claro que la hay! —exclamó él de inmediato.

Ella abrió sus gruesos labios con asombro.

—¡Pues nunca me había enterado!

—Tiene que dejar al bebé en la casa hasta que haya cumplido, por

lo menos, un mes.

—¿Sin sacarlo? ¿Cómo haré, entonces, mi trabajo? debo alimentarlo, y alimentar a sus hermanos. Apenas nacen los llevo conmigo al río, ¿cómo hago, si no?

Él la miró con frustración, había escuchado lo mismo tantas veces, y visto centenares de casos iguales.

—Un bebé de pocos días no puede soportar el frío de la roca donde usted lo deja descansando mientras realiza su trabajo.

Las lavanderas limpiaban la ropa a la orilla del río, y los bebés permanecían en el suelo cerca de ellas, donde los pudieran amamantar cuando fuera necesario.

La mujer escupió al suelo y maldijo entre dientes. Sabía que eso no tenía solución.

Después nos habló de su esposo, y seguidamente de su madre que acababa de morir.

—Era tan vieja que ni pelo tenía —y exclamó orgullosa—; sana como un algarrobo. Viera usted cómo barría, lavaba y cocinaba, hasta el mismo día de su muerte. Yo le dije: vea madre, creo que usted está trabajando mucho últimamente. ¿Y sabe qué me respondió? me sacó a escobazos mientras me gritaba que yo era su hija y no tenía derecho a decirle esas cosas. ¡Brava mujer!

Media hora más tarde permitió que vacunáramos a todos sus hijos, y a ella misma también, y no le pidió nada a cambio. Pero la munificencia del doctor era extrema, y cuando nos retirábamos del humildísimo cuarto le puso un real entre sus dedos.

Ella lo miró agradecida y miró al cielo.

—Sí, señor, Dios lo bendiga. A usted también, señorita.

Era tarde cuando regresamos a casa con Paco.

Cuando me disponía a bajar el pestillo noté que la puerta del frente estaba abierta. Todos mis músculos se pusieron alertas, eso era muy inusual porque los empleados que papá había traído para vigilar la casa tenían orden de mantener la entrada siempre cerrada. Protesté en silencio por no tener la pistola conmigo y me di vuelta para mirar a Paco.

Escuchamos gritos desgarradores que venían del interior.

—¡Déjeme entrar primero! —dijo él, y dando un fuerte empujón a la puerta la abrió de para en par.

Apenas entramos comenzó el caos.

El zaguán estaba muy oscuro, los alaridos venían de más adentro, y cuando Paco iba a llegar al patio tropezó con un bulto tirado en el suelo. En ese momento llegó Paloma trayendo una lámpara encendida que se balanceaba peligrosamente entre sus manos temblorosas.

—¡Paloma, el piso, ilumine acá! —gritó Paco.

Vimos un cuerpo inmóvil.

La negra lloraba y maldecía, nombrando a todos los santos de su repertorio, estaba fuera de sí. La luz parecía a punto de desvanecerse.

Yo no veía ni oía nada, el mundo se acababa de convertir en un jeroglífico indescifrable; sólo tenía ojos para ese adorado cuerpo que permanecía inerte delante de mí.

—¡Papá! —grité angustiada y me arrojé sobre su pecho. Tenía un disparo en el corazón, y había trabajado lo suficiente al lado del doctor como para saber que estaba muerto.

—¡Señora, su mamá ha enloquecido! —exclamó Paloma—; la he llevado a su cuarto, pero no deja de gritar. Si no hacemos algo de inmediato, probablemente se lastime.

Dije lo primero que se me ocurrió, no estaba en situación de pensar con claridad.

—Paco, vaya a buscar al doctor, ¡corra!

Él no se lo hizo decir dos veces y salió rápidamente de la casa. Cuando me levantaba para dirigirme al cuarto de mamá escuché los cascos del caballo que salía al galope y se perdía en la distancia.

—¡Lo han matado!, esos asesinos le dispararon a quemarropa. ¡Asesinos! ¡Asesinos! —y miraba hacia la calle, como si quienes habían perpetrado semejante atrocidad pudieran escucharla—. ¡Los denunciaré al rey! Los haré fusilar a todos.

La abracé, y con palabras suaves —que me costaba pronunciar ya que yo también necesitaba consuelo—, la obligué a recostarse. Ella obedeció mansamente pero continuó gritando y blasfemando contra quienes habían matado a su esposo. Era una de las pocas veces que la escuchaba maldecir, aunque no me llamó la atención, tenía sobradas razones para hacerlo.

—¡Se lo dije, Cristina, se lo dije tantas veces! ¡Y mira lo que consiguió con todas esas reuniones secretas! —aparentemente mamá estaba más enterada de las actividades de papá de lo que creía—. ¡Su propia madre lo ha asesinado!: ¡los españoles!

Quince minutos después llegó el doctor Capurro y le dio un fuerte tranquilizante.

—Dormirá toda la noche —se detuvo a mirarla mientras se movía inquieta en su cama y agregó—; eso espero.

Cuando ella finalmente se calló escuché un nuevo ruido que invadía la casa. Era como el murmullo de mil voces juntas.

Paloma entró al cuarto.

—¿Qué es ese ruido? —le pregunté intrigada.

—Es Ama. Ella estaba junto al señor Tomás cuando esos salvajes entraron aquí —entonces fue hasta la cama de mamá y la acomodó mejor—. Ama se asustó tanto que hasta se animó a levantar a José y abrazarlo. Viera usted, ella que nunca antes lo ha tocado, lo apretó tan

fuerte que casi lo asfixia.

Sospechaba que estaba exagerando pero nada dije.

—Gritaba y chillaba en su idioma incomprensible. Tuve que hacer mucha fuerza para poder quitarle el niño de entre sus brazos. El pobrecito se había desmayado por la falta de aire.

—José ¿cómo está?, ¿y ella, la han herido?

—Creo que no. Y no se preocupe por el niño. Apenas se lo quité lo llevé junto a Dady y le dije que lo mantuviera lejos de su presencia, ¡Ah! Sí, señorita Cristina, cuando esa muchacha enloquece es de tener cuidado.

—¿Dónde está Ama ahora?

—Se fue a su cuarto. Y no ha dejado de llamar al pequeño desde entonces, parece loca, tenga cuidado señorita Cristina. ¡Esa niña! —y dio un fuerte manotón al aire como queriendo abofetearla.

Dejé al doctor junto a mamá y fui a verla.

La habitación se encontraba a oscuras, y sus lamentos hacían eco en las paredes. Tanteé a un costado, y cuando encontré una lámpara la encendí. Al iluminarse el lugar vi a Ama acostada y enroscada sobre su cama. Gemía y llamaba al niño, deteniéndose sólo para juntar aliento.

—¡Babá, Babá!

Al verme, se incorporó apenas y me apretó las manos con desesperación.

—¡Babá, Babá!

Entonces vi la manta teñida de colorado. La levanté con lentitud y delicadeza, en su espalda noté un profundo corte que sangraba profusamente. Seguramente había sido hecho con un cuchillo o más probablemente con una bayoneta. Estaba mal, muy mal, sangraba por la boca y le costaba bastante respirar, probablemente le habían perforado un pulmón. Pero eso a ella parecía no importarle, su único martirio era que José no estuviera a su lado.

Ama se estaba desangrando, moría en mis brazos y ya nada se podía hacer por ella. Le sonreí prometiéndole que se lo traería de inmediato. Entonces fui presta a buscarlo. Lo más urgente era llamar al médico, aunque algo me obligó a satisfacer primero su requerimiento, ahora eso era lo más importante. Sabía que Ama había protegido al niño del arma que la lastimara.

Sentía la necesidad inmediata de complacerla; poco podría hacer el doctor por ella, ya era demasiado tarde ¡Había salvado la vida de mi hijo! y no le iba a negar el deseo de estar los últimos minutos de su vida con él.

Busqué a Dady y le pedí al niño.

Regresé corriendo al cuarto con él entre mis brazos.

Al verlo, Ama dejó de gemir. Me agaché y se lo acerqué. José la

reconoció y rió feliz.

—¡Babá! —exclamó ella sonriendo aliviada.

Lo miró con ternura, su pequeño estaba bien.

Estiró la mano y rozó suavemente los rizos del niño, era la primera vez que lo acariciaba.

—¡Babá!

Había lágrimas en ese rostro deformado por las cicatrices.

Luego puso la mano sobre su pecho y cerrando los ojos expiró.

Me quedé inmóvil; José jugueteaba, indiferente al horror de todo lo que acababa de suceder. Su alma inocente aún no captaba los misterios y las sinrazones del sufrimiento.

Sentí una tristeza tan profunda que ya no pude continuar mirando a la muchacha; la habíamos creído tonta, y sin embargo salvó la vida de mi hijo.

—No sólo hombres, papá, también tenemos mujeres extraordinarias en nuestra tierra.

Ella me había dado una lección de amor que jamás olvidaría.

La arropé bien, como si adonde iba pudiera tener frío, dejé la lámpara encendida junto a su cama, y me retiré del cuarto.

Estuve sentada en la oscuridad durante horas, mirando un vacío que nada me mostraba, escuchando sólo mis lamentos interiores.

Así, de un minuto al otro, mi vida había cambiado de espectadora a protagonista.

Parecía estar predestinada a convertirme en una mujer fuerte; quizás sin serlo, pero obligada por las circunstancias. Mi destino estaba marcado, y no era precisamente lo que imaginara en mi infancia. Tan opuesto al de mi madre y mi hermana, mujeres completamente dependientes de sus respectivos esposos.

Afortunadamente, no me sentía tan indefensa; había aprendido a valerme por mi misma al vivir lejos de la protección familiar, en Europa.

Mi padre había sido fiel a sus ideas revolucionarias, vivió y murió en pos de un ideal. ¿Por qué no se cuidó más? ¿Por qué no me había querido escuchar cuando lo previne acerca de su asesinato? Quizás porque pensaba que los sueños que él perseguía trascendían su persona, y que, de faltar, yo podría continuar con las tareas familiares.

Ahora me daba cuenta por qué siempre me decía que todos se reclinaban sobre mi hombro.

También sospechaba que no había querido escuchar mis advertencias sobre el peligro que corría, para no desdibujar la imagen de hombre valiente y fuerte que conservábamos de él, ése que no se arredraba por nada. Nos enseñó que, por sobre todo, y a pesar de cualquier resultado negativo, siempre debíamos ser fieles a nuestros

principios.

Debía hacerme cargo del patrimonio familiar, y ocuparme en la manutención de la familia. Haciendo la revolución desde el campo, manejando la hacienda, los sembrados y las ventas de nuestras producciones. ¿Quién más si no? la única que quedaba era mi madre, y ella sólo sabía coser, cocinar y criar hijos, las tareas más cotidianas, y normales de cualquier mujer.

O permitir que mi cuñado se ocupara de nuestro patrimonio mientras yo continuaba con mis tareas de samaritana junto al doctor Capurro.

Tenía dos opciones, y debía decidirme pronto.

Fuera de mi habitación escuchaba el ir y venir de los criados, casi silenciosos, arrastrando los pies mientras cuchicheaban asustados, asombrados ante la increíble pérdida. No es cosa de todos los días que el patrón de la casa desaparezca para siempre, y así tan de improviso.

¿Miedo? no. Me sentía inmensamente devastada por las dos pérdidas, y a la vez estaba plenamente consciente del desafío al que me tendría que enfrentar, si es que elegía retirarme al campo para administrarlo de acuerdo a los escasos conocimientos adquiridos mientras colaboré en laboreo junto a mi padre.

De ser así, esperaba que en esas ocasiones hubiese estado lo suficientemente atenta como para obtener ahora los consiguientes resultados favorables.

Sabía que una vez superada mi congoja, la sangre volvería a hacerme reaccionar, y mis sentidos responderían solícitos a esta nueva contingencia que debía enfrentar.

Antes de amanecer lo mandé llamar a Paco.

—Prepare el coche para partir. Quiero que alquile varias carretas, las suficientes como para llevar el equipaje de toda la familia y los utensilios que Paloma le dé. Recuerde cuántos seremos los viajeros, no sólo Dady y la servidumbre, todos vendrán con nosotros. Cerraremos la casa, así es que nada quedará aquí. Sólo deje un cuidador hasta que se vuelva a habitar.

A media mañana, y a pesar de que el tiempo estaba caluroso, trancamos la puerta del frente y nos marchamos hacia Los Naranjos.

Le pedí al doctor que se ocupara especialmente de los entierros, no creía que mamá se opusiera a ello. Además, en esos momentos no estaba en condiciones de decidir; aunque sabía que ella hubiese querido permanecer junto a papá hasta el último instante. Pero nuestras vidas corrían peligro y no iba a perder ni un segundo en alejar a mi familia, o lo que quedaba de ella, de esa ciudad.

Había tomado la decisión de ocuparme de mi madre y mi hijo, y

sabía que papá estaría orgulloso de mi elección. Ya nada nos retenía en Buenos Aires. Más aún, esperaba no tener que regresar jamás.

Mientras nos alejábamos y la ciudad pasó a convertirse en apenas un punto oscuro en el horizonte, comprendí que desde que regresara de España, todo mi ser, tanto interior como exterior, se había estado preparando para este imprevisto futuro.

Capítulo 7

Los Naranjos, primavera de 1811

El ciclo vital se reinició. Nuestro núcleo familiar se había transformado radicalmente, ahora debíamos organizar nuestras vidas de manera diferente. El jefe de la casa había desaparecido y alguien tenía que reemplazarlo, y no solamente en las tareas del campo o la oficina, sino también en las cuestiones medianamente importantes que a diario debía tratar mamá.

Lloré la muerte de mi padre en silencio. Su desaparición, junto con la de Ama, tenían un sabor a injusticia que no me permitía descargar mi tristeza con completa libertad. No podía llorarlos porque cada vez que comenzaba a hacerlo mis lágrimas se transformaban en surcos ardientes de rabia. ¿Por qué habían tenido que ser ellos quienes murieran? y más aún ¿qué beneficios se consiguieron con sus muertes? Si todo quedaba como antes, salvo la desolación familiar, nada había cambiado con su desaparición.

Debía callar mi resentimiento, por ahora debía permanecer quieta; pero estaba segura de que en alguna parte, alguna vez, encontraría justicia.

Unos días después de llegar a Los Naranjos determiné que ya era hora de enfrentar las continuas dudas que me acosaban, nadie estaba a mi lado para aconsejarme; a cachetazo limpio debía aprender, equivocándome, y luego corrigiendo mis errores.

Una mañana me levanté con nuevos bríos. Me puse las bombachas, la faja, chiripá, botas y guantes. Cuando salía del cuarto tomé el sombrero que aún estaba colgado en el perchero. Junto a él se encontraba el que hacía mucho usara Ricardo. Lo miré un instante, luego apreté los labios y continué la marcha, ahora no podía y no quería, acordarme de mi condición femenina.

Esperaba que la peonada recordara lo sucedido el primer día en que me había puesto ropa de hombre; ya que, de ser necesario, no vacilaría en repetirlo. No era la muchacha caprichosa que se protegía

y apoyaba en su padre; ahora yo daba las órdenes en la estancia.

Mamá había quedado postrada. Apenas se alimentaba, y se pasaba las horas del día recostada o sentada en la sala. En sus manos un rosario, sus ojos vacíos, continuamente recordando vivencias del pasado. Para ella la vida se había acabado. Dolorosa era la muerte de su esposo, y a ella se sumó la pérdida de su ídolo real; el gigantesco pedestal donde había elevado a España y a su rey se derrumbó estrepitosamente cuando asesinaron a papá. Ya no tenía en qué confiar. Y su ego herido tardaba demasiado en reconocerlo.

Apenas salí de la casa me dirigí a la caballeriza.

Mulato vino a mi encuentro.

—Señora, la novillada de este año aún no ha sido marcada, y si no lo hacemos pronto los terneros comenzarán a cruzarse los mojones, y luego será muy engorroso separarlos de los pertenecientes a las estancias vecinas.

Cavilé sobre lo que me estaba diciendo.

—Ya es demasiado tarde. Ahora no podemos marcarlos. Es muy arriesgado, hace demasiado calor y las heridas se pueden infectar. Esperaremos hasta que venga el otoño. Y si se cruzan, cuando los campos vecinos tengan la próxima yerra seguramente nos avisarán. Cada quien conoce a sus animales.

Esto lo había aprendido cuando hacía mis rondas con papá.

—Tiene razón, señora —en sus gruesos labios se dibujó una amplia sonrisa.

Mulato sabía lo del calor y sus peligros, simplemente me estaba poniendo a prueba.

Calló por unos minutos, como si no tuviera nada más para decirme.

Entonces le pregunté:

—Mulato, hace varios meses que nadie viene a ver cómo están las cosas aquí, ¿cuándo fue la última vez que vino papá por estos lados?, ¿un año?, ¿no tienes algo para comentarme?

Él dudó.

—... no.

—¿En doce meses ni siquiera una novedad?, ¿nadie se ha lastimado?, ¿cómo han sido las pariciones?, ¿y la esquila? —me estaba encolerizando, señalé hacia la pampa con ímpetu—, la siembra, la cosecha… ¿han brotado los pastos? ¿Qué están haciendo ahora?

—Señora —y bajó la vista sin atreverse a decir más.

— Mulato, don Tomás ha fallecido. Ahora, y tú lo sabes tan bien como yo, alguien tiene que tomar las decisiones aquí, y no veo a otra persona más que a mí. A no ser que prefieras molestar a la señora Rosalía que yace enferma en su cama.

—Bueno… es que... —y tragó saliva, avergonzado—, esto que voy

a decirle no son cosas que deban hablarse con una mujer —lo pensó mejor— pero, como usted dice, no hay nadie más. La peonada no ha recibido la paga de los dos últimos meses.

—Te agradezco que me lo hayas dicho. Ya veré qué puedo hacer. Diles que tengan un poco de paciencia sólo por esta vez, hasta que me ponga al día con las cuentas de papá.

Él quedó muy asombrado, no podía creer lo que estaba escuchando. Don Tomás parecía ser un hombre solvente.

—¡No, Mulato!, no quise decir que papá dejara deudas; debo revisar los libros que él llevaba para poder conocer mejor cómo manejaba los números, recuerda que es la primera vez que lo hago.

Y maldije no haber sentido la curiosidad suficiente como para, alguna vez, charlar ese tema con papá.

Después, con un poco más de confianza, comenzó a soltarse y continuó hablando sobre los pequeños inconvenientes que tenía con las máquinas de aprensar lana, y con algunos peones un poco mañosos para trabajar. Esto último era moneda común en todos los campos.

Cuando un extranjero llegaba a Buenos Aires y contrataba gauchos, generalmente estaba de acuerdo con las bondades que se decían sobre ellos, pero también agregaba que tenían un defecto mortal; siempre dejaban para mañana lo que podían hacer hoy.

Le dije que iríamos juntos al día siguiente a recorrer el ganado. Después me fui a ver a Cristy y Señora.

La yegua madre había tenido otro potrillo; era igual a su padre, Pampero, un hermoso animal. Ambas se acercaron contentas a que las acariciara, refregando sus hocicos tibios contra mi pecho.

Besé a una y después a la otra, y sin poder esperar más llevé a Señora al cobertizo donde estaban las monturas. Le puse una, justa a mi medida, a pesar de que usaba atuendo de hombre nunca pude acostumbrarme a montar en apero, era demasiado ancho y, por ende, incómodo.

Pronto estábamos las dos galopando por la pampa.

Era delicioso sentir el viento golpeando fresco sobre mi rostro, los cascos del animal pegando con ritmo en la tierra, el aroma a pasto, y la satisfacción de sentirme una privilegiada al saberme dueña de parte de esa hermosa tierra.

Fui hasta el viejo nogal donde solía detenerme a platicar junto a papá, y a aprender a utilizar la pistola.

Me di vuelta y miré el horizonte donde años atrás había venido imprevistamente el pampero; recordé el miedo, las corridas, el frío.

¡Todo había cambiado en tan poco tiempo! En ese entonces tenía dieciocho años, y ahora —tan sólo dos años después— la vida me había enseñado tantas cosas que antes ignoraba; la mayoría de ellas pesarosas. Había aprendido a sentir el amor, el nacimiento de un hijo,

la muerte, la enfermedad, la miseria…

En la soledad podía pensar con más claridad. Allí no había paredes ni voces interrumpiendo mis ideas. Allí, el paisaje entero estaba en paz con Dios, y su invisible Presencia se podía sentir en todas partes.

Me senté a la sombra de las inmensas ramas del nogal y descansé.

Entonces vi que alguien se acercaba galopando hacia mí. Un segundo después, por los colores del uniforme, reconocí la estampa del Español. Y al mismo tiempo que lo identificaba la furia me subió desde las entrañas, recordándome que había una cuenta que saldar. Haría justicia.

Me toqué el chiripá y sentí el duro bulto del arma bajo la tela.

Cuando estuvo a diez pasos de distancia saqué la pistola. Abriendo mis piernas para tener mejor apoyo, y así asegurarme de no fallar, apunté.

—¡Escúcheme bien, usted, como sea que se llame!

Allí cerca había un pequeño bosque de árboles autóctonos. El hombre se detuvo a la sombra de unos talas.

—Deje de perseguirnos, aléjese de nosotros. ¿No le basta con dos asesinatos? ¿Para qué se molestó en advertirme, si de todas maneras iba a hacer asesinar a mi padre?

Él bajó la cabeza y nada respondió.

—Dígame ¿qué clase de extraña persecución es ésta?, ¿hasta dónde quiere llegar? ¿Quiere volverme loca? —sonreí despectiva—. No lo conseguirá, ¿sabe? Jamás he estado más cuerda ni más segura de lo que hago.

Como él no se movía apunté mejor.

—¡Le advierto que si no desaparece de inmediato le dispararé!, ¡y me voy a sentir muy feliz de verlo rodar por la tierra!

Me había propuesto disparar sólo si era necesario, pero eso él no lo sabía.

Continuó inmóvil. Su cuerpo estaba detrás de un tala, aun así podía distinguir su rostro, apenas cubierto por el sombrero, y podía adivinar unos ojos negros como el carbón. Noté también que estaba contraído por ¿la angustia? No, debía ser de miedo.

Volvió la cabeza hacia un lado y un débil gemido brotó de sus labios. Después se marchó.

Bajé el arma lentamente y lo observé alejarse. Y junto con su sombra se fue parte de mi aliento.

Sí, cada vez estaba más sola.

Sabía que él debía haber sido quien diera la orden para que asesinaran a mi padre, ¿quién si no? Había estado meses enteros merodeando por nuestra estancia, espiándonos día y noche. Y, probablemente también, luego habría sentido algo de remordimiento

por la orden que diera, y en un acto de misericordia, inútil al fin, había intentado advertirnos de lo que estaba por suceder.

Me sentía atorada por mis sentimientos encontrados. La duda seguía ahí, en mi corazón. Tampoco podía olvidar que me había salvado la vida, me había devuelto la misma arma con la cual lo acababa de apuntar... y me había besado como nunca nadie lo hiciera.

Furiosa sacudí mis pensamientos y maldije mi debilidad. No, no iba a permitir que la pasión se interpusiera en mis principios de lealtad hacia mi familia.

Ese hombre había hecho matar a papá, y pelearía hasta con mi propia vida para defender a mi madre y mi hijo.

Afortunadamente a partir de ese día no lo volví a ver.

Revisé minuciosamente los libros de papá, y en la contratapa de uno encontré anotado dónde escondía la llave de la caja fuerte que tenía en el estudio.

La abrí y encontré el dinero suficiente como para pagar los dos meses que se les debía a los peones.

Después controlé las cuentas, me interioricé sobre las ventas y compras, e intenté asimilar todo lo que no había aprendido cuando estuve con él. Ahí me di cuenta de que la parte contable no era mi fuerte, los números me ataban a cuatro paredes y un escritorio, y yo era libre como un águila.

Fueron días y días de obligado encierro y estudio, más por mi aversión hacia ellos que porque éstos fueran difíciles de entender.

Al cabo de quince días pude sonreír con cierta tranquilidad, no nos faltaría dinero, y sabía cómo producir más. Sencillamente debía hacer los negocios que papá en vida había efectuado.

Mamá continuaba con su impasibilidad. Al verla, cualquiera diría que estaba enferma o que tenía cien años, tan delgada y transparente como un fantasma; fino cascarón de porcelana que en cualquier descuido se quebraría.

Cuando llegó el otoño del siguiente año ella comenzó a caminar, recorriendo los cuartos de la casa en absoluto silencio, un ánima circulando por los lugares donde transcurriera su vida pasada. Observaba los objetos con mirada ausente, se detenía más tiempo en algunos, luego giraba y pasaba a otra habitación.

Cierta tarde la encontré sentada frente al escritorio con la pluma en la mano, una tenue sonrisa se dibujaba en sus finos labios, y delante de ella tenía un papel a medio escribir.

Supuse que había vuelto a sus poesías.

Sentí mucha curiosidad por conocer qué se escondía en esa alma sufriente y, a pesar de que sabía que no era lo correcto, apenas se marchó del estudio me senté donde estuviera ella momentos antes, y

leí la hoja que dejó olvidada sobre la mesa.

¡Ay!, nunca te he dicho
que todos mis sentimientos
ya no me pertenecen;
ni siquiera te he contado
que mis ojos ahora
sólo miran con tus pupilas,
que mi alegría
depende de tu risa,
que mis pasos siguen
tus pisadas,
que mis pensamientos
se forman después de los tuyos.
Nunca te dije que fui creada
Para ser la sombra de tu vida.

Y ahora es muy tarde;
Ya tu alma descansa
Su interminable sueño,
Arropada entre las suaves fauces
Del bendito cielo.
¿Podré acaso borrar la historia?
¿podré esfumar los años
y comenzar todo de nuevo?
¡Ay!, todos son vanos intentos
para mi sosiego.
Sólo espero que en tu profundo silencio
aún me escuches
y te regocijes con mis pensamientos.

Cuando acabé de leer sentí las lágrimas mojando mis mejillas.

Poesía de palabras sencillas, y sin embargo expresaba todo lo que sentía hacia su esposo.

Me levanté de la silla y prometí nunca más volver a leer alguno de sus escritos; eran demasiado íntimos, y no tenía derecho a inmiscuirme en ellos.

Las mismas escenas se repetían; la primera vez había sido yo con la muerte de mi esposo, ahora era ella con la muerte de mi padre.

Sólo que yo me repuse, mi alma era joven y aún tenía voluntad, pero mi madre… a veces la observaba consumirse día a día, sin aparente recuperación.

El carácter brusco de Paloma se había suavizado notablemente

cuando estaba con ella, y la atendía con extremo cariño; le preparaba platos especiales que mamá ni siquiera tocaba, le hablaba de la quinta o el jardín, en un vano intento por sacarla de su mutismo e indiferencia.

—Usted viera, señora Rosalía, qué hermosos están los pimpollos de la trepadora que plantó hace un par de años —si no refunfuñaba exageradamente contra alguno de los sirvientes—. ¡Esa niña caprichosa y desobediente me va a hacer dar un ataque!—. Se refería a una muchacha nueva que habíamos traído de Buenos Aires para que la ayudara en el lavado de la ropa—. Tiene doce años, pero aparenta apenas cinco.

Mamá continuaba mirando con indiferencia el prado.

Finalmente me convencí de que si no la sacaba de su apatía moriría en unos meses más.

Una linda tarde de otoño la empujé suavemente y la llevé hasta un banco que había en el jardín.

—Mamá —ella no me respondió ni desvió la vista hacia mí dándome a entender que me estaba prestando atención.

»Necesito que me ayudes a decidir varios asuntos de la estancia. ¡Hay tantas cosas que papá no me enseñó! No sé cómo hacer las ventas de la lana ni con quién debo hablar para que me aconseje; no conozco el depósito donde guardaba la mercadería que llevaba hasta el puerto, para luego ser embarcada y exportada, no sé a qué país mandaba las naranjas. ¡Mamá, ni siquiera sé si hacía negocios con otro país!

No era cierto, pero sí era una mentira necesaria.

Ella continuó inmóvil.

Comencé a caminar delante de ella, si las ventas no le importaban intentaría con mi hermana.

—Manuela te ha escrito varias cartas, y ha prometido venir a visitarnos cuando esté por nacer el bebé, lo cual no va a pasar de este fin de semana. Ella te necesita, recuerda que tú la atendiste en el primer parto.

Silencio absoluto.

—¡Mamá! —exclamé levantando la voz, ya estaba comenzando a desesperar—, ¿no te das cuenta que Ama ha muerto y ya no queda nadie que críe a José? Yo debo estar todo el día en el campo con Mulato y los demás peones —me paré delante de ella y las siguientes palabras las dije despacio y claro—; si no me ayudas con los negocios que hacía papá, pronto no tendremos qué comer y no sólo nosotras, José también enfermará. ¿Quieres que tu nieto también desaparezca? —y terminé exclamando—: ¡Lo lamento, mamá, pero no existe otra solución!, tienes que apoyarme, ¡no lo puedo hacer sin ti!

Estaba exagerando, sin embargo debía encontrar una manera de

hacerla despertar.

—¡Perfecto! —le grité—; esta familia está compuesta de tres personas, si ni siquiera la vida de tu hija y tu nieto te importan ¿para qué continúas con nosotros? ¿Por qué quieres seguir?

Era muy cruel, lo sabía. Las razones para hacerla reaccionar se me habían acabado, y no quería darme por vencida.

Ella levantó su rostro muy lentamente hacia mí.

—¡Es que no puedo soportarlo! —gimió apenas.

Me senté junto a ella y le tomé las manos con dulzura.

—Sí que puedes, todos te necesitamos, no puedes darte el lujo de enfermarte más de lo que ya estás —y la ayudé a ponerse de pie—. ¡Vamos!, escucha los berrinches de José, tiene que tomar la leche y yo debo ir al cobertizo, hace rato que me están esperando. Y no pienses en la colaboración de Paloma, ella está preparando la comida para nuestros cincuenta hombres. ¿Querrías hacerme ese gran favor?

Juntas nos dirigimos a ver al niño.

Dady estaba con él, y en realidad lloraba porque la muchacha le había quitado un juguete que él se había empecinado en arrojar por la ventana.

Le hice señas así nos dejaba solas.

Busqué la mamadera y la dejé en manos de mamá.

Cuando José la vio gritó feliz:

—¡Abuela!

Mamá le sonrió y se sentó junto a él.

Bueno, esperaba que ella y José se entendieran; quizás el niño, con su frescura, consiguiera lo que nosotros los adultos con toda nuestra sabiduría no habíamos logrado.

Los dejé, y me fui a buscar a Mulato.

Un día Paco nos dio la feliz noticia de que él y Dady se casarían y, a pesar de la supuesta enemistad que existía entre ésta y Paloma, la eligieron a la cocinera para que fuera madrina del casamiento.

Hicimos una pequeña fiesta a la que asistieron todos los que vivían en la estancia, y cuantos vecinos y amigos desearan participar. Era una reunión al aire libre, muy informal.

Dady lució el vestido rosa que le regalara cuando estábamos en la ciudad, ése era el secreto que me había ocultado apenas se lo entregué.

A medida que transcurrieron las horas se fueron agregando más y más invitados, y cuando oscureció, toda la estancia cantaba y vibraba, divirtiéndose sanamente. A pedido mío, Mulato ordenó hacer un gran asado, y como hacía frío acomodamos unos tablones en el galpón y comimos allí.

Mamá estaba bastante restablecida e, increíblemente, participó de

la fiesta.

—No tienes obligación de estar —le dije esa mañana mientras cortábamos flores en el jardín, sabía que no le agradaba mezclarse con los empleados del campo.

Ella sonrió y me respondió con acento tranquilo:

—No pienses tanto por mí, ¿qué voy a hacer ahí sola? —y señaló hacia la casa—; prefiero estar contigo y José. Además, nunca antes estuve en una de sus celebraciones, vaya a suceder que me termine por gustar —y rió—; me han dicho que esos hombres que acaban de llegar cantan y recitan muy bien. Será cuestión de escucharlos.

Había dos payadores de paso, y al ver comida y festejos se quedaron, prometiendo entretenernos con sus originales versos.

—Sí, Cristina, será interesante —y cambió de rumbo la conversación. Desvió los ojos hacia donde Cristy y Señora pastaban tranquila—, hace tantos años que no cabalgo... —entonces suspiró— supongo que ya es demasiado tarde.

—¿Tarde? ¿Realmente crees que eres demasiado grande como para comenzar de nuevo?

Ella aclaró:

—Grande no, vieja. Estoy pensando —dijo, cambiando radicalmente de tema— que no fui a la cocina a ver qué iba a preparar Paloma de postre. ¿Te acordaste de decirle que hiciera una gran torta?

Sonreí.

—No hubo necesidad; está tan contenta de que la hayan nombrado madrina de la boda que ha estado trabajando durante cinco días seguidos a puertas cerradas. Paco y Dady serán muy afortunados si su torta pasa por el portal de entrada.

Ambas reímos divertidas.

Durante la fiesta me di vuelta a mirarla varias veces, si acaso ella se arrepentía de su decisión por estar presente. Al contrario, mamá festejaba alegremente las ocurrencias de los animadores.

Sí, indudablemente todo estaba cambiando en nuestra familia.

Llegó Manuela con su inagotable frenesí, Camelia, y sus dolores. En ese orden.

Esta vez habló mucho más de lo que sufrió.

Camelia era una pequeña de apenas dos años que reía y corría como un cachorrito. Desplegaba mucha energía, y a su lado José parecía un niño adulto.

Tal como Manuela nos había contado, su rostro era como el de su padre, pero su carácter inquieto era igual al de su mamá.

Esa noche, sorpresivamente, ya que nadie lo esperaba, Manuela tuvo mellizos.

—Doble trabajo —dijo Paloma.

—Doble alegría —exclamó mi hermana.

Cuando se enteró, mandó llamar a Mariano para que los viera.

Él entró sin darnos tiempo a limpiar la sangre de la cama, y el espectáculo que encontró, tan común a nosotras y tan inusual a él, hizo que ahí mismo nomás cayera tieso.

Paloma lo miró y con gesto despectivo se puso a su lado, clavando sus enormes pies en el suelo, de un solo tirón lo hizo levantar. Después lo obligó a apoyarse en su hombro y lo llevó hasta la galería a que tomara aire.

—¡Bah!, éstos no son hombres. ¡Hombres eran los de antes! —y según ella con un historial de, por lo menos, veinte hombres atravesados con la daga de su corazón.

Lo cual, al verla así, tan brusca y grandota, costaba imaginar.

Los niños se llamaron Mauricio y Tomás.

A las veinticuatro horas del parto Manuela se levantó y se dedicó a ordenar el cuarto y las cunas.

Mamá la observó con rostro serio y nada dijo, ya había pasado el tiempo en que ella reprendía y nosotras obedecíamos.

—¿Saben que hemos conseguido hacer un par de injertos con éxito?

La felicité.

—Claro que para ello nos ayudó Mariano.

Mariano, siempre Mariano; era su héroe, y me sentía contenta por ellos. Mi alegría carecía de resentimientos, sin tristezas, sin recuerdos nostálgicos. A veces me parecía que Dios era un hábil matemático; hacía las cuentas de cada persona y equilibraba los números, tanto teníamos de un lado como carecíamos en el otro.

Yo también tenía mis inmensas alegrías. Y mamá… mamá ya encontraría las suyas, sólo había que darle tiempo.

Manuela le pidió a su esposo que le trajera a Periquita de San Sebastián, y una vez totalmente repuesta del parto me acompañó varias veces en mis recorridas por el campo.

La primera vez que me vio con atuendo de gaucho se llevó la mano a la boca.

—¡Válgame Dios!, ¿qué has hecho con tu femineidad, Cristina?

Me había olvidado de que ella no me había visto vestida así.

—¿Qué tengo mal puesto? —y me miré el cuerpo.

Entonces recordé su desconocimiento, y reí divertida, ya no me molestaba que me miraran como un bicho raro; con mi valor, y mi resolución para decidir cuestiones difíciles, me había demostrado a mí misma que era una gran persona, vistiera como vistiese.

—Es tiempo de que te revele algunos de mis secretos; hace más de un año que me pongo bombachas para cabalgar.

—¿Me estás diciendo que usas las monturas de los hombres? —

exclamó incrédula—. ¡Vaya!, tú sí que pones a prueba mi capacidad de asombro. Realmente haces lo que quieres.

Lo que ella no pensaba, y yo no se lo iba a aclarar, era que me veía obligada a andar por el campo con los peones, porque no tenía otra opción, no existía un hombre a mi lado para reemplazarme en tan varonil tarea.

Montando sobre Señora la espoleé y salí al galope.

Manuela siguió insistiendo, estaba fascinada con esta nueva actitud mía.

—¿Por qué no usas el potro de papá?

No supe qué responderle. Quizás fuese por la profunda observancia que aún sentía hacia la memoria de mi padre lo que me impedía cabalgar en Pampero.

—Si no lo vareas se pondrá gordo y salvaje. En un tiempo más nadie podrá montarlo.

Tenía razón, y mientras recorríamos la pampa me dije que no olvidaría decirle a Mulato que de vez en cuando sacara el potro a hacer un poco de ejercicio.

Ella galopaba a mi lado y su cuerpo se balanceaba, pequeño y gracioso, con los movimientos de la yegua.

Hablaba y hablaba; siempre me pedía que le contara lo que había visto y hecho en Buenos Aires.

—¡Vamos!, cuéntame más. ¿Por qué no cantas ese himno que tú dices han compuesto Blas Parera y Vicente López para nuestras provincias?

Entonces detenía a Señora y comenzaba a cantar.

—¡Oh, es maravilloso!, ¡cómo me hubiera gustado estar contigo en la fiesta de la señorita Ofelia!, creo que apenas Tomás y Mauricio crezcan un poco voy a organizar varias reuniones. Será la gran excusa para que podamos estar juntas más seguido, verla a ella, bailar... Sí, me has dado una gran idea. Mañana mismo le escribo unas líneas así va a visitarnos a San Sebastián.

No sabía que le hubiera dado idea alguna, aunque lo dejé así.

Eso le dio tema para discurrir durante días enteros.

Manuela era alegre y extrovertida, la persona ideal para entretener una tertulia, pero su vida se encasillaba en su marido, sus hijos y las reuniones sociales; si se me ocurría tocar algún tema un poco espinoso, difícil de conversar, serio o profundo —como política, psicología o enfermedades—, ella lo evitaba; y si le insistía y volvía a la cuestión nuevamente, entonces sus apreciaciones sobre el mismo eran muy livianitas. Circunscribiéndolo a su experiencia personal, que no existía o era muy superficial. Ello se debía a que no le había tocado vivir situaciones escabrosas o extremas, tales como la muerte, la soledad, la peste o la miseria. Su vida era un lecho de jazmines

encerrados en un frasco, nada más.

Cuando los mellizos cumplieron dos meses ella partió nuevamente a San Sebastián de Los Tilos.

Pasó mucho más tiempo de lo que creía antes de que pudiera dedicarse a realizar cualquier labor ajena a sus hijos. El trabajo que los mellizos le implicaban —y con una niña de dos años— la tenían todo el día atareada, y buena parte de la noche.

Algunos meses después, finalmente recibimos unas líneas suyas donde nos contaba que Tomás y Mauricio eran unos sinvergüenzas revoltosos.

> *«Ya tendremos tiempo de reunirnos para conversar sobre la gran evento que tengo en mente. Verán lo extraordinaria que va a resultar. Invitaré a docenas de solteros así Cristina puede elegir un marido entre ellos».*

Si fuera tan fácil..., pensé, si no hubiese necesidad de tener en cuenta el amor para contraer matrimonio, entonces probablemente ya me hubiese casado con el conde Balsac de Rengines.

Él me enviaba regalos periódicamente. Flores exóticas, de bellos colores y sensuales aromas, joyas que según él sólo eran chucherías sin importancia, pañuelos de seda con que cubrirme los hombros, delicados mantillones de puntilla muy trabajada... chalinas para las mañanitas frescas, y todos ellos con notas repletas de palabras dulces y elaboradas. Sin duda sabía cómo seducir a una mujer.

Nunca le respondía sus cartas ni le agradecía los regalos; y me cuidaba muy bien de que mamá no se enterara de mi abierta descortesía.

En la primavera de 1812 José era un niño inquieto, requería cada vez más de nuestra atención, y no tanto por sus travesuras o porque fuera un niño dependiente, si no por su prematura inteligencia. Sus preguntas no cesaban, y cuando no estaba preguntando inventaba juegos. En la estancia todos los empleados lo conocían, y la mayoría lo quería, y cuidaba de que no se lastimara o metiera en líos, aunque también estaban aquéllos a quienes incordiaba con sus continuas incursiones. Dady corría detrás de él, y jugaban juntos como si fueran de la misma edad. Se pasaban la mayor parte del tiempo escondiéndose detrás de los arbustos del jardín, lo cual provocaba las continuas e inútiles quejas de mamá.

—¡Me están arruinando las hortensias! —se lamentaba ella.

Pero mientras él crecía en altura y madurez Dady lo hacía en grosor; esperaba un niño para el próximo invierno.

Una tarde, después de trabajar y transpirar con la esquila, me bañé, cambié de ropa y luego de ponerme un sencillo vestido de algodón salí a caminar con José. Era tan escaso el tiempo que teníamos para estar uno con el otro, y no quería desperdiciarlo.

Él quería ir tomado de mi mano, a cada momento se soltaba y levantaba hojas o ramitas del suelo; sus piernitas iban y venían, igual que un animalito salvaje.

—¡Mira qué hoja tan hermosa!, es como el color del vino.

O si no:

—Mamá, ¿por qué las rosas tienen diferentes tonos?

—Porque son distintas plantas. Algunos de nosotros somos rubios otros, morochos; mira la diferencia entre tú y Paloma.

—¿Y por qué unas plantas tienen más flores que otras?

Cuando empezaba con sus porqués las preguntas nunca acababan.

—Porque hay plantas jóvenes y viejas. Mira a Manuela, la cantidad de hijos que tiene, y Dady ninguno.

—¡Ah!, las más viejas tienen más flores —caviló un momento, no encajaba en sus razonamientos—, entonces ¿por qué tú no tienes más hijos? me tienes sólo a mí, y te estás haciendo cada vez más vieja.

Lo miré sin saber qué responderle, «estás cada vez más vieja».

—¿Por qué no me cantas una canción?

Se sentó sobre mi regazo, y escuchó durante algunos minutos mientras entonaba una dulce melodía infantil que hablaba sobre una tortuga y una perdiz.

Luego se bajó y fue a cortar una flor.

Estaba cantando cuando noté que alguien nos estaba observando detrás de los árboles que había unos metros más allá.

José me entregó la flor y detuvo mi canto haciéndome otra pregunta.

—Mami, ¿por qué yo no tengo papá?

Lo miré un segundo, no quería explicarle todavía que su padre había fallecido. Tampoco era el momento.

Levanté la vista para mirar al extraño que se ocultaba cerca nuestro. Era una sombra más entre las sombras del parque.

José se impacientó y volvió a preguntar, esta vez con más fuerza:

—¡Mamá!, ¿por qué no tengo papá?

No lo escuchaba, estaba metida en mis elucubraciones, y mis dudas; el Español había reiniciado su acoso, estaba segura de que era él. Ningún gaucho se atrevería a importunarnos.

Nuevamente controlaba mis pasos, silente, invisible, anónimo.

Había aprovechado el momento oportuno para aparecer sin que hubiera posibilidad de que lo amenazara con la pistola. Sabía que no iba a sacar el arma delante del niño; también sabía que no lo molestaría ni haría comentarios sobre su presencia para no asustar a José.

Yo, por mi parte, adivinaba que él no nos lastimaría.

Allí estaba, observando estático la escena, como si fuese otro árbol.

José acabó por enojarse ante mi reiterado silencio y dándome un tirón en el cabello volvió a repetir:

—¡Mami!, ¡no me estás escuchando!, sigamos caminando —y cambió de tema—. ¿Me llevarás este otoño a juntar nueces debajo de ese gigantesco nogal que hay en el campo?

Me puse de pie y le respondí que sí. Cuando volví a levantar la vista, la sombra había desaparecido.

Algunas tardes después fui con mi hijo a la quinta para recoger las

últimas naranjas que aún quedaban en los árboles.

Llevábamos una gran cesta vacía que el pequeño pensaba llenar sin mi ayuda.

—Yo la lleno y tú me ayudas a traerla de vuelta, porque va a estar muy pesada. Mami ¿qué hacemos con tantas naranjas? hay infinitos árboles. Mira, uno, tres, cuarenta y ocho, cuatro, mil, un mil... —aún no había aprendido a contar.

Guardó silencio, esperando que le respondiera.

—Paloma hace postres, dulces, compotas, tú también las comes así como están...

—Y los panqueques de naranja... —agregó goloso.

—Pero a la mayoría las juntan los peones y las vendemos.

—¿Vendemos?

El «sí» que me salió fue muy bajito, ése era otro problema que todavía no me había decidido a encarar; la venta de los productos del campo.

Cuando llegamos, él se dedicó a recoger las que ya estaban en el suelo y yo cortaba las pocas que se encontraban entre las ramas.

En uno de los últimos árboles noté que alguien había rayado la corteza de su tronco.

José corría un poco más allá, chillando de alegría cada vez que encontraba una fruta.

—¡Te estoy ganando, mami!, ya he juntado como cien cuarenta.

Me acerqué mejor para poder leer lo que estaba escrito.

«Por amor a Cristina».

Pasé suavemente mis dedos sobre el trazo, como para asegurarme de que éste realmente existía. Sentí una honda emoción, alguien había escrito eso pensando en mí.

Los cortes estaban más claros que el resto del tronco, pero no eran nuevos. ¿Quién podía haber escrito eso allí? Por amor a Cristina, no cabía duda que quien lo había hecho me amaba, ¿quién?, ¿y por qué?

Lo que más me llamaba la atención era el significado de la frase, ¿qué había hecho esa persona por mí? Ricardo no podía haber sido porque las marcas no eran tan viejas... ¿quién?

Sabía la respuesta, sólo que todavía me negaba a aceptarlo.

Una mañana recibimos la agradable visita del doctor Capurro.

Estaba como siempre, sus rasgos parecían no cambiar con el transcurso de los años. Su mirada dulce revelaba su profunda paz interior. Para nosotros siempre sería el querido doctor.

—¿Cómo estás, Cristina?

Alzó levemente las cejas cuando me vio vestida de gaucho, pero

nada dijo, apenas sonrió, casi se hubiera dicho que eso era lo que él esperaba de mí.

Mamá también estuvo muy contenta con su visita.

—¿Cómo anda Buenos Aires? —le pregunté apenas nos sentamos bajo la sombra de un roble a tomar una taza de canela.

—¡Oh!, casi igual que cuando ustedes se fueron de allí —y miró de soslayo a mamá.

—No se sienta incómodo por mí —dijo ella rápidamente—, poco a poco he ido asimilando la idea de que mi verdadera patria es ésta, no España.

Él estaba complacido.

—¿Ha pasado últimamente por nuestra casa?

—Ando muy seguido por esos lados, pero la verdad es que no me he fijado detenidamente. Si lo desea puedo pedirle a alguien que se encargue de limpiarla y airear los cuartos.

Mamá se reclinó sobre el respaldo de la silla y me miró, estaba pidiéndome una opinión al respecto. Guardé silencio, ésa era su casa, y ella decidiría.

—Puede... sí, puede hacerme ese gran favor. Que la limpien a fondo y la aireen por varios días. No será mucha molestia, ¿verdad?

—En absoluto, la mujer que atiende el aseo del consultorio es de confianza y puedo hacerle ese encargue. Después le escribiré a usted contándole sobre el estado en que se encuentra. Si hay que arreglar algo ¿quiere que mande a alguien?

—Como a usted le parezca mejor.

Ella calló y sus ojos se volvieron soñadores nuevamente.

—Me pregunto cómo estará el ciruelo, es una lástima que la temporada pasada se hayan desperdiciado sus frutos. Esta vez, cuando sea la época, mandaré a alguien para que me los traiga. Hace mucho que no preparo dulce.

Se levantó y luego de dar algunas vueltas alrededor de la mesa donde estábamos tomando el té se fue hacia la cocina, probablemente a hablar con Paloma sobre alguna receta específica.

Toda su vida había mantenido la esperanza alta con pequeñeces zarandajas, y ahora, hasta el más ínfimo acontecimiento que le agradara le renovaba la vitalidad.

Una vez que se hubo ido el doctor me preguntó:

—¿Quieres ahondar más en las noticias que te traigo de la gran ciudad?

Asentí.

—Bien, el gobierno ha organizado varias expediciones; a la Banda Oriental, al Alto Perú nuevamente, Belgrano ha sido encomendado para iniciar una expedición a Paraguay... —y se quedó pensando—. Este señor, Manuel Belgrano, es una excelente persona, bastante

delicado de salud, abogado y sin saber casi nada sobre estrategia militar, se ha abocado con ahínco y buena voluntad a emprender el trabajo que la Junta le ha encargado. Cuentan que a su paso por las provincias su personalidad es tan carismática que ha convencido a muchos para que se enrolen a su servicio.

—¿Con qué objeto?

—Lo de siempre, la lucha contra los realistas. Hace unos meses llegó a Buenos Aires un joven teniente coronel educado en España llamado José de San Martín; ofreció sus servicios al gobierno, y éste le ha pedido que forme un regimiento de caballería. Ha establecido su cuartel en Retiro, y su regimiento será llamado de Granaderos a Caballo.

—¿Un ejército a caballo?

—Sí. Es admirable la preparación y el empeño que ha puesto este caballero. Si pasas por la mañana cerca de Retiro puedes escuchar a los jóvenes entrenándose. Dicen que está haciendo un trabajo increíblemente organizado, todo un militar.

—¿Y cómo está el pueblo?

—Aún inquieto.

Cambié de tema.

—¿Y su campaña antivariólica?

—Como siempre —entonces recordó algo—, casi me olvidaba de la principal razón que me trajo hasta aquí; ¿ya han comenzado los dolores de cabeza de tu madre?

—Todavía no. El clima de aquí es más fresco, y aún no hemos sentido los calores sofocantes del verano.

—Porque le traigo un medicamento nuevo —y sacó de su maletín un frasco oscuro—, me lo ha recomendado una señora que jura es efectivo.

Reí divertida.

—¿Una señora?

—Sí, quizás tú la recuerdes; es muy conversadora y siempre está hirviendo y probando yuyos.

—Con esa descripción conozco unas cuantas. ¿No será una bruja sacada de un cuento de hadas?

Le causó gracia mi comentario.

—No, es muy elegante. Cada cual tiene su entretenimiento, el tuyo es andar vestida de gaucho, y el de ella es ése; mezcla diferentes hierbas y descubre panaceas. Creo que tú también eres útil aquí, ¿quién manejaría la estancia si no?

Tan sutil y caballero, agradecí su delicadeza, me estaba elogiando, no criticando.

Mamá regresó de la cocina trayendo unos pasteles que Paloma acababa de freír, y la charla continuó hasta entrada la tarde y el

doctor tuvo que emprender el regreso.

—¿No desea quedarse aquí esta noche? —le preguntó mamá.

Entonces se dio cuenta de lo que había dicho y se disculpó con evidente turbación.

—Ya sé que no es muy correcto estando dos mujeres solas en la casa, pero con Cristina he aprendido a pasar por alto muchas inconveniencias.

Él no se molestó en absoluto, pero insistió en que debía volver a la ciudad.

—Un médico nunca sabe cuándo va a ser necesario, y mucho menos si también es sacerdote —despidiéndose de nosotras se subió al coche y le ordenó al cochero que iniciara el regreso.

Cuando se perdió de vista mamá se dio vuelta a mirarme.

—¡Ay, Cristina!, tus malas costumbres me están trastornando, no sé lo que será de mí dentro de diez años —cambió de tema—, ahora que hablamos del dulce de ciruelas, me acordé que hace mucho tiempo que no me traes unas martinetas para preparar conservas. ¿Cuándo lo harás?

—Mamá, dime en qué fecha estamos.

Ella frunció el ceño y suspiró.

—Tienes razón, es primavera y no sería prudente cazarlas. Apenas comience el invierno me traerás varias, ¿prometido?

—Prometido.

Como los días todavía no eran muy calurosos salía a cabalgar, con José sentado detrás. Aún así, lo hacíamos cuando el sol ya no calentaba tanto. Mientras la yegua se amodorraba y caminaba tascando a paso tranquilo, con mi hijo teníamos largas y profundas conversaciones sobre el cielo y la tierra.

Lo que mamá me había dicho me dio la idea.

—¿Quieres que vayamos a ver los nidos de martinetas? —le pregunté esa tarde.

Él tenía que aprender todo lo que pudiera enseñarle sobre el campo, después lo haría a través de los peones, y también de sus propias experiencias, que suelen ser las más valiosas.

Por otro lado, yo no iba a vivir eternamente, y menos a ser siempre joven; además, el trabajo de campo era bastante rudo y no me agradaba especialmente, prefería cabalgar por placer y no por obligación.

Esperaba que alguna vez alguien me sucediera en la administración de la estancia, ojalá José creciese rápido, y aprendiera más velozmente aún. ¿Quién otro si no?

Cuando le dije lo de los nidos, él apretó con fuerza sus bracitos que tenía ciñendo mi cintura y dijo que sí. Entonces comenzamos a galopar hacia campo abierto.

Recordé aquello que Ricardo me había contado sobre las martinetas y decidí ponerlo en práctica, esperaba no fallar.

Cuando llegamos a los yuyales de paja brava detuve a Señora, y luego de bajarme ayudé al pequeño a hacer lo mismo.

—Ten cuidado de mirar bien en qué lugar pones los pies; acuérdate lo que te he enseñado sobre las víboras.

Él comenzó a recitar.

—Las serpientes venenosas se pueden reconocer comparándolas con las culebras porque tienen la cabeza más ancha y la cola mocha; la víbora de la cruz es verde y tiene unas rayas... —y así continuó al tiempo que caminábamos entre las ásperas matas de pasto salvaje.

Cada tanto abría las barbas y me fijaba en su interior. Lentamente nos fuimos acercando hacia un grupo de arbustos.

—¡Mira, encontré uno!

Un segundo antes el ave que empollaba los huevos había salido volando al notar nuestra presencia.

Él dio un grito de alegría y se asomó a mirarlos.

—¿Por qué la madre ha volado si no vamos a hacerle daño?

—Eso ella no lo sabe.

—¿Y tú no la puedes llamar como lo haces con Señora o Cristy y avisarle que sólo venimos a ver sus huevos?

—No, porque no nos conocemos.

—Cuando sea grande voy a ser amigo de todos los animales que hay en el campo, y apenas silbe ellos vendrán a mi lado.

Ya me imaginaba a José rodeado de tantos bichos diferentes como el arca de Noé.

—¿Por qué tiene tantos huevitos juntos?

—Porque tienen varias crías a la vez. Es como lo que te dije sobre las flores.

—Como tía Manuela. ¡Uy!, ¿sabes lo que sería si ella hubiese tenido diez niños en vez de dos? —y meneó la cabeza—. esos primos son terribles.

—¿Y tú qué eres?

—¿Yo? —respondió él ofendido— soy todo un hombre. Casi.

Su conversación varió.

—¿Cuándo iremos a visitarlos? ya no me acuerdo de San Sebastián.

—Pronto, si tú lo quieres.

—¡Claro!, ¿recuerdas que tía nos escribió una carta donde decía que tío Mariano les había hecho una tienda de indios para que puedan jugar? ¡Va a ser toda una aventura vivir en ella!

José tenía razón cuando decía que él era un hombre, el único de la casa, y además un tirano. Con cuatro mujeres mimándolo y satisfaciendo hasta sus mínimos sus caprichos.

Una semana después fuimos con mamá a visitar a Manuela.

Apenas iniciado el viaje me di cuenta de que habíamos elegido un mal día, hacía demasiado calor y mamá comenzó a tocarse la frente.

A pesar de su evidente jaqueca no se quejó en todo el viaje. Al notarla con los ojos cerrados le dije a Paco que se apresurara.

—No, querida, así vamos bien. Mientras más se mueva más me dolerá. Prefiero que vaya despacio.

Como siempre, fue Manuela quien salió a recibirnos. Se la veía un poco más rellena y rebosante de vitalidad.

Habló y preguntó sobre todo, especialmente de aquellas cosas que para ella no podían esperar; después me miró con gesto de complicidad.

—Mariano ha contratado a una niñera que atienda a los niños y realice el trabajo más pesado, así es que ahora estoy casi libre para — se detuvo un instante a tomar un bocado de la fuente que una muchacha acababa de traer. Sus ojos brillaron y me miró nuevamente — … para organizar una fastuosa fiesta, y elegirte un novio. Aunque ya me he enterado quién se preocupa mucho por ti. Te aseguro que será el primer invitado.

—¿Quién es? —pregunté intrigada.

—¡El conde Balsac de Rengines! —y quedó mirándome, como si hubiera hecho el más grande descubrimiento.

—¡No, no! —gemí angustiada, y me senté sobre la primer silla que encontré.

Ella quedó extrañada.

—¿Qué te sucede? ¿No me vas a decir que no te agrada? —y esperó una respuesta que no podía dar porque no quería ser grosera.

Ella continuó.

—Sinceramente no puedo creer que no te guste ese hombre; tiene muchísimo dinero, varios palacios fastuosos, es un perfecto caballero, me han dicho que continuamente te está haciendo costosos regalos, ¿qué más puedes pedir?

—Amor.

—¿Amor? estoy casi segura de que él te ama.

—No me has entendido, yo soy la que debe sentir amor hacia él.

Ella sonrió incrédula.

—¿En tu condición? —y de inmediato se arrepintió de lo que acababa de decir—, bueno… eres hermosa y sólo tienes veintiún años, pero también sé que eres viuda, con un hijo... y además... además ya una vez te casaste por amor.

—¿Qué quieres decir con eso? hermana querida —exclamé furiosa —. ¿Qué por esa razón ya no tengo derecho a casarme nuevamente con un hombre que me agrade? ¿Qué por el hecho de no querer estar

sola tengo que aferrarme a un hombrecito, gordo y fanfarrón?, que tiene el ego por el cielo y solamente sabe hablar de sus proezas. ¡Las que estoy pensando que son inventadas, porque no pueden haber sido tantas ni tan importantes!

—¡Cristina!, no tienes que gritarme para decir lo que te molesta de él. Disculpa si te he ofendido, creo que estás exagerando.

Suspiré, harta de la charla que a nada podía conducirnos, por más que habláramos durante horas no nos entenderíamos. ¿Cómo podía explicarle a mi hermana —quien siempre había vivido en un nido de algodones y amaba al único hombre con el cual había estado— sobre la repugnancia que sentía hacia el conde? que sólo me buscaba porque me deseaba, y no porque me amaba. Que estaba tendiendo todas las trampas, utilizando todas las argucias a su alcance, sólo para cazarme. Cual una simple presa más.

¿Cómo puede alguien explicarle a otra persona lo que es el color verde si sólo ve el amarillo?

Pero simplemente le expliqué:

—Perdona... es que a veces el trabajo de la estancia es demasiado para mí y estoy un poco cansada, por eso me ofusco con facilidad —dije poniéndole punto final al tema.

Ella me llevó hasta una mesa preparada de antemano, sirvió té, y de inmediato intenté cambiar el rumbo de nuestra charla.

Un poco más allá se encontraba mamá discurriendo amigablemente con sus nietos.

Entonces, contrariamente a mi intención de momentos antes, me dieron ganas de hacerle entender, quise explayarme más en el asunto. Alguien tenía que escucharme.

—Mi querida hermana, tengo tanto amor guardado en mi corazón; demasiada ilusión de querer con adoración a otra persona y ser correspondida. Lo que tuve con Ricardo fue muy hermoso, perfecto, ¡pero duró tan poco! A veces siento anhelos de reclinar mi cabeza en un hombro más fuerte que el mío. Alguien en quien pueda descansar de mis responsabilidades diarias. Cuando miro hacia mi costado sólo encuentro soledad. Sí, soy joven, linda, tengo un hijo y una familia increíble, sin embargo hay un sentimiento, absolutamente diferente a todos los demás, que no está siendo satisfecho. Me falta el amor de un hombre; y no te hablo de la relación que existe con el conde. Eso que él me ofrece jamás podría llamarse amor. Te hablo del sentimiento correspondido, como el que tú tienes con Mariano. Necesito un compañero que sume, un complemento, no algo diferente. Estás en lo cierto, soy muy joven y justamente por eso, al acostarme por las noches en mi lecho frío, siento como si el día que acaba de pasar, y la vida, se me van deslizando entre los dedos, y no puedo hacer nada para retenerlos. Estoy perdiendo los meses, los años. Al pensar en lo

que me ha quedado de ellos me asusto: apenas una escena, de tedioso trabajo, repetida día tras día —la miré—. ¿Puedes comprender?, ¿puedes comprender algo que nunca has padecido?

Las lágrimas habían comenzado a rodar por mis mejillas.

—Sí, entiendo —dijo ella y me abrazó con cariño.

Cuando pude controlar mi llanto y me recompuse ligeramente, Manuela llamó a mamá para que se acercara a tomar una taza de té con nosotras.

Más tarde fuimos a ver cómo los niños se entretenían con la tienda que Mariano les había fabricado. Tomás y Mauricio entraban y salían de ella, apresurando sus cortas piernitas y así poder alcanzar a José y Camelia que corrían alrededor gritando «como los indios», según sus propias palabras.

Nos sentamos en un banco y reímos al ver las ridículas monerías de los dos más pequeños.

—¿Tendrás más hijos?

—Supongo que sí; ahora ya no tengo tanto apuro por llenar la casa con chiquillos. Ya te darás cuenta por qué; aunque quizás tengamos uno más —y continuó mirando apacible a su prole.

Me detuve a observarla; era la misma Manuela de siempre, aunque su espíritu había sufrido cambios con el paso de los años y la llegada de los niños. Aún hablaba con adoración de su marido, y Mariano hablaba con ternura al referirse a ella. A veces me preguntaba qué hubiese sucedido si yo fuese quien estuviera en lugar de mi hermana. De haber aceptado a Mariano ahora sería su esposa, y esos serían mis hijos.

No, debía reconocer que no habría podido formar un matrimonio tan perfecto como el que Manuela tenía. Ella era un ser especial, siempre contenta, queriendo a todos por igual, y todos apreciándola; ella tenía el don de hacer que la vida a su lado fuese una continua diversión. Era una mujer feliz.

Cuando llegó la hora de regresar, José se encaprichó por quedarse.

—¡No quiero volver a casa! Me quiero quedar con Camelia.

—¿Cómo harás para regresar después, si nosotras nos vamos?

—Tío Mariano me puede llevar.

—José —intervine molesta—, sabes que no me gustan los caprichos, y lo que estás haciendo está muy mal. Vendrás a Los Naranjos, ahora y conmigo.

—¡No iré!, ¡no iré! —y tirándose al suelo comenzó a patalear enfurecido.

Los niños siempre saben elegir cuándo y frente a quienes descargar sus rabietas. José era consciente de lo que estaba haciendo.

Empecé a impacientarme, pronto atardecería y el viaje de regreso era largo.

— ¡Vamos, José!, despídete de tus primos y de tía Manuela.

Por toda respuesta el niño comenzó a llorar.

Maldije despacio y miré exasperada hacia el coche; Paco permanecía impasible, obediente, acostumbrado a las largas esperas.

—Déjalo, Cristina, recuerda que tengo niñera y ella se puede encargar también de José. Aquí, está de más decirte que va a sentirse bien cuidado y entretenido. Dentro de unos días iremos a Los Naranjos a visitarlas y aprovecharemos para dejarlo.

—Supón que apenas me vaya comienza a llorar, ¿qué harás?

—Nada, y él aprenderá una lección —lo miró seria—, y lamentablemente, sumará a sus sensaciones, la de pérdida.

Me di por vencida.

— Bien, puedes quedarte. No olvides que debes portarte muy bien y obedecer a los mayores en todo lo que te digan, ¿lo prometes?

Él se quedó mirándome con sus ojos azules e hizo un gesto afirmativo, ya no había llanto ni berrinches.

Me subí al coche, y Paco inició la marcha hacia nuestro campo.

Escuché gritos detrás de nosotros, y me di vuelta a mirar qué sucedía; José corría persiguiéndonos.

—¡No te vayas mamita!, ¡quiero irme contigo!, ¡espera!

Suspiré y le pedí a Paco que se detuviera. No existen seres más impredecibles que los niños.

Al día siguiente continué con mi acostumbrado trabajo; levantarme al amanecer, ensillar a Señora, cabalgar con Mulato y atender las innumerables cuestiones inherentes al desenvolvimiento de la estancia.

A veces, cuando me miraba al espejo por la mañana, sentía deseos de cortarme la trenza, quería terminar con esa molestia. Siempre me arrepentía de la idea, ya que si lo hacía, acabaría con el último resto de femineidad que aún me quedaba.

A pesar de que los días se volvieron cada vez más calurosos, continué con mis diarias cabalgatas junto a José. Sus constantes preguntas y comentarios me hacían sentir bien, porque con ello me demostraba que estaba ávido por aprender. Lo imaginaba como un árbol desnudo, y cada pregunta que encontraba respuesta era una hoja que retoñaba.

Salíamos a la oración, y mamita esto, mamita aquello, tan rápido se nos pasaban los minutos, como si el sol bajara detrás del horizonte más y más, con el ritmo de cada uno de nuestros pasos. Veloz corría el tiempo.

Había transcurrido el invierno, la primavera y aún ni atisbos de

lluvia. A veces se formaban espesos nubarrones hacia el sur, pero cuando todo parecía a punto para desencadenar en una tormenta estival, las nubes se disolvían y el calor repetía su inclemencia. Los pastos estaban secos, los estolones de los frutales morían chamuscados por el viento caliente. El guadal se levantaba, fino, etéreo, mezclándose en el aire. Los gauchos mezquinaban trabajar con el ganado porque cuando éste revolvía sus pezuñas, el ambiente se convertía en una espesa nube de polvo, haciendo difícil hasta el simple acto de respirar.

De vez en cuando miraba hacia el suroeste con impaciencia.

Me decía:

—Esta vez sí será… La tormenta está bien puesta.

Pero debía ser más por mi ilusión de ver los pastos llorones rebrotar, que por errar en mis acertados conocimientos, ya que volvía a equivocarme.

Una tarde salí con mi hijo como siempre, apurando a Señora para aprovechar mejor el hermoso atardecer.

— ¿Adónde vamos?

— Crucemos el arroyo y vayamos hasta el viejo nogal.

Tantas veces habíamos dicho de ir, pero siempre lo postergábamos.

Hacia allá fuimos, y cuando llegamos José abrió los ojos y la boca atónito, con el inocente y exagerado asombro del niño que era.

— ¡Es inmenso!

Lo era. Él levantó su rostro hacia arriba.

—¡Mira, llega hasta el cielo! ¿Cuándo vendremos a juntar nueces?

—Recién caen en otoño, junto con las hojas. Míralas, ¿ves aquellas bolitas verdes?

—¡Uau!, ¿tantas? —y me miró incrédulo—. ¿Vendremos entonces?

— Sí.

Él se subió por las ramas más bajas, ésas que estaban a su alcance, y buscó ayuda para aquellas a las cuales no llegaba.

Subió, bajó, se ensució y se raspó rodillas y brazos.

—¿Te has fijado qué lisa y suave es su corteza?

Lo miré con ternura y admiración, las cosas que para los adultos son obvias, en los niños suelen ser un continuo asombro. Estaba creciendo muy rápidamente, lo cual me producía mucha satisfacción, pero a veces deseaba que siempre fuera así, como ahora, con su carita exteriorizando todos sus estados de ánimo.

El sol se ocultó demasiado velozmente. Miré hacia el horizonte oscuro. Otra tormenta se acercaba.

Le pedí que descendiera así regresábamos a la casa.

Pronto tuvimos las gruesas nubes encima. Demasiado pronto.

De haber sido cualquier otro día yo hubiese estado feliz, admirando a resguardo detrás de una ventana el increíble espectáculo que se desarrollaba.

Dos frentes de tormenta, a cuál más poderoso, pugnaban por ocupar el cielo, uno del sur y otro del oeste, apretando sus nubes, enroscándose unas con otras. El aire quedó estático, los ruidos del campo cesaron. Y un grito de alarma comenzó a brotar de mi boca.

—¡Mamita, Mamita!, ¡mira!, ¿qué es aquello? —dijo él mientras montábamos sobre la yegua y me señalaba hacia el gris plomo del cielo.

¡Oh, no!, ¡otra vez!, la misma escena volvía a repetirse con aterradora similitud. ¿Por qué justamente ese día que estábamos tan lejos de la casa?

Las tormentas estivales me perseguían, no encontraba otra explicación; con su loco apuro para saciar la sed de esa boca enorme y ávida, la tierra.

Ya no había tiempo de regresar, era mejor que la tormenta nos encontrara en un precario refugio, a recibirla de lleno en la llanura. Bajamos de Señora, mientras intentaba explicarle con la mayor calma, serenidad que estaba lejos de sentir, cuanto nos iba a suceder. Mientras, calculaba el poco tiempo que nos quedaba antes de que ya no pudiéramos escucharnos la voz. Le pedí a José que, bajo ninguna circunstancia, se separara de mí.

—Tú siempre me dices que eres un hombrecito. Bien, espero que te comportes como tal.

Nos sentamos detrás del enorme árbol. Envolviéndole el rostro con un pañuelo lo acurruqué contra mi pecho, como años atrás papá lo hiciera conmigo, al tiempo que sostenía firmemente las riendas de la yegua.

El viento llegó.

José se comportó maravillosamente, a pesar de sentir o temblar. La tierra se metió en nuestras narices, en el cabello, bajo la ropa... y cuando ya creía estar a punto de asfixiarme comenzó a llover.

Llovió, llovió y llovió.

No habíamos llevado abrigo, y apenas cayeron las primeras gotas envolví a José con el chiripá, aunque éste no tardó en empaparse. El niño tiritaba, helado de frío, como yo.

Montamos nuevamente en Señora y emprendimos el regreso; lenta, muy lentamente, para evitar que ella resbalara en el pasto mojado. El chapoteo de sus cascos sobre el barro se confundía con las gotas gruesas al caer. Cada trueno provocaba un estallido ensordecedor. Mi hijo continuaba temblando y se aferraba a mi cintura con fuerza, sin abrir la boca, demasiado asustado como para hablar. Me sentí orgullosa de él, estaba demostrándome su valentía.

Cuando nos encontrábamos a unos cientos de metros de la casa surgió un inconveniente insoluble; el arroyo había crecido tanto que era imposible cruzarlo sin arriesgarnos a que la fuerte correntada nos arrastrara aguas abajo, junto con los troncos que flotaban.

—Iremos a guarecernos en esos árboles —dije.

Una vez más descendimos de la yegua para acurrucarnos bajo un bosquecito de espinillos. Se había hecho de noche y la única luz era la de los estertóreos relámpagos.

Unos minutos más tarde, a través del ruido que producía la lluvia y la potente corriente del arroyo, escuché cascos de un caballo que se acercaban.

Allí estaba él.

No necesité verle el rostro que llevaba cubierto bajo una capa, me bastó con notar su figura caminando hacia nosotros. Mi corazón decía que era él, porque siempre que lo necesitaba se encontraba cerca.

¿Existen palabras de agradecimiento hacia alguien que odiamos y sin embargo está continuamente ayudándonos?

Bajó de su caballo, y de una alforja que llevaba colgada de su hombro sacó una gruesa manta de lana con la cual envolvió a José, lo levantó y nuevamente lo subió sobre el lomo de la yegua. Después, se acercó a mí y tomándome por la cintura también me hizo montar. A pesar del frío sentí sus manos quemándome la piel, ¡y la sensación fue tan hermosa!

Sin pronunciar palabra tomó las riendas de Señora y, luego de buscar las de su caballo que había dejado abandonadas sobre el lodo, iniciamos la marcha hacia terreno desconocido.

Nunca había pasado por ese lugar, con cada rayo el paisaje se iluminaba a medias y podía distinguir los contornos de las matas de yuyos que estaban cerca, apenas eso, pero era suficiente para darme cuenta de que pisábamos tierra nueva. A pesar de que los pastos eran parecidos, el sendero era nuevo.

Mientras caminábamos, intenté delinear el cuerpo de mi querido enemigo, adivinar la musculatura de sus brazos, sus piernas delgadas, su rostro... pero todo él estaba cubierto con una vieja capa, tan raída y gastada que tenía el mismo color de la tierra mojada. Sólo podía adivinar, y en mi imaginación su figura se volvía perfecta, tal como en mis sueños.

También tuve tiempo de razonar; algo no estaba bien en mis conceptos. ¿realmente había sido él quien hizo asesinar a mi padre?, ¿había sido así? Ahora, luego de lo que acababa de suceder, la duda era mucho más firme. ¿Cómo podía un hombre que me amara y cuidara tanto, cometer semejante acto de maldad?, y más aún, sabiendo con absoluta certeza que con ello me haría sufrir lo indecible.

Aunque también debía reconocer que hay personas que igualmente cumplen con su deber, aceptando las consecuencias de sus actos; su lema es la obediencia, nada más.

Detuve mis elucubraciones y me dediqué a mirarlo, sonreí con picardía; esta vez el soldado había cometido un pequeño desliz fuera de sus responsabilidades, sospechaba que sus actos de fervorosa dedicación hacia mí demostraban a todas luces que él se había enamorado.

Sí, la duda siempre continuaría dándome vueltas por la cabeza; aunque esta vez me incliné a favor de su inocencia.

Avanzamos cerca de quince minutos, entonces vi que el terreno descendía hacia el arroyo. Pero allí éste se encajonaba bajo dos inmensas lajas y, entre piedra y piedra, quedaba un corto espacio que los caballos podrían atravesar.

El Español desmontó, y tirando de nuestras riendas lentamente cruzó a Señora. Bajo nuestros pies el río rugía como el bramido de varios toros enfurecidos. Él le acariciaba el hocico, emitiendo suaves y tranquilizantes chasquidos con su lengua, era imprescindible que el animal no se asustara y pisara firme, las rocas estaban resbalosas y debíamos cruzar con extremo cuidado. Después, regresó y pasó su caballo.

Continuamos la marcha por el campo mojado, nada se veía delante nuestro; el camino seguía siendo desconocido para mí, ¿adónde nos llevaba? cuando ya comenzaba a inquietarme vi a pocos pasos el corral de Los Naranjos.

Él se detuvo y me ayudó a descender. Corriendo la capa que lo cubría inclinó su cabeza y me besó en los labios.

Fue un beso largo, apasionado, su boca sabía a sal; sus manos me apretaron contra su pecho y me recorrieron la espalda, mis brazos permanecieron laxos, sin tiempo para reaccionar a su ardor.

Si debía morir joven bien podía ser allí.

José aún estaba montado en Señora mirándonos, ello no me afectó. No me importó el hecho que estaba obligada a odiar al Español, incluso dejaron de molestarme el frío y la oscuridad que me impedían ver, ni las gotas que cruzaban su mejilla y caían tibias sobre la mía. Cerré los ojos y me dejé llevar. Nos habíamos permitido un recreo en nuestra enemistad para disfrutar del sentimiento más bello que existe, el amor.

Habiendo cumplido con su misión de ángel protector, montó en su caballo y desapareció.

—¿Quién era ese hombre, mamá? —preguntó mi hijo cuando lo estaba bañando en la tina con agua caliente.

No respondí.

—¡Ah!, ¡te descubrí un secreto!

Estaba a punto de enojarme con él cuando me di cuenta de que no valía la pena. Además, probablemente ni siquiera habría notado el beso.

—¡Tenemos un nuevo amigo! —exclamó él mientras palmoteaba ruidosamente sobre el agua.

¿Y si lo escuchaban? Era mejor intervenir pronto.

—Ahora el secreto lo compartiremos entre tú y yo, nadie más. ¿Entendido?

—¿Un secreto entre los tres? ¿Y no se lo puedo decir ni siquiera a mi abuelita?

—No, ni a ella.

Se quedó pensando y afirmó:

—Palabra de hombre —y agregó de inmediato—. ¿Cuándo lo volveremos a ver?

—No lo sé —y comencé a cepillarle la espalda con energía.

Ahí nomás cambió el tema de conversación.

A la mañana siguiente llegó Manuela trayendo novedades.

Sus tres indiecitos la acompañaban. Dady, comprendiendo que con los niños dando vueltas a nuestro alrededor no podríamos charlar, sin que nadie se lo pidiera y con acertado juicio, se fue con todos al jardín.

—Mariano me llevó a Buenos Aires, allí tuve tiempo de hacer las invitaciones y comprar algunas telas para confeccionarme varios vestidos. Hace casi dos años que no estreno uno. ¿Te imaginas?, a mí que me encantan los colores brillantes, los modelos novedosos y de avanzada, ¡los peinetones! —y apretó sus manos en un evidente gesto de felicidad —he comprado sedas moradas y verdes, algodón amarillo y azul, raso colorado... ¡Ah!, pero el vestido que voy a usar esa noche será una sorpresa. Impactaré a los presentes.

De eso no me cabía duda alguna.

—¿Qué usarás tú? la he invitado a doña Ofelia, y cuando le dije que también estarías se puso muy contenta y comenzó a buscar las canciones que ustedes dos repasaban durante las semanas en que tomaste clases con ella.

¡Vamos, dime!, ¿qué te pondrás?

¿Qué usaría? me miré las manos ásperas, a pesar de que usaba guantes la tierra me raspaba la piel, resecándomela, y en varias partes tenía callos y grietas. ¿Qué vestiría?

Si ni siquiera estaba convencida de querer asistir.

—¿Invitarás a algún realista?

—¡Cristina! —exclamó ella escandalizada.

Por supuesto que no, qué idea tonta había sido el preguntarlo. Y más tonta aún por haberme enamorado de uno.

—Además ya están hechas las invitaciones, no podemos agregar más —y dijo intrigada— me gustaría saber qué está pasando por tu cabecita loca.

Luego de que ella se marchó fui al estudio, necesitaba pensar. Estuve buena parte de la tarde cavilando sobre el asunto. Mientras revisaba las cuentas, mi mente se distraía con el paisaje que se veía desde la ventana, pensando en la famosa fiesta.

Volvía a los libros con desgano; había una decisión que venía postergando desde hacía bastante —ajena a esta distracción presente — y que, por más molesta que me resultara, debía tomarla rápidamente.

Miré hacia la caja fuerte, estaba casi vacía, y si no quería tener que salir a pedir dinero prestado, tendría que vender la lana que se había ido acumulando durante esos dos años. Los galpones y cobertizos de la estancia estaban repletos. Si no hacía algo con ella pronto se echaría a perder, al llenarse de polillas..., si es que ya no las tenía. Y la hacienda; los terneros se habían ido multiplicando, ocupando buena parte de los corrales, era menester hacer una limpieza y, selección.

Además, si quería ir a la fiesta, debía comprar tela o un vestido nuevo.

Al anochecer me ardían los ojos, ya no pude continuar leyendo sin una lámpara, entonces, cerrando con fuerza el libro que tenía delante, tomé la antipática resolución de llegarme a Buenos Aires.

No le mezquinaba tanto por el hecho de viajar o por desatender un par de días la supervisión de la peonada —para eso estaba Mulato —, sino porque se me hacía muy difícil y penoso alojarme en nuestra casa. Le temía a las remembranzas, pues éstas pueden ser buenas amigas, y también poderosas enemigas.

Cuando le comenté a mamá sobre mi decisión de viajar, primero permaneció seria, casi podía escuchar sus angustiantes reflexiones, después sonrió y comenzó a preparar la lista de cosas que necesitaba. Sí, ella también había aprendido el maravilloso don del autocontrol. Sin permitir que sus evocaciones nefastas intercedieran en su cordura.

Aun así a la mañana siguiente se levantó conmigo, y cuando estaba subiendo al coche salió a despedirme.

—¿Estarás bien, verdad? —y en su voz había mucha ansiedad—, no puedo olvidar lo que sucedió allá...

Le tapé la boca y la besé en la mejilla.

—No te preocupes por mí, sé cuidarme; además, ya no es como antes, todo está más calmo, me lo aseguró el doctor cuando vino a visitarnos.

No era verdad, pero, ¿qué sentido tenía angustiarla más de lo que ya estaba?

Vi que se enjugaba una lágrima mientras me observaba partir.

Unas horas después llegué a la ciudad.

Lo primero que quería hacer era ir a la casa de la familia Durán.

Le di la orden a Paco, y hacia allá fuimos. Había aprendido que, de una lista de cosas, la que más urgentemente debía hacer era la más desagradable. Así, realizaba el trabajo posterior con mayor placer.

Me transpiraban las manos cuando golpeé el llamador en forma de león que había en la gran puerta del frente. Ésta era de grueso quebracho colorado, y redondas tachas de hierro la recorrían en su contorno.

Me atendió un portero, le dije que necesitaba hablar con el señor Durán.

—El señor no está en la casa, quizás lo encuentre en su oficina.

Le pregunté dónde quedaba, y me dirigí hacia el lugar que él me indicó.

Cuando el padre de Ricardo me vio no me reconoció de inmediato, lo cual era esperable, pues sólo nos habíamos visto una vez; el día en que su hijo y yo contrajimos matrimonio.

Me pidió mil disculpas y me hizo tomar asiento. Antes de comenzar a hablar sobre lo que me había llevado a reunirme con él, me ofreció una taza de té.

—Usted sabe que papá murió hace unos años y desde ese entonces he tenido que dirigir la estancia sola —sonreí y agregué, quizás con excesiva humildad—. Cómo lo he hecho, e incluso si lo he conseguido totalmente, es otra cuestión.

Había indulgencia en su rostro, y también nerviosismo, se lo notaba incómodo.

—Pero, a pesar de que creo haber manejado bastante bien lo relativo al ganado: crianza, yerra, esquila... además la cosecha y siembra de la mayor parte de nuestra tierra, aún no consigo acostumbrarme a la idea de que, tarde o temprano —quizás más tarde que temprano— tendré que comercializar la lana —me acomodé mejor en mi asiento—. Sé que el trabajo de campo no está hecho para la mujer, y aunque, por la fuerza de las circunstancias, me he visto obligada a hacerlo, no me molesta mayormente; es más, me agrada. Pero, ir a las barracas, sola, y discutir sobre precios y estiba... eso es otra cosa, hasta ahora no he podido juntar el valor suficiente como para hacerlo —lo miré—, es por eso que he venido a pedirle su ayuda.

Sin duda él había querido a su hijo, lo cual me daba la casi certeza de que también nos apreciaba a José y a mí; bueno, eso esperaba. Y quizás se ofreciera a guiarme en tan engorrosa situación.

Me justifiqué:

—No me agrada tener que molestarlo, no conozco a nadie más que pueda enseñarme cómo hacerlo.

Sí, estaban Mariano y su padre, y por razones lógicas no quería acudir a ellos. De sobra conocía su temperamento; Los Naranjos era mío y si les daba, aunque fuera la más mínima concesión, sabía que de inmediato los tendría entrometiéndose en mis asuntos, y no para sacar ventaja de ello, sino simplemente ayudando. Pero era demasiado independiente y personal para hacer mis cosas y, por más que no lo reconociera a viva voz, a mí me gustaba como me estaban saliendo. Ya me imaginaba a Mariano y don González dando órdenes en mis tierras y cuestionando mi autoridad.

Al imaginarme la escena cerré los ojos con desagrado y esperé la respuesta de don Durán.

Él se levantó de su silla y caminó alrededor del escritorio.

—Comprendo su situación, delicada por cierto —se detuvo, dio media vuelta y me sonrió—; la ayudaré. No sólo porque es la mujer de mi hijo y porque es madre de mi nieto, sino también porque lo que usted está haciendo con la estancia es muy loable y a nuestra familia la llena de satisfacción.

Sus palabras me conmovieron, hasta ese momento estaba casi segura que lo que yo hacía les molestaba.

—Le voy a ahorrar el trabajo de venir hasta aquí para verme cada vez que necesite hacer una venta. Yo también traigo periódicamente carros desde Caoba, y como no hay nadie que dirija la estancia, he comenzado a viajar allá todas las semanas.

—No lo sabía.

—Sí, desde que murió el mayordomo, hace casi tres años, he tomado la dirección del campo por mi cuenta, es bastante difícil conseguir personal de confianza, y más estando tan lejos para controlarlos —se volvió a sentar—. Creo que podemos hacer esto, si usted está de acuerdo por supuesto, cuando necesite enviar mercadería al puerto, o comercializarla aquí en la ciudad, me la manda a Caoba y me ocuparé del resto. Incluso puede acercarme arreando a los terneros que quiera vender. Después recibirá las cuentas y el dinero resultante de la operación.

—¡Oh! —no podía creer que la cuestión que durante tantos meses me había martirizado se hubiera solucionado tan fácilmente. Esperaba mucho menos de él—. ¡Se lo agradezco tanto!

En un arranque de alegría me levanté y lo abracé con efusividad.

Él se sorprendió, ¡y cómo para no! Me palmeó la espalda con ternura.

—Está bien, muchacha, ya verás que las cosas marcharán bien —me miró—; los tiempos difíciles están quedando atrás, ¿verdad?

No supe muy bien a qué se refería, si a la ausencia de su hijo, a la muerte de mi padre, a la administración de la estancia..., le respondí afirmativamente mientras me secaba una lágrima, ¡me sentía tan

aliviada!

El resto de los encomendados eran fáciles.

Fui a visitar a la señorita Ofelia, y al reconocerme corrió a plantar dos sonoros besos en cada una de mis mejillas.

—¡Qué maravillosa sorpresa! —exclamaba una y otra vez.

Bien, me dije complacida, aquí hay alguien que me quiere de verdad, y me lo demuestra.

Charlamos sobre Buenos Aires y todas sus picantes novedades como no lo hacía con ninguna otra persona. El vigoroso ímpetu de mi hermana a veces me apabullaba y solía cortarme en medio de una frase, allí me sentía realmente a mis anchas. Escuchaba fascinada y hacía comentarios sobre todo lo que ella me decía.

Me quedé a almorzar y después, contradiciendo sus cuestionamientos sobre el calor, las calles atestadas de transeúntes o el obligado descanso de la siesta, me despedí para poder comprar todo lo que componía la gran lista de cosas que traía conmigo.

—¿Vendrá a visitarme nuevamente? —me preguntó con anhelo.

—No lo sé, me gusta demasiado la vida apocada del campo; allá las costumbres son más simples, y cada vez que pienso en la cantidad de arreglos que debo hacer para venir aquí, me arrepiento y postergo el viaje hasta el próximo mes.

—Jamás he estado en una estancia, no sé cómo será la vida allí.

—Puede ir a visitarnos, incluso puede acompañarme la siguiente vez que venga. Será bien recibida, no son muchas las personas que llegan hasta allá.

Ella dudó.

—No creo que me anime, soy una mujer del adoquín, nunca he salido de la ciudad, y el sólo pensar en los indios me da terror.

Reí, casi todas las personas les temían.

Por la tarde fui a comprar varias telas. Elegí cortes rústicos para los pantalones de José, dos o tres sencillos para mamá y me detuve a mirar las sedas y los rasos eligiendo uno con el cual hacerme el vestido que usaría durante la fiesta. Finalmente me decidí por una seda tostada; también compré puntilla del mismo color.

Después observé detenidamente las vidrieras, memorizando y aprendiendo sobre la moda actual. No había cambiado mucho desde que nos fuimos al campo, noté algunos detalles que incorporaríamos a nuestros trajes de fiesta.

Habiendo terminado con esa inquietud recorrí las panaderías, boticas, negocios que vendían adornos, fui a un almacén de ramos generales y compré botellas de vino y un paquete grande de golosinas a los niños.

Estaba anocheciendo cuando le dije a Paco que podíamos regresar.

Él obedeció presto y dirigió el caballo hacia la casa que teníamos

en la ciudad.

—No, Paco, vamos a Los Naranjos.

Él detuvo la marcha del coche y se dio vuelta a mirarme.

—¿Qué sucede? —le pregunté sin entender su repentina detención.

—Disculpe, señora, disculpe mi gran atrevimiento, pero usted es una mujer y yo sólo un viejo. El camino que tenemos hasta Los Naranjos es largo, y de noche se vuelve comprometido. ¿Cómo nos defenderíamos si nos atacan? Y, Dios no lo permita, pero ¿si se nos rompe una rueda?

Tenía razón, sólo que no quería dormir en la casa que teníamos en la ciudad.

Cavilé unos minutos, aunque no tenía otra salida.

—Bien, nos quedaremos.

Cuando llegamos, él abrió la puerta. Ésta hizo un ruido ronco y se trabó, Paco le dio un fuerte empujón y la abrió por completo.

—Se ha hinchado.

Entré despacio, intentando no hacer ruido; como si algo pudiera estallar de repente, los recuerdos, los disparos, los gritos de mamá, los gemidos de Ama.

Encendimos unas lámparas, y él revisó los cuartos para ver si todo estaba en orden.

Por último se despidió, retirándose a la cochera donde tenía el suyo.

Me dirigí a mi dormitorio. La casa estaba limpia y acomodada, la empleada del doctor debía ir seguido a repasarla y airearla. Aún así olía a encierro. Todo era silencio y quietud; miré hacia el ciruelo y éste tenía las ramas cargadas con frutas casi maduras. Mamá se pondría muy contenta cuando viera la canasta repleta que le llevaría.

Después me desvestí y busqué en el ropero un camisón.

Acababa de olvidar que nos habíamos llevado toda la ropa a la estancia. Entonces opté por dejarme la enagua y me deslicé bajo las sábanas, por lo menos eso había quedado. Éstas me recibieron frías y húmedas.

Al amanecer, cuando aún el sol no se vislumbraba en el horizonte, llamé a Paco y lo urgí a regresar. El silencio, el incipiente moho que se aspiraba en los ambientes y la sensación de encierro me oprimían, las vivencias pasadas palpitaban con cada aliento. Se me hacía que escucharía los pasos de papá, o a Paloma removiendo las cenizas de la noche anterior para avivar el fuego donde luego calentaría la pava.

En la cocina encontramos dos cestas viejas y las llenamos con ciruelas, y sin detenernos en ningún lugar, regresamos a la calidez de la estancia.

Mientras nos alejábamos comprendí que nunca más quería volver

a esa casa, Los Naranjos era mi hogar.

Unos días después llegó la gran noche, según palabras de Manuela.

La fiesta fue realmente maravillosa.

Me puse el vestido que me había hecho Dady y me recogí el cabello en un enorme rodete con ondas hacia los costados, sostenidas por cintas al tono.

Esa mañana había llegado un paquete. Era para mí, y al abrirlo encontré una tarjeta con el escudo del conde, y debajo de ésta un precioso topacio engarzado en oro.

La breve nota decía:

«Mi adorada princesa, espero que este anillo haga juego con tu vestido.

Balsac de Rengines».

¿Cómo había hecho para enterarse del color que tendría el vestido que usaría esa noche? Además, sospechaba que él también asistiría a la fiesta. Bien que lo conocía.

Observé fascinada y a la vez rabiosa los brillantes destellos que producía la piedra. No, no lo usaría.

Lo guardé en la caja fuerte del estudio y me propuse olvidarme de él.

No pude. Mientras me bañaba y arreglaba, mientras me ponía el vestido y me perfumaba... Cuando me miré al espejo me pareció que estaba desnuda. El escote dejaba ver sólo la piel blanca, mis brazos quedaban al descubierto desde el puño de la manga corta; vacíos, algo faltaba. O quizás solamente eran excusas que estaba buscando para lucir el anillo, después de todo era mujer. Entonces tomé una resolución arriesgada, sabiendo de antemano que con ella sólo conseguiría motivar al conde, lo cual no estaba en mis objetivos. Aunque esa noche me sentía con demasiada vitalidad, y nada podría molestarme o herirme; si el conde se hacía falsas ilusiones, lo acomodaría de inmediato. No me faltaban agallas, acostumbrada por la fuerza de las circunstancias a tomar importantes decisiones, mi carácter era aún más firme.

Por último saqué el abanico que comprara en Buenos Aires tiempo atrás, éste tenía delicados dibujos de pájaros dorados.

Lista ya fui a buscar a mamá. Ella también iría a la fiesta, y cuando la miré, al igual que yo, el entusiasmo brillaba en sus ojos grises.

Junto a Paco iba otro joven mocetón que trabajaba en la estancia llamado Pedro. Desde que nuestro chofer y guardaespaldas se casara,

había determinado por si solo que ya era tiempo de comenzar a cuidar su vida. Ahora tenía una esposa y una niña a las cuales atender.

La vejez lo había convertido, no sólo en un ser terriblemente celoso de sus dos vidas, sino de la suya propia. Las vigilaba constantemente, y se aseguraba además de que él casi no corriera peligro alguno.

Paco argüía:

—Si yo muero ¿quién cuidará de mi familia?

Nadie le respondía, aunque sabíamos que Dady era perfectamente capaz de sobrevivir sola, y mucho más que eso.

Con lo cual, y para no discutir, fue necesario incorporar otra persona a su lado; el trabajo de conductor no era cosa fácil.

Paco ya no salía si no era acompañado, o lo hacía solo pero a la luz del día, cuando existían menos probabilidades de un repentino asalto de esos «salvajes forajidos», como él acostumbraba llamar a los indios.

Ésa fue la razón por la cual no quiso regresar conmigo de noche a la estancia.

Punto final al asunto, me dije. No me opuse a la repentina y continua presencia de Pedro, era un digno ejemplar de hombre. Mezcla de indio y negro, alto, fornido y, lo que era más importante aún, callado y leal como ningún otro peón.

En la gran sala de San Sebastián de Los Tilos había muchos invitados. Una docena de ellos eran jóvenes, de veinticinco años aproximadamente, con apariencia de solteros por la manera descarada con que miraban a las mujeres. Manuela, intuí, los había invitado especialmente para mí. ¡Ay!, ella no tuvo en cuenta que yo era casada, viuda, con un hijo, administraba una enorme estancia, y me sentía como una mujer de cuarenta años. Demasiados obstáculos a ser salvados así nomás.

En el salón también había varias parejas bailando una zarabanda, señoras charlando y riendo ruidosamente en grupos, la familia González con sus mejores y más extravagantes fulgores encima, y, tal como suponía, el conde Balsac de Rengines.

Manuela se acercó a saludarme efusivamente apenas me vio.

—¡Cristina!, ya estaba pensando que no vendrían —y me abrazó.

—Hermana, de sobra conoces el camino. Es largo y lleno de contratiempos; al llegar aquí hemos tenido que pasar por el tocador para reacomodarnos.

Ella llevaba un vestido de falda muy ancha color rosa fuerte, aunque fuerte no era la palabra exacta; diría mejor furioso, rosa furioso.

Me llevó hacia un costado y miró donde estaba el conde.

—Disculpa, no pude evitarlo —me susurró despacio—. Mariano dijo que debíamos invitarlo; tú bien sabes el estado en que se encuentra nuestro país, con España llena de conflictos internos. El conde es una persona influyente, con muchas amistades importantes, no podemos darnos el lujo de resentir la buena relación que tenemos con él.

—No te molestes, es algo sobrentendido que Balsac asista a nuestras fiestas. Me las arreglaré.

Quise agregar a mi concepto: «es una pesadilla cotidiana».

Unos minutos después, como no podía ser de otra manera, se me acercó.

—¡Oh, mi preciosa dama!; veo que te has puesto el anillo que te envié, eso significa que te ha gustado mi regalo.

Le sonreí, había iniciado sus ataques de miel. ¿Por qué le producía placer el hacerme enfurecer con sus palabras empalagosas? cuando notaba la furia en mi rostro, sus ojos comenzaban a chispear, y una tenue sonrisa lasciva se dibujaba en sus finos labios. No lo podía entender.

—¿Bailamos condesa?

Esa noche no le iba a dar con el gusto, no lo motivaría iniciando una frívola discusión. Me costó mucho esfuerzo, pero le sonreí y le hablé como si a su lado me sintiera la mujer más feliz de la tierra, Mientras, por dentro, le arrancaba la piel una y otra vez.

Le agradecí los innumerables regalos que me había hecho; admiré varios de ellos. Incluso, cuando él me invitó a cabalgar al día siguiente, le respondí que sí, aparentando una alegría que estaba lejos de sentir.

Sólo me separé de él media hora, cuando Manuela me pidió que cantara.

La señorita Ofelia estaba allí, tan atenta como siempre, y muy contenta de verme nuevamente.

Apenas terminé me volví a reunir con el conde.

—¿Te conté de mi haras de caballos argentinos? —y su prominente abdomen se mecía descontrolado cada vez que tosía, lo cual sucedía a menudo.

—¿Fuma mucho usted?

—Fumaba. ¿Me estás criticando, querida?

Ahí estaba, buscando la manera de exasperarme.

—No.

Él continuó.

—Tengo la yegua más hermosa de todo el país, y al padrillo se lo compré a los indios. Han venido del extranjero a verlos. Por más que me ofrezcan cualquier dinero, no los vendo. Algún día te llevaré a verlos.

Yo miraba hacia otro lado. Se puso serio.

—¿Me estás prestando atención, *mon cherie*?

Su perfume era muy fuerte, olía a hierbas exóticas, tabaco y almizcle.

—Conde, ¿cómo se llama el perfume que usted usa?

—¿Te gusta? ¿Sabes de dónde sale? existe un buey, llamado almizclero, de donde extraen la fragancia...

Y dale y dale. ¡Qué ser tan petulante y desagradable! Mas, al mirar alrededor de mí con la intención de alejarme, me daba cuenta de que quedaría sola. No tenía a quién más recurrir, estaría a merced de esos bebés que acababan de abandonar el biberón. No, esa salida era peor que mi presente condición

¿Con qué excusa bien justificada podría separarme de él? ¿Con quién podía reunirme? si no conocía a los presentes y, sacando los invitados, sólo quedaban mamá y Manuela; y esa disculpa sería muy tonta, no podía decirle al conde que me iba a reunir con alguna de ellas ya que las veía casi diariamente.

Guardé mi rabia y toleré los exagerados relatos sobre su propia persona. Después de todo ¿cuántas vidas habría vivido este hombre? me dije intentando matizar mi fastidio. La única nota discordante de su inagotable parafraseo era cuando, mínimamente y como por obligación, dedicaba su saliva a halagarme.

Resignada, me consolé diciéndome que, después de todo y como decía papá, era una mujer fuerte.

Unas horas después nos despedimos y él prometió pasarme a buscar al mediodía siguiente.

—Pasaremos la noche aquí, ya que los González han tenido la amabilidad de invitarnos. El viaje de regreso es largo, y no hay apuro por volver a Los Naranjos.

Entré en un cuarto fastuoso y extraño a mí, aquél que me habían destinado para dormir. Me recosté en la cama, con un camisón que Manuela me había prestado, y mientras intentaba relajarme sentí, cada vez con más fuerza, un peso oprimiendo mi pecho. ¿Qué había estado haciendo en la fiesta? ¿A qué estaba jugando con el conde y por qué? Él era una persona artera y nadie se podía burlar de él. ¿Por qué entonces había aceptado su invitación a cabalgar? ¡Muchacha boba!

Suspiré, simplemente me estaba hartando de tanta soledad acumulada. Sí, una vez me había dicho que todas las cosas tenían su tiempo; un tiempo para ir al colegio, otro para tener hijos, otro para desear la compañía de alguien... Bien, aparentemente estaba entrando en esa etapa.

Volví a enojarme conmigo misma, por fortuna la complacencia no era mi fuerte, y si no la toleraba en los demás, menos lo haría en mí.

Lo pensé imparcialmente: avenirse al conde… Debía estar muy desesperada para anhelar su presencia.

«No, reconócelo, te equivocaste», me dije.

Muy bien, una vez aceptado mi error, analicé el próximo paso a seguir; a los inconvenientes hay que solucionarlos lo antes posible si no se comenzaban a acumular, volviéndose insoportables. Al día siguiente me propuse acabar con el asunto.

El conde jugaba con sus armas de azúcar, yo jugaría con las mías de hierro.

Cuando él llegó a Los Naranjos en su carruaje, a la siesta del día siguiente, yo ya había regresado de Los Tilos y salí sonriente a recibirlo. Me detuve a observar su reacción, la cual no se hizo esperar. Me había puesto mi ropa acostumbrada, la de gaucho.

Él comenzó por la cabeza, bajó la vista lentamente y con descaro, hasta llegar a los pies.

—¡Vaya!, veo que ya no eres una *petite fille* —y su rostro cambió del asombro a la admiración.

Se apeó y me acompañó a la caballeriza en silencio, algo muy extraño en él, siempre tan verborrágico.

Lo miré de soslayo, aparte de su enorme y acostumbrado facón atravesado a la espalda, sobre su cabeza tenía un sombrero de gaucho.

Me palpé con disimulo el chiripá y me aseguré de que el arma estuviese en su lugar.

Le puse la montura a Pampero, y antes de que él tuviese tiempo de ayudarme a subir, de un salto monté sobre el potro.

Él arqueó las cejas y sonrió apenas, no le gustaba que lo despreciaran.

—¿Adónde quieres que vayamos? —le pregunté.

—Elige tú, después de todo es tu tierra.

Caminamos dirigiéndonos hacia el campo y pasamos por el cuarto donde se guardaban las herramientas de trabajo. Afuera, colgando de un gancho, varios arreadores, látigos y fustas. Estiré mi brazo y, como lo había hecho ya anteriormente alcancé una huasca. No la necesitaría con Pampero, sin embargo, el tenerla en la mano me daba un poco de tranquilidad.

Atravesamos el potrero donde estaban Señora, y Cristy con su nuevo potrillo, cruzamos el arroyo ya al galope.

Había decidido no darle tregua al conde, estaba muy enojada. Entonces espoleé a Pampero, éste saltó hacia delante y comenzó una desenfrenada corrida. Era la primera vez que lo montaba, y rogaba al cielo no caerme, la humillación sería el fin de mi batalla contra Balsac.

Su caballo no era tan rápido, y agradecí en silencio a Mulato por

haberle elegido ése, el conde había resoplado con enojo cuando lo vio, y a sus quejas el negro respondió que no había otro. Sospecho que Mulato debe haber pensado que ningún animal de buena sangre merecía semejante peso sobre su lomo, no quería estropearlo. Por eso le había dado uno de medio pelo.

Como último recurso, él se había dado vuelta a mirar el mío, pero ya había montado y por nada en el mundo se lo cedería.

Cruzamos la pampa llana, veloces hacia el horizonte. Nada veía, ni pasto ni vizcacheras ni arbustos espinosos, apenas sí escuchaba el galope casi descontrolado de mi flete. Sólo tenía conciencia de mi acuciante apuro por terminar con tan exasperante situación.

El conde me seguía unos pocos metros detrás, y no me detuve hasta llegar al pie del nogal.

Estaba tan enojada que había decidido que si no encontraba otra manera de evadirme de él entonces le dispararía, por más que después me arrepintiera de tan descabellada determinación. Había llegado al límite de mi furia, más allá comenzaba la demencia. Tampoco es que fuera a tirarle…. a matar. Pero bien podía practicar puntería con su voluminoso trasero, o su exagerada rastra de oro y plata.

¿Con cuántas personas había ido hasta el nogal? primero fue papá, luego mi pequeño José, y ahora este... inflado conde.

Detuve a Pampero y me apeé, después me quedé esperando a que él llegara. Su rostro estaba hirviendo de ira, y también de agotamiento. ¡Bien, bien!, los papeles se invertían, tal como lo deseaba.

Se bajó pesadamente de su caballo y se reclinó en el tronco del nogal para recobrar el aliento, visiblemente exhausto.

Los dos estábamos callados, Balsac demasiado encolerizado porque se había percatado de que me estaba burlando de él. Además, e inevitablemente, había perdido la carrera. No le gustaba que le ganaran, ni siquiera cuando jugaba con un niño.

De pronto me di cuenta de mi estupidez. Mi satisfacción se esfumó, y la cordura me hizo recapacitar. Comencé a temblar de miedo, acababa de provocar una situación cuya reacción desconocía, ¿qué podía estar a punto de suceder? Traté de no recordar que, además estaba sola, si gritaba nadie me escucharía, mis peones se encontraban a varias leguas de distancia.

Intentando no demostrar el miedo que sentía, corté una brizna, se la di al potro y mientras éste la masticaba lo acaricié.

—Gracias —le dije despacito.

Sentí una mano que me apretaba el brazo.

Me di vuelta y vi al conde junto a mí. Tenía los labios apretados y me miraba con una seriedad que aterraba.

Me obligó a girar hasta quedar delante de él, y acercando su

rostro al mío me besó. Sus labios estaban húmedos y aún jadeaba; fue un beso salvaje, violento, y lleno de sudor. Un beso no correspondido.

Tenía su cuerpo tan apretado al mío que podía sentir los músculos de su abdomen en tensión.

En ese momento el descubrió mi arma.

Reaccionó velozmente y tomándola con rapidez me alejó de sí.

—¡Chiquilla indomable! ¿Por qué toda esta farsa? Me atraes hacia ti, engañándome con golosinas, y después huyes como una niña caprichosa —y sus siguientes palabras estaban llenas de sarcasmo—. ¡Despierta de una buena vez!, mujer, ya has perdido toda la atracción femenina que te quedaba. Viuda, con un hijo, y ¡mírate! —señaló con rabia mi aspecto—. ¡Dios!, ¡nomás obsérvate! encima te vistes como un gaucho. ¡Ridícula total! ¿Cuándo vas a comprender que soy el único hombre que te queda?

Permanecí en silencio.

—¿No me respondes? —hizo un gesto despectivo y con su cabeza rodeó el horizonte—. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que nadie se casa con una mujer como tú? así tenga un… —y se trabó, eligiendo la palabra— un… sucio pedazo de tierra como tu campo.

Quizás fue por el hecho de que me llamara ridícula, o quizás por su excesiva presunción al decirme que él era el único hombre al que podía recurrir, pero sobre todo fue porque tildó de «sucio pedazo de tierra» a Los Naranjos.

Soltándome con brusquedad de su abrazo salté sobre Pampero, y levantando la fusta sobre mi hombro, la bajé con fuerza hacia el conde y le corté la mejilla izquierda con un certero latigazo.

No me quedé esperando su reacción, apenas vi cómo trastabillaba y perdía el equilibrio a raíz del fuerte golpe.

No, no aguardaría ni un segundo, estaba armado y enloquecido por la rabia.

Apuré al potro y me propuse no detenerme hasta llegar al casco. Crucé el arroyo en dos largos saltos, y el agua fresca me roció el rostro ardiente. Continué galopando hasta llegar a la quinta, allí me bajé, y corriendo fui a refugiarme entre los árboles. Busqué desesperadamente el que me interesaba, aquél que quizás me podría traer la calma que había perdido, ése que, yo esperaba, me iba a devolver la cordura.

Cuando lo encontré me arrojé al suelo y abrazando su tronco comencé a llorar.

¿Dónde estaba el hombre a quien amaba? ¿Aquél a quien aborrecía y adoraba al mismo tiempo? ¿Por qué no aparecía ahora que más lo necesitaba?

¡Dios!, ¿qué acababa de hacer? y un nuevo ataque de histeria me acometió al pensar en las consecuencias que podían derivarse de mi desquiciada actitud.

Abrí los ojos y a través de mis pupilas empañadas pude leer:

—Por amor a Cristina.

Las palabras tampoco consiguieron aplacarme.

Escondí el rostro entre mis manos, comprendiendo, aunque demasiado tarde ya, que no se sale inmune de tan insensato comportamiento.

—¡Qué he hecho! ¡Qué va a sucederme ahora!

Tercera parte
El conde

Capítulo 8

Verano 1812

Pasó una larga semana de angustia. ¿Qué estaría ideando el conde Balsac? lógico era pensar que había decidido tomar represalias por mi actitud harto grosera hacia él. Probablemente buscara vengarse de mí, golpeándome ahí donde más me dolía, perjudicando a mi familia. Y para ello sólo le bastaba con mover un dedo, abrir la boca —algo de lo cual estaba segura que él era bien experto— y utilizar sus influencias políticas, sociales y económicas.

Pasé largas noches sin poder conciliar el sueño, tan inquieta por nuestro futuro que la desazón no me permitía descansar. Caminaba hora tras hora, atravesando la galería de un lado al otro, como una sombra fantasmal.

No tenía a quién contarle mis cuitas. ¿Qué podía comentarle a mamá? cómo podía ella entender las razones del profundo rechazo que sentía hacia el conde sin explayarme en detalles rijosos…

¡En mi desesperación me sentía tan sola! Esta vez sí que me hubiese gustado tener al Español cerca, rondando Los Naranjos. Me habría aferrado a él con fuerza, nada más que para llorar y descargar en mi llanto la enorme tensión que sentía dentro de mí. Pero la historia parecía habérselo tragado, porque hacía mucho que no sabía nada de él.

Solía escudriñar la oscuridad del parque en una vana ilusión por verlo, correr a su lado y acurrucarme en sus fuertes brazos.

¿Por qué no estuvo para defenderme del conde?

¿Por qué no existían armas a mi alcance para luchar contra ese aberrante espécimen de ser humano?

¡Cuánto desasosiego alimentaba mi corazón durante esos días! Y la tenaz incertidumbre, como una mala costumbre repetida días tras día, me horadaba las entrañas, inventando hasta los más disparatados desenlaces.

Estaba segura de poder salir adelante ante cualquiera de sus venganzas; que me hiciera encarcelar, que me impidiera regresar a

Buenos Aires por el resto de mi vida para no aumentar aún más su desprestigio, que se cobrara con dinero por la afrenta recibida, incluso que me obligara a casarme con él. Todo lo podría tolerar, pero no que me arrebatara Los Naranjos.

Era exactamente eso lo que me quitaba el sueño, cualquier cosa menos la estancia. Sabía que los papeles estaban en regla pero ¿qué no puede hacer un hombre de su laya, humillado y con dinero e influencias?

Por fortuna, aparentemente estaba equivocada.

Balsac era más vivo y malandra de lo que sospechara.

Él prefirió sortear e ignorar el desagradable altercado que habíamos tenido. Al principio ni siquiera quise detenerme a analizar las razones de semejante proceder. Unos días después, ya más tranquila, acabé por deducir que debía ser mejor persona de lo que creía.

¡Nuevamente Satanás vestido de trampa! más adelante, demasiado tiempo después, como una cachetada de aguijones envenenados, descubrí que el conde Balsac era la peor de las alimañas.

El siguiente movimiento lo volvió a dar él. ¡Qué admirable empecinamiento!, obcecación asnal diría mi padre. Envió una pequeña nota, pidiéndome disculpas por su comportamiento incorrecto, y en un paquete muy bien envuelto me devolvió la pistola, agregando una caja repleta de balas.

«Para ser utilizadas de acuerdo a su caprichosa e impredecible voluntad».

Tanto había sido mi temor, tan enmarañada era la mente humana, que elucubré las peores razones y respuestas a sus días de silencio. Y al recibir sus líneas sonreí con profundo alivio y por primera vez le contesté una nota. Yo también le pedí disculpas, agradeciéndole el arma y la caja con balas.

Después suspiré hondo; mi familia estaba segura, Los Naranjos continuaba en mi familia, nuestro dinero, mi libertad… mis recelos habían acabado.

Hicimos las paces.

José tenía tres añitos y me sentía muy satisfecha con él. Hacía varios meses que me acompañaba a todas partes montado en Diciembre. El caballo era viejo y dócil. Me enternecía verlo tan pequeñito aún, cabalgando sobre el alto matungo, con sus pantalones largos, sus botas demasiado grandes y el sombrero que le cubría casi todo el rostro.

Ese otoño habíamos regresado al nogal.

Llevamos varias bolsas y estuvimos casi toda la tarde recogiendo nueces del suelo.

—¿Por qué tienen esta cáscara negra? —me preguntó cuando levantó la primera—. ¡Mira!, me ensucian toda la mano, están podridas.

—No, hijo, después de juntarlas las pondremos extendidas bajo el sol para que se terminen de secar. Ya verás que esa cáscara oscura desaparece, o se saca fácilmente.

Antes de regresar, nos sentamos a disfrutar del paisaje mientras yo machacaba algunas nueces entre dos piedras y José se comía la semilla.

—¿Dónde está nuestro amigo secreto? —preguntó de repente.

—¿Amigo? —repetí asombrada, pensaba que él ya lo había olvidado.

Parecía que ninguno de los dos podíamos hacerlo.

—Sí, ¿recuerdas cuando nos ayudó a cruzar el arroyo aquel día en que vino la tormenta?

¡Claro que me acordaba!

Pensaba en el Español cuando galopaba por el campo, cuando el día estaba gris y lloviznaba silenciosamente, cuando me acostaba en mi lecho solitario, y cada vez que pasaba un cumpleaños más.

—No lo sé, José, seguramente ha tenido mucho trabajo, y por eso no ha podido visitarnos hasta ahora. Pero ya lo hará, pronto lo veremos.

Al decirle esas palabras con el propósito de infundirle esperanzas, comprendí que más lo hacía por mí que por él. Ansiaba desesperadamente que regresara alguna vez, a pesar de que el tiempo pasaba y pasaba sin que tuviéramos noticias suyas.

La estancia marchaba maravillosamente bien. Sus prados estaban cubiertos de pastos naturales que el ganado podía comer, sin necesidad de sembrar forraje. Cuando las matas de paja se hacían muy grandes y se ponían amarillas, y por ello duras de digerir, les prendíamos fuego. De esa manera, tiempo después volvían a brotar verdes y tiernas.

Los Naranjos nos surtía de casi todo lo que necesitábamos para nuestra subsistencia; teníamos carnes variadas, de pato, ganso, cerdos, cabras, ovejas y vacas. También había gallinas y pavos. En la quinta Paloma y mamá cultivaban cuanto hacía falta para la mesa. De la leche hacíamos queso, y de las gallinas y patos sacábamos huevos.

La ciudad no era imprescindible para el hombre de campo; había criollos que jamás se acercaban hasta los centros poblados, tales como Buenos Aires, Tucumán, Córdoba o Montevideo. Las extensiones eran demasiado grandes y el caballo las recorría lentamente.

Después del 25 de Mayo, día en que el pueblo eligió una junta de

patriotas para gobernar el virreinato, dicha noticia tardó semanas en llegar hasta los lugares más apartados del país. Algunos gauchos escuchaban hablar de la ciudad como si ésta tan sólo existiera en la imaginación de quien lo contaba.

Mamá se había adaptado muy bien a la vida calmosa de la estancia. Se pasaba el día entero cosiendo para José, colaborando con Paloma en alguna conserva de ocasión, arreglando su hermoso jardín, y preparando nuevos injertos con manos habilidosas.

—¡Mira Cristina!, este jazmín es doble. Huele su perfume, es más fragante que el de los demás. Cuando vuelvas a Buenos Aires deberás traerme una Santa Rita, la que tengo está muy grande y quiero tener una de otro tono, ¿has visto como viste la pared del norte?

Desde la muerte de papá nunca más había vuelto a la ciudad, quedó sobrentendido que eso pertenecía a su pasado, y estaba segura de que si alguna vez quería vender la casa que teníamos en Buenos Aires ella habría estado de acuerdo conmigo. Era una sabia manera de enterrar los malos recuerdos.

Junto a Mulato yo había aprendido a enlazar animales tan bien como cualquiera de los peones.

El verano anterior salí con un pequeño grupo a cazar martinetas.

Me alejé un poco de ellos por si llegaba a fallar en mis intentos de enlazar. Mi puntería fue bastante buena, de lo mejor, regresé con quince coloradas colgando de la montura.

Mulato silbó admirado al verme.

—Usted ha conseguido más que nosotros. Muéstrale Pedro cuántas cazaste tú.

Todos rieron divertidos y el muchacho agachó la cabeza sonriendo con humildad. A pesar de su enorme corpachón su alma era tan bondadosa como la de una criatura; tan voluminoso su cuerpo como grandes eran sus sentimientos.

Paco estaba transformado. Dady era mamá de dos pequeños, y apenas él tenía un momento libre los iba a ver. Cada vez que me llevaba a alguna parte, se pasaba el tiempo contándome sobre las travesuras y adelantos de Agustinita y Federiquito.

Al principio trataba de ignorar la interminable parlancheada, pero finalmente me había cansado. Tenía demasiadas cuestiones en qué pensar, y junto a él no me podía concentrar; continuamente estaba mezclando las cabezas de ganado con las nuevas palabras de sus niños, la esquila con el vestido de Agustinita. Entonces comencé a pedirle a Pedro que manejara por él. A Paco esto no le importó, es más, creo que se sentía feliz porque podía estar siempre cerca de su familia, especialmente de Dady. La muchacha se había convertido en una hermosa mujer. Su piel aceitunada, sus labios redondos y sensuales, su cuerpo lleno de bellas y armoniosas curvas... y lo más

peligroso de toda ella era que aún conservaba la frescura e inocencia de los chiquillos. Explosiva combinación para las docenas de gauchos solteros, y demasiado solos, que trabajaban en la estancia. Quienes merodeaban continuamente, con cualquier excusa, cerca de su vivienda.

Cuando se casaron yo les había dicho que eligieran entre varias pequeñas casas que rodeaban al casco. Paco se inclinó por la más apartada, porque a su alrededor quería sembrar y cultivar sus propias verduras.

—Si la señora no se opone.

Ahora estaba arrepentido de ello. Justamente por estar más alejada de las demás, él se martirizaba al ver cómo la peonada pasaba por allí con evidente descaro. Él no era anciano, pero sí un hombre maduro, y no podía competir con los recios y ardientes jóvenes que miraban a Dady con pasión.

Alguna vez tendríamos problemas, sólo esperaba que nadie resultara herido. Tres muertes en mi vida eran más que suficientes.

Pasaban los meses y, tal como una vez me asegurara el doctor Capurro, ya me había adaptado al brusco cambio en mi existencia, ocurrido con la muerte de papá.

—Cristina, usted es joven aún, verá cuán rápidamente se acostumbra a esta nueva vida.

Manuela estaba nuevamente embarazada y nos venía a visitar a menudo. Cuando no podía hacerlo, enviaba una carta donde nos relataba cómo iba todo allí. A juzgar por sus palabras, continuaba viviendo en una tierra ideal.

Después de la fiesta en la que me comporté tan tontamente con el conde, ella había organizado otras más. Era una buena anfitriona, a pesar de sus gustos extravagantes y ostentadores. Si no era un vestido de colores chillones era un peinetón de proporciones alarmantes, o un collar que parecía quebrar su cuello. Tenía muchas amistades, y a todas les encantaba participar de sus periódicas reuniones.

Yo asistía muy pocas veces, cuando no me sentía extenuada, y cuando la soledad se me volvía una carga demasiado pesada.

El conde no se perdía ni una, y si acaso nos llegábamos a encontrar charlábamos como dos amigos que han pasado varias malas y buenas, juntos. Le había quedado una pequeña cicatriz en la mejilla izquierda a causa de mi fustazo, pero no hablamos de ello, y él la lucía con dignidad. ¿Qué les habría dicho a quienes le preguntaban sobre su origen? no me cabía la menor duda que tenía preparada una excelente historia donde él era el héroe. Porque, además de vanidoso, era muy, muy inteligente y sagaz.

—¿Bailamos, Cristina?

No le gustaba mucho el baile, pero a veces lo hacía conmigo; tampoco hablaba en su idioma mitad francés mitad castellano; ahora utilizaba otra táctica para conquistarme, y lo estaba consiguiendo. No lo amaba —eso creo que nunca llegaría a suceder—, su compañía me agradaba, así como los obsequios que me hacía. No eran tan costosos ni extravagantes, los había reemplazado por otros más personales, una hebilla de plata con mis iniciales grabadas en ella, un poncho norteño, un par de botas confeccionadas con un cuero muy blando haciéndome parecer que caminaba descalza cuando las tenía puestas.

Finalmente estaba aprendiendo a conocerme.

Una mañana llegó el doctor Capurro a visitarnos.

Junto con él venía la señorita Ofelia. Extraordinaria e inusual visita, especialmente si se tenía en cuenta lo que ella me había dicho sobre el campo.

Después de saludarnos efusivamente, con un sonoro beso en cada mejilla y un abrazo que se prolongaba más de lo acostumbrado, ella exclamó nerviosa:

—¡No sé qué dirán mis amigos cuando se enteren que he venido hasta aquí!, viajando sola con un hombre. ¡Ay!, me estoy arrepintiendo de haber hecho semejante locura —buscó sus propios justificativos—, es que me sentía muy mal allá en la ciudad; los dolores de cabeza son cada vez más fuertes, y el doctor me aconsejó que me trasladara a un clima más fresco y seco.

Todos permanecimos en silencio, mamá y yo porque sospechábamos que había algo más detrás de sus jaquecas, Ofelia no era tan invasora, ni mucho menos. Ella habría esperado a que la invitaran, insistiendo una docena de veces antes de creer correcto aceptar.

Mientras la observábamos notamos que ella miraba hacia el parque encantada, y el doctor, única persona a quien podíamos consultarle sobre las verdaderas razones por las cuales la señorita Ofelia se había animado a realizar semejante viaje, permanecía callado. Cortésmente había optado por quedarse a un costado, no quería interrumpir la charla de tres mujeres que hacía mucho tiempo que no se veían.

Ofelia reaccionó de inmediato.

—¡Oh, por Dios!, qué lamentable confusión —y se tocó la frente espantada—; no quise decir que me venía a instalar en Los Naranjos, estoy de paso; he venido a visitarlas hoy porque el doctor insistió en ello. Quisiera ver cómo me sienta el clima del campo. De acuerdo a eso me iré a vivir con unos parientes que tengo cerca de aquí —y rió nerviosamente—, seguramente ustedes habrán creído que venía a imponerles mi presencia. ¡Qué terrible confusión! —y comenzó a

sacudir el abanico con insistencia.

Le aseguramos que todo estaba bien, ya llegaría la oportunidad de demostrarle que nos agradaba sobremanera su compañía. Estaba bastante más delgada que la última vez que la visité, allá en la ciudad, y sus ojos eran dos cuencas oscuras.

Mamá le pidió a Dady que sirviera el té en la mesa que se encontraba junto al nogal del parque, ya que adentro no corría el aire. En cambio afuera, bajo la espesa sombra del añejo árbol, estaba muy agradable.

—Estos veranos son insoportables para todos los habitantes de Buenos Aires. No sólo las personas, también las vacas, caballos y demás animales enloquecen por la más ínfima causa —comentó mamá —. He visto terneros arrojarse contra un tronco macizo y lastimarse el cuerpo, como si eso pudiera calmarlos.

La observé con atención, no me había enterado de que ella era capaz de distinguir una vaca de un ternero. Nunca terminaría de conocerla. A pesar de que había vivido a su lado, todavía tenía inmensas lagunas en partes de su vida.

Cuando terminamos el té, ella se retiró junto a la señorita Ofelia con la intención de mostrarle la casa y el cuarto donde luego descansaría.

Me quedé sola con el doctor. Él sacó un cigarrillo y lo encendió.

Y mientras lo hacía, con una sonrisa en los labios se disculpó.

—Sé que esto hace mal. Aunque reconozco que, a veces, para calmar los nervios no existe nada mejor.

—Doctor, ¿qué tiene Ofelia? —le pregunté intrigada.

No eran sólo sus jaquecas, de eso no cabía duda.

Él suspiró y se acomodó mejor en la silla. No me sentí como una entrometida al hacerle semejante pregunta, y él no se molestó por ella. Nos habíamos acostumbrado a conversar sobre sus pacientes, no existían nombres, sí casos, y las enfermedades o heridas que éstos tenían. Aunque reconocía que la señorita Ofelia era una persona especial.

—Tiene una enfermedad para la cual aún no conocemos remedio, su cuerpo se va consumiendo lentamente, sin que podamos impedirlo ni detenerlo.

—¿Morirá?

Sacó la ceniza del cigarro con un dedo.

—No sé cuántos meses le quedan de vida, uno, dos.

—¿Ella lo sabe?

Me sentí muy afligida por tan inesperada y triste noticia, aunque la muerte casi, casi era mi ladera. Y lo peor de ello era que ésta se empecinaba en quitarme aquello que más quería.

—No, creo que no lo sabe, por lo menos yo no se lo he dicho.

Probablemente lo presienta, ustedes las mujeres tienen mucha intuición.

¿Por qué siempre tenía que suceder así? primero Ricardo, luego papá y Ama, ahora mi querida profesora de música.

—¿Es verdad que tiene parientes donde quedarse?

—Sospecho que no.

Entonces se me ocurrió una idea que me llenó de expectativas y alegría, surgida tan naturalmente como suelen aparecer las mejores soluciones.

A pesar de que sería por poco tiempo, intentaría hacer que los últimos meses de su vida transcurriesen en sosegado descanso. Allá en Buenos Aires debía trabajar desde la mañana hasta la noche, apremiada por la necesidad de ganar dinero para subsistir, terminando la jornada a sabiendas que pocas horas después tendría que iniciar otra nueva. Aquí podría relajarse y disfrutar de un clima más benigno que favorecería su delicada salud.

Puesta la idea en mi cabeza, me sentí mejor, ésta sólo tenía que madurar. Esperaría un poco para decírselo, analizando y viendo cómo se desarrollaban las cosas, no quería apresurarme.

Además, primero era menester comentárselo a mamá para conocer su opinión al respecto, y saber si estaba de acuerdo conmigo. Aunque eso lo descontaba.

—Ahora cuénteme cómo va la lucha por nuestra independencia.

Abriendo muy bien los oídos me dispuse a escuchar noticias sobre aquello que me interesaba mucho más de lo que cualquiera podía suponer. Al fin y al cabo se trataba nada menos que de nuestra libertad.

—Tenemos grandes personas en nuestro país, San Martín, un joven militar llamado Carlos de Alvear —y se quedó pensando—; Montevideo le ha dado demasiados problemas a nuestro pueblo; era el principal centro realista. La flota española invade nuestro río y permanece frente a la ciudad. Pero creo que con nuestros militares, en poco tiempo desaparecerá uno de los mayores peligros para nuestro gobierno y el país. Poco a poco la lucha contra los realistas va disminuyendo, estamos ganando la batalla; espero que llegue el día en que nuestro virreinato se encuentre en paz —reflexionó sobre lo que estaba diciendo—. ¡Ay!, nuestro pueblo ha esperado en vano que Fernando VII volviera a ocupar el mando, todos creían que las guerras terminarían allí.

Pregunté:

—Ese irlandés Guillermo Brown, he escuchado comentarios muy particulares sobre su persona.

—Sí, tiene su historia. En Inglaterra se casó con una nativa de ese país y después emigró a Montevideo. Allí compró la goleta Industria y

se dedicó a hacer viajes regulares entre las dos capitales del Río de la Plata, Buenos Aires y Montevideo. Dicen que su aversión hacia los españoles surgió desde que un barco realista detuvo a dos pequeñas barcazas suyas cargadas con cueros y maltrató salvajemente a sus marineros. Otra de sus características es la sinceridad; cuando el general realista derrotado llegó a España, por todo capital sólo llevaba un doblón y ocho pesos. Brown proclamó a viva voz la honradez de Vigodet —después agregó, lamentándose— durante las batallas Brown ha sido herido varias veces, ojalá se reponga.

Qué increíble, ¿verdad? no tenemos maderas ni astilleros ni marineros, y sin embargo este irlandés intenta vencer a los realistas que nos superaban ampliamente en número.

El doctor hizo una prolongada pausa, sonrió y me miró:

—¿Y tú, Cristina?, ¿cómo estás?, ¿no es demasiado para ti todo este trabajo?

—Lo era. Pero ya han transcurrido cuatro años desde que papá murió, y me he ido acostumbrando a las tareas rurales —observé el campo con ternura—, y ahora creo que si alguna vez tuviese que regresar a la ciudad no lo soportaría. Todo lo que amo está aquí, la razón de mi vida; las praderas verdes, mi hijo, mamá, el trabajo de todos los días junto a los peones, en el corral, galopando tierra adentro…

Me quedé mirando el espacio abierto con ensoñación. Suspiré feliz, estaba en paz conmigo misma.

Quise acotar: «sólo me falta el amor de un hombre», en vez de eso simplemente sonreí con nostalgia. Ya no lo tenía; una vez había sido Ricardo, después el Español, y ahora... lo miré en silencio.

Él me apretó las manos con cariño, había entendido mi silencioso mensaje.

—Sí, pero está la soledad, ¿cierto? Ten paciencia, Cristina, eso también se solucionará.

Pasamos una tarde amena, con esa relajada actitud al estar frente a personas que nos hacen sentir cómodos.

Él se marchó cuando el sol comenzaba a calentar un poco menos.

La señorita Ofelia, a pedido de mamá, se quedó.

Un rato después nos sentamos las tres a comer. A pesar de su demacrado aspecto ella mantenía su energía vital y nos entretuvo con los novedosos chismes de la sociedad porteña. Yo pensaba que si Manuela hubiese estado allí habría estallado de alegría cada dos minutos. Sólo intriga, pasión y desengaños; buen gusto, elegancia y exquisitos lujos.

En Los Naranjos un año pasó. El trabajo estaba regulado por las diferentes estaciones. Las pariciones se producían casi juntas, la

siembra de maíz se hacía siempre en primavera, las esquilas tenían sus fechas determinadas, yerras, quemazón de pastizales, cosechas... Periódicamente iba a verlo al señor Durán a Caoba a entregarle los productos que él amablemente me hacía transportar hasta el puerto, o para arreglar cuentas.

Siempre me trataba con fría cordialidad, existía alguna desconocida razón por la cual él mantenía la distancia entre los dos. Nunca hablaba de Ricardo ni de mi familia, y tampoco preguntaba por su nieto. Además, de haber querido yo iniciar dicha charla, era imposible que se presentara la oportunidad, para ello hubiésemos necesitado un ambiente amigable que él insistentemente evitaba. Probablemente, por algún enroscado y muy personal razonamiento, él había llegado a la conclusión que fui la causante del fallecimiento de su hijo, o quizás me culpaba por descender de una madre española.

A veces hasta pensé que tenía intenciones de estafarme, y ésa era la razón de su incomodidad. Pero revisaba los números detenidamente y todo estaba en orden.

Esa última primavera teníamos varios lechones, demasiados como para atenderlos y mantenerlos gordos a todos. Les encantaba meterse, y hozar, en las quintas de mamá y Paco. A las chanchas no había pirca ni entablonado que las detuviera, con su hocico eran capaces de destruir cualquier pared que se les pusiera enfrente. Y ni qué decir si se les cruzaba delante una gallina, de un solo chasquido la partían en dos. A veces me aterraba pensar en mi hijo andando cerca, por ello era muy estricta con respecto al predio donde permanecían. Los límites de nuestro parque, y dentro del cual mi hijo se movía cotidianamente, debían ser revisados y, de ser necesario, acomodados de inmediato, impidiendo con ello que entraran en él.

El consumo dentro de la estancia había sido mínimo ese año porque nosotros casi no comíamos carne de cerdo, y no hicimos fiestas donde se podría haber disminuido ostensiblemente tal cantidad.

Entonces decidí vender los que estaban de más.

Envié a Mulato hacia Caoba con tres carros cargados con dos pisos de lechones cada uno. Llevaba una nota mía donde le explicaba al señor Durán las razones de la encomienda.

Una semana más tarde fui a verlo y él me entregó el dinero resultado de la venta.

Cuando estaba por retirarme de su estudio sentí un repentino impulso por hablar con él sobre Ricardo. El dolor por su ausencia ya había desaparecido y a veces sentía grandes deseos de saber más de él, tan poquito tiempo habíamos estado juntos.

¿Y quién mejor para ello que su propio padre?

—Señor Durán... —le dije volviendo sobre mis pasos; nunca me había dicho que podía llamarlo de otra manera.

Él levantó la vista, pero no me respondió ni sonrió como para darme pie a que continuara la conversación. Estuve a punto de desistir, ¿qué palabras de cariño podían salir de un hombre que ni siquiera se preocupaba por saber cómo se llamaba su nieto? el hijo de su hijo.

—Aún tengo guardada la ropa de Ricardo, la que llevé a Los Naranjos.

Él pareció sobresaltarse.

—¿Usted cree que debería dárselas a alguna persona que las necesite?

—¿Cómo? —y reaccionó—. ¡Ah, sí!, puede hacer con ellas lo que mejor le parezca —y bajando los ojos se dedicó a ordenar los papeles que se encontraban sobre su escritorio.

Me quedé allí, quieta, mirándolo. Él no volvió a hablarme. Y el incipiente coraje que me había motivado a iniciar dicha charla murió ahí.

Finalmente dije un corto adiós y salí. Estaba deprimida y enojada. ¡Cuán poco había amado a su hijo! No quería ni tocar el tema, no se preocupaba por su nieto, no le importaba lo que yo pudiera hacer con su ropa; o quizás… —cambié el rumbo de mis pensamientos, intentando ser más indulgente—, quizás el dolor por su pérdida era tan intenso que aún no podía hablar sobre él.

De todos modos, mientras regresaba a casa, me propuse verlo lo menos posible; como fuera, era evidente que él no me apreciaba, y yo no tenía por qué forzar la relación. De ahí en adelante enviaría a Mulato, o a Pedro, a que recogieran el dinero. Estaba segura de que podía confiar en ellos.

Un atardecer, dos días después de la llegada de la señorita Ofelia a Los Naranjos, nos sentamos con mamá en el jardín a tomar unas tazas de té.

—¿Dónde está Ofelia? —preguntó ella con cierta ternura.

Durante esos dos días se habían hecho amigas, tanto así que mamá había comenzado a llamarla sólo por su nombre. Ofelia tenía un carisma especial gracias al cual atraía a las personas cerca suyo, ¿por qué nunca se había casado?

—Creo que ha salido a caminar con José.

Me sirvió una taza de té frío, y dejé el bordado que tenía en las manos sobre una silla contigua.

—Morirá, ¿verdad?

Su pregunta tan abrupta me tomó por sorpresa y me sentí turbada.

—¿Quién morirá?

—Ofelia, he visto varias veces a las personas consumirse de a poco, como ella.

Sorbí un poco de té. Me extrañaba, y a la vez me aliviaba, el hecho de que mamá tomara la cuestión de la muerte con tanta naturalidad. Aparentemente había superado el conflicto interior que tuvo —y que la llevó casi al borde de la locura—, cuando papá falleció.

—Podríamos pedirle que se quede a vivir con nosotros —agregó —; no creo que exista esa parienta que dijo tener en el campo, no la ha vuelto a mencionar. ¿Te diste cuenta?

—¿Crees que aceptará?

—No sé, todos tenemos orgullo, y ella quizás piense que aquí será un estorbo.

—¡Mamá, eso no es verdad!

—¡Por supuesto que no! —y movió la mano afirmando sus palabras—, es más, nos llevamos muy bien, me encanta su compañía y creo que ella disfruta estando en la estancia. ¿Te has fijado que en estos días no se ha quejado del dolor? —sorbió del líquido dorado con gesto pensativo.

Continuó:

—¿Ha enseñado a niños pequeños?

—Ha trabajado enseñando canto durante tantos años. Es lógico pensar que si no lo ha hecho, lo mismo sepa cómo es —entonces me di cuenta adónde quería llegar—. ¿Tú crees que le podría enseñar a José?

—Sí.

—Ésa sería una gran solución para todos. De esa manera se sentiría útil, ganaría dinero y José aprenderá a leer, escribir y a tener un poco de cultura general —por último acoté— y a ser más civilizado.

—¡Eso especialmente!, en este último tiempo sólo se dedica a juntar sapos, culebras, y a enlazar terneros. Dady dice que siempre debe tener cuidado cuando abre los cajones de la cómoda porque si se

equivoca aparece ante sus aterrados ojos una víbora tan gigantesca y gorda como un tronco. ¿Te parece correcto guardar culebras en un cajón del cuarto? —meneó la cabeza—, no sé qué será de él cuando sea grande.

Nada le respondí pues creía que ésas eran travesuras propias de los niños.

—Vamos a proponérselo, allí viene Ofelia.

Ella y José se sentaron junto a nosotras y mamá les entregó sus respectivas tazas con té.

José dejó el plato sobre la silla que tenía al lado, y tomando la taza con las dos manos se terminó el contenido de un solo trago, casi sin respirar.

La bajó y sonriendo se limpió los labios con la manga de la camisa.

—¿Ves lo que te digo? —dijo mamá escandalizada.

—José, ¿por qué has hecho eso? —le pregunté, esperando escuchar como respuesta alguna razón valedera que justificara su grosero proceder.

—¡Es que tenía mucha sed, mamá!

El siguiente paso fue hablar sobre su educación con la señorita Ofelia.

Ella se emocionó visiblemente, y las lágrimas corrieron por sus delgadas y casi transparentes mejillas.

—¡Oh, ustedes son tan bondadosas!

—No, Ofelia, interesadas. Ya que usted nos estaría quitando un gran peso de encima; no creo que sea bondad intentar enderezar a este niño, más bien es nuestra obligación

Ella se secó las lágrimas.

—Bien ¿qué nos dices? —la apuró mi madre.

La miré con gesto reprobador, pero Ofelia ya había comenzado a hablar.

—¿Qué les digo? ¡Que sí! Este lugar es hermoso, y aquí me siento mucho mejor que en la ciudad. Además, ustedes me dan trabajo... ¿qué más puedo desear?

Mamá sonrió contenta y pasó a explicar las travesuras de José.

Las observé charlar como si se conocieran desde siempre. La llegada de Ofelia a nuestra casa era una bendición doblemente beneficiosa, porque educaría a mi hijo y porque sería la compañía que mamá tanto necesitaba.

Sí, iban a ser grandes amigas.

Antes de acostarme le escribí a Manuela y le conté de nuestra nueva huésped. Guardé la carta, y apenas amaneció se la envié con Pedro.

Al segundo día vino a visitarnos. Y con Manuela también entró

una luz especial a Los Naranjos. Siempre me preguntaba lo mismo ¿cómo podía tener tanta vitalidad?

Nos sentamos a charlar en la galería, mientras los niños jugaban en el jardín. La noche anterior había llovido y desde los techos aún caían gruesas gotas, golpeando con eco cantarino sobre los charcos que se formaban en los almácigos. El aire olía a madreselva y jazmines, de la quinta también nos llegaba el aroma de los azahares, y el sol brillaba como si recién le hubieran lavado la cara.

Mauricio y Tomás eran dos bribonzuelos, molestaban continuamente a su hermana, y cuando conseguían hacerla llorar se escapaban corriendo mientras reían, muy excitados por la picardía que acababan de realizar, y luego desaparecían por unos minutos para evitar la reprimenda de su madre. José, al principio, les seguía el ritmo, no entendía bien cómo era eso de molestar a Camelia, porque él no le encontraba mucho sentido a la cuestión. Aun así los imitaba pero, acostumbrado a vivir entre adultos y a comportarse casi como tal, pronto se cansaba de tanto grito y movimiento.

Manuela estaba de cuatro meses y todavía no se le notaba el embarazo. Rozagante y feliz, abría enormes sus ojos al escuchar a la señorita Ofelia hablar sobre Buenos Aires.

—¡Cuénteme sobre los granaderos a caballo de San martín!, dicen que son jóvenes apuestos y gallardos, con una moral intachable y un estricto entrenamiento.

Y Ofelia le contaba.

—Cuando Tomás y Mauricio sean grandes los enviaré allí —cambió de tema—. ¿Es verdad que Montevideo ha sido sitiada, y finalmente los realistas se han rendido?

Ofelia hablaba, contenta de ser el centro de la atención.

Cuando ya parecía que los temas iban agotándose, Manuela saltó de su asiento.

—¡No se imaginan lo que he planeado para la semana que viene!

—¿Una fiesta? —aventuré yo sin temor a equivocarme.

—Sí, pero ¡qué fiesta! Ésta será completamente diferente, ya que la haremos en el jardín. Con mamá Chana hemos comprado plantas de rosas, jazmines, crisantemos, amapolas, achiras, muchas, muchas. Y habrá cantidades de estatuas nuevas acomodadas estratégicamente en el parque. Pensamos inaugurarlo con una gran fiesta. ¡No pueden tener ni idea de lo maravillosa que será! En las tarjetas de invitación hemos puesto que es imprescindible ir con una flor, incluso los hombres.

—¿Qué te pondrás? —inquirí curiosa.

Si sus vestidos anteriores habían sido muy vistosos no me podía imaginar cómo sería éste.

—Eso será una sorpresa.

Llegado el momento, ella superó mis expectativas.

Tres días antes de la fiesta recibí una nota del conde donde me decía:

> *«Mi querida señora: esta vez ha olvidado decirme cuál será el color de su vestido; y supongo que a usted no le agradará que ande por ahí averiguándolo.*
>
> *Balsac de Rengines».*

Con su escudo estampado en el lacre, por supuesto.

Reí y le respondí de inmediato; ya me había acostumbrado a sus aires de gran señor, y casi, casi no me molestaban.

«Para el curioso conde: lila.
Cristina Alonso de Durán».

La tarde anterior fui acompañada de Dady a cortar varias de las mejores flores. Con ellas adornaríamos los jarrones de los cuartos; además, seleccionaríamos cuáles íbamos a usar para la fiesta. Mamá tenía pensado llevar un vestido verde apagado, y la señorita Ofelia uno marrón con graciosas puntillas en color crema. Más tarde escogeríamos la flor que mejor le sentara a cada una.

Estábamos agachadas cortando unos enormes crisantemos, cuando vimos llegar a un peón. Traía un cordero recién carneado que le había encargado para cocinarlo al día siguiente.

Al verlo, Dady se agachó aún más, y al hacerlo, mostró perfectamente marcado su hermoso y redondo busto.

El muchacho, tostado por el sol y muy joven, abrió grandes los ojos, tragó saliva y dejó caer el animal que colgaba de su hombro.

—¿Qué desea? —le pregunté secamente, con mucha rabia contenida por el indecente comportamiento de Dady.

—... he venido a traer el cordero que usted me pidió.

—Llévelo a la cocina —y me quedé mirándolo hasta que se alejó de mi vista.

Entonces me di vuelta a mirar a la muchacha.

—¿Por qué hiciste eso, Dady?

Ella me observó con falsa modestia, simulando ignorar de qué le estaba hablando.

—¿Yo?

—Estás jugando con brasas al rojo vivo. Sabes que los gauchos son muy fogosos, y muy irritables; cualquier excusa es motivo suficiente para sacar el facón y poner a prueba su hombría.

—¡Ay, es que es tan buen mozo! —gimió ella justificándose.

—¡Dady!, estás casada y tienes dos hijos.

—Sí, ya lo sé, pero… —y sus ojos se iluminaron—. ¿Sabe cómo lo llaman?

En ese momento hubiera deseado que continuara llamándome «señora Cristina», eso mantendría las distancias, y no me relataría infidencias como la que estaba por decirme.

—¿A quién como llaman?

—A él —y exclamó exaltada sin esperar mi aprobación—. ¡El toro!

Estaba tan escandalizada que me costaba encontrar las palabras exactas para que ella comprendiera el peligro en el que se estaba metiendo. No me importaba realmente cuál era su integridad, pero sí que alterara la frágil armonía que existía entre los peones de mi estancia.

—Dady, por lo menos debes respetar a tu marido.

—¡Claro!, lo respeto y lo quiero y me agrada su compañía, sólo que es un poco viejo —apretó los labios con disgusto y agregó—, demasiado.

Me pareció comprender qué quería decirme, lo cual tampoco le daba pie para que hiciera lo que estaba haciendo.

Algo dentro de mí se encendió alerta; acababa de comprender que ella y yo teníamos casi el mismo problema. Ambas éramos dos seres apasionados, presos en nuestras situaciones personales.

No pude continuar la conversación, le entregué la tijera y me fui adentro.

Esa tarde, cuando nos disponíamos a salir hacia San Sebastián de Los Tilos, llegó un hombre a caballo trayendo un paquete; no necesité abrirlo para saber que era de Balsac, en su interior había una orquídea violeta.

Había muchos invitados, tantos como no había visto con anterioridad en casa de los González. Me llamaba la atención la manera en que esa familia gastaba su dinero, era en cantidades asombrosas. Meneé la cabeza, yo no hubiese sido capaz de derrochar lo que había ganado con tanto esfuerzo para agasajar a mis amigos.

Me enojé con mis pensamientos. ¿Qué necesidad había de pensar en eso si casi no tenía amistades tan íntimas con quienes organizar una reunión?

Mamá se había colocado un delicado ramito de lilas en el cabello, y Ofelia tenía un pequeño crisantemo detrás de la oreja.

Manuela, ¡Manuela!, tenía un vestido blanco repleto de flores naturales adheridas a él. Les debía haber dado mucho trabajo, y apuro, hacerlo; porque las flores estaban frescas, seguramente cortadas horas antes de la fiesta. En el escote tenía un ramo de rosas rococó de diferentes tonos, y en el cabello una redecilla bordada, también con flores variadas. Por supuesto, llevaba un gran peinetón y

un abanico que parecía hecho con la misma tela y colores del vestido.

Estaba espléndida, aunque terriblemente recargada.

Los invitados caminaban libremente por el salón, y especialmente en el hermoso parque recién decorado. Algunas parejas, gráciles y elegantes, bailaban un minué. Todos sonreían, demostrando habilidad y delicadeza en sus pasos.

El conde se encontraba conversando con un grupo de invitados que estaban en un rincón de la sala, al verme llegar se acercó a mí. Pronto comenzamos a charlar amigablemente, ya no había palabras hirientes ni batallas verbales. Aunque, por supuesto, él hablaba y yo escuchaba.

Recorrimos el parque, admirando las estatuas iluminadas estratégicamente por cientos de faroles que titilaban.

De pronto él cambio el rumbo de nuestra charla:

—Cristina, ¿no te parece que es tiempo de que hablemos de nuestra situación? Seriamente lo estoy diciendo ¿querrías casarte conmigo? —me dijo de improviso.

Fue tal mi sorpresa —a pesar de que hacía tiempo que lo esperaba — que no supe qué contestarle. Nos detuvimos frente a una bella estatua de una mujer con su niño en brazos.

Mi silencio tenía serios fundamentos; había escuchado inquietantes rumores sobre sus esposas anteriores.

—¿Cuántas veces te has casado? —y no me importó que mi pregunta sonara un poco sarcástica.

Además, él estaba acostumbrado a mis arrebatos de, casi grosera, sinceridad.

—¿Y a qué viene eso?

—A ciertos comentarios que escuché.

—Cuatro veces, ¿por?

—¿Y ellas?

—¿Qué te dio de repente?, ¿y esos aires de chismosa?

Sabía cómo alterarme.

—Es que... ¿han muerto?

Él dudó apenas un instante, pero dudó.

—Sí.

¡Vaya!, entonces era verdad lo que me contaran.

Lamentablemente quedaba muy fuera de lugar preguntar cómo habían fallecido.

Existían muchas versiones al respecto atravesando las calles de la ciudad de Buenos Aires, muertes tan extrañas como insólitas; un par de ellas me las contó Ofelia en una oportunidad que estuvimos las dos solas. Estaba al tanto de mi estrecha relación con el conde, y si se tomó la libertad de relatármelas fue porque conocía de mis resquemores hacia él. Y esperó a que mamá no estuviera cerca porque

no había necesidad de preocuparla innecesariamente. Al fin y al cabo, eran sólo chimentos.

Estas muertes hablaban de enfermedades misteriosas, picaduras de arañas, bruscas caídas de un caballo... sacudí mi cabeza con desagrado al recordarlas, mejor cambiaba el rumbo de mis ideas.

Al no escuchar respuesta sobre su propuesta de matrimonio, él dijo:

—Perfecto, piénsalo; ¡creo que ninguno de los dos tiene apuro! —en su voz había impaciencia y un poco de resentimiento. Estaba desacostumbrado a los no.

Manuela me llamó para que cantara. Entré y me ubiqué al lado del piano donde ya estaba la señorita Ofelia esperando. Cerré los ojos y me imaginé esa misma escena varios años atrás. ¡Cómo había cambiado mi vida!

Después de cantar fui al tocador a arreglarme el peinado que ya se me había comenzado a desarmar.

Cuando regresaba al jardín y estaba por pasar el cancel de un zaguán lateral, escuché voces de mujeres al final del pasillo.

—¿Quién dices que es?

—La viuda del teniente Durán.

Eso fue suficiente para que me detuviera a prestar atención, si estaban hablando de mí quería saber de qué se trataba.

—Nunca antes la había visto; ¿no vive en Buenos Aires?

—Ella? ¡No, por favor!; dicen que está medio loca.

—¿Loca? ¿Por qué?

—Trabaja en una estancia que se encuentra aquí cerca, y me han comentado —su voz disminuyó un tanto— que usa ropa de peón.

Cuando dijo esto, la otra mujer reprimió una exclamación de disgusto.

—Dicen que enlaza y marca ella misma a los animales. ¡Hasta come con los empleados! Y mientras cantaba ¿no le has visto sus manos? están tan ajadas y percudidas como las de un hombre.

Al escucharla, instintivamente las apreté contra mi cuerpo.

—¡Dios santo!, ¿estás segura?

—Debe ser cierto todo lo que se dice de ella, porque su marido estuvo a su lado sólo un par de días, los suficientes como para conocer sus extravagancias; luego se marchó con la excusa de su trabajo en el ejército. Y hasta el día de su muerte nunca regresó.

—Debes tener razón, porque ni siquiera tiene amistades. Dime ¿quién de nosotras la conoce? fíjate, además, que nadie ha bailado con ella. Es que ¡de ser así!, ¿qué muchacho en sus cabales querría mezclarse con semejante aberración de «mujer» —y su última palabra estaba cargada de repulsión.

—La única persona que aún la quiere es su hermana, nuestra

querida Manuelita. Dicen que ella invita a todos esos mozos con la buena intención de...

Ya no podía continuar escuchando, mi vergüenza era insoportable.

Mientras me acercaba prometí que, aunque fuese lo último que hiciera, les iba a dar una lección.

El zaguán estaba bastante oscuro; me acerqué lentamente hacia ellas y dije:

—Buenas noches... diez mil cuadras —ellas me miraron sin comprender—, ésas son las dimensiones de mi estancia, la que está aquí al lado de San Sebastián, la que administro con estas manos y esta cabeza —después agregué—: y yo pensaba que las víboras solamente existían en el campo.

Ellas abrieron la boca, mudas de espanto.

Hice un gesto exagerado de asco y me llevé el pañuelo a la nariz.

—¡Iaj!, ¡y qué mal huelen! Por todos los dioses…!

Continué caminando despacio hacia el jardín, con la espalda erguida y la frente alta, dijeran lo que dijesen, estaba muy orgullosa de lo que era.

Me interné en el parque hasta alejarme de la fiesta. Recién entonces escondí el rostro y, olvidándome de todo lo demás, me di el lujo de llorar libremente.

Pensaba que mi venganza sería dulce, que con ella sentiría un poco de satisfacción, pero no había sido así.

Por más jactancia sobre mis habilidades que tuviera, me sentía humillada ante palabras tan hirientes y banales. ¿Había sido verdad lo que dijeran de Ricardo? ¡Por supuesto que no!, me decía mi corazón, en ese entonces era una hermosa y delicada dama. ¡Y qué caray! Aún continuaba siéndolo.

¡Cuánto daño hacen las críticas! ¿Qué les daba derecho a juzgarme?, ¿se preguntaron acaso las razones de mi comportamiento tan… tan varonil? ¿Jamás se les ocurrió pensar que quizás fui motivada por la fuerza de las circunstancias y no por placer? ¿En qué cielo está escrito que la mujer no puede realizar las tareas de un hombre? ¿Existen códigos al respecto?

Me sentía tan ofendida que quería creer cualquier cosa terrible que se dijera de mí, sentía lástima por mí misma y quería alimentar mi tristeza. Si ya nadie se conmovía por mi situación, ¡pues yo lo haría!

Sentí una mano apoyándose sobre mi hombro.

—¿Qué sucede, Cristina? —era el conde.

Me hizo girar, y cuando vio lágrimas en mis ojos se molestó.

—Dime —exclamó enojado—, ¿hasta cuándo continuarás castigándote?

—¿Castigarme? —pregunté asombrada—, ¿por qué?

¿Tan ciego e insensible era Balsac? ¿Ni un minuto de debilidad me permitía?

—Sí, te estás torturando; y sólo tú sabes por qué. En estos últimos años lo único que has hecho es esforzarte y esforzarte, igual o más que un hombre. ¿No te parece que es tiempo de que eso se termine?

No comprendía muy bien lo que me estaba diciendo, en mi interior las celosías se estaban entornando, protegiéndome del dolor.

Aún así me sentí aliviada, alguien se estaba preocupando por mí.

Dejé que mi llanto brotara libremente. Él me abrazó con ternura.

—¡Vamos!, llora todo lo que quieras, supongo que no te molesta que los demás nos vean abrazados ¿verdad?

Me quedé quieta, ¿qué más podían decir de mí?

Estuve unos minutos descargando mi rabia y mi soledad en sus brazos. Después de calmarme, nos sentamos en el banco que había cerca de un farol. La noche estaba quieta y la brisa refrescaba mi rostro hinchado por el llanto.

—No deseo apresurarte, aunque, deberías pensar seriamente en lo que te dije hace un rato. Todos tus inconvenientes terminarían, dejarías de trabajar, serías la mujer más hermosa, la que más fiestas haría y la que más lujos tendría; el mundo entero estaría envidioso de tu suerte. Serías una condesa, y los demás se inclinarían a besarte los pies —abarcó el paisaje con su brazo extendido e hizo un gesto de desprecio—. ¿Crees que esto es lo más bello que existe? en *Ilusion* hay muchas estatuas y jardines, aún más fastuosos y excelsos que éste.

Sonreí, había dejado de ser el hombre cariñoso para volver a ser él, el conde Balsac de Rengines.

—¿Me crees un engreído?

Esta vez reí, había adivinado mis pensamientos.

—¿Puedo quedarme a solas? quiero meditar en lo que me ha sucedido esta noche.

—Por supuesto, mi querida.

Besándome la mano se retiró hacia el interior de la casa.

¿En qué me había convertido? en un objeto de burla, en una loca, como esas mujeres acababan de llamarme. ¿Por qué la sociedad no podía aceptar que otras personas pensaran y actuaran diferente?

¿A quién molestaba con mi actitud?

Bien, pasado el mal trago, ya comenzaba a recuperar la autoestima. Mi temperamento optimista no se dejaría aplastar por los comentarios del pueblo, esos que ignoraban la raíz de las cosas, no conocían —ni les interesaba— los orígenes de mi comportamiento, y por ello, juzgaban tan apresurada y cruelmente.

Después de todo, me dije para confortarme, si me fastidiaban

demasiado, entonces tenía a mi alcance la solución, el conde me la acababa de brindar. Él estaba interesado en mí, por motivos diversos, y cualquiera menos amor, aun así yo también podía utilizarlo. Principalmente como mi escudo. Siendo condesa, y esposa de un hombre tan influyente, pocos se atreverían a hablar mal.

El hecho de que él no me amara era irrelevante, no había que ser muy inteligente para darse cuenta de ello, su sentimiento era puramente carnal, me deseaba, y por más que le saliera caro, tenía los medios con los que darse el lujo de poseerme y hacerme su mujer.

Tampoco amaba al conde. A pesar de ello, de ser necesario, lo aceptaría como marido.

Aunque, recobrado ya mi valor, y habiendo encontrado una alternativa simple a mi desasosiego —¡vaya ingenua que podía llegar a ser!—, por ahora, y mientras pudiera evitarlo, no recurriría a él.

Para recuperarme cabalmente del entredicho recién ocurrido, y porque aún no me podía retirar de la reunión, era imprescindible distraer mi cabeza. Miré las parejas que caminaban plácidamente por el parque, traté de escuchar las melodías que me llegaban desde el salón. Debía abstraerme de mis elucubraciones.

Por más que me esforcé no lo conseguí. Mi firme carácter y mi entereza habían sido avasallados, como un malón atropellando en su maloqueada a las humildes flores del campo.

No insistí más. En lo que a mí concernía la fiesta había terminado, no continuaría siendo el blanco de las insidiosas lenguas, y si acaso lo era, no me enteraría, iba a desaparecer de San Sebastián de Los Tilos y, por un tiempo, del escenario social.

Me levanté despacio, cansada del ser humano, ¡complicaban tanto la vida! No valía la pena despedirme de los demás, habría demasiadas preguntas y lo que menos quería era dar explicaciones.

Fui hasta donde se hallaban estacionados los coches y busqué el nuestro.

Allí encontré a Pedro esperando amodorrado.

—¿Dónde está Paco?

Él se despabiló de inmediato y se puso algo nervioso.

—El señor Paco... se fue —bajó la cabeza y continuó— estaba muy impaciente porque había dejado sola a su esposa y sus hijos.

—¿Cómo hizo para irse? ¿Caminando?

—No, pidió prestado un caballo.

Me alarmé, tenía justificadas razones para ello.

—¿Cuándo se fue?

—No sé, señora.

Recordé que ellos no conocían la hora.

—Pero hace ya bastante. La luna estaba baja, y ahora —la buscó en el cielo—; ahora está en su parte más alta.

Corrí hacia las caballerizas y pedí con urgencia que me ensillaran un caballo. El hombre me miró asombrado, sin saber qué hacer.

Acostumbrada a tratar con los peones, exclamé con rudeza:

—¡Vamos, apresúrese!

Él corrió a las cuadras y me entregó el animal que tenía más cerca.

Cuando le iba a poner la silla de montar femenina lo detuve.

—Ésa no, ¡hombre!, ¡déme una montura común!

Él miró mi vestido.

—¡Le dije que se apresure!

Tanto me impacienté que me acerqué a elegirla de entre las innumerables que se encontraban descansando enhorquetadas sobre un largo caballete.

Apenas el caballo estuvo listo, me puse de espaldas, y recogiéndome en un grueso nudo la falda, monté. Espoleé al animal con fuerza y salí galopando hacia Los Naranjos.

Sabía que era una terrible imprudencia cabalgar sola de noche y sin arma, pero a cada momento repetía mentalmente la escena que viera tiempo atrás, de Dady con Toro, y temblaba al pensar en lo que Paco podía llegar a hacer si los encontraba juntos.

Pasé en veloz corrida por el predio donde estaban estacionados los distintos coches, Pedro me vio y me llamó.

—¡Señora!, ¡patrona!, ¿adónde va sola? ¡Espere!

Sus palabras se perdieron con el viento, no me detuve para explicarle mi apuro, de todas maneras él no hubiera podido acompañarme ya que debía quedarse por si mamá lo necesitaba.

¡Ay!, cómo iba a sospechar que el muchacho era tan leal a mí, y se esmeraba tanto por protegerme con celo casi obsesivo, que apenas me vio desaparecer de su vista corrió donde estaba mi cuñado a comentarle su inquietud.

Tremenda batahola se armó. Por supuesto, unos minutos después media docena de jinetes corrían al galope detrás de mí.

También ¿cómo no? cientos de bocas hacían nuevos comentarios, confirmando las locuras que se decían.

No tenía farol ni luz alguna, sólo el blanco resplandor de la luna, pero había recorrido tantas veces el mismo camino que me lo sabía de memoria.

Al llegar a Los Naranjos continué el galope hasta detenerme en la casa de Paco. Aún antes de sofrenar mi flete pude escuchar los gritos desesperados de Dady; había sucedido lo que tanto temía.

Toro y Paco estaban peleando enceguecidos, con toda la joven bravura del primero, y con el orgullo agraviado del segundo.

—¡Paco, deténganse!, les ordeno que terminen con esta inútil rencilla!

Ellos parecían no escuchar lo que les gritaba.

Había varios peones observando entretenidos la riña, y nadie hacía ademán alguno por detenerlos, por el contrario, disfrutaban de ella.

Paco y Toro tenían una de las manos envueltas en sus respectivos ponchos, y en la otra refulgía amenazador el facón, ése que tan hábilmente sabían manejar. Las palabras brotaban de sus bocas como cascada pestilente, las botas raspaban pesadamente la tierra endurecida y los estiletes rasgaban el aire con furia desmedida.

A Toro le brillaban los dientes, y su sonrisa burlona provocaba aún más a Paco.

Entonces tuve una idea. Como no podía detenerlos sola, ya que podía terminar herida, decidí usar el arma. Corrí a mi cuarto, la cargué y regresé al lugar de la pelea.

—¡Deténganse o disparo!

No se detuvieron, levanté el arma y apuntando hacia arriba apreté el gatillo.

El ruido del disparo hizo que reaccionaran y se detuvieran a mirarme. Eso fue suficiente para darme tiempo a impartir algunas órdenes concretas.

—¡Los cuchillos, Mulato!, ¡sáquele los cuchillos! —le ordené.

—¡Manténganlos separados!

Mulato recién ahí pareció darse cuenta de mi presencia. Llamó a varios peones, y entre todos los sostuvieron y desarmaron.

Observé detenidamente el resultado del encontronazo, los había detenido muy a tiempo… o acaso no.

Mirando mejor, Paco tenía un profundo corte en el brazo izquierdo, y otro en el rostro.

Mientras estaba inclinada revisándolo, escuché cascos de caballos. Vi a Mariano, al conde, el señor González, Pedro y a varios más llegando al galope tendido a Los Naranjos.

—¡Cristina!, ¿qué locura es ésta? ¿Cómo se te ha ocurrido volverte sola desde San Sebastián? —exclamó Mariano furioso—. Nos has obligado ha abandonar la reunión para seguirte.

Mientras hablaba se apeó de su caballo.

El conde ya estaba a mi lado y daba directivas a todos los presentes, como si él fuera el patrón de la peonada y el protagonista de la escena.

No les presté atención a ninguno de los dos ni les respondí, estaba demasiado ocupada estudiando las heridas de Paco. Sus piernas comenzaron a doblarse y terminó desplomándose sobre la quinta de verduras que con tanto amor él había cultivado.

—Mulato, ¡corre a buscar al médico! —y como se movía demasiado lento, lo reprendí—: ¡Si no te apuras morirá!

Mariano, sereno y comportándose como un señor, dio varias disposiciones a los presentes para que acomodaran el desquicio humano que era mi estancia.

El conde se acercó y me aconsejó:

—Cristina, no te pongas nerviosa, déjalo, el hombre va a estar bien.

Estallé de cólera.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Mira sus heridas!, ¡se está muriendo!

Continué hablando con el negro.

Él corrió donde estaba su caballo y salió presto hacia la ciudad.

Al mismo tiempo, y notando que Mariano había puesto orden en la peonada, decidí desentenderme de esa parte del embrollo y entré a la casa para aplicar los conocimientos que había adquirido sobre medicina cuando trabajaba junto al doctor.

Dady estaba al lado de su marido llorando y gritando desconsoladamente mientras lo abrazaba con fuerza. Realmente molestaba con sus chillidos atiplados.

—Dady, ve a mi cuarto y tráeme el maletín —ella parecía estar sorda—. ¡Dady, ahora! ¡De inmediato!

El conde se instaló a mi lado y continuamente corregía lo que hacía. Finalmente, harta ya de su inútil verborragia me puse de pie y con los brazos en jarra lo apuré:

—¡Te callas o te vas!

Él comenzó a maldecir, pero al ver que Pedro, con su enorme y amenazadora estructura, se ponía detrás mío optó por desaparecer.

Lavé y vendé muy bien las heridas para evitar que Paco continuara perdiendo sangre. Dady nuevamente se había arrodillado a su lado y gritaba con desconsuelo:

—¡Perdóname, esposo mío!, ¡perdóname!

Su arrepentimiento llegaba demasiado tarde, él se estaba muriendo. Era un hombre de sesenta años, y los tajos lo habían dañado severamente.

El doctor llegó cuando amanecía.

Había hecho llevar al herido a la sala y, recostada en un sillón cerca de él, vigilaba su inquieto sueño. El conde se había hecho repelús, de vez en cuando me parecía escuchar sus ronquidos, debía estar en algún cuarto descansando.

Cuando el doctor lo revisó exclamó desalentado:

—¿Puedes ayudarme, Cristina? vamos a intentar salvarlo, aunque no creo que queden muchas esperanzas.

Estuvo dos horas trabajando con sumo cuidado en el rostro y brazo de Paco. Limpió nuevamente las heridas, las suturó y vendó.

Después se sentó a descansar.

—Bueno, si ha podido resistir hasta ahora, quizás viva. Tiene

suerte, señora —dijo mirando a Dady—, su marido es un hombre fuerte.

Ella comenzó a llorar nuevamente y se fue corriendo hacia su casa. Esperaba que el susto que había recibido acabara con sus pollereadas entre los mozalbetes.

Mariano continuaba afuera hablando con los peones. Los demás, al comprobar que no se los necesitaba, habían retornado a San Sebastián.

Hice que Paloma preparara un sustancioso desayuno para todos.

Mariano entró en la sala.

—Cristina, ya está todo arreglado. He llamado la atención de ese joven empleado que tienes.

De mis palabras agresivas nada comentó. Al final, lo tomó como un exabrupto causado por el estado de histeria colectivo en el que todos nos encontrábamos.

Sonreí en silencio, agradeciéndole su presencia y desinteresada colaboración. Mariano había acabado por ser un hombre de ley, centrado y maduro. Lo cual me complació enormemente.

Me di cuenta de que no me había ocupado de Toro.

—¿Está herido?

—Sólo algunos pequeños cortes en el brazo, pero sabes que eso es agua de todos los días —me miró—, aunque parecía arrepentido por lo que había hecho, no creo que lo sienta realmente. Te aconsejo que lo despidas, no es bueno tener un gallo de riña entre la peonada. Ahora, en lo que respecta a esa muchacha...

A pesar de su oportuna intervención, ya me sentía invadida. Cerré mis ojos y recordé al señor Durán. Aunque no lo apreciaba, me daba cuenta que había sido una acertada decisión el acudir a él y no a la familia González en busca de ayuda para mis transacciones comerciales.

—Ya veré lo que hago —fue mi lacónica respuesta.

Mi cuñado era un buen amigo y debí reconocer que sólo intentaba ayudarme.

Cuando el doctor escuchó que había otro herido, se fue hacia los cobertizos para atenderlo.

Hubo un largo silencio, estaba demasiado agotada y molesta por todo lo que había acontecido esa noche. ¡Vaya!, valía por una docena.

Estábamos los dos solos, el conde aún roncaba sonoramente, descansando quién sabe en qué habitación.

Mariano se sentó a mi lado, tomó mi mano y sonrió.

—Sabes que no soy muy bueno… —y agregó— ni muy oportuno para explayarme en ciertos asuntos.

Lo miré sin comprender ¿Qué me estaba por decir?

—Cristina... —dijo dubitativo al cabo de largo rato—, hace años

que deseaba decirte esto.

Me miró, volvió a sonreír y simplemente dijo:

—¡Gracias!

No había necesidad de respuesta alguna, sabía a qué se estaba refiriendo.

Después se levantó para preparar su regreso a San Sebastián de los Tilos.

Unos minutos más tarde volvió el doctor. Le ofrecí otra taza de café que él saboreó gustoso. Prácticamente no había dormido, acudiendo presto a mi llamado.

Decidió retirarse.

—¿No quiere quedarse a almorzar? —le pregunté ansiosa.

Era una de las pocas personas con las cuales podía hablar a gusto, además, no quería quedarme sola con el conde, mamá y Ofelia aún no habían regresado.

—Por supuesto que sí, pero sabes que mis pacientes esperan en la ciudad. Cristina, apenas pueda volveré y me quedaré a pasar el día contigo.

Se detuvo y me observó detenidamente, meneó con tristeza la cabeza y agregó:

—No se te ve bien, creo que te estás exigiendo demasiado.

En realidad había sido una jornada extremadamente agotadora; primero la noticia tan desagradable sobre los chismorreos referidos a mi vida, ¡y de qué manera me había enterado!, luego la apurada cabalgata. Había estado toda la noche despierta… sí, supongo que mi apariencia no debía ser de las mejores.

Aunque había que tener muy en cuenta su comentario, era la segunda persona que me decía lo mismo en poco menos de medio día.

Cuando subía al coche que le ofrecí para llevarlo de regreso, recordé algo que había estado postergando a causa de la fiesta.

—¡Doctor!, ¿puede esperar un poco más? yo también debo ir a Buenos Aires.

Él sonrió, pensando que mi energía era inagotable.

—Te espero, puedes prepararte tranquila.

A pesar de que estaba agotada por el trajín de la noche anterior, ¡y qué noche! Sin dormir, despeinada y sucia, lo mismo quería ir a la ciudad; y una vez decidida no iba a echarme atrás.

Fui a mi cuarto y me saqué la orquídea marchita y el vestido lila que aún llevaba puesto. Este estaba repleto de manchas y tajos a causa de las ramas de espinillo que habían raspado y enganchado la tela durante mi apurada carrera. Era evidente que no serviría más.

Me lavé un poco el rostro y los brazos, luego me puse un sencillo traje de algodón con mangas cortas, y después me cepillé el cabello, atándolo en una larga cola hacia atrás, no había tiempo de elaborados

peinados.

Por último fui hasta el estudio.

Retiré dinero de la caja fuerte y lo guardé en mi bolso.

Estaba lista a partir. Ambos nos sentamos cómodamente en el coche y Pedro inició la marcha hacia la ciudad. Aunque me encontraba cansada, conversamos durante casi todo el viaje. El doctor siempre tenía cosas interesantes que contarme.

—¿Cómo están sus pacientes?

—Sobreviviendo a mis brebajes mágicos —y rió—, en verdad han disminuido bastante, así como los reacios a vacunarse contra la viruela. De a poco van reconociendo que sus beneficios son grandes. ¿Sabías que también estoy haciendo campaña de vacunación en Chile?

Recordé algunas visitas que habíamos hecho cuando trabajábamos juntos.

—Doctor, ¿recuerda la lavandera aquella que tenía muchos chiquillos y que nos dejó vacunarlos a todos? ¿Aún la visita?

—Sí, y ¡con tantos hijos!, ella solía ir bastante seguido a verme. Tuvo otro bebé… lamentablemente murió al poco tiempo.

—¡Oh!

—Del *mal de los siete días* —y agregó—, la Asamblea General en 1813 firmó un decreto por el cual se prohibió a los sacerdotes bautizar a los niños con agua fría; se pensaba que así disminuirían las mortandades.

—Y no ha sido así.

—No, ambos conocemos muy bien la razón por la cual se origina dicha mortal enfermedad.

Lo sabía.

Él continuó hablando.

—También abolieron la esclavitud, aunque casi no hay esclavos aquí, y los pocos que había eran tratados más como empleados que como mercadería de recambio. Nunca nos agradó el comercio con seres humanos, y todos los intentos que se hicieron para vender negros en Argentina han sido infructuosos —cambió de tema—. Ahora dime, ¿puedo conocer la razón por la cual vas a Buenos Aires?

Sonreí.

—Es un secreto, aunque usted puede saberlo. Le voy a comprar un caballo a José.

—¿Un caballo? ¿Acaso no tienes suficientes en la estancia? —entonces se retractó—. Disculpa, no he aprendido a no meterme en asuntos ajenos.

Pensé, ojalá todas las personas fueran tan discretas como él.

—No, está bien, tiene razón. Pero usted conoce a los niños. Hay un caballo para Mulato, uno para cada peón del campo —aunque suelen cambiárselos entre ellos—, yo tengo mi yegua, hay varios

animales de tiro... y él también quiere el suyo. No me lo ha dicho, aún así lo sé. Porque, de tanto en tanto, suele deslizar la inquietud. Además voy a aprovechar a renovar la sangre de mi tropilla… y como se acerca su cumpleaños…

—Me gustaría ver su carita cuando se lo des —entonces me apretó el brazo—, Cristina, eres una mujer maravillosa.

A pesar que no creía que eso fuera del todo cierto, estaba contenta y agradecida de tener un amigo como él.

Cuando regresé a Los Naranjos y José vio la hermosa yegüita que traía al trotecito corto, fue el muchacho más feliz de la tierra.

—¿Será mía y sólo mía? —me preguntaba con insistencia, imaginando que bromeaba y el animal pronto pasaría a otras manos.

—Pero… ¿mía para siempre mía?

¡Ay! Ese anhelo de posesión tan innato en el ser humano.

Cada vez que lo preguntaba, le respondía afirmativamente.

—¿Es tan rápida como Pampero? —quiso saber luego.

— Espero que no —le dije riendo.

— ¡Oh!, ¿no me habrás comprado un matungo, mamá?

— ¡José!,— le repliqué, aparentando enojo.

En realidad había elegido cuidadosamente al animal; blanda de boca y muy tranquila, no quería que hubiera más lastimados en la casa.

— ¿Puedo montarla?

— Ahora no, es demasiado tarde, mañana lo harás.

— ¡Oh!,— rezongó él,— ¿ni una sola vuelta?

Lo miré, y cuando estaba por decirle que no, recordé mi juventud y el apuro que había tenido por montar a Cristy el día en que papá me la regaló.

— Está bien, solamente una corta caminata.

Fuimos juntos al galpón y la ensillamos. Apenas todo estuvo listo él se acercó con la yegua a una saliente, y apoyándose sobre ella con el pie, de un empujón montó sobre el animal. Tenía tanto orgullo que no me pidió ayuda. Tan independiente como su mamá.

— No te alejes.

Lo miré salir trotando hacia el corral. Pasó varias veces frente a mí. En todas ellas estaba muy serio y concentrado, probando las virtudes de su regalo. Tenía apenas seis años y ya creía estar listo para decidir si la yegua era buena o no.

Mientras él daba vueltas comencé a bostezar, me sentía muy, muy cansada; había pasado una noche agitada y sin dormir, a eso le agregué el viaje a la ciudad, ida y regreso. Al ir charlé todo el trayecto con el doctor, y al volver dormité inquieta, sobresaltándome con cada

nuevo bache en el camino.

Apenas se hizo de noche lo llamé. José regresó obediente y se apeó.

—Es hermosa, joven, obediente, aparentemente sana, tiene un pelaje brillante y de un color que a mí me gusta —y me miró—, pero es lenta. ¿Por qué no me compraste un animal tan ligero como Pampero?

Meneé la cabeza, José era el único varón que había en la casa, criado entre gente mayor, quizás por eso imitaba, intentando tomar decisiones tal como nos veía hacerlo. ¿Qué podía hacer para que volviera a pensar de acuerdo a su corta edad?

— ¿Has pensado qué nombre le pondrás?

—Sí, Tortuga —entonces se arrepintió—, ¿no te molesta, verdad? no es que no me guste la yegua, sólo quiero hacer resaltar su defecto principal.

—Está bien, José, el animal es tuyo y puedes ponerle el nombre que quieras. Sólo que la próxima vez recuerda descollar una virtud en vez de un defecto —recapacité, después de todo no había que darle tanta importancia—. Tortuga, ¿es divertido, no te parece? —y reí. Luego volvimos a casa.

—¿Cómo van tus estudios con la señorita Ofelia?

—¡Muy bien!, me está enseñando a leer y escribir, y me ha dicho que después también aprenderé a hacer números, igual que tú. ¿Te das cuenta, mamá? Voy a saber más que cualquier peón de la estancia.

Su mundo se circunscribía a Los Naranjos y San Sebastián, no conocía otro. Y casi todos los empleados eran analfabetos, muy pocos sabían firmar.

—¿Te agrada ella?

—Sí, es buena porque no me reprende muy seguido. Lo que no me gusta es su voz. Es como una cacatúa.

—¿Cacatúa? ¿Y eso?

—Sí, es como un loro, Tomás y Mauricio tienen una. Es un pájaro bastante grande con colores muy lindos en su plumaje. Y todo el tiempo hace: ¡¡caaaá!!, ¡¡caaaá!!

—¡José!, más respeto por tu maestra.

Bueno, viéndolo del lado positivo, su concepto sobre Ofelia me había enseñado algo nuevo. Entramos al comedor y Paloma nos esperaba con la comida lista.

En ese momento recordé a la visita obligada y pregunté por ella.

—Paloma, ¿qué sucedió con el conde?

Ella apretó los labios, masculló bajo y luego, por respeto y por costumbre a guardarse sus opiniones —costumbre a menudo ignorada —, sólo respondió:

—Se levantó a media mañana, ordenó que le preparan carne asada

y café. Luego tomó uno de los coches y se hizo llevar a la ciudad. Y… —estuvo a punto de agregar más.

Esperé sus palabras.

—¿Y?

—Y… ¡nada más! —giró y se fue.

Sonreí divertida, suponía que ése: «y, nada más» guardaba la desagradable opinión que ella tenía sobre él.

Llegaron mamá y Ofelia desde San Sebastián; venían en una galera de los González.

Apenas mi madre descendió de ella me miró con rostro severo.

—Disculpa que haya provocado semejante alboroto en la fiesta —me apresuré a decirle—, Paco y...

Ella me interrumpió:

—Mariano me lo contó todo. Es decir, primero me lo dijo la señora González, luego algunos invitados, después su esposo y finalmente él.

Continuó mirándome con evidente enojo.

—¿Sucede algo? ¿Tan mal estuvo lo que hice?

—Mal no, pésimo.

—Pero si no hubiese venido Paco estaría muerto.

—No, no es eso lo que hiciste mal, has hecho bien en venir a separarlos, fue muy oportuna tu intervención. Lo que no debiste hacer es viajar de noche sola hasta aquí, y tan alterada como estabas. ¿Por qué no te detuviste a reflexionar un segundo y le pediste al conde o a tu cuñado, incluso a Pedro, que te acompañaran? eso hubiese sido casi perfecto.

Bajé la cabeza avergonzada, sabiendo que ella tenía razón. Si alguna falla tenía en mi carácter era justamente ésa, guiarme por mis impulsos, muchas veces arrebatados y descontrolados, me gustaba hacer las cosas a mi manera, y cuando tomaba una determinación mi ceguera era contumaz.

—No tenía tiempo de reflexionar. Actué por reflejo.

—Como siempre, haciendo todo sola. ¿Por qué te empeñas en ser más de lo que ya eres? ¿Crees que a tu alrededor no existen personas que también pueden hacer las cosas tal como tú? Incluso hacerlas por ti —hizo una pausa—; no, no creo que baste con una disculpa; si le arrancas las plumas a una gallina ya no se las puedes volver a colocar. Ahora, el buen apellido que tu padre nos dejó, y que tanto se esforzaba por mantener en alto, está en boca de todo Buenos Aires.

Demasiado ofendida, se retiró a su cuarto.

José aún estaba a mi lado, y al notar mi desconsuelo me apretó la mano con ternura.

—Mami...

Entonces reaccioné, y mirando el reloj me di cuenta de lo tarde

que se nos había hecho.

—¡Mira la hora, José!, ¡apresúrate con la comida que ya deberías estar durmiendo!

—¡Mamá!, recuerda que soy todo un hombre.

Un hombre, ¡madre santa! Un señor de apenas seis años. ¿Hasta qué horizontes lo conduciría su temperamento tan… tan parecido al mío?

Al día siguiente dormí hasta muy tarde.

Cuando me levanté era el mediodía. Tomé una taza de café para terminar de despertarme, luego fui al corral y ensillé a Señora. En el camino encontré a Pedro acercándose con pasos apurados hacia mí, su rostro denotaba inquietud.

—Señora Cristina, el niño José salió solo a cabalgar esta mañana.

Le sonreí agradecida, era el único que se preocupaba seriamente por nosotros.

—¿Y qué tiene de malo eso?

—Bueno... salió en la yegüita nueva que usted le trajo ayer.

Se había sacado el sombrero y lo movía nerviosamente entre sus manos.

—¡Acaba ya, hombre! ¡Continúa! —exclamé impaciente—. ¿Qué más?

—Ha llegado la yegua, sola.

—¿Y por qué no empezó por ahí? —exclamé mientras salía disparada.

Corrí hacia el palenque donde estaban atados los caballos y tomé el que primero se encontraba primero, era Pampero. Seguramente Mulato lo había sacado a varear. Mejor, correría más rápido, ¿hacia dónde? no lo sabía aún.

Espoleé al animal con todas mis fuerzas, aunque de sobra sabía que eso no era necesario, pero tenía que descargar mi ansiedad.

Al alejarme me di cuenta de que Pedro había montado en el nochero y me seguía apresurado.

Galopamos raudamente hacia donde él me sugirió, y después de pasar el arroyo continuamos por el delgado sendero que se dirigía al sur.

Unos minutos después lo encontramos desvanecido en la cima de una loma.

Descendí apresuradamente y me acerqué a tocarlo.

—¡José! ¡José, despierta!, ¡José, hijo mío!

Tenía un enorme chichón en la cabeza y de él manaba profusamente la sangre. Lo alcé y acosté atravesado sobre el lomo del potro, después me subí y volví a toda velocidad.

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas y eran arrastradas al aire.

¿Estaría destinada a perder todo lo que amaba? ¿Por qué esta persecución injusta? ¿Nunca podría ser feliz?

Mis gritos se escucharon por todo el casco aún antes de llegar junto a un grupo de gauchos que mateaban tranquilamente bajo un cobertizo. Gritaba para que fueran a buscar al médico, gritaba para que me ayudaran a llevar al niño hasta la casa, gritaba de miedo, angustia, estaba histérica, sacada de mí, desfallecida ante la idea de perderlo.

Pero mis alaridos asustaron a Pampero. El padrillo comenzó a corcovear, cabecear y patalear hacia todos lados. Relinchaba como enloquecido, varias veces se paró en sus patas traseras, y al hacerlo piafaba enfurecido.

Algunos se acercaron y trataron de calmarlo, yo lo hubiese podido hacer si callaba el exasperante escándalo que estaba provocando, pero la desesperación había estallado dentro de mí.

Un par de manos ligeras tomaron a José y lograron bajarlo del caballo, alejándolo del peligro. Mientras lo llevaban, vi como de su herida aún brotaba mucha sangre.

En el colmo de mi histeria noté que el caballo levantaba su cabeza, distraída y con mis reflejos sin reacción alguna, sentí cómo me golpeaba en la frente. El golpe sonó como un martillo sobre un tronco.

Mi cuerpo se aflojó y caí con brusquedad.

El encontronazo con el duro suelo me dejó sin aire y me vi obligada a callar. Pampero, libre al fin de aquello que lo había atemorizado tanto, acabó sus corcoveos y salió trotando hacia el corral.

Dos peones me levantaron y me llevaron hasta la casa. Allí me dejaron sobre un sofá.

—¿Dónde está José? —pregunté apenas pude hablar.

Moviendo mi cuerpo intenté levantarme, un terrible dolor en la pierna derecha me lo impidió.

—Tranquilízate, Cristina —me dijo la señorita Ofelia—, tu hijo está bien; en estos momentos Dady le está limpiando la herida.

—¿Y cómo está él?

—Bien, sólo ha sido un pequeño golpe, tú sabes cuánto sangran las heridas en la cabeza. ¿Quieres que lo llame?

—No, si usted lo dice le creeré.

Entonces me miré la pierna.

—¿Qué me ha sucedido?

Intenté acomodarla mejor, pero otro grito de dolor brotó involuntario de mi garganta. Estaba en una posición extraña, algo le sucedía. Mamá venía con un vaso entre sus manos.

—Hija, vamos a llamar al doctor. Toma esta bebida, te va a adormecer.

El miedo comenzó a apoderarse de mí nuevamente.

—¡Mi pierna!, ¿qué le ha sucedido, mamá? ¡No me responde!

Ella casi me obligó a tomar el líquido amargo.

—El doctor la va a revisar. Ahora descansa, por favor.

Sabía que algo muy malo me había pasado. Eso que casi no tendría solución.

Comencé a llorar desconsolada.

Una vez más ¿por qué a mí?, ¿por qué tanta saña! Me pareció que Dios estaba siendo extremadamente cruel conmigo, demasiado.

Pronto entré en un sopor tibio, relajante. Repleta de pesadillas, sintiendo mi cuerpo estremecerse con cada nuevo sobresalto.

Noche ya llegó el doctor.

Me revisó en silencio, sin emitir palabra alguna. Al cabo de su estudio me dijo:

—Cuando te caíste, no golpeaste en el suelo, afuera del cobertizo había un yunque, y caíste sobre él. Te has lastimado la pierna.

La observé e intenté moverla.

—Creo que es más que una lastimadura.

Él no respondió.

—¿Qué me he hecho, doctor? ¡Por favor, respóndame!

—Cristina, ¿por qué siempre quieres saberlo todo?, ¿no te basta con que te diga que estás lastimada?

Al notar que lo observaba seria, comprendió que merecía saber más. Después de todo, acabaría por enterarme.

—Te has quebrado el hueso.

Con débil gemido recliné mi cabeza sobre la almohada. ¿Cuándo acabarían mis desgracias? Esta vez sí sentí mucha lástima de mí misma, no sólo era una mujer solitaria, con costumbres tan extravagantes como varoniles…

Ahora, además, quedaría tullida.

Capítulo 9

Invierno de1815

—¡Cristina, Cristina!, ¡escúchame! Por favor, escúchame —oí que alguien me decía. No supe dónde estaba, ni quién era el que me hablaba.

—¡Cristina! —sentí que me apretaban la mano con fuerza—, no debes ponerte así porque te lastimaste una pierna. Tienes toda la vida por delante, aún eres joven y bonita.

Me di vuelta y miré a quien me hablaba.

—¿Bonita?

—¡Cristina, por Dios!, ¡reacciona! No, no eres linda, eres hermosa. ¿Nunca te has mirado al espejo? Tienes un rostro delicado, nariz pequeña, labios firmes, unos enormes ojos de un celeste transparente que hablan sin necesidad de que digas una palabra, eres inteligente, trabajadora y voluntariosa; estás criando sola a un hijo, y encima administras una de las estancias más importantes y hermosas de Buenos Aires. Muchas mujeres te envidian.

Eso me hizo recordar la conversación que había escuchado en el zaguán de San Sebastián de los Tilos, y un nudo en la garganta me obligó a apretar los labios para no gritar de impotencia. Tenía rabia, mucha rabia.

No, no quería recordar. No podía hacerlo, dolía demasiado. Sobre

todo porque no creía justo semejante escarnio.

— Cristina, ¡sólo tienes veinticinco años!

El doctor me estaba hablando.

—Usted… una vez me dijo que tuviera paciencia —exclamé en un susurro, estaba a punto de llorar.

—¡Por supuesto que sí! Una vez te dije que aguardaras, porque la vida iba a llegar. Y no te hablaba de respirar, comer, trabajar; sino del sentimiento de estar viva, ése que te hace vibrar de emoción con cada nuevo minuto que transcurre. Me refiero a esa seguridad que ahora tienes de poder sobreponerte a cualquier dificultad, ¿y por qué?, ¡porque estás consciente de tus virtudes para ello! Cristina, has aprendido a valorar tus extraordinarias cualidades —sonrió, hizo una pausa y con voz más suave agregó—, y el amor también va a llegar.

En ese momento reaccioné.

—¡Amor!; ¿cree usted, por ventura, que alguien me va a querer en estas condiciones? Si antes era improbable… ahora, sinceramente, ¿piensa que puede existir un hombre que ame a una mujer deforme?

—Deforme no. Exageras, Cristina, y lo sabes. La pierna tardará en curar, pero más adelante quedarás bien. Quizás, si te esfuerzas y haces los ejercicios que te voy a recomendar, probablemente ni siquiera renguees.

Bajé la vista con disgusto, claro que mentía. Había trabajado con él lo suficiente como para saber que las quebraduras a veces nunca se componían; y con el correr del tiempo en ese lugar el hueso quedaba grueso y deformado. Como pata de elefante, decían.

No, nunca volvería a caminar igual que antes.

Intuía lo que debía estar pensando, intentó distraerme continuando con su charla:

—No quiero que uses la pierna durante varias semanas, volveré a verte dentro de quince días —se quedó pensando—, en las condiciones que te encuentras ahora ¿no preferirías trasladarte a Buenos Aires? —al ver mi rostro de espanto se apresuró en agregar—: Sería sólo por un tiempo, hasta que pudieras volver a caminar correctamente, aquí poco será lo que puedas hacer.

—No, le aseguro que sería mucho peor si estoy en la ciudad. En Los Naranjos puedo descansar junto a lo que amo; mi familia y los animales. ¿Qué haría todo el día encerrada en la casa? sin amistades ni parientes. Además...

Estaba por contarle lo que las personas creían de mí, y que al ir a Buenos Aires, así como me encontraba, las habladurías aumentarían aún más, pero preferí callar. Estaba demasiado deprimida, y si le comentaba sobre los chismes que había escuchado, era probable que, en mi frágil estado de ánimo, comenzara a llorar.

No, ésa era otra de las tantas cosas que era mejor guardar.

—¿Estás decidida a no regresar?

Le sonreí apenas, ¡era tan amable y considerado!

—Perfecto, nunca olvides que si me necesitas puedes mandarme llamar.

Se despidió de mamá y de Ofelia, y se marchó.

Cuando se fue, el cuarto quedó en silencio, nadie entró a verme. Ofelia porque no quería molestarme, y mamá porque tenía miedo de ver el estado en que me encontraba. Una vez papá me había dicho que ella se alimentaba de mi felicidad, y había tenido razón. Mi hombro era el único que le quedaba sobre el cual sostenerse, y moriría si se lo negaba o si, por las razones que fuera, me perdía.

Sí, era mejor que juntara fuerzas para recargar mi ánimo tan decaído.

¡Ay!, ¿qué había sucedido con mi vida?

Cuando quise girar mi cabeza intentando mirar a través de la ventana, hice un movimiento involuntario y la pierna me dolió tanto que debí hacer gran esfuerzo para no gritar. Ni siquiera tenía libertad de acción, mi cuerpo se asemejaba a un despojo humano.

Dos días más tarde llegó el conde.

Me negué a recibirlo, no quería afrontar una posible disputa.

Unos minutos después escuché que tocaban a la puerta, y sin esperar mi respuesta él entró.

¡Dios!, ¡era tan increíblemente insistente!

—Buenos días, mi querida condesa.

Cerré los ojos mientras suspiraba, ya había comenzado.

—Está bien, Cristina, veo que hoy no tienes buena disposición de ánimo. Aún así vas a escuchar todo lo que he venido a decirte —me pasó la mano por la frente con dulzura.

Sus dedos eran suaves y cálidos. Por un brevísimo instante me dejé llevar por esa caricia, ¡necesitaba tanto que alguien me mimara! Como un cachorrito desvalido, mendigando cariño.

El momento fue bien fugaz, de inmediato reaccioné. Se me hizo que, en vez de terneza iba a recibir una cachetada, tan falso me pareció.

—Reiniciaremos nuestra charla. ¡O mejor aún!, comenzaremos desde el principio. Una vez más ¿Quieres casarte conmigo?

Lo miré con una mezcla de asombro y furia

—¿Te estás burlando de mí? —fue mi primera reacción.

—Por supuesto que no. Te lo he vuelto a pedir, y el pedido es urgente, porque si voy a esperar un tiempo más, seguramente sólo encontraré media parte de ti. ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo contigo? ¡Mírate! ¡Mírate las manos! —y las levantó para colocarlas delante de mi rostro. En vez, miré hacia un costado, no

necesitaba mostrarme lo evidente— hace unos días te quebraste una pierna, observa tu cuerpo entero. ¡Eres un espantajo!, pronto las personas comenzarán a huir de ti, aterrorizadas.

Si quería ser cruel lo estaba consiguiendo. Lágrimas hirvientes rodaban por mis mejillas.

—¿Lloras?, ¡pues es exactamente lo que no quiero que hagas! No debes tener lástima de ti misma, no más. ¡Te has vuelto una renegada! ¿En qué ser pretendes convertirte?, ¿en una mártir? Pues a nadie le interesa, la gente te recordará como la loca de Los Naranjos. Y no es porque sus habladurías me martiricen. En absoluto —hizo un ademán despectivo con su brazo—, estoy más allá del bien y del mal.

Se levantó de la silla y caminó alrededor del cuarto.

—¿Por qué no me permites que te cuide? Tienes tanto orgullo que sólo piensas en ti, crees que mientras más te esfuerces mejor te sentirás. ¿Qué pecado estás purgando? No recuerdo que nadie te haya culpado de algo ¿O acaso crees que así te querrán más y te reconocerán como la gran gran mujer? Vive para ti, no para los demás. Porque lo único que has conseguido con ello es destruirte de a poco. De una vez por todas, acepta que eres una simple y débil mujer. Y existen personas, muchas personas, que pueden hacer tu trabajo mejor que vos.

Aún callaba. Mientras, lo observaba con ojos enrojecidos.

Él continuó con su interminable sentencia:

—¿Cuánto más vas a esperar? No queda nadie a tu lado. Déjame que te atienda —se volvió a sentar y me tomó las manos—, toda mi vida he administrado estancias. Mira *Ilusion*, ¿alguien te habló de ella? es lo más fastuoso que existe en toda esta vasta tierra. Y lo hice solo. Entonces, por lógica, también podré dirigir tu campo. Deja que te mime y malcríe. ¡Deseo tanto hacerlo! Tú sólo ocúpate de ti misma, nada más. Yo haré el resto —besó mi frente— doblega tu porfía, por favor.

No en todo, aunque debía ser imparcial y reconocer que en ciertas cosas él tenía razón. Dejé mi mano descansando sobre su brazo. ¡Me sentía tan tan cansada!

—Bien, mi insufrible Antoine, ¿qué quieres que haga?

—Quiero que te cases conmigo.

Aún no lo amaba, eso lo sabíamos los dos, pero él tenía razón. Yo era un espantajo, y casándome con él recobraría mi prestigio, me convertiría en condesa y, si hacía todo bien, quizás con el tiempo las personas hasta llegaran a olvidarse de mi comportamiento anterior.

Sí, no era una propuesta despreciable.

Además, prometía ayudarme con Los Naranjos, quizás fuese tiempo de comenzar a delegar tanto esfuerzo cotidiano. Cuán amable había sido al saber que me apodaban la loca, y aun así no importarle.

—Bien, te prometo que lo pensaré seriamente, y apenas comience a caminar te daré la respuesta.

Satisfecho ya, él se dispuso a partir.

—¡Ah!, y, por favor, no cometas más locuras.

Se agachó y me dio un ligero beso en la boca.

—Adiós, querida —y se marchó.

El tiempo comenzó a pasar lentamente, la inactividad alargaba increíblemente los días, y las horas se estiraban como si fueran semanas.

Ofelia continuó enseñándole a José durante todo el verano. El niño la quería, y le encantaba escuchar las historias que ella le relataba.

Solía mirarlos mientras paseaban por el parque. Por las gesticulaciones de mi hijo suponía que la estaba pasando muy bien. Era una buena compañía también para él. ¡Qué incongruencia! Una vida tan útil cercenada de cuajo, me lamentaba.

Sí, todos la extrañaríamos cuando muriera.

Apenas comenzó el otoño ella se sintió aún mejor.

—Es el clima —decía—; esta tierra es maravillosa —y miraba encantada hacia la pampa.

La quería más que nunca, ella sentía la misma alegría que yo al observar la inmensa extensión de Los Naranjos.

Nos hacíamos ilusiones de que su estadía con nosotros, en un lugar tan beneficioso para su salud, lograría curarla. Pero, al llegar el invierno, nuevamente empeoró.

Le dolía mucho la cabeza, y la mayor parte de las veces no quería comer.

—Si no te alimentas, Ofelia, enfermarás —le recordaba amablemente mamá.

Ella sonreía, aún le quedaba el optimismo intacto.

—Mi buena Rosalía, ¿crees que puedo enfermarme todavía más de lo que ya estoy?

Así fue.

Durante los días fríos y húmedos permanecía encerrada en su cuarto, y si mamá iba a verla, apenas le dirigía la palabra. Demasiado agotada hasta para mantener un diálogo.

Además, estaba adelgazando tan velozmente que me alarmé.

Una mañana vino el doctor a visitarnos y le confié mis temores.

—No hay nada que pueda hacer. Lo lamento, aún no existe la medicina que pueda curarla.

—¿Y tenemos que verla morir un poquito cada día, y charlar frente a ella y sonreír, como si nada sucediese? —exclamé con resentimiento ante tamaña injusticia.

Él no respondió, y yo tampoco esperaba que lo hiciera.

Estábamos en la sala y me había recostado lo más cómodamente que pude en un sofá que daba a la ventana más amplia del cuarto. Con las dos manos levanté mi pierna lastimada y la acomodé mejor. Me irritaba cada vez que recordaba mi debilidad, quería suponer que si yo estaba bien, entonces todas las cosas alrededor de mí mejorarían. Como de costumbre, continuaba culpándome por los inconvenientes de mi mundo.

Aún no podía caminar, y cuando me tenía que trasladar de un lugar a otro lo hacía ayudándome con una precaria muleta que me había confeccionado uno de los peones. Al despertarme por la mañana y verla allí apoyada, esperando solícita a que la tomara, sentía deseos de patearla hasta destruirla. Me había propuesto caminar sola, y todos los días hacía diez veces más ejercicios de los que el doctor me había aconsejado. Recorría con mucho esfuerzo el jardín de una punta a la otra. Cuando la pierna me dolía demasiado me tiraba en una hamaca y me decía una y otra vez que al día siguiente duplicaría mis esfuerzos, y en vez de tres vueltas daría cuatro.

—No debes apresurarte —me decía el doctor—, deja que el hueso vuelva a unirse y la herida sane por completo. Si lo mueves tanto nunca sanará.

¡Oh, sí sanaría! No tenía tiempo para detenerme, y el enfado era uno de mis principales motores. El conde me había llamado espantajo, loca, y yo misma me había dicho tullida. Él me había pedido que olvidara mi orgullo, ¿cómo iba a olvidarlo si formaba parte de mí? era el que generaba la voluntad que necesitaba en perseverar, superando mis falencias, cualquiera éstas fueran.

Quizás llegara a casarme con él —todavía no lo tenía decidido del todo—, cuando lo hiciera, sería una mujer entera, no una frágil rama.

Una tarde estaba recorriendo el sendero que había al lado de los almácigos. Ya usaba un bastón para apoyarme, y cuando el pie no se asentaba bien y cedía ante el peso de mi cuerpo, maldecía en voz alta.

—¡Así no!, ¡tonta!, vuelve a hacerlo. Esta vez, mejor que la anterior. Y no una, dos veces.

Entonces escuché a alguien detrás de mí.

—¡Bien, bien!; sospecho que pronto tendré una respuesta a mi proposición matrimonial. Veo también que no me has obedecido y has comenzado a hacer locuras nuevamente. Déjame que te ayude —y me tomó del brazo.

Juntos volvimos a paso lento hasta la galería, allí nos sentamos a tomar leche con vainilla que Paloma había preparado y dejado dentro de una jarra, sobre una mesita.

Un mes después, felizmente ya podía caminar sin el bastón.

Todavía rengueaba mucho, aunque estaba segura que con el tiempo eso se solucionaría.

Mirándola drásticamente y con ojo crítico, en el lado externo de la pierna me había quedado una protuberancia, aunque el defecto no se notaba porque lo ocultaba la falda.

Diariamente hablaba con Mulato y él me contaba lo que sucedía en la estancia, y me pedía la opinión sobre los pequeños inconvenientes que aparecían.

Por lo menos eso era lo que creía. Pensaba que estaba al tanto de cuanto ocurría en Los Naranjos, hasta que una mañana la brisa del norte me trajo olor a animal putrefacto.

—¿Se ha muerto algún novillo, Mulato? —le pregunté apenas él vino a verme esa tarde.

—Este... sí, hace una semana.

—¿Qué animal murió?

—Una vaca no pudo parir.

Lo miré con el ceño fruncido y algo de disgusto.

—¿Sabías que no se encontraba bien?

No me respondió.

—Mulato, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no la trajiste hasta el corral así la podíamos controlar mejor? Hubiéramos llamado al médico.

Por toda respuesta él se levantó de hombros y dijo:

—Es que hay tantas… consideré que una menos no era importante.

Decidí que ya era tiempo de reiniciar mis tareas. Volvería a montar.

Una tibia mañana a principios de 1816 me puse la ropa de gaucho, y caminando con sumo cuidado hacia el corral le pedí a Pedro que ensillara a Diciembre. Tardaría más en avanzar pero estaría segura de no caer ni de tener sobresaltos.

—¿Diciembre? —preguntó él extrañado; conocía mi habilidad al montar y ciertamente que ese caballo no era montura para acompañarme.

—Sí, ¿qué sucede?

Su respuesta fue inesperada, diferente a la que pensara yo.

—¿No sabía, patrona, que murió este invierno?

¡Ay!, ¡había tardado tanto en restablecerme!

Cabalgué en la vieja Cristy.

Como la pierna aún me dolía, ladeé mi cuerpo hacia un costado y me apoyé en el estribo del lado izquierdo. La yegua se desplazaba somnolienta y aburrida, pisando segura, casi sabiendo que no estaba ágil.

—¿Recuerdas, Cristy, cuando tú y yo éramos muy, muy jóvenes?

¿Recuerdas cuando galopábamos tan veloces como el viento, intentando alcanzar el sol? Han pasado apenas diez años, y sin embargo a mí se me hace que fue un siglo atrás.

Cuando regresábamos, la apuré un poco para que trotara suavemente, y al acercarme a la caballeriza encontré al conde esperándome.

Meneaba la cabeza y sonreía con admiración.

—Eres increíble, nunca hubiese pensado que volverías a cabalgar —apretó los puños—. ¡Muchacha insensata! nadie me enfurece tanto como tú, ¿por qué eres tan obcecada?

No le respondí, y ni siquiera me inmuté. Ya me había acostumbrado a sus zafios exabruptos, y los tomaba como una frase más en su abundante parloteo.

Me ayudó a bajar de la yegua y fuimos a la casa.

Cuando estábamos por entrar, él me detuvo y me abrazó con fuerza.

—Cristina, hace ocho meses que estoy esperando una respuesta, ¿no crees que ya es tiempo?

Me alejé un poco para poder mirarlo detenidamente y me solté de su abrazo; sí, era justo que me resolviera por el no o por el casamiento. La elección no era tan difícil, y podía hacerlo más tarde… o allí.

Lo observé con censura. Él sabía que lo estaba inspeccionando y puso cara de hombre interesante; tenía las pupilas marrones, la mirada decidida, el cabello algo canoso y aún lo usaba muy engominado hacia atrás. A pesar de su edad era una persona activa, aunque su físico, muy sobrepasado de peso, no lo acompañaba.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté de pronto, no porque fuera realmente importante. Simplemente sentí curiosidad.

Él echó su cabeza hacia atrás y rió divertido.

—Si tu decisión depende de mi edad, va a ser mejor que invente otra fecha de nacimiento. Cincuenta y cinco, tengo cincuenta y cinco años, y tú solamente veinticinco. ¿Puede ser posible nuestra relación? ¿La apruebas?

Le sonreí, a veces podía ser un hombre casi agradable.

—Puede ser.

Entonces juntó sus manos detrás de la espalda y esperó.

—Nos casaremos el 8 de julio de este año, 1816 —dije finalmente.

—¡Vaya, vaya! Hasta la fecha decides tú, ya veo cuánto me costará doblegarte. Pero me tranquiliza saber que soy el único que puedo contigo; no te conformas con *bocaditos de anco*, y sólo yo sé cómo hacerte feliz.

¡A veces era tan insoportablemente engreído!

Él continuó:

—Bien, entonces nuestro matrimonio será una eterna discusión, muy interesante —y acercándome a él me besó en los labios.

Sí, el diablo debía atorarse de tanta risa al observarme. Empachado de gracia.

Mientras me escuchaba responderle afirmativamente al conde, estaba segura que ésa era la más acertada solución. La mejor que se me había presentado en muchos años, ¿por qué no habría de aceptarla entonces?

¿Cómo iba a saber lo que me sucedería horas después!

¡Ay!, las sorpresas, estaba harto cansada de ellas. ¿Por qué el destino siempre me hacía esos pases tan tramposos?

De imaginar siquiera lo que estaba escrito en las estrellas esa noche… jamás, ¡jamás!, le habría dicho al conde que sí.

A la hora de comer sólo estábamos mamá y yo, Ofelia no se sentía bien, es decir, se sentía muy mal. Comía tan poco que debía pesar menos de cuarenta kilos. Huesos y piel, se sentía tan débil que ni siquiera se levantaba de la cama; y si alguien le daba de comer una sopa, ella no podía sostener la cuchara en su mano.

—Soy un estorbo para ustedes.

Decía continuamente, y le aseguraba que eso no era verdad.

—Eres la mejor compañía de mamá. No sé qué hubiese hecho ella sin ti.

—Lo dices para hacerme sentir bien.

—No, lo digo porque es la verdad. Tú sabes que tenemos muy pocos amigos, y tu amistad ha sido valiosa. Y cuánto, ¡cuánto te lo agradecemos!

Últimamente sus ojos se humedecían con mucha facilidad, y esa vez no fue una excepción.

Después de comer salí a caminar. La noche estaba tibia, y a pesar de que no había luna, el techo de estrellas era de un azul transparente. La brisa me traía el delicado perfume de las flores nocturnas, y me sentí embriagada de placer. Placer que se confundía con una profunda nostalgia. ¡Era tan larga y estaba tan repleta de anhelos insatisfechos la soledad!

Cuando me acerqué a los abedules vi que un objeto se movía entre las sombras, unos metros más allá.

Detuve mis pasos y esperé ansiosa, no tenía miedo, mi corazón comenzó a latir apurado, intuía que algo maravilloso estaba por suceder.

Un momento después él estaba frente a mí.

Hacía meses que no lo veía, aun así lo reconocí de inmediato. Su silueta recortada contra la luz de un farol lejano era la misma, y sus impredecibles visitas también.

—¡Querido! —y corrí a arrojarme en sus brazos.

Esa noche, después de mucho, mucho tiempo, volví a ser mujer. En el más absoluto y literal sentido, toda una mujer.

El Español había regresado, no sabía por qué había estado tanto tiempo ausente ni me importó. Ahora él estaba aquí.

Era la razón por la cual los seres humanos subsistíamos, superando prácticamente cualquier desgracia. La causa de muchas guerras, y de increíbles actos de bondad. Entre mis manos tenía el divino regalo del amor; ¿podía existir cosa más grande y sublime que eso?

Nuestros besos y caricias eran apasionados, desesperando por apurar la satisfacción plena que juntos sentiríamos después.

La brisa se detuvo, los ruidos de nuestros cuerpos desnudos aplastando el musgo se volvieron silenciosos a mis oídos, y nuestros movimientos fueron desinhibidos, frenéticos.

Solamente existía el paraíso, ese lugar donde mueren los tormentos y se sacian los deseos. Ese lugar donde estábamos completamente relajados, sin temor alguno, abriendo nuestros brazos a los cuatro vientos, bendiciendo a la bienvenida vida, porque no existía nada que nos pudiese lastimar. Y mi paraíso era él.

¡Tenía tanto amor postergado!

Con sus suaves caricias él despertó cada uno de mis sentidos. El sólo contacto con las yemas de sus dedos me erizaba la piel, haciéndome vibrar de felicidad.

Los murmullos guturales de una lechuza se confundieron con mi respiración agitada, y mi corazón palpitó con más fuerza aún, completamente despierto a las sensaciones. Galopaba enloquecido, derramando torrentes de sangre fresca a mi cuerpo ardiente.

Mi cabello suelto, indómito, aprovechando mi distracción, disfrutaba de esa salvaje y tan inusual libertad. Entrometido, se enredaba entre nuestros cuerpos, participando del placer.

Una hora más tarde regresé a mi cuarto, livianita, silbando suavecito; todos los diablos de mi corazón habían huido despavoridos.

Esa noche murió la señorita Ofelia. ¡Qué extraña coincidencia!, una vida renacía y otra terminaba, las dos en el mismo tiempo.

La mañana se despertó como siempre, ajena a cuanto sucedía a su alrededor, para la naturaleza todo continuaba igual. El nacimiento y la muerte eran simples sucesos que hacían a la rueda de la vida continuar girando, apenas un pestañeo en la eternidad, nada más.

El viento mecía con delicadeza los árboles, y los pájaros saltaban juguetones, piando agradecidos la llegada del nuevo día, buscando afanosamente el alimento para sus crías.

La peonada trabajaba en silencio, respetando el dolor general por el triste fallecimiento, y tratando de no molestar.

Vino el doctor Capurro a confirmar su deceso. Nuestro querido médico estaba a punto de partir hacia Chile, en su perseverante campaña contra la viruela.

Lo invité a quedarse para almorzar.

Mamá estaba muy deprimida y permaneció en su cuarto. Y si no hubiese sido por lo ocurrido la noche anterior yo también habría estado lamentando la pérdida de nuestra querida amiga.

Una halo de felicidad me envolvía, persiguiéndome y llenándome de alegría donde sea que iba, nada podía lastimarme. Mi llanto era completamente diferente al de mi madre, comprendía su dolor, pero mi corazón no se angustiaba, estaba en paz.

Mamá, luego de saludar al doctor, pidió disculpas y se retiró a descansar.

Nosotros dos salimos a caminar por el parque, disfrutando del bellísimo día que hacía.

Él, entonces, se dirigió a mí:

—Cristina, no creo ser inoportuno; sé que la señorita Ofelia ha desaparecido para siempre de nuestras vidas, pero usted no se ha dado cuenta de ello.

Me sentía caminando por el cielo, sí, era verdad, pero rehusaba pensar en ello. Lo miré intrigada, sin responderle. Simplemente quería disfrutar de esta nueva y embriagante sensación, sin detenerme a razonar. Porque sabía, ¡bien que sabía! Que cuando analizara con cordura lo que me estaba sucediendo, encontraría mil razones para rechazar este nuevo amor.

Él miró el paisaje.

—El día está hermoso —y dejó sus ojos deleitarse en las copas de los árboles que teníamos sobre nosotros.

Mi vista lo siguió, dulce droga es el amor.

—¿Ha sucedido, verdad? ¿Encontró al hombre que buscaba?

Volví de mi sueño.

—No, no necesita decírmelo —agregó—, se le nota en todo el cuerpo, no sólo en la mirada, en su forma de moverse, hasta en su peinado, se ha dejado el cabello suelto, ¿lo notó? ¿Quién es el afortunado?

—¿Afortunado? —y reí, tomando como una gracia mi pregunta—, ¿por enamorarse de mí alguien puede ser afortunado?

—Sí, aunque no lo creas, Cristina, existen pocas mujeres como tú. Si hubiésemos tenido más, habríamos terminado mucho antes esta interminable guerra contra aquéllos que se quieren quedar con lo que nos pertenece.

—Y seguramente también se habrían acabado los negocios de venta de vestidos, los perfumes, las flores, las copas de cristal, las fiestas…

Él cambió de tema.

—¿Sabías, Cristina, que en Cuyo San Martín está preparando un ejército, el más grande que ha sido formado hasta ahora, para cruzar la cordillera de los Andes?

—No —y me puse seria.

—En Mendoza ha puesto una fábrica militar; allí se hacen cañones, armas, municiones, enseres, pólvora... pero eso no era lo que quería contarte. La cuestión viene por lo que me dijiste recién, recuerda que las mujeres pueden continuar siendo femeninas y usando esos... adornos, podríamos llamarlos, y aun así colaborar, mano a mano, al lado de los hombres —hizo una pausa y continuó—. Allí, las damas mendocinas trabajan mucho, ayudando con el equipo, mantas, ropas y alimentos que necesitarán los soldados en su extraordinario viaje. Han donado sus joyas y, dinero para la causa. Todos están presentes; jóvenes, ancianos y niños. Hay trabajo para todos, y ellos están dispuestos a cooperar en lo que sea necesario. La unión de nuestro pueblo es digna de admiración. ¿Te imaginas lo que ha de ser cruzar la cordillera a caballo? ¡Dios!, con el frío que debe hacer.

Permaneció en silencio, mirando el horizonte y cavilando en sus palabras.

—Ahora dime, ¿quién será el feliz hombre que se casará contigo? Porque supongo que habrá matrimonio, ¿verdad? —y permaneció esperando mi respuesta con ansiedad.

Recién en ese momento, casi un día más tarde, me di cuenta de lo que me estaba sucediendo. ¡Me había enamorado de un hombre, y sin embargo, me casaría con otro!

Debí ponerme muy pálida porque el doctor me preguntó con evidente ansiedad:

—¿Qué te sucede, Cristina? —y me tomó entre sus brazos,—. ¡Cristina!

Fuimos a la galería y el doctor me hizo sentar en una de las sillas que allí había.

Se quedó a mi lado aguardando, impaciente por conocer la causa de mi repentina desazón.

—Cristina, ¿es que nunca será suficiente para ti?, ¿no conoces una palabra llamada «basta»?

No contesté su pregunta, y supongo que él tampoco esperaba respuesta.

Cuando el parque se llenó de sombras y mamá trajo una lámpara, él se levantó, dispuesto a retirarse a uno de los cuartos para las visitas que nosotras le habíamos ofrecido, temprano durante el día. Esta vez su presencia no era imprescindible en la ciudad, ya que todos estaban esperando su próxima partida hacia suelo chileno.

Pero antes me dijo:

—Cristina, no me respondas si no lo deseas, sólo espero que por una vez hagas lo que te pido; quiero que permanezcas acostada durante cinco días, y si no es suficiente con pedírtelo entonces te lo ordeno. Vendré a verte al cabo de ese tiempo.

Se despidió y se encaminó hacia el cuarto, a la mañana siguiente, aún antes de amanecer, Pedro tendría el coche listo para llevarlo de regreso a la ciudad.

—¿Doctor? —exclamé ansiosa—, por favor, no le diga al conde que estoy indispuesta, necesito estar sola.

—Está bien, si él me lo pregunta callaré. Se interesa mucho por ti, cada vez que vengo a verlas él luego va a mi consultorio y averigua todo lo que puede sobre tu salud —entonces se puso a pensar—, me pregunto si... —y me miró—; no, otro día me lo dirás. Ahora descansa, que es exactamente lo que no has hecho durante cinco años. Te ordeno que descanses, no lo olvides.

¡Ay!, esa mañana temprano llegó el conde.

—¡Buenos días, *mon cherie*!, veo que me has obedecido y descansas. Eso es lo que quiero que hagas a partir de nuestro casamiento; leer, tejer y descansar, como cualquier mujer normal.

Me acababa de levantar, y estaba reposando sobre el sofá que había en la sala, mientras, leía un libro.

—Mira lo que te he traído, camelias para mi condesa.

Sacando unas flores que había en un florero, colocó las suyas.

—Bien, he venido a verte porque tenemos unas cuantas cosas de qué hablar.

Se sentó a mi lado y me tomó la mano.

¿Cómo se hace para soportar la presencia de un hombre cuando está en el lugar del que amamos? Un día antes no había tenido alternativa, pero ahora lo sentía como un intruso. Y me preguntaba, hasta con un poquito de desagrado, ¿cómo fui capaz de pensar alguna vez en estar con este hombre? Antes las comparaciones no existían, ahora se volvían intolerables.

¿Por qué no le decía que me había arrepentido y no deseaba casarme con él? ¿Por qué no hacía desaparecer para siempre el constante y reiterativo martirio que me significaba su presencia?

No, tenía que analizar el asunto fríamente, sin sentimientos interviniendo en mis juicios; ¿qué futuro tendría con un realista? ¿Existía algún lugar en mi tierra donde él y yo pudiéramos vivir tranquilos? No por el momento. Además, aparte de sus visitas furtivas y muy espaciadas, él nunca me había dicho nada. Nos queríamos, pero lo nuestro era pasión pura, y todo terminaba allí, un amor platónico, un encanto mágico.

No, a pesar de que lo amaba y necesitaba aún más de lo que había amado y necesitado a Ricardo, prefería vivir junto al conde.

Reemplazaría amor por compañía. Basta ya de volar, era tiempo de poner los pies sobre la tierra. Y me decía:

—Cristina, no es posible vivir de un sueño.

El conde, excesivamente ególatra, no se daba cuenta de mis dudas. Estaba demasiado seguro de su importancia.

—Estoy organizando una fiesta de presentación para dentro de unos días, quiero que mis amigos te conozcan. Todos deben saber quién será mi futura esposa.

Debe haber notado el desagrado en mi rostro porque agregó:

—Debes comenzar a acostumbrarte a la vida social, cuando nos casemos te trasladarás a mi quinta en Buenos Aires, *Ilusion*, y allí recibirás visitas constantemente, comienza a olvidarte del campo. Nomás mira cómo te ha ido viviendo aquí.

Observó con ojo crítico la manera en que estaba sentada y agregó:

—Recuerda tus modales y ponlos en práctica.

Yo continuaba con el ceño fruncido, me sentía como una muñeca de trapo.

—¡Serás una condesa!, Cristina, no una campesina.

—Pero, ¿quién administrará el campo?, ¿quién dará las órdenes?, ¿quién venderá y comprará las semillas, y la hacienda?

—¿Crees que no hay personas que pueden hacerlo por ti?, ¿crees que eres tan imprescindible? pues te recuerdo tu pierna lastimada, y tu frágil condición de mujer. —Hizo una pausa—. Yo puedo poner un administrador, más aún, si no quieres que delegue el trabajo en alguien, puedo venir y manejar la estancia personalmente.

Me dio un beso en la mejilla.

—Reconoce de una vez por todas que puedo velar por ti.

Mujer sí, pensaba mientras lo escuchaba, débil nunca.

Levanté la vista, cansada de esa inútil conversación. Él quería imponerse, y yo ya no quería discutir.

—¿Cuándo será la fiesta?

—Dentro de dos días.

¡Dos días! ¡Abracadabra! ¿Dónde estaba la mágica salida a un tiempo tan perentorio? ¡Entonces recordé al bendito doctor!

—¿Has hablado con el doctor?

— No, ¿por qué?, ¿debería hacerlo?

Recién entonces pensó que mi postración pudiera deberse a algo más que simple obediencia a sus órdenes. Después de todo, no acostumbraba obedecerlo. Pero, entre tanta cháchara él había olvidado lo principal; cuál era mi estado de salud.

—¿La quebradura ha empeorado?

—No, pero ayer tuve un leve desmayo y el doctor me ordenó cinco días de reposo absoluto.

Por primera vez estaba feliz de tener que descansar.

—¡No!, ¿por qué no me avisaste?

—No me diste tiempo —mentí.

Él se puso de pie y comenzó a pasearse nerviosamente por la sala. Lo había metido en un problema, tendría que postergar la fiesta, y eso sería bastante engorroso. Bien, él se lo había buscado decidiendo por los dos sin habérmelo consultado antes.

Se detuvo a mirarme.

—Entonces, ¿cuándo quieres que hagamos la fiesta? Recuerda que sólo falta un mes para nuestro casamiento.

Me quedé pensando; ¿cuándo quería la fiesta? ¿La verdad, verdad? ¡Jamás! Incluso de sólo pensar en una reunión social donde habría muchas miradas observándome y juzgándome, me helaba el alma. Tendría que hacer ojos ciegos y oídos sordos a los comentarios de los presentes.

—¡Mira!, ¡ahí va la desquiciada de Los Naranjos a casarse con el pobre conde! ¡Mira cómo renguea!, buen hombre él al querer desposarse con semejante espantajo. Al final, el conde es un ángel.

Y yo pasaría a su lado, sonriendo feliz, como si nada. Hirviendo por todos mis poros, desangrándome por dentro.

Al tardar en darle una respuesta él se impacientó. Ya de por sí estaba inquieto y bastante alterado con el inesperado cambio de planes. Le gustaba ser el personaje en todo, incluso de las decisiones ajenas.

—¡Escúchame, Cristina!, y escúchame bien. Has decidido ser mi esposa, y lo serás. ¡Pero a mi manera! Recordarás lo que has olvidado sobre educación y buen comportamiento, y lo que no recuerdes lo aprenderás. Asistirás a las fiestas, aunque no te guste, y fingirás que eres la mujer más dichosa de la tierra. No te costará demasiado porque eres joven, y a mi lado, además, serás hermosa.

¡Dios!, ¡qué petulancia!

Estaba a punto de estallar y me contenía. Se paró delante de mí y esperó.

—Estoy aguardando tu respuesta, ¿cuándo haremos la ceremonia de tu presentación?

—Dentro de cinco días, cuando el doctor me autorice a levantarme.

—Espero que para ese entonces estés bien. Aunque, conociéndote, estoy seguro de ello. Mañana vendré con una costurera, un peluquero y te conseguiré una muchacha para que haga los trabajos pesados que tú ya no harás.

Me erguí desafiante, eso era demasiado.

—¿Y cuáles son?

—Vestirte, peinarte, bañarte, te llevará el almohadón cuando te reclines en la iglesia…

—¡Pues eso es más que suficiente!, ¡ahora serás tú quien me va a escuchar!

Poniéndome de pie, crucé mis manos con fuerza y lo miré con rabia.

—¡No haré nada, absolutamente nada! que no quiera hacer. No tendré una esclava que atienda mis caprichos y alimente mi ocio, continuaré dirigiendo mi vida como me plazca, ¡y me comportaré como quiera en tus estúpidas fiestas!

Él quedó en silencio, observándome, luego bajó los ojos lentamente hacia mi escote y los detuvo allí, en sus labios una sonrisa lasciva.

Gemí desalentada, había olvidado al conde que jugaba a las cartas con mi padre, olvidado que en aquellos tiempos él alimentaba su deseo con mi enojo. Más me enfurecía, más complacido se sentía él.

Completamente desahuciada me dejé caer nuevamente en el sofá.

Él reía divertido, como si le acabase de hacer un chiste, o como si sus anhelos carnales se hubiesen activado hasta el éxtasis.

Con voz suave y ronca exclamó:

—Nos llevaremos a las mil maravillas tú y yo. Hasta mañana, *mon cherie* —y besándome la mano se fue.

Después de almorzar llegó Manuela.

Le había enviado un peón a avisarle sobre el fallecimiento de Ofelia.

Ella estaba muy compungida por su repentina desaparición y lo repetía continuamente.

—¡Pobre señorita Ofelia!, tan buena y delicada que era —suspiraba y continuaba—. ¿Recuerdas cómo alegraba las fiestas con su música? ¿Recuerdas su risa franca? ¿Y su voz chillona? ¿Te acuerdas de ese bucle que siempre se le escapaba del peinado y le caía tan graciosamente sobre el rostro? ¡Oooh! —volvía a llorar hipando, como si el mundo fuese a terminarse allí.

Yo suspiraba con resignación, esperando que la tristeza se le pasara, o que encontrara otro tema de conversación.

—¿Podemos cambiar la charla? —dije al fin.

Ella hizo pucheros pero estuvo de acuerdo.

—Manuela, debo decirte algo —bajé la cabeza y me refregué las manos, bastante nerviosa—: me voy a casar.

Sus ojos se abrieron tanto que pensé que sus enormes pupilas estallarían.

—¡Dios santo!, ¿con quién? ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Dónde será la fiesta?, ¿cuál será tu vestido de bodas?

¡Ay!, bienvenida a Los Naranjos, ésa era mi hermana.

Dudé, casi avergonzada del pretendiente.

—… con el conde.

Se detuvo a mirarme seria, pensando que quizás le estaba jugando una broma.

—¡Dios, no! ¿No me dijiste...? bueno, supongo que habrás cambiado de idea.

—¿No?, ¿por qué? ¿A qué te refieres?

—Porque... —estuvo a punto de callar, pero no era mujer de guardarse las cosas—, porque desde aquella vez en que estaba por hacer una fiesta y tú me pediste que no lo invitara, estuve averiguando más sobre su vida. He escuchado cosas espantosas sobre él.

Perfecto, eso era justamente lo que necesitaba para hacer rebalsar la olla de mis complicaciones.

—¿Qué clase de cosas feas?

—No lo sé bien, ¿qué voy a hablar sin fundamento?

—Eres hábil en conseguir noticias. ¿Podrías averiguarlo por mí?

Sonrió feliz, le había dado motivos de reunirse con sus amigas.

—Te prometo que en poco tiempo tendrás toda la verdad.

—Rápido, hermanita del alma, me caso en un mes.

Ella se tapó la boca espantada. Era evidente que sabía algo muy desagradable sobre el conde, extraño era que no me lo contara.

—Entonces tendrás noticias, a más tardar dentro de una semana. Hay un tema que me intriga sobre manera, te estás por casar y lo dices en un tono tan… casi con tristeza... no te entiendo.

—Ahora tú eres la que debe recordar. ¿Te acuerdas cuando una vez hablamos del matrimonio sin amor?

—¡Oh, sí! —calló, pensativa, afirmando con la cabeza—. ¿Así son las cosas, verdad? Bueno, a pesar de todo lo que obtendrás con ello, disculpa hermanita querida, pero no te envidio.

Preferí callar.

Esta vez fue ella quien cambió de tema.

—¿Qué harás con la educación de José ahora que no está más la señorita Ofelia?

No lo había pensado aún.

—No lo sé.

—Puedes enviarlo a San Sebastián, he contratado a un viejo profesor que le enseñe a mis hijos. Un niño más no sería problema.

Podría ser, iba a tener en cuenta su ofrecimiento. A pesar que, luego de mi casamiento y mis nuevas ocupaciones, comenzaría a tener más tiempo para estar con él. Pero debía aceptar que no sabía mucho sobre métodos de enseñanza, y menos si se trataba de mi propio hijo. Las criaturas solían respetar más a un extraño.

—Tienes razón, le diré a Pedro que lo acompañe y lo vaya a buscar a la tarde.

Ella saltó de alegría.

—¡Qué bueno será! —tal como pensaba, el fallecimiento de Ofelia y mi casamiento con el conde habían quedado atrás—. Así estaremos más en contacto tú y yo —se quedó pensando—. Tendrás que enviarle un poco de ropa, porque allá no hay de su tamaño, y si se ensucia no tendré qué ponerle. ¡Vamos a celebrar tu próxima boda! —y saltó de su asiento—; un casamiento no sucede todos los días, y menos si somos nada más que dos hermanas.

Fue a buscarla a mamá y le dio la noticia. Ella tampoco lo sabía, y se sorprendió bastante. Después, las tres brindamos por un acontecimiento tan extraordinario como el que iba a tener lugar dentro de treinta días; la boda de un sádico con una contrahecha.

Sí, aunque sea eso me podía permitir, el ser sarcástica con mis pesares.

A partir de entonces José comenzó a ir a San Sebastián de Los Tilos a tomar clases con el profesor que Manuela había contratado para sus hijos. Ahora ella tenía tres varones y una niña, suficientes como para armar terrible alboroto en la estancia. A tamaña multitud se agregaba José.

Él iba en Tortuga, y Pedro lo acompañaba en cualquier otro caballo.

Días después de su caída, y apenas el doctor le quitó el vendaje, mi hijo había vuelto a montar.

—¿No tienes miedo? —le pregunté.

—¡No!, fue un descuido de mi parte. Galopábamos entre vizcacheras, estaba siguiendo con la mirada el vuelo de un halcón, olvidé apretar bien las piernas y fijarme en la montura como Mulato me ha enseñado. No te preocupes, no volverá a suceder.

Efectivamente, nunca más se cayó, y no me afligí más por él; estaba creciendo rápidamente, y cada vez parecía necesitarme menos.

Pedro lo llevaba hasta San Sebastián. Se quedaba haciendo algún trabajo en ese lado de nuestra estancia, y por la tarde lo traía de regreso.

El conde llegó, de acuerdo a lo prometido, con una procesión de peluqueros, costureras y hombres remilgados que observaban y recorrían todo mi cuerpo. Estudiándolo centímetro a centímetro, con la intención de dejarme hecha una reina.

Uno modelaría el vestido, otro haría el peinado, aquél agregaría los adornos. La costurera tomaba las medidas, el peluquero marcaba el largo exacto de mi cabello... y yo me sentía como una muñeca viviente, tan inútil que ni siquiera tendría permitido atarme sola los zapatos.

El día anterior a la fiesta el conde llegó a Los Naranjos sorpresivamente.

Venía casi diariamente, para mi disgusto y su placer, y siempre lo hacía acompañado por todos esos extravagantes personajes que había contratado.

Esta vez estaba solo.

Eran las ocho de la mañana, extraño por demás. El conde debía haber madrugado.

Luego de saludarme, se detuvo a observar mi rostro unos minutos mientras desayunaba.

—¿Qué sucede? —le pregunté intrigada. Los silencios no eran usuales en él.

—Te veo muy bien hoy, y se rascó la barbilla —¿te animarías a contradecir las órdenes del doctor?

Lo miré asustada, ¿habría adelantado la fecha de la fiesta?

—¡No, *mon cherie*!, no pongas esa cara de susto, no hay necesidad de alarmarse, aún faltan dos días. Lo que quiero proponerte es algo muy distinto.

Se sentó a mi lado y me robó varios bizcochos del plato que estaba frente a mí.

—¿Querrías ir conmigo a Buenos Aires para conocer *Ilusion*?

—¿Ahora?

— Bueno, si a ti no te parece, podemos dejarlo.

No, si quería acabar con mi soledad de una buena vez y casarme con el conde, entonces tendría que derribar rápidamente la muralla de rechazo que sentía hacia él.

Nada valioso costaba poco, me decía. Y mis valores no estaban centrados en el conde, sino en la necesidad de compañía.

Estaba harta de mirarme al espejo y encontrar tristeza en mis rasgos, a su lado podía transformar mis lóbregos momentos en alegría. Tampoco me hacía ilusiones de ser feliz, «con los pies sobre la tierra, Cristina», me decía cuando mi cabecita comenzaba a soñar.

Bueno, por lo menos eso era lo que pensaba. Y de algo estaba segura, mi vida a su lado nuncasería aburrida. Nadie se aburre con un hombre así.

Los obstáculos tenían que ser salvados cuánto antes, si debía hacer esas dos cosas —la fiesta y la visita a su quinta—, las haría lo más pronto posible. Después de todo debía conocer el lugar donde habitaría luego de mi casamiento.

Entonces recordé que iba a tener que buscarle un nuevo profesor a mi hijo, *Ilusion* estaba demasiado lejos de San Sebastián. Eso me entristeció un poco, pero sería de lo cual conversar más adelante. No era tan terrible.

—No, no, podemos ir hoy mismo —le respondí.

Él sonrió satisfecho y dejó que me fuera a cambiar.

Una hora después estábamos rodando sobre una hermosa berlina.

A pesar de mí, debí reconocer que su coche era más silencioso que el nuestro, y sus elásticos balanceaban la caja del asiento como si éste fuese una delicada cuna.

Esa mañana me había levantado muy temprano, y apenas unos minutos después de iniciado el viaje me invadió el sueño. Incliné suavemente mi cabeza, y la dejé descansar sobre el hombro del conde. Su fuerte perfume me empalagó un tanto, aunque ya me estaba acostumbrando a él. Como suponía que me amoldaría a tantas otras cosas más.

Tampoco me molestó el hecho de lo que podía pensar ante mi actitud, después de todo había decidido ser su esposa.

Unas horas más tarde llegamos a su quinta. Como ésta se encontraba en las afueras de la ciudad el trayecto era más corto.

Cruzamos una verja de hierro y nos internamos en un bellísimo y muy bien cuidado parque. Todo el camino desde la entrada hasta la casa estaba cubierto por la fronda de varios cuyaes, ubicados uno al lado del otro. Levanté mi rostro para admirar los diferentes tonos que los rayos del sol le daban a las hojas cuando eran movidas por el viento.

—Cristina, allí está.

Miré hacia adelante con una sonrisa, pero al ver la casa mis labios se paralizaron, y mi contento se transformó en respetuosa admiración.

La mansión era sencillamente fastuosa. ¡Un palacio!

Sus paredes estaban cubiertas por una falsa parra de diferentes tonos, que iban del verde al colorado fuerte, pasando por todos los ocres; ésta había tapado casi toda la parte inferior. La segunda planta —construida más recientemente— brillaba inmaculada. Y la enredadera ya había comenzado a adherirse y ramificarse allí también, en unos años más cubriría toda la casa.

—Hice construir la parte alta hace veinte meses —y se dio vuelta a mirarme seriamente —pensando en ti y en nuestros hijos.

Prefería pasar por alto este último comentario. Ese punto, sinceramente no estaba en mis proyectos, pero por ahora era mejor no ahondar en ello, no deseaba arruinar la exquisita visión que tenía frente a mí.

El amplio parque rodeaba la casa; en él había esparcidas varias estatuas de mármol, todas ellas representando dioses desnudos, cada cual más blanca, delicada y perfecta que la otra.

—¿Podemos entrar? —pregunté en voz baja, como si la magia del entorno fuese a esfumarse en cualquier instante.

—*Oui*.

Adelantándose unos pasos abrió la pesada puerta de quebracho colorado con goznes de hierro. Sobre ella estaba fundido en bronce el escudo del conde.

Cuando entramos, una fila de sirvientes pulcramente uniformados nos estaba esperando. Todos inmóviles y serios.

El conde me presentó a cada uno de ellos.

—Pronto tú darás las órdenes aquí y tendrás que conocerlos.

Me acerqué a él y le susurré al oído:

—¿Por qué no tienes empleados negros?

Él frunció la nariz.

—Huelen mal.

—¿Huelen mal?

Recordé cómo olía Paloma; a pollo asado, azúcar quemada, a dulces frutales... y eso, ciertamente no me desagradaba.

—A todos ellos los he traído de Francia. Así me siento más cómodo. Algunos, incluso, han servido en la corte de Napoleón Bonaparte.

Con malicia me pregunté, entonces, por qué habían dejado de hacerlo. ¿Acaso el conde les pagaba mejor?

La sala era enorme, con sofás y sillones en terciopelo colorado, una cajonera enchapada en jacarandá y caoba, y varios baúles antiguos. Había almohadones de pana diseminados por doquier, y estatuas de porcelana y marfil. Los muebles eran portugueses, españoles, taraceados con nácar o diferentes metales; pero la mayoría de ellos venían de Francia, delicados y muy trabajados en preciosa marquetería. Era obvio el amor que tenía hacia su país natal. Aun así, me quedaba con los muebles coloniales rioplatenses, conocidos en el mundo entero por su buen gusto y calidad.

El piso no era de ladrillo como en casi todas las demás viviendas, éste era de mármol puro. En un rincón, un piano de cola blanco, y en el centro de una pared... ¡una chimenea encendida!

—¡Tienes chimenea!

—Sí, hay una en cada cuarto, pero ésta es la más grande. ¿Te gusta?

—Es muy novedosa; ¡y cómo calienta!

Debía medir dos metros de frente, y tenía una repisa en madera tallada con adornos traídos de diferentes países, según él me explicó.

Miré hacia el techo, no había manchas mojadas en ninguna parte; bien, acababa de confirmar mi creencia, las chimeneas no eran húmedas. Siendo que ésta era la razón por la cual nadie tenía estufas hogar en su casa.

Pasamos dos comedores principales con sus largas mesas, y luego por el comedor diario, más pequeño y acogedor; la cocina con sus dos grandes fogones, suficientes como para asar un caballo abierto por la

mitad. Al fondo había varios cuartos más que servían de despensa, lavandería, depósito de herramientas y las habitaciones de servicio, todo el conjunto era casi tan grande como la recepción de la casa.

Finalmente él hizo un gesto de picardía y expresó:

—Ahora iremos a la parte de arriba y veremos nuestro cuarto.

Subimos por una amplia escalera; nuestras pisadas eran ahogadas por la alfombra color ocre. Todo estaba silencioso y olía a madera.

Llegamos a la planta alta. Allí nos esperaba un largo pasillo con varias puertas a cada lado.

Él las fue abriendo una a una, mostrándome los hermosos decorados, y los diferentes estilos.

Dejó la que él creía más importante para el final.

Cuando me hizo entrar, lo primero que vi fue la cama. Quizás, porque ésa sería la parte menos agradable de nuestro matrimonio. Debía ser de tres plazas, por lo menos. Las patas talladas color oro, en estilo gregoriano, muy imponente. Un delicado tul se encontraba graciosamente recogido sobre el dosel de la misma.

Quise calcular cuántos metros de gobelino y raso se habían utilizado en la decoración de ese cuarto.

Lo que más me gustó fue el cubrecama. Me senté sobre él, y pasando mi mano admiré su trabajo.

—¡Es tan bello!

Estaba bordado a mano con aguja crochet, de color blanca, y sus dibujos eran tan intrincados como hermosos, representando un día de campo con niños jugando.

—¿Quién lo hizo?

—Una anciana que vive por aquí cerca —e hizo un gesto de indiferencia con la mano.

Me propuse que en cuanto me enterara dónde estaba su casa iría a visitarla; si ella era la mitad de lo que su trabajo mostraba, entonces debía tener dos virtudes, habilidad y paciencia. Lo cual ciertamente la volvía muy sabia.

Bajamos a la sala principal nuevamente. A nuestro paso iba mirando los innumerables cuadros que tapizaban las paredes, serios, oscuros.

Él no había dejado de hablar desde que entramos en su mansión; contaba historias y detallaba los objetos que íbamos viendo. Ya me sentía mareada, además, y luego de la sorpresa por la novedad, estaba comenzando a aburrirme mortalmente. La casa era preciosa, pero fría y apagada.

Los objetos podían ser hermosos, pero no tenían luz. En cambio, y por contraste, imaginé la naturaleza, explotando de vida a cada instante, transformándose minuto a minuto, sorprendiéndome de continuo. Si no estaba atenta, la maravilla desaparecía, renovándose

por otra tanto o más hermosa que la anterior.

Cuando nos encontrábamos en el rellano de la escalera me atreví a preguntarle:

—¿Puedo hacer cambios?

Él levantó las cejas, asombrado y casi molesto a la vez.

—¿Cambios? te parece que... ¿crees que tienes mejor gusto que yo? —y calló.

Luchaba con su ego herido, ya que él fuera quien la decoró así. A mi gusto, estaba recargada, lóbrega y exageradamente ostentosa.

—¡No te atreverías! ¿De dónde puedes saber más que…? —y se mordió los labios, dándose cuenta que no era el momento—. Sí, por supuesto, la casa también será tuya, y puedes hacer los arreglos y modificaciones que quieras.

Sus palabras salieron atropelladas y cargadas de resentimiento.

Me daba lo mismo, que se enojara o que estuviera feliz, por lo menos enojado quizás hablase menos.

Me ayudó a descender la escalera. Aunque ayudar es un decir, porque apretó con demasiada fuerza mi brazo, cortándome la circulación del mismo. Haciéndome bajar escalón por escalón, como si fuera la más inútil de las inútiles.

Herido en su orgullo, clavaba sus dedos, ejerciendo tanta presión sobre mi piel que tuve que reprimir un quejido de dolor. No me doblegaría así nomás.

Pasamos por su estudio y entramos en él.

—Debo entregarte unos papeles para que los leas y firmes antes de nuestra boda. Aunque, puedes poner tu rúbrica tranquila, sólo son formalidades, así dejamos en claro qué es tuyo y qué, mío —como de paso, agregó—: También incluí una autorización, así puedo nombrar un administrador para Los Naranjos y tu casa en la ciudad. ¿No querrás continuar con semejante carga, verdad?

Y sin dejarme pensar mucho en la cantidad de hojas escritas que me entregaba cambió de tema:

—Ahora vamos a ver una de las partes más hermosas de mi casa.

Salimos al sector posterior del parque.

El conde abrió una puerta en hierro trabajado a mano, y entramos en un pequeño jardín.

Era como penetrar en un cuento de hadas; éste se encontraba repleto de plantas floridas de preciosos y variados colores, y en el centro... en el centro había una fuente.

Tenía una estatua en mármol de un niño rociándose con agua. Una lluvia brotaba de un cántaro que tenía entre los brazos, y caía fresca sobre su rostro sonriente que miraba hacia el cielo.

Cerré los ojos y permanecí inmóvil.

Otra cascada, con gorgoteo parecido a ésta, se dibujó en mi

mente.

Recordé los felices momentos vividos junto a Ricardo, cuando comenzamos a conocernos, en San Sebastián de los Tilos, junto a una fuente parecida a ésta. Luego las caricias, los besos, y ése amor casi sublime que una vez nos uniera.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas. ¿Qué estaba haciendo?, ¿por qué esta estúpida hipocresía?, ¿por qué este cambio? o peor aún, ¿en qué me iba a transformar?

Una vez le había dicho a papá que sabría luchar con todas mis fuerzas contra aquello que detestaba, y él me había creído.

—Disculpa, papá. Te estoy fallando —le dije con el corazón.

Ya no me quedaba valor para luchar contra mi peor enemigo, el destino.

No lo amaba al conde, pero tampoco podía estar toda mi vida esperando un sueño; amaba al Español, pero lo quería como a una rosa, sabiendo que pronto desaparecería. Comprendía también que nuestra relación no era sana ni normal, y no tenía futuro, nadie se casa ni duerme ni tiene hijos con una ilusión.

No, ya no me quedaba más amor que aquél que el conde me ofrecía. ¿Quizás no sería suficiente?... sonreí, aún confiaba en mí misma, haría mi mundo allí donde me encontrara, y con las situaciones que me tocaran afrontar.

—¿Lloras? —preguntó él—. ¿Tanto te agrada la fuente?

Abrí los ojos.

—¿Cómo se llama?

—Fuente de los Recuerdos.

No me atreví a averiguar por qué, él igualmente lo explicó:

—Dicen que al mirarla uno recuerda instantes de su juventud —se dio vuelta a observarme intrigado—, me pregunto si...

Lo detuve. Mis historias personales eran sólo mías, y no las compartiría con nadie más.

—¿Podemos regresar? —exclamé abruptamente—, no me siento bien. Me duele la pierna.

—Por supuesto, querida.

Abrazándome con cariño me condujo hasta la berlina.

Cuando el caballo inició su trote, me recliné sobre el costado exterior del asiento y simulé descansar, no tenía deseos de escuchar su charla, ni de tocarlo.

Afortunadamente él se dedicó a dormitar, durante todo el viaje, con entrecortados y sobresaltados ronquidos.

Al despedirse me dijo:

—Mañana por la tarde enviaré el coche a buscarte.

Al principio no pude entender para qué podía necesitarlo. Luego me acordé de la fiesta de presentación. Sí, finalmente había llegado.

El día siguiente no fue un lecho de rosas.

Por la mañana tuve una discusión con mamá.

—Cristina, anoche José no regresó de San Sebastián

—No? —le pregunté extrañada.

—¿No lo sabías? eso suponía. Por más que Pedro intentó convencerlo, dice que el niño no quiso volver.

—¿Le dio las razones?

—Por supuesto. ¿Sabes cuáles son? tu hijo ya no quiere regresar a Los Naranjos.

—¿Por qué? —seguía sin entender qué podía haberle sucedido para actuar de esa manera.

—¿Por qué? ¿y tú preguntas por qué? —mamá estaba enojada—. Porque desde que te quebraste la pierna no lo has vuelto a atender. O estás postrada sin siquiera hablarle, o ejercitas tu miembro lastimado, o conversas con Mulato, con el conde, con todos esos… —y pareció dudar, no encontraba una palabra elegante para referirse a ellos,— exóticos especímenes que él ha traído... cómo pretendes que tenga deseos de quedarse aquí? Antes, por lo menos, tenía a doña Ofelia que le prestaba atención y respondía a todas sus preguntas en tu ausencia —eso era verdad—; ahora, en la casa de Manuela, se siente uno más de sus hijos. Recibe los mismos cuidados y educación que los demás niños —se detuvo a mirar mi reacción, como no descubrió ninguna entonces continuó:

»Disculpa, hija, pero prefiere eso a tu indiferencia.

Mantuve mi silencio. Mucho después de que ella se marchó yo aún permanecía en el mismo lugar, pensando en lo que me había dicho. Y en todo, todo lo demás.

Apenas almorcé salí a caminar, había estado demasiado tiempo sentada, inmóvil, y ahora sentía la pierna entumecida. Me detuve para hacer ejercicios, flexionando y estirándola, pisando fuerte.

La siesta estaba tranquila y los peones parecían haber desaparecido, buscando alguna sombra fresca para dormir unos minutos.

Solté mi cabello, me descalcé para estar más cómoda y continué recorriendo el parque, pisando el suave y frío musgo que reverdecía bajo los abedules, su contacto probablemente me hizo recordar, pero me sentía mucho más allá de lo sucedido unas noches atrás. Mi cabecita estaba en otro mundo y no esperaba encontrarme con el Español. Y casi casi que ése tampoco era mi deseo, quería ordenar mis ideas, analizando los últimos acontecimientos de mi vida, intentando encontrar al menos un débil equilibrio entre ellos.

¡En mi corazón había tanto desasosiego! Y por otro lado, me sentía tan bien cuando estaba conmigo misma…! Esos breves

momentos de soledad eran uno de mis más preciados tesoros. En ellos siempre había encontrado las respuestas a mi corazoncito inquieto.

Pensando, meditando sobre mi futuro. Totalmente abstraída en mis cuestiones interiores.

Volví a calzarme y fui a darle de comer a mis yeguas. En un arranque de alegría por sentirme tan a gusto, ensillé a Pampero y salí a pasear montada en él. ¿qué más daba? nadie se molestaría al verme hacer algo que todavía no debía.

Galopamos, atravesando la pampa hasta llegar al viejo nogal. A Pampero el ejercicio le vendría bien, y a mí, la sensación de completa libertad. Me detuve sobre la loma y miré el paisaje que, cual alfombra verde, se estiraba alrededor mío.

Permanecí largo tiempo, inmóvil, pensando, balanceando mis alternativas. Sí, afortunadamente siempre surgían.

El sol comenzó a declinar, el aire refrescó, allá en la copa del nogal los pájaros callaron su trino… y no me enteré; estaba ausente, bien metida en mis cavilaciones.

Tranquila, esperando.

La verdad, cuando le damos permiso para entrar, más tarde o más temprano, siempre aparece.

Entonces, finalmente todo se aclaró dentro de mí.

Me di cuenta de cuán equivocada estaba. ¿Cómo podía haber sido tan egoísta y ciega? pensando solamente en mi deseo por estar en compañía de un hombre, siendo incapaz de comprender que alrededor de mí, ya tenía todo lo que necesitaba para ser feliz.

Comenzando por el cariño de mi familia, ese amor incondicional que nada esperaba a cambio, sin cuestionamientos, aceptándome y amándome tal como era; agradeciendo mis virtudes y conviviendo con mis defectos, porque ellos formaban parte de mi identidad.

Aún más, un poco más allá, en San Sebastián de Los Tilos, había otro importante pedazo de mi familia. Sabía que también podía contar con ellos.

Di vueltas en círculo y con mirada complaciente abarqué todo el horizonte, acá, en Los Naranjos, estaba lo que amaba; me sentía protegida, y no sólo por mi madre y mi hijo, sino por todos esos seres que trabajaban a mi lado, queriéndome y respetándome, y formando otra parte importante en mi vida.

Ocupaba mis días en tareas que, por más pesadas que éstas fueran, me agradaban.

Además, por sobre todo y muy especialmente, era independiente. Teniendo como único jefe a mí misma.

Al final de los días sólo yo haría un recuento de mis actos, y me convertiría en mi ángel, o mi verdugo.

De pronto, como una llamarada de claridad, comprendí que, en

realidad, era inmensamente rica. No solamente en bienes materiales, sino en cariño.

¿Y la soledad? sí, también podría lidiar con ella; ahora sabía que la soledad simplemente era un estado de ánimo; y dependía de mí aceptarla, o negarla.

Un día atrás había pensado que ya nada me quedaba, ahora me daba cuenta que lo tenía casi todo; sólo que estaba tan ensimismada en mi propia lástima que no lo percibía.

Mi corazón se agitó, joven y ansioso por actuar.

Espoleé a Pampero para que galopara de regreso, y mientras el aire raudo me revolvía el cabello levanté mis brazos y reí a carcajadas.

Quería remontar vuelo, ser un cóndor, frente a mí tenía el desafío de una nueva vida, era mi elección.

Reconquistaría el cariño de mi hijo. Y ello no me asustaba, lo conseguiría.

Amor con amor se paga, José era capaz de dar amor en ramilletes llenos, y yo iba a empeñarme en nuestra reconciliación.

Sentí una apremiante ansiedad por arreglar todo el daño que le había hecho.

¡Vamos!, ¡Qué gran desafío tenía por delante!

Bajaba el sol pero no tenía tiempo que perder. Entré por la cocina sin que nadie me viera, en el comedor escuchaba murmullos y risas, bien por todos ellos, que continuaran así, tenía cosas más urgentes que atender. Me puse las bombachas y una gruesa camisa, arriba de todo un poncho para abrigarme del sereno.

Fui al galpón y le pedí a Pedro que me preparara a Pampero.

—¿Pampero, señora? —y no se atrevió a objetar mi orden, pero encontró una buena excusa—, acabo de soltarlo.

—No se preocupe, Pedro, estoy bien. Vuelva a ensillarlo.

—¿Quiere que la acompañe?

—Si así lo desea.

Cuando el caballo estuvo listo, monté nuevamente y salí al galope.

Apenas unos minutos después, la pierna, luego de tanta actividad, comenzó a darme fuertes puntadas

Una y otra vez me daba ánimos y gritaba impaciente:

—¡Tu hijo te espera!

Sí, mi hijo esperaba al final del trayecto, y nada, ni siquiera las espinas lacerantes que sentía en la pantorrilla, me impedirían que llegara lo más pronto posible hasta él.

Mariano salió a recibirme.

—¡Cristina!, ¿qué haces aquí?, ¿ha sucedido algo en Los Naranjos?

Le expliqué rápidamente a qué había ido.

José también salió a recibirme y me abrazó cariñosamente.

—Hijo, ¿te gustaría que volviéramos juntos a casa?

Mariano se enojó.

—Cristina, no seas inconsciente. Ya es casi de noche.

Le sonreí, nada me podía hacer enojar.

—Pedro está con nosotros, no temas.

José accedió gustoso, y mientras íbamos a buscar a Tortuga escuchamos los refunfuños de Mariano.

A esta altura de las cosas debía estar muy feliz de no haberse casado conmigo, y tener, en cambio, a una mujer mucho más maleable y normal.

De todos modos le pidió a un par de sus peones que nos acompañaran. Pedro agradecido, irían conversando con él.

José lo tranquilizó:

—Tío, yo soy grande, y mamá es la más valiente y fuerte de todas las mujeres.

A pesar de que el cumplido no era muy halagador, me sentí contenta.

Quince minutos más tarde emprendíamos el regreso.

Me pareció escuchar que Mariano me preguntaba algo, estábamos muy lejos y el trote de los caballos me impidió entender sus palabras.

—Mami, Tortuga es un caballo hermoso —me dijo José de pronto—, le estoy enseñando, y ahora corre cada vez más rápido, dentro de poco lo alcanzará a Pampero.

Me pareció que quería agradarme, ¡y yo que pensaba que mi niño ya no me quería!

Regresamos caminando. No había apuro alguno por llegar. Él habló todo el viaje sobre sus primos y las travesuras que habían hecho juntos.

—Mamá, tío Mariano irá a pelear a los Andes.

—¿Cómo es eso?

—Él dice que va a cruzar montado en mula, unas montañas altísimas llenas de nieve, y que hundirán sus patas en ella. ¡Cómo me gustaría ser grande!, mucho más grande de lo que soy ahora para poder ir yo también.

¿Mariano se alejaría de su familia para ponerse bajo las órdenes de San Martín, con el propósito de participar en su expedición? Sonreí feliz. Ya no era el niño mimado que deseaba estar bajo el ala de sus padres.

Entonces José cambió de tema.

—Mami, ¿por qué van a casa esos hombres tan extrañamente vestidos?

Me detuve, como si un rayo me hubiese fulminado.

—¡La fiesta! —me golpeé la frente con el puño—. ¡No!, ¡lo olvidé!

Comencé a pasear mi vista con desesperación por el oscuro horizonte.

¿Qué había sucedido con el carruaje que el conde había prometido enviar a recogerme? Olvidé que era esta noche. En esos momentos el conde y todos sus invitados estarían esperando ansiosos mi llegada, y yo aquí… entonces miré a José.

El niño tenía la vista clavada en el cogote de Tortuga, estaba visiblemente ofendido, y no sabía por qué.

—¿José?

—¿Qué quieres? —exclamó con brusquedad.

—¿Por qué estás así?

Él no respondió.

Insistí.

—¿Es por esa gente, por la fiesta?

—Es que no eres la de antes; antes galopábamos juntos y charlábamos sobre las coloradas y las vacas… ahora estás todo el tiempo con el conde, y hablas con esos señores que huelen y visten igual a una mujer. Además…

—Además ¿qué?

—Camelia me ha dicho que te casarás con ese viejo gordo que se mueve como una señorita.

¿Moverse como una mujer? Ésa sí era una novedad.

No volvimos a hablarnos; el mágico encanto del encuentro había sido roto por ese «estúpido amanerado». Sí, pensándolo con imparcialidad, José tenía razón. Al conde le encantaba vestirse con adornos en su ropa, especialmente cuando se ponía las prendas de gaucho; usando ponchos vistosos o floreados chiripás, que en nada se asemejaban a los que usaban los verdaderos gauchos. Su perfume tan fuerte, sus enormes cuchillos con la vaina y el mango muy trabajados en oro y plata… sí, mirándolo de esa manera, él tenía detalles femeninos.

A pesar de la inquietud que sentía por mi grave falta al olvidar completamente la fiesta de mi compromiso, reí alegremente.

Cuando llegamos a Los Naranjos la casa estaba en absoluto silencio.

Aún tenía unas horas de completa paz por delante, luego vendría la catástrofe.

Me despedí de mi hijo con un largo beso, y lo acompañé hasta su cuarto.

Encontramos a Dady en el camino.

—¿Qué sucede, Dady?

—Señora, hay un señor esperándola desde esta tarde. Le avisé que usted no estaba, pero él insistió en quedarse. Me dijo que traía unos papeles muy importantes para la señorita Cristina Alonso, y no podía volver a la ciudad hasta no entregárselos. Usted, disculpe, señora, no hubo manera de que desistiera de su encomienda.

—No te preocupes, lleva a José a dormir y tú ve también a descansar que yo lo voy a atender. —Luego recordé a la procesión de sirvientes que me iba a enviar el conde—. Dady, ¿dónde está toda la gente que debía prepararme para la fiesta?

—Ya se fueron… —quiso agregar más pero estaba demasiado cansada y no la dejé continuar.

Le pedí un último favor:

—¿Podrías preparar dos tazas de café fuerte?

Ella asintió.

—¿Dónde está el señor?

—En la sala. Él ya ha tomado bastante café, se lo notaba cansado. Aun así, ahora traigo más.

El hombre era un militar retirado. Pasó a explicarme un poco de su historia, antes de entrar en el tema que lo había llevado con tanta urgencia hasta Los Naranjos.

—Desde que me retiré, me dedico a hacer investigaciones privadas; con esta interminable guerra que tenemos para conquistar nuestra independencia suceden muchas intrigas. No me puedo quejar por mi retiro, porque tengo mucho trabajo —hizo una pausa—. Su hermana la señora de González, me pidió que le preparara un legajo sobre una investigación que me encomendó hace un par de días.

Sacó una carpeta y me la entregó.

—Señora, ella me pidió que le sugiriera leerla de inmediato miró la carpeta—. El trabajo no fue difícil.

Recibí los papeles y se lo agradecí.

Mientras tomábamos el café que Dady amablemente nos había preparado, con azúcar negra y acompañado por unas pequeñas tortas que Paloma había amasado hacía un rato, él me contó cómo era su trabajo. Muy entretenido, por cierto.

Comentó casos especiales sin dar nombres, y cuando pasó media hora decidió retirarse.

Era un hombre mayor, y no era lógico que anduviera solo por el campo de noche; lo invité a quedarse en los cuartos para huéspedes.

Él rechazó la oferta amablemente, porque dijo tener cosas perentorias que hacer al día siguiente en Buenos Aires. Aunque tanto insistí, respondiéndole que bien podía salir al amanecer, que él cedió.

Con la carpeta en la mano me fui a mi cuarto; estaba muy intrigada por conocer su contenido, y si mi hermana me había pedido que la leyera con urgencia, entonces suponía que debía ser muy importante.

Pensaba dormir varias horas, porque quería estar descansada y bien lúcida para cuando llegara el cataclismo.

Sí, no cabía duda alguna, con certeza llegaría.

El expediente me llevó bastante más tiempo del que había creído. Además, quería leer los papeles «formales» que el conde me había entregado para que firmara antes de nuestra boda.

Sólo pude dormir un par de horas, las suficientes para relajar apenas mi mente; ya que, luego de lo leído, era una salamanca bailando en carnaval sobre un lecho de brasas. Al cabo, también, había llegado a la conclusión de que mi hermana era mucho más despierta y sagaz de lo que todos creíamos, a pesar de no haber sido ella quien lo preparara, el informe que me había hecho llegar era muy claro y conciso, verdaderamente se había ocupado en ello.

Me vestí con ropa de trabajo y fui hasta el galpón a darle algunas órdenes a Mulato.

Después me senté a esperar impaciente, recostada sobre una hamaca de la galería.

Los cascos de un caballo no tardaron en escucharse. Venían por el sendero que daba a la entrada de Los Naranjos, y no tuve que hacer esfuerzo en saber de antemano que se trataba del conde.

Llegaba en una bella yegüita blanca a punto de voltear su cría.

Observé el físico del conde, demasiado peso para el ya cargado animal.

Sonreí con sarcasmo, no esperaba más cuidado de su parte.

No me moví de mi lugar hasta que él se acercó, y ni siquiera entonces lo hice.

Él se apeó y se paró delante de mí, apretando su mandíbula comenzó a hablar. Y mientras lo hacía, yo miraba sus relucientes botas con espuelas de plata, su bombacha repleta de alforzas con bordados de flores, su faja de vivos colores, el pañuelo adornado con un pasador de oro, la fusta con cabo de hueso repujado, sobre su espalda un poncho de vicuña, en su cabeza un sombrero corazón de buey fajado con una guarda pampa, su perfume… estaba todo transpirado por la cabalgata, y en ese momento su aroma empalagoso se mezclaba con el ácido de su transpiración... Sí, mi hijo tenía razón, ese hombre lucía harto recargado.

—¿Por qué no fuiste anoche?

Mientras, pasé a observar a la yegua, estaba sudada y su cuerpo se balanceaba exageradamente con cada nueva respiración, sus ollares lanzaban nubes de vapor y chorreaban, y su agitado resuello se podía escuchar en todo el parque. En sus flancos observé algunas rayadas en tono rosa producidas por las espuelas.

Si algo faltaba para rebalsar mi encono, con eso, él lo acababa de conseguir.

El conde apretó los puños y volvió a preguntar:

—¿Por qué no fuiste a la fiesta!

Dejé de mirar a la yegua, y tomándome mi tiempo giré mi cabeza

hacia él. Nuevamente comencé desde los pies, subiendo mi vista muy lentamente, terminando en su rostro. Cuando así lo quería, yo también podía ser muy desagradable, en España había ahuyentado a muchos jóvenes sólo con mirarlos fijamente.

Levanté mis cejas y pregunté:

—¿Alguien me vino a buscar?

—¿Y por qué debo ser yo quien dé explicaciones? El cochero tuvo un inoportuno accidente camino hacia acá; al coche se le salió una rueda, llegó apenas una hora más tarde.

¡Qué alivio!, si no lo hubiese encontrado antes de salir hacia San Sebastián.

Él continuó:

—Además, cuando comprendiste que no llegaba en horario, podías haberte ido en tu coche, o a caballo —y sonrió—; no te cuesta mucho hacer tu voluntad.

—Lo olvidé —fue mi única respuesta.

—¿Lo olvidaste? ¡Vaya!, ¡cuánto debes quererme!

¿Amor? pensé con ironía. Ese hombre no tenía ni idea lo que significaba el amor.

—El modisto, la costurera, el peluquero, y tantos otros, estuvieron horas esperándote. Y eso no es nada, ellos son simples esbirros, pero mis amistades... ¡mis amistades! ¿Sabes cómo he quedado delante de ellos?, y no eran vulgares personas, como las que tú estás acostumbrada a frecuentar. La mayoría de ellos poseen títulos nobiliarios, y ocupan cargos importantes en el gobierno. ¡Manejan el país!, lo cual no sé si llegas a entenderlo.

—Lo siento —fue mi lacónica respuesta.

Continuaba reclinada sobre la hamaca, miraba hacia el parque con aire de fastidio. En realidad estaba muy nerviosa, y también furiosa, tanto que me costaba controlarme. Pero esta vez iba a ganar la guerra, definitivamente. Para ello tenía que mantener la calma.

—¿Lo sientes? ¿Y no tienes nada más para decirme!, ¿realmente lo lamentas! ¡No, Cristina, esta vez sobrepasaste los límites! Te superaste con creces —dio un paso hacia mí, y me señaló con su dedo—. Puedes hacer lo que quieras con tus grotescos modales y tus fantásticas ideas sobre la sociedad. ¡Pero no tienes derecho a hacerme quedar mal!

Comencé a mirar hacia el cielo y a cantar bajito.

—¡Y no cantes!, ¡no cantes! ¡Siempre me ha exasperado tu canto!

Callé y lo miré con repugnancia, sin evitar el desagrado que sentía hacia él. Por dentro, preparé todos mis músculos para saltar y, de ser necesario, huir. Sabía que era un hombre peligroso, y enojado, mucho más.

Se adelantó otro paso y comenzó a subir los cuatro escalones que lo separaban de la galería, y de la reposera donde aún permanecía

sentada.

—¿Estás prestando atención a todo lo que te estoy diciendo?

—No. ¿Con qué objeto?

Él se detuvo pasmado.

—¿Te atreves a contradecirme? ¡Mujer necia! ¿Después de lo que he hecho por vos? Realmente habías sido boba.

Continué provocándolo.

—En eso estamos de acuerdo, fui tan tonta como para no darme cuenta de que jamás tendría que haberme mezclado con las alimañas.

Él levantó su mano para pegarme.

Entonces me apuré a sacar la pila de papeles que tenía escondidos bajo un almohadón. Él detuvo su brazo y miró curioso.

—Y ahora, ¿con qué nueva estupidez me vas a salir? ¿Qué tienes ahí?

Comencé a leer, aunque lo que estaba por decirle me lo sabía de memoria:

—María Saavedra, Sebastiana Gómez, Carmencita Alonso, Elena Estévez. Y estos otros: La Sebastiana, Los Molles, San Tardivo y La Enroscada, ¿te suenan?

A medida que hablaba, él había comenzado a ponerse pálido.

Rápidamente reaccionó, y apretó su puño hasta dejar blancos los nudillos.

—¿Qué estuviste haciendo! —dijo entre dientes.

—Estuve averiguando sobre tus esposas, y los últimos nombres bien sabes que son las propiedades y campos que ellas tenían, y que vendiste, para comprar y refaccionar *Ilusion*, ¿verdad? y hacer tu gran fortuna. Ésa de la cual tan presuntuoso estás —agregué—: Eres caro, Antoine, insaciable en tus lujos y extravagancias. ¡Y observa nomás hasta dónde has llegado por satisfacer tus vicios...!

Me puse de pie y lo miré a los ojos.

—También sé de las cuatro muertes, bastante extrañas, por cierto. ¿No te parece? ¡Pobres e inocentes muchachas! —hice una pausa, casi hasta podía sentir sus astrosas tripas, estragándose con su propio odio —. ¡Ah! —dije como recordando—, los documentos que pretendías que te firmara eran, en resumen, un poder así administrabas, a tu antojo, y necesidad, mis bienes.

—¡Te voy a matar!

Hice un paso hacia el costado y le advertí:

—Esta vez no, Antoine. Además no te conviene; un duplicado de estos papeles ya está en manos de mi abogado, y de la policía.

—¡Eres peor de lo que se dice por ahí!, ¡te estás revolcando entre las víboras! Tu felonía es inadmisible.

Una vez más sonreí con sarcasmo:

—En eso también estamos de acuerdo, Tuve un excelente maestro,

te lo recomiendo, se llama Antoine de Balsac.

Hice un débil movimiento con el brazo, alguien esperaba mi orden.

Escuchamos que la yegua relinchaba, él se dio vuelta a mirar qué sucedía y vio a Mulato sosteniendo las riendas del animal mientras le daba unas sabrosas y bien merecidas semillas de avena.

—¿Listo a desaparecer de mi vida? —le pregunté con sonrisa helada.

Maldiciendo en voz alta fue hacia la yegua.

Tenía la fusta en su mano y se preparó a usarla. En algo debía descargar su ensañamiento.

—¡Conde! —levanté la voz—, una última cosa. Se equivoca de flete, ese animal ya no le pertenece.

Él me miró, abrió su boca sin comprender.

Di un fuerte chiflido de llamada, tal como hace mucho un peón me había enseñado en momentos de ocio.

Desde el corral apareció Pedro con un matungo sarnoso y viejo que habíamos encontrado deambulando perdido días atrás. Encima, chapinudo.

En realidad ya tenía planeado cambiarle el caballo, y el hecho de verlo montando una yegua pronta a parir justificó, y potenció, mi determinación.

Era imprescindible conseguir que se sintiera tan humillado como para quitarle cualquier deseo de estar cerca de mí. Inclusive esa veta morbosa y lúbrica que lo hacía anhelar mis enojos. Además, el golpe final contra el conde debía ser magistral, sólo de esa manera evitaría represalias. A un enemigo como ése había que aplastarlo completamente, aniquilarlo sin piedad. ¡No fuera a ser que luego resurgiera de sus propios corrompidos escombros!

Le señalé al decrépito animal.

—Ahí tiene su montura.

Y le hice ademán a Pedro para que lo ayudara a subir.

El conde le dio un fuerte empujón con el cabo de la huasca y montó.

Le costó bastante hacerlo, porque le habían colocado unos bastos demasiado anchos, y habían acortado los estribos al extremo.

Sonreí con malicia.

—¡Mulato! —dije—, ¡la fusta y las espuelas!

Los dos peones se acercaron al conde. Uno de cada lado.

Él los miró desafiante por unos segundos, pero su enojo no lo había vuelto ciego, calculó la fuerza de sus oponentes y cedió.

Mientras Pedro sostenía las riendas del animal, Mulato estiró su mano y con un fuerte ademán le quitó la huasca. Después le cortaron las espuelas con el facón, y dieron unas palmadas sobre el anca del

jumento buscando que éste iniciara el lento regreso.

Él dio un salto hacia delante, movimiento que tomó desprevenido al conde. Al tiempo que se acomodaba nuevamente sobre el ancho apero lanzó sus últimas amenazas al viento y se marchó trotando, el viejo animal rengueaba de una pata y no podía galopar.

Cuando lo perdimos de vista aspiré hondo y largué el aire lentamente. El alivio tardaría en llegar, tan tensa estaba.

—Mulato, suelte a la yegua, dele de comer y agua. Que nadie la use hasta que tenga cría.

Después me tiré sobre la hamaca para relajarme.

Todo, todo había terminado.

En ese momento salió José.

—Pedro, ¿vamos a San Sebastián? —entonces vio a la yegua, abrió sus ojos enormes y una larga exclamación salió de su boca—. ¿Y esa preciosura?

Reí ante su exagerado comentario.

—Es tuya. ¿Qué te parece?

—¡Guau!

Se acercó a palparla, quizás pensando que no era real.

—¿Qué nombre le pondrás? —le pregunté, disfrutando de su carita fascinada.

—¡Guau! —continuaba diciendo—, se va a llamar… —y de pronto se puso serio y me miró— ¿puedo llamarla como mi nana? ¿te acuerdas mamá de Ama?

Me sorprendió, como no hablaba de ella, pensaba que él la había olvidado.

—Por supuesto, hijo, puedes llamarla como quieras.

Él sonrió.

—José, ¿te gustaría salir a cabalgar conmigo? Mulato dice que por aquí cerca ha visto un ternero herido. ¿Vamos a buscarlo?

—¡No en Ama!

—Por supuesto que no, hijo. Está ensillada porque la estábamos probando, déjala ir. Ya podrás andar en ella cuanto quieras.

—¿No iré a clase?

—Hoy no.

—¡Qué bueno!, no me gusta mucho ese estirado profesor que tienen mis primos, es muy serio y siempre nos amonesta. Él dice que es doctor en leyes —y me miró intrigado—, ¿eso qué quiere decir? ¿Cura las enfermedades del gobierno?

Me apreté la boca para que no escuchara mi risa.

—No.

—Ya me parecía, porque ni siquiera sabe vendar una herida —entonces me dijo con cariño—. Tú sabes enseñar mucho mejor que él.

Le revolví el cabello y juntos nos dirigimos al corral. Él iba

explicándome cómo fue que el perrito caniche de Camelia se había cortado una pata y el profesor había intentado ponerle un trapo como venda.

Capítulo 10

10 de julio de 1816

La tarde estaba gris y el aire olía a nostalgia.

Caminé despacio, recorriendo los senderos de piedra que rodeaban el jardín, ése que mi madre tan primorosamente hacía acomodar por el peón de turno. Tenía preferencia por un viejo mestizo que escuchaba pacientemente sus reprimendas, o no la escuchaba, y simplemente le sonreía así ella creía

que estaba de acuerdo con su parecer.

Cada piedra encajaba perfectamente con la otra, sobresaliendo apenas del pasto; buena paciencia debía tener el mestizo para bajar al arroyo y elegirlas una por una.

Los caminitos formaban curvas y se internaban entre los almácigos de flores.

Un rayo de sol se filtró entre las nubes.

Levanté mi vista, pero una fuerte puntada me obligó a cerrar el ojo lastimado.

El día anterior habíamos estado marcando los terneros, y cuando me acerqué a mirar cómo iba el trabajo, uno de los animales salió corriendo hacia el campo.

Todos se hicieron a un lado, vitoreando felices la bravura del torito, pero mi pierna no era la de antes, y mis movimientos fueron demasiado lentos.

El animal pasó junto a mí y con sus pezuñas levantó un guijarro que me golpeó en el ojo.

De inmediato me agaché, y mientras me lo tapaba intenté reprimir un grito de dolor.

Pedro fue el primero en llegar a mi lado. Me ayudó a levantarme y me preguntó solícito:

—¿Se ha lastimado, señora?

—No te preocupes, Pedro, creo que la piedra me golpeó la cara, pronto estaré bien.

Él volvió a su lugar frente al fuego y yo regresé a la casa a mirarme el resultado de mi distracción.

El ojo ya había comenzado a hincharse y me dolía bastante.

José exclamó que parecía el pirata Morgan, y mamá se asustó cuando me vio.

—¡Mamá!, es sólo un ojo golpeado —dije tratando de tranquilizarla.

Ella volvió a su costura con mirada adusta y agregó:

—Mañana estamos invitados al cumpleaños de Eduardo —era el hijo menor de Manuela —espero que no lo hayas olvidado. ¿Irás con el rostro así deformado?

—¿Quieres que me lo cambie? —pregunté divertida—. Quizás la fiesta sea de disfraces y me puedo poner una máscara.

José rió ante mi propuesta tan original.

—¡Cristina! —exclamó ella, haciéndose la enojada.

Le prometí que me lo disimularía con pasta e iría tal como estaba.

Al día siguiente me arrepentí de ello, tenía una idea mucho más importante y urgente en la mente.

—¿Te importa si me quedo?

—¿No te sientes bien? —preguntó ella algo alarmada.

—Estoy perfecta.

Miró mi ojo negro, ya casi cerrado por la hinchazón y refunfuñó.

—Sucede que tengo las cuentas muy atrasadas, y además debo escribir varias cartas para Buenos Aires. Vayan ustedes dos y diviértanse por mí también. ¿Quieres? ¿Le pides disculpas a Manuela?

—¿Realmente no puedes venir?

Suspiré cansada de la inútil discusión; mamá aún no había aprendido a respetarme. Para ella, a pesar de que manejaba la estancia hacía varios años, yo era nada más que su pequeña hija.

O quizás era sólo excesivo amor.

—Puedo ir, pero no quiero. Tengo obligaciones aquí.

Ella dudó. No le agradaba la idea de tener que disculparme. Porque las dos sabíamos que, de todas maneras, era una terrible descortesía faltar a una invitación, así la fiesta fuera organizada por mi hermana.

Tendría que inventar una excusa más grande, y más importante, si no quería quedar mal.

Por una vez le dejé ese trabajo a ella.

—Comprendo —y dándome un suave beso subió en el coche.

Durante el viaje, ella probablemente pensaría qué era aquello que tanto me urgía.

Los observé partir, con José bastante enojado porque no lo habíamos dejado ir montado en Ama —quien tiempo atrás había tenido un hermoso padrillito overo azulejo— y se veía obligado a permanecer sentado como una mujer dentro del coche.

Una vez que se alejaron me fui a trabajar con Mulato en los corrales, donde los peones estaban separando los animales jóvenes de

los que serían vendidos para carnear.

Luego de almorzar un sabroso guiso hecho por las manos hábiles de la vieja Paloma, y cuando la estancia se sumió en el letargo de la siesta, salí a caminar.

Si quería escribir el diario de mi vida, era menester que primero aclarara mis ideas.

Y bien, allí estaba. Sola, tranquila, con el aire fresco abanicando mi vestido y el solcito espiando entre nube y nube. Toda una oportunidad.

Me senté en el banco que estaba bajo los abedules e hice un esfuerzo por retroceder en el tiempo.

Tenía un poco de recelo, quizás hasta susto; a nadie le gusta enfrentarse con los duendes de su pasado, dormidos en el silencio de la historia, y excesivamente inquietos cuando son rememorados.

España, fue después de ese viaje que todo había comenzado; mi esposo, mi hijo, el maldito conde, el Español... no pude evitar un suspiro de nostalgia. Aún lo amaba, y la magia de nuestros furtivos encuentros permanecían grabados en mi inconsciente a fuego, todavía más fuertes y vívidos que los pasados con Ricardo. Aunque no había sabido nada más de él desde que habíamos sido amantes aquella noche, en el parque.

Aunque su ausencia era justificada, ya que continuábamos en guerra por nuestra independencia.

Manuel Belgrano y Bernardino Rivadavia, el 18 de mayo del año anterior, le habían enviado un documento al rey Carlos IV, donde le decían que viniera a gobernarnos o, de no poder hacerlo él, que enviara a alguien en su reemplazo y, bajo su autoridad.

No habían recibido respuesta alguna a su petitorio.

Esperanzada, me aferraba a la ilusión que quizás, sólo quizás, si el silencio desde España continuaba, nuestro gobierno optaría por decidirse a favor de la independencia. Si ello sucedía, entonces, cabía la posibilidad de que las interminables batallas entre americanos y realistas terminaran.

Y si ya no había más guerra, mi querido español... ¡Ay!, ¡todas eran suposiciones!

Me enojé conmigo misma, porque a ese paso jamás llegaría ni siquiera a comenzar mi diario.

No, debía ser más concreta.

Arrojé una brizna que estaba masticando y emprendí el regreso.

A pesar del tibio solcito y el parque que invitaba a disfrutarlo, me encerré en la biblioteca y comencé a escribir.

Mi interior se rebelaba ante mi pertinacia por vivenciar tantos recuerdos acerbos, aunque sabía que si no lo hacía continuaría culpándome por cada uno de ellos.

¿Por qué cuatro muertes?, ¿por qué habían tenido que ser tantas y tan seguidas? Me observé las palmas de mis manos ¿Estaba el verdugo entre las mías? ¿Podría haberlas evitado?

¡Ay!, este vicio cruel por reprocharme los hechos que rodeaban mi vida. Como si todo fuera mi culpa.

Respiré hondo y comencé por la de mi esposo; si era cierto lo que esas mujeres tan chismosas habían dicho sobre nuestra relación... Apreté los labios y sacudí mi cabeza. Ese pensamiento era descabellado e insensato. No, Ricardo y yo nos amábamos entrañablemente y nos entendíamos muy bien; su ausencia se debió a que tuvo que partir a prestar servicio en su batallón. Recordaba la inmensa angustia dibujada en sus ojos cuando se enteró de la noticia, su reticencia a dejarme.

¿El asesinato de papá y Ama? Ésas seguramente podría haberlas evitado, si hubiese tenido la suficiente fuerza de convicción en hacer que mi padre tomara la decisión de irse inmediatamente de Buenos Aires, o que pusiese más guardias en la casa.

Incluso quizás estarían vivos aún si yo hubiese matado al Español apenas lo conocí; después de todo, mi padre me había regalado un arma para que la usara, no para que la guardara. Me recordé justificándome, la primera vez que vi al realista había sido cuando él me ayudó a llegar hasta la galería, a punto de parir a mi hijo. ¿Cómo podía, entonces, matarlo si él había impedido mi muerte y la de José?

La duda continuaba rondándome.

¿La vida de la señorita Ofelia? Yo podía haber ido, o escrito, a España, para averiguar si era verdad o no lo que decía el doctor en lo que concernía a la falta de una cura a tan mortífera enfermedad.

No, lo conocía demasiado bien, él estaba al tanto de los adelantos en medicina, y no tenía caso desconfiar.

Pero el no sentirme culpable por esas muertes no aliviaba mi corazón. Las ausencias queridas siempre penarían, y toda mi vida continuaría preguntándome si podría haber hecho algo más.

Miré por la ventana hacia el parque desnudo y silencioso, comenzaba a atardecer. Debía hacer bastante frío allá afuera porque los pájaros ya habían callado su trino.

Vi una silueta que caminaba medio arrastrándose hacia la casa.

Esforcé mis ojos para poder ver mejor, era la hora gris del día, y todos los bultos se asemejaban.

Por la manera de moverse y de vestir supuse que debía ser un borracho. Después distinguí el color del uniforme realista en el pantalón andrajoso.

El hombre se balanceaba inseguro, escondiéndose detrás de cada arbusto o tronco que encontraba a su paso, y por el rumbo que tomaba era evidente que se estaba dirigiendo hacia aquí.

Me puse tensa, quedándome quieta, enajenada, mirándolo como hipnotizada. ¿A quién podía avisarle? y para ello tendría que ponerme en evidencia, ya que el extraño estaba a medio camino entre mi casa y la de los peones.

Un rayo de luz iluminó su mano, ¡estaba empuñando una pistola!

¡Una pistola! Corrí a mi cuarto y saqué el arma del cajón. Luego de cargarla, fui hasta la puerta que daba a la galería y me asomé apenas. Lo suficiente como para gritar y que mi voz se escuchara segura e imperiosa en los alrededores de la casa.

—¿Quién anda ahí? —nadie respondió—. ¿Quién es?

El viejo y harapiento soldado continuó acercándose. Probablemente ya había revisado el casco y sabía que estaba sola. Ahora recordaba que los peones se encontraban bastante lejos y no nos escucharían, y otros habían partido al puesto más cercano a aprovisionarse de faltantes.

—Pregunté quién anda ahí. ¿Es usted sordo?

Por toda respuesta escuché un quejido ronco.

Sí, el hombre debía estar chumado.

Abrí bien la puerta y caminé unos pasos hacia afuera, al hacerlo, casi tropiezo con el primer escalón. Comencé a levantar el arma y grité por última vez:

—¡Le dije que se detuviera!, ¡deténgase!

El hombre me vio avanzar, trastabillar y se detuvo, luego continuó avanzando más rápido aún mientras decía palabras que no llegaba a entender.

Gemí desesperada ante la idea de tener que matar un hombre, ¡y esta vez sí que sería mía la voluntad de asesinar! Pero no esperé más y cerrando los ojos disparé.

Él dejó caer su pistola y abriendo enorme sus ojos me miró con asombro.

Esos ojos... ladeé mi cabeza y lo observé mejor. Conocía esa mirada... ¡era el Español!

¡Señor!¡Acababa de dispararle al hombre que amaba!

—¡Dios!, ¿qué he hecho? —y corrí lo más rápido que pude hacia él.

Cuando llegué a su lado me agaché para abrazarlo, como si el contacto con mi cuerpo pudiera resolver el daño que acababa de hacerle.

Él me estaba mirando con rostro compungido. Y no había resentimiento ni bronca, apenas sí una profunda congoja.

¡Madre santa!, el hombre era un total desastre; tenía la ropa convertida en hilachas, y de varias heridas le manaba sangre. Su cara estaba mucho peor que la mía, era una masa informe de color azulado.

Aunque él no parecía darse cuenta de su lamentable estado, y tampoco aparentaba tener conciencia del profundo dolor que debía estar sintiendo, ya que sus heridas eran muchas y algunas de ellas importantes.

Lo único que hacía era examinar mi cuerpo, especialmente mi ojo negro.

—¡Cristina!, mi querida, ¿qué te sucede en la pierna? y tu ojo, ¿cómo te hiciste eso?

Al escuchar su voz un adorable recuerdo estalló en mi memoria. En mi interior, las paredes del cofre, tan celosamente cerrado, y donde había guardado mi historia, reventaron volando en mil pedazos; los hilos que me unían al pasado se tensaron y regresaron todos juntos, causándome una explosión de lucidez.

En ese momento Pedro apareció corriendo. Acababa de llegar con el carruaje desde San Sebastián. Mamá y José, al ver la contingencia, permanecieron dentro de él.

En la mano de mi fiel sirviente estaba el facón.

Miró con repugnancia al hombre que se encontraba medio recostado frente a mí y se preparó a darle el golpe final.

—¿Lo mato, señora?

Levanté mi rostro hacia él y lo miré mientras intentaba comprender qué me estaba diciendo.

¿Matarlo?

Un rayo tardío de sol traspasó las nubes y refulgió en la hoja del cuchillo.

La mano de Pedro no temblaba, estaba lista a descender apenas le diera la orden.

—¡Pedro!, ¡No!, ¡basta, Pedro! ¡Guarde su arma de inmediato!

Como él dudo, entonces debí repetir la orden:

—¡Dije que guarde el arma, Pedro! ¡Ahora! —y me quedé esperando—. ¡Vamos! Ayúdeme a llevarlo hasta la casa.

Miré con inmensa dulzura el cuerpo que estaba abrazando, y expresé, más para mí que para su entendimiento:

—… este hombre… ¡es mi esposo!

Él miró atónito al asqueroso ser que tenía delante. Si su patrona no tenía marido, ¿qué cosa tan tonta estaba diciendo ahora?

—Patrona, ¿qué dijo?

—¡Que guarde el arma ya mismo! Se está muriendo. ¡Debemos correr para avisarle al doctor!

Desde el carro mamá gritaba enloquecida de angustia.

—Cristina, Cristina, mátalo, ¡es el asesino de tu padre!

Pedro seguía sin entender.

Sabía que si no me calmaba, probablemente sucedería una desgracia.

Entonces me levanté y guardé la pistola que aún llevaba en mi mano. Luego me acerqué a Pedro, y amablemente le pedí el cuchillo. Cuando lo conseguí, hice un veloz ademán y lo tiré bien lejos. Donde más tarde él pudiera recuperarlo.

—Ahora vaya a decirle a mi madre que todo está bien. Que venga a ayudarme.

Eso sí lo entendió.

Cuando finalmente pudimos acostar a Ricardo sobre mi cama, Pedro salió corriendo rumbo a la ciudad.

—¡Use a Pampero! —le grité—, y de ser necesario, cambie de flete en alguna posta del camino. Pero, virgen santa ¡apresúrese!

Ya más tranquila miré a mi querido esposo, las lágrimas me nublaban la vista y no sabía si estaba llorando de alegría o temor.

¿Qué milagro estaba sucediendo? Si mi marido había muerto años atrás, ¿por qué ahora estaba delante de mí? ¿Y tan lastimado? ¡Dios, qué pregunta! Si hasta yo misma le había disparado!

Le pedí a mamá que trajera mi maletín con las medicinas, debía atenderlo ¡de inmediato!

—Si tú mueres nuevamente Ricardo, esta vez te acompañaré.

Después examiné sus heridas; tenía varios tajos en los brazos y en las piernas, el rostro estaba deformado por un terrible golpe en la mejilla izquierda… y nada más. ¿Y la bala?, ¿dónde estaba mi disparo? Tan buena puntería que creía tener, y sin embargo, y gracias al cielo, había fallado.

Viviría.

—¿Por dónde comenzamos? —le pregunté mientras le limpiaba las heridas con unos trapos mojándolos en una palangana con agua caliente que mamá me había acercado.

Ella, después del asombro, sabia y comprensiva, prefirió dejarnos solos.

—¿Por ti o por mí?

Él respondió presto.

—Empecemos por tu pierna y tu ojo. ¡maldición!, ¡qué mal te cuidé todos estos años!

Pasé a explicarle rápidamente, y sin darle mayor importancia, los accidentes que había tenido.

Luego callé, expectante.

Él tenía seis años de historia que contarme; seis años durante los cuales, por alguna misteriosa razón, mi propio esposo se había convertido en un realista, y en mi espía personal.

—Cristina, ante todo, lamento no haber sido completamente sincero contigo.

Sabía que me iban a encomendar una delicada misión, pero lo que no imaginaba es que sería así. Si no, no me hubiese casado contigo.

Lo detuve.

—Y si no nos hubiésemos casado no tendríamos ese maravilloso niño que acabas de ver bajar del coche.

Él sonrió asintiendo y continuó.

Hacía esfuerzos para hablar, sus palabras cada tanto le salían entrecortadas, otras veces, callaba. Era evidente que sus heridas le dolían bastante, pero yo no podía esperar. Llevaba 6 años haciéndolo. Además, era mejor que se mantuviera entretenido mientras yo le hacía algunos puntos.

—Como había estado en España durante bastante tiempo, conocía a la perfección las costumbres de sus habitantes, y hasta podía imitar el acento de su voz. Fue por eso que me enviaron como espía al bando realista.

—¿Andabas vestido como un soldado español?

—Sí.

—Si estabas en el ejército contrario, ¿por qué de vez en cuando aparecías por aquí?

—Mi contacto era papá. Él iba a Caoba, y allí nos reuníamos para hablar sin riesgo de que nos viera.

Ahora comprendía la incomodidad del señor Durán cuando se entrevistaba conmigo. Guardaba un secreto que en cualquier momento podía descubrir.

Meneé la cabeza incrédula.

—Pensé que habías asesinado a papá.

—¿Realmente creíste que yo lo había matado? —exclamó él casi ofendido.

Callé pensativa.

—No. Porque de haberlo creído, te habría disparado cuando te vi acercándote a mí, aquella tarde bajo el nogal.

Su sonrisa fue amarga.

Le pregunté sin comprender:

—¿Por qué me espiabas?

Él bajó la cabeza, sonriendo avergonzado.

—Te seguía porque… estoy enamorado de ti, y mis deseos por verte eran más poderosos que mi cautela. Además, de esa manera, podía saber cómo estabas. Una cosa era que me lo dijera mi padre, otra muy diferente comprobarlo personalmente. No te imaginas los sentimientos tan contradictorios que sentía al verte; por un lado estaba el placer, y por el otro, la desesperación por no poder estar a tu lado.

—¿Por qué no te identificabas? Reconoce que así hubiera sido más fácil.

—No, no podía delatarte mi verdadera identidad, mientras menos supieras más seguros estarían. No quería cargarte con otro

inconveniente más, eso hubiera sido injusto, ya te había provocado suficientes dificultades con mi desaparición.

—¿Dificultades?

—Sí, el futuro niño, tu soledad. Años más tarde, la crianza de nuestro hijo y la enorme responsabilidad de administrar una estancia del tamaño de Los Naranjos; no te imaginas cuánto sufría al verte trabajar como un hombre —me miró con evidente orgullo en su semblante—. ¿Sabes? con tu actitud tan decidida y valerosa te hiciste famosa entre las filas del ejército, los hombres te apodaban... —y calló, arrepentido de lo que estaba por decir.

Terminé su frase.

—La Loca de Los Naranjos, ya lo sé.

Él me corrigió:

—No, Loca precisamente, no. Te decían La Guerrera de Los Naranjos.

—Sí, sólo que, entre los soldados, mi proceder habrá sido tomado como un ejemplo para imitar, pero entre las mujeres de la sociedad porteña —y sus hombres—, era una «mujer rara».

Sonrió con tristeza.

—Sí, también lo había escuchado. ¡Cuánto me lastimaba! Porque era lógico que el apodo alguna vez llegaría a tus oídos.

—¿Por qué nunca respondiste mis cartas?

—No estaba allí para recibirlas. Además, hubiese sido demasiado arriesgado.

Un débil recuerdo de confidencias compartidas cruzó por mi mente.

—Ricardo, ¿papá estaba al tanto de tu misión, y la razón por la cual no regresabas?

—Sí, yo mismo se lo dije, me pareció que ello le ayudaría a infundirte fe en tus peores momentos. Pero él no sabía la manera de encontrarme. Nos reunimos una sola vez, cuando él fue a Buenos Aires, ¿recuerdas aquella oportunidad en que tú, mi querida, estabas tan deprimida? Después nunca más nos volvimos a ver.

—¿Entonces, él jamás se enteró de que tu muerte era falsa?

—No, realmente creyó que era cierta. No podía decirle la verdad, ya que, ante tu enorme desolación, su voluntad de silencio se habría quebrado.

—Creo que tienes razón, hubiera acabado por decírmelo —hice memoria—. Sí, ahora recuerdo que aquella noche en la cual yo estaba tan acongojada por tu ausencia él me confesó que todo estaba bien, y que tuviera fe en ti porque aún me amabas —reflexioné—, estás en lo cierto, no hubiese podido callar tu muerte.

Quise saber sobre la casualidad de su presencia durante el momento de mi parto.

—Dime, ¿fue tu padre quién te avisó que estaba por tener familia?

—Sí, y quise estar cerca para poder conocer a mi hijo.

Levantó su mano y corrió con delicadeza un mechón que se había desprendido de mi peinado.

—Todo fue bastante bien al principio. Te extrañaba mucho, creí que con el correr de los días terminaría por acostumbrarme a no tenerte junto a mí —meneó la cabeza—; las cosas no sucedieron de esa manera. Cuando te vi sufrir y desmayarte, instantes antes del parto, me sentí tan angustiado que no pude soportarlo. Quería ser sólo una sombra cuando te espiaba, pero no podía permitir que murieras. Y una vez que me viste, ya no había necesidad de ocultarme tanto. Cristina, a veces me acometía una necesidad imperiosa por decirte la verdad, después lo pensaba mejor y callaba; estabas tan feliz con nuestro hijo, y tu vida era medianamente tranquila, no podía exponerlos.

—¿Por qué te hiciste pasar por muerto?

—Para que se dejaran de hacer suposiciones falsas sobre mi permanente ausencia. Pero... por ahí, hasta oí que te culpaban a ti, arguyendo que me había ido porque ya no podía tolerar tus excentricidades.

Asentí.

—Además, así era más fácil estar en el anonimato, nadie me buscaría; y si algún conocido me veía, no me identificaría con el muerto, justamente porque se suponía que había fallecido.

Fruncí el ceño, eran demasiadas novedades a la vez y no podía asimilarlas a todas. Aunque tendría mucho tiempo para reflexionar.

—Ricardo, ¿dime por qué desapareciste después de aquel día en que nos ayudaste a cruzar el arroyo a José y a mí? Estuviste casi dos años sin aparecer.

—Porque me enviaron a Montevideo.

—¿Tú escribiste esa frase en el tronco del naranjo?

Él sonrió con embarazo.

—Sí.

Hice un gesto interrogativo, creía comprender la razón.

—Porque todo lo que he estado haciendo fue por amor a ti; mi trabajo, mi anónima presencia, mi colaboración cuando me necesitabas, a pesar de que corría el riesgo de que me reconocieras, o que me confundieran y me mataran. Mi largo silencio… Incluso, al aceptar que era mejor mi partida cuando no me quisiste ver, lo estaba haciendo porque te amaba.

—¿Y eso cuándo fue?

—¿Recuerdas cuando me apuntaste en el prado?

Me di cuenta de que le había disparado. Ahora.

—¿Dónde está la herida del disparo que te acabo de hacer?

Él sonrió ante mi ansiedad.

—Practicaste mucho con tu padre bajo el nogal, pero esta vez fallaste.

Suspiré con alivio, Dios debía haber puesto su mano.

Nos miramos largamente, diciendo con los ojos lo que las caricias aún callaban.

—Todo comenzará de nuevo para nosotros, ¿verdad? —le pregunté feliz.

No había alegría en su rostro.

—No, y debo disculparme por mi ligero… desliz de aquella noche en que estuvimos juntos. Más aún, ha sido una terrible imprudencia el venir aquí. Nomás mira cómo he quedado. Unos criollos que sentían demasiada animosidad hacia los españoles se encarnizaron conmigo cuando venía. Hace tres días que estoy viajando, si hasta perdí mi caballo. En mi apuro por verte me descuidé, y no tuve la precaución de ocultarme bien.

Detuve mi limpieza y dejando el trapo en la palangana le acaricié la frente. Aún me costaba creer que él no hubiese muerto, y que estuviera a mi lado, conmigo, amándome como lo había hecho desde el día en que nos conocimos.

—¿Por qué tenías apuro por verme? —pregunté con dulzura.

Él agregó con evidente resignación:

—Papá me informó que te casarás.

Al principio no entendí qué me estaba diciendo; ¿casarme? si ya me había casado, y de ese matrimonio tenía un hijo.

Después rememoré el tiempo en que era asediada por Balsac de Rengines ¿cuándo había sido? Apenas unas semanas atrás. Lo había borrado de mi vida, tenía esa sana virtud, cuando alguien o algo me desagradaba y conseguía sacarlo de en medio, también lo descartaba de mi memoria

Lo que viviera con el conde ya era apenas un débil recuerdo cuya invisible marca permanecería, recordándome la lección.

Había aprendido algo muy importante, que la vida que tenía era inmensamente más valiosa de lo que imaginaba, y de lo que él y los demás pretendían hacerme creer.

Volví de mis desagradables remembranzas y lo miré; sus ojos estaban clavados en los míos y me observaba angustiado.

—Perdona por haber venido, ahora me doy cuenta que he sido muy egoísta. Tendría que haberte dejado ser feliz. ¡Has sufrido tanto por mi culpa!

Sonreí y le volví acariciar el rostro. Tomé el trapo y continué limpiando sus heridas.

Antes de que pudiera explicarle lo que había sucedido él continuó

disculpándose.

—Quise venir a verte una vez más. No puedo soportar la idea de que te unirás a otro hombre —chasqueó la lengua—; ha sido un error, ahora va a ser más difícil irme. Pronto volveré a mi trabajo, la guerra aún no acaba. Mereces mucho más de lo que te ofrezco. Mucho más que esta interminable soledad en la que te obligué a vivir.

Al escuchar sus palabras olvidé aclararle el error en el que estaba acerca de mi casamiento con el conde, y la desesperación me invadió nuevamente.

Había creído que venía a quedarse a mi lado.

—¿Volverás al ejército!

—Sí, querida. Si me lo permites, descansaré hasta que mis heridas dejen de sangrar —sonrió al verme trabajar con tanta práctica—; has aprendido muy bien lo que el doctor te enseñó —después continuó—: Estoy luchando por la independencia de nuestra patria, y tú representas todo aquello por lo que quiero luchar.

A pesar de la desolación que mi supuesto casamiento debía estarle produciendo, él igualmente se sentía muy orgulloso de mí.

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. ¿Jamás acabarían mis padecimientos? ¿Estaba destinada a morir sin conocer lo que era vivir al lado del hombre que amaba?

—¿Lloras?, ¿por qué? —y me secó las lágrimas con ternura—, pronto te casarás y te olvidarás de lo nuestro. Vas a ser la mujer más feliz del mundo. ¡Vamos, princesita!, perdona que haya venido a acongojarte —me dio un beso en la mano—; ya me voy, así puedes continuar con tu vida.

Entonces mi desesperación estalló. Lo abracé con fuerza y hundí mi rostro en su pecho. Las convulsiones de mi llanto no me dejaban pensar, lo único que quería era que él permaneciera junto a mí. ¡No podía perderlo nuevamente! ¡Nunca más!

Él me abrazó suavemente, contrayendo el rostro en una mueca de dolor.

Un par de minutos después noté mi brazo húmedo, algunas heridas habían vuelto a abrirse y él me estaba mojando con su sangre.

Me retiré y fui a buscar más telas limpias para vendárselas.

De nada valían las explicaciones, si igualmente Ricardo partiría.

Comencé a cortar las tiras que me servirían de apósitos.

Él continuó hablando.

—¿Cómo es el conde? no puedo recordarlo.

Ladeé mi boca en un gesto estragado y despreciativo.

—Sancho Panza es el ser más engreído, repugnante y desvergonzado que he visto en mi vida. Agradezco al cielo haber tenido la suficiente lucidez como para escapar a tiempo. ¿Sabes cómo le dice Manuela? Atila, porque por donde él pasa no brota más la

hierba. Y la opinión de tu hijo es que, además, es amanerado.

Él quedó atónito.

—¡Cristina!, ¿cómo puedes hablar así si te estás por casar con él?

—¿Casarme? ¡Dios me proteja! —hice la señal de la cruz—. ¡No!, hace unos días salió huyendo de aquí porque amenacé con hacerlo meter preso —lo pensé mejor—. En realidad, él merece la guillotina.

Él rió atónito.

—¿Por qué?

—Porque descubrí que asesinó a sus cuatro esposas. ¿Sabes que olvidé asistir a la fiesta de mi compromiso? Me distraje cabalgando con nuestro hijo.

Ambos carcajeamos divertidos. Por un breve lapso fuimos completamente felices. El futuro era apenas un punto en el después. Ese breve instante era más valioso, y no lo hubiese cambiado ni por todos los diamantes de la tierra.

—¡Qué persona desagradable! —exclamó él—, y hasta peligrosa.

—Ya no, Manuela se va a encargar de que todo el virreinato se entere de la clase de hombre que es.

Ambos callamos, disfrutando el uno del otro.

Estaba allí, sentada, con mi pierna recogida porque me había comenzado a doler. Mi rostro estaba casi cerrado por la hinchazón. Sin embargo él me miraba como si fuera el ser más excelso y precioso de la tierra.

Ricardo tenía el rostro destrozado, sin su barba, con esa cómica peluca ladeada hacia un costado sobre su oreja, y aún así yo también lo veía como el hombre más hermoso que se había cruzado en mi camino.

Sólo existe un sentimiento que destruye todas las barreras, ignora el resentimiento, calma el dolor y transforma lo horrible en bello. Afortunados los que sienten amor, porque están llenos de inocencia.

El doctor llegó más tarde y revisó las heridas que horas antes yo había vendado y cosido.

No abrió la boca en todo el tiempo, se daba cuenta de lo que estaba sucediendo, sabía que no debía hablar. Permanecía tranquila, era un hombre de confianza.

Después revisó mi ojo negro y meneó la cabeza, aunque estaba bastante acostumbrado a mis accidentes.

—¡Muchacha, muchacha!

Me dio una pomada para ponerme alrededor de la herida, y cuando se retiraba, Ricardo le pidió que se quedara unos minutos más, quería hablar con él.

—Quisiera pedirle un favor. No diga nada de esto a nadie, ni siquiera podrá contar que ha atendido a un hombre en Los Naranjos.

Usted comprende la delicada situación en la que nos encontramos; debo volver a mi trabajo apenas dejen de sangrar mis heridas, y quisiera que esta familia, que ha sido tan amable en atenderme, no tenga inconvenientes por mi causa.

—¿Su trabajo? —me miró y lo miró a él—, ustedes disculpen si soy un poco entrometido, Cristina, sabes que suelo ser muy discreto, pero... no es de mi incumbencia señor, su peluca se ha caído y, por su acento, me doy cuenta de que no es español. Entonces, la noticia que voy a decirle probablemente lo llene de alegría y serenidad.

Ricardo acomodó su peluca como pudo mientras maldecía bajito.

—Puede dejarla a un costado, su trabajo ha terminado. Ayer, 9 de julio de 1816, todos los diputados de las provincias del Río de la Plata, se reunieron en congreso en la ciudad norteña de Tucumán —hizo una pausa y sonrió— y declararon solemnemente su separación de España. Se ha determinado constituir a esta tierra un estado libre.

Se puso de pie y abrió los brazos.

—¡Somos libres! ¡Dueños y señores de las provincias unidas del Río de la Plata!

Miré a mi esposo mientras gritaba de felicidad y me arrojé a sus brazos, que las heridas sangraran, que mi ojo lastimado llorara… eran incidentes menores en nuestras gloriosas vidas.

Lo único importante era que todo había terminado. Su duro trabajo y mi larga soledad habían acabado.

Sí, con alegría reconocí que Dios siempre equilibraba las cuentas, todas las historias tenían su principio y su final.

En realidad la guerra contra los realistas no terminó allí, continuó durante varios años más.

Pero cuando Ricardo, dos días después, se presentó nuevamente ante su batallón, por las graves heridas que sufriera, y por los importantes servicios que había prestado a la patria durante diez años de labor ininterrumpida, fue relevado de su cargo.

Regresó una semana después junto a nosotros, libre para amarnos a José y a mí, y administrar a mi lado este maravilloso pedazo de tierra que teníamos en ¡nuestra patria! llamado Los Naranjos.